

JESSICA TOWNSEND

NEVERMOOR

Las
PRUEBAS *de*
MORRIGAN
CROW



DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Manifiesto Nevermoor
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo uno. La Hija Maldita de los Crow
Capítulo dos. El Día de la Puja
Capítulo tres. La Muerte Viene a Cenar
Capítulo cuatro. La Cacería de Humo y Sombras
Capítulo cinco. Bienvenida a Nevermoor
Capítulo seis. La Aurora
Capítulo siete. Hora Feliz en el Hotel Deucalion
Capítulo ocho. Interesante. Útil. Bueno.
Capítulo nueve. La Bienvenida Fabulánica
Capítulo diez. Ilegal
Capítulo once. La Prueba del Libro
Capítulo doce. Sombras
Capítulo trece. La Prueba de la Carrera
Capítulo catorce. Una Buena Cabalgadura de Verdad
Capítulo quince. El Desfile Negro
Capítulo dieciséis. Sigue el Resplandor
Capítulo diecisiete. La Batalla de Nochebuena
Capítulo dieciocho. Una Feliz Navidad, Aunque No del Todo
Capítulo diecinueve. La Telaraña
Capítulo veinte. La Desaparición
Capítulo veintiuno. La Prueba del Gran Talento
Capítulo veintidós. La Magnetizadora
Capítulo veintitrés. Juego Sucio
Capítulo veinticuatro. La Calle de la Batalla
Capítulo veinticinco. El Maestro y la Aprendizaje
Capítulo veintiséis. «F»
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Morrigan es una niña ocurrente y carismática con unos horribles padres que no le hacen ningún caso. Aunque eso no es lo peor, porque arrastra una maldición que la condena a morir antes de cumplir los once años. Pero eso no va a ocurrir puesto que la vigilia de su décimo primer cumpleaños alguien la secuestra y se la lleva a Nevermoor (un Londres paralelo), donde deberá superar cuatro pruebas si quiere estar entre los elegidos. El problema es que ya no podrá regresar jamás ya que sólo escapa a la muerte si se queda en Nevermoor.

NEVERMOOR

LAS PRUEBAS DE MORRIGAN CROW

JESSICA TOWNSEND

Traducción de Elda García-Posada

DESTINO

MANIFIESTO NEVERMOOR

*7 consejos para mantener la ilusión
y creer siempre en la magia:*

1. Recuerda que todos tenemos un talento oculto. ¡Encuentra el tuyo!
2. Las vísperas de tus cumpleaños siempre serán especiales.
3. Habla con los animales... algún día te responderán.
4. Los abrazos y los besos lo curan todo.
5. Observa bien el mundo que te rodea, te sorprenderá.
6. Hazte amigo de un gigante pelirrojo.
7. Y nunca, nunca dejes de leer.

Para Sally, primer huésped del Hotel Deucalion.

**Y para Teena, quien me hizo creer
que podía hacer cualquier cosa, incluso esto.**



PRÓLOGO

Primavera del Uno

Los periodistas llegaron antes de que lo hiciera el féretro. Se habían ido congregando a las puertas durante la noche y al amanecer eran ya un nutrido grupo. A las nueve en punto conformaban un auténtico enjambre.

Era cerca del mediodía cuando Corvus Crow recorrió el largo paseo que iba desde la puerta de su casa hasta las vallas de hierro que los mantenían a una distancia prudencial.

—Canciller Crow, ¿cómo afectará esto a sus planes de presentarse a la reelección?

—Canciller Crow, ¿cuándo se llevará a cabo el entierro?

—¿El presidente le ha presentado ya sus condolencias?

—¿Cómo se siente de aliviado esta mañana, canciller?

—Por favor, por favor... —Corvus levantó una mano enguantada para hacerlos callar y sacó un papel del bolsillo de su elegante traje negro—. Me gustaría, con su permiso, leerles una declaración en nombre de mi familia.

Acto seguido, leyó con el tono de voz autoritario y sonoro que había adquirido y pulido después de tanto tiempo reclamando orden en la Cancillería:

—Queremos daros las gracias, ciudadanos y ciudadanas de nuestra gran República, por todo el apoyo que hemos recibido por vuestra parte en los últimos once años. Esta ha sido una época muy dura para nuestra familia. Y no hay duda de que la aflicción y la angustia seguirán entre nosotros durante una larga temporada...

Se detuvo para aclararse la garganta y alzó la vista un instante para observar a su silenciosa audiencia. Un mar de cámaras y de ojos curiosos le devolvían la mirada. Oleadas de flashes y clics lo atacaban desde todos los ángulos de forma incesante.

—La pérdida de una criatura es algo difícil de soportar —continuó leyendo—. No solo para nuestra familia, sino también para toda la gente de Jackalfax, la cual, como sabemos, comparte nuestro dolor.

Al menos, cincuenta personas enarcaron las cejas de inmediato y otras tantas comenzaron a toser de modo embarazoso rompiendo el momentáneo silencio.

—Sin embargo, esta mañana, conforme damos la bienvenida a la Novena Era de la República del Mar Invernal, somos conscientes de que lo peor ya ha pasado.

De súbito, se oyó un sonoro graznido por encima de las cabezas de los allí presentes. Todos encogieron los hombros y torcieron el gesto; no obstante, nadie miró hacia arriba. Al fin y al cabo, los pájaros llevaban dando vueltas en el cielo toda la mañana.

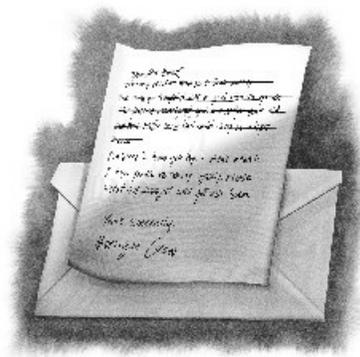
—La Octava Era se llevó a mi amada primera esposa, y ahora me ha quitado también a mi única hija.

Un nuevo y desgarrador graznido se oyó en las alturas, haciendo que a uno de los reporteros se le cayera el micrófono con el que apuntaba al rostro del canciller y, por unos segundos, se pusiera a armar gran alboroto para recogerlo del suelo. Nada más conseguirlo, volvió a incorporarse, rojo como un tomate, y farfulló una torpe disculpa. Ignorándola, Corvus continuó:

—A pesar de ello, se ha llevado consigo el peligro, la duda y la desesperanza que a lo largo de su corta vida la acosaron como una plaga. Mi... *querida* Morrigan —añadió, haciendo una mueca forzada— descansa por fin en paz; y lo mismo debemos hacer todos. Todo Jackalfax (y, desde luego, el Estado entero de Gran Wolfacre) vuelve a estar a salvo. Ya no hay nada que temer.

Un murmullo generalizado de incertidumbre se abrió paso entre la multitud, a la par que las acometidas de los flashes parecían disminuir. El canciller levantó la vista y, parpadeando, los observó de frente. De pronto, una ligera brisa agitó la hoja de papel; aunque quizá no fuera eso, sino el temblor de la mano que la sostenía.

—Gracias. No se admiten preguntas.



CAPÍTULO UNO

LA HIJA MALDITA DE LOS CROW

*Invierno del Once
(tres días antes)*

El gato que solía rondar por la cocina yacía muerto. Y, por supuesto, era culpa de Morrigan.

No tenía ni idea de cómo había sucedido, ni cuándo. Tal vez, pensó, había comido algo en mal estado durante la noche. No tenía heridas que sugirieran que hubiera sido atacado por un perro o un zorro, sino solo un hilillo de sangre seca que le salía por una comisura de la boca. De no ser por eso y por el hecho de que estaba frío y tieso como un palo, se diría que dormía.

Nada más encontrar el cuerpo del animal a la débil luz de aquella mañana invernal, ella se acurrucó a su lado en el sucio suelo y, apenada, le acarició el negro pelaje desde la cabeza hasta la punta de la mullida cola.

—Lo siento, gato —murmuró mientras reflexionaba acerca del lugar más conveniente para enterrarlo.

Se preguntó si sería buena idea pedirle a la abuela un trozo de alguna tela bonita para envolverlo con ella. Seguramente, no. Lo mejor sería usar uno de sus camisones.

En ese momento, la cocinera abrió la puerta trasera de la cocina con la intención de echar a los perros las sobras del día anterior. Sobresaltada al advertir la presencia de Morrigan, casi se le cae el cubo que llevaba en la mano. La anciana echó una ojeada al gato muerto y torció el gesto.

—¡Alabado sea el Señor! Aunque mejor su pellejo que el mío... —farfulló a la vez que se besaba el colgante que llevaba alrededor del cuello y daba unos golpecitos en la puerta de madera. Luego miró de reojo a Morrigan—. Me gustaba ese gato.

—Y a mí...

—Oh, sí... Ya lo veo... —añadió la señora con voz amarga al tiempo que se alejaba poco a poco de manera cautelosa—. Venga, ya puedes entrar. Te están esperando en el despacho.

Morrigan corrió a toda pastilla hacia la casa. Sin embargo, al salir al pasillo, se detuvo de golpe, volvió a mirar a hurtadillas a través de la puerta de la cocina y vio que la cocinera cogía un trozo de tiza y escribía en la pizarra: «GATO DE LA COZINA MUERTO». justo debajo de una lista que ya incluía «PESCADO *PODRYDO*», «ATAQUE AL CORAZÓN DEL VIEJO TOM», «INUNDACIONES EN NORTH PROSPER» y «MANCHAS DE SALSA EN EL *MEGOR* MANTEL».

—Puedo recomendar varios psicólogos infantiles excelentes en el área metropolitana de Jackalfax.

La nueva asistente social ni siquiera había tocado su taza de té ni las pastas. Y eso que había llegado en tren aquella misma mañana desde la capital, después de un trayecto de dos horas y media, para luego recorrer andando el camino desde la estación hasta la Mansión de los Crow bajo una molesta llovizna. Tenía el abrigo empapado, y el pelo mojado se le pegaba a la cabeza como un casco. Morrigan intentó pensar en un remedio más efectivo para tan lastimoso estado que una simple infusión; no obstante, la mujer no parecía querer nada.

—No soy yo quien ha hecho el té... —dijo Morrigan—. Si es por eso por lo que no quiere probarlo...

La asistente la ignoró por completo.

—El doctor Fielding, por ejemplo, se ha hecho un nombre por su trabajo con niños malditos. Estoy segura de que ha oído hablar de él. El doctor Llewellyn es también un profesional con sobrada experiencia en este campo, si es que busca un enfoque más amable y maternal.

El padre de Morrigan carraspeó evidenciando su incomodidad.

—No creo que eso sea necesario.

Desde hacía algún tiempo, Corvus había desarrollado un leve tic en su ojo izquierdo que hacía acto de presencia solo durante esas reuniones mensuales obligatorias, circunstancia que le demostraba a su hija que él las odiaba tanto como ella. De todos modos, lo único que ella y su padre tenían en común era ese cabello negro como el carbón y la nariz torcida hacia un lado.

—Morrigan no necesita de semejante tipo de cuidados —continuó él—. Ya es una niña bastante sensible de por sí. Ella es muy consciente de cuál es su problema.

La asistente social se aventuró a lanzar una fugaz mirada a la chica, que se encontraba sentada a su lado en el sofá intentando aparentar tranquilidad y sosiego. Aquellas visitas siempre eran un rollo.

—Canciller, sin ánimo de parecer poco delicada, permítame que le diga una cosa: el tiempo vuela. Todos los expertos coinciden a la hora de afirmar que nos encontramos en el último año de esta Era. El último antes de la Nocturnal —afirmó, haciendo que Morrigan desviara la atención hacia otra parte y se pusiera a mirar por la ventana, cosa que siempre hacía cuando alguien mencionaba esa palabra—. Debe darse cuenta de que este es un periodo de transición para...

—¿Tiene usted la lista? —preguntó Corvus con cierta impaciencia mientras miraba deliberadamente el reloj de la pared del despacho.

—Por... por supuesto —contestó la asistente, sacando una hoja de su carpeta con un ligero temblor.

«La mujer lo está haciendo bastante bien», pensó Morrigan; sobre todo, teniendo en cuenta que aquella no era más que la segunda vez que iba allí. En la primera visita, apenas se atrevió a elevar la voz más allá de un leve susurro y, a buen seguro, habría considerado una invitación al desastre sentarse a su lado.

—¿Quiere que la lea en voz alta? Este mes es bastante corta... Muy bien —dijo con rigidez.

Morrigan no sabía qué decir. Realmente no podía atribuirse el mérito de algo que escapaba a su control.

—Empezaremos con los incidentes que requieren de indemnización —continuó la asistente social—. El Consejo Municipal de Jackalfax pide setecientos *kreds* por los desperfectos causados durante una granizada en un quiosco.

—Creía que habíamos quedado en que los fenómenos meteorológicos extremos no podían ser atribuidos de manera fiable a mi hija —respondió Corvus—. En especial, después de que aquel incendio forestal en Ulf resultara ser provocado, ¿se acuerda usted?

—Sí, canciller. Sin embargo, hay un testigo que asegura que Morrigan es la causante directa en esta ocasión.

—¿Quién? —pidió saber él.

—Un empleado de la oficina de correos oyó a la señorita Crow comentar a su abuela el buen tiempo que hacía en Jackalfax —afirmó la mujer conforme revisaba sus notas—. El granizo comenzó cuatro horas más tarde.

Corvus suspiró hondo, se reclinó en su asiento y dirigió a su hija una mirada de pocos amigos.

—Muy bien. Continúe.

Morrigan frunció el ceño. Jamás en su vida había comentado a nadie «el buen tiempo que hacía en Jackalfax». Lo único que recordaba de aquel día era haberse vuelto hacia la abuela en la oficina de correos y haberle dicho: «Qué calor hace, ¿verdad?», cosa que no era lo mismo en absoluto.

—Un hombre del pueblo, Thomas Bratchett, murió hace poco de un ataque al corazón...

—Nuestro jardinero, lo sé —la interrumpió Corvus—. Las hortensias están sufriendo desde entonces. Qué vergüenza, Morrigan... ¿Qué le hiciste al pobre anciano?

—Nada.

Su padre la contempló escéptico.

—¿Nada? ¿Nada de nada?

Ella reflexionó un instante.

—Solo le dije lo bonitos que estaban los parterres.

—¿Cuándo?

—Hace un año más o menos.

Corvus y la trabajadora social se miraron. La mujer suspiró muy despacio y continuó:

—Su familia está siendo extremadamente generosa con este asunto. Lo único que quiere es que usted pague los gastos del funeral y el entierro, que mande a sus nietos a la universidad y haga una donación a la organización benéfica con la que colaboran.

—¿Cuántos nietos son?

—Cinco.

—Dígale que pagaré la matrícula de dos. Prosiga.

—El director del instituto... ¡Ah!

La señora dio un respingo cuando Morrigan se inclinó hacia delante para coger una pasta. No obstante, se calmó al comprobar que la niña no tenía intención de tocarla.

—Eh... Sí... El director del Instituto de Secundaria Jackalfax nos ha enviado por fin la factura para cubrir los daños ocasionados por el fuego. Dos mil *kreds* son suficientes.

—Dijeron en el periódico que la encargada del comedor se había dejado el horno encendido toda la noche —replicó ella.

—Correcto —añadió la asistente social sin apartar la vista del papel que tenía ante sus ojos —. También aclaraban que había pasado por la Mansión de los Crow el día anterior y se había cruzado contigo en los terrenos de la propiedad.

—¿Y...?

—Afirmó que tuvisteis contacto visual.

—Nunca —contestó ella, sintiendo como la sangre empezaba a subirle a la cabeza.

Aquel fuego no había sido culpa suya. Jamás tuvo contacto visual con nadie. Ella sabía muy bien cuáles eran las reglas. La encargada del comedor estaba mintiendo para lavarse las manos de lo que había ocurrido.

—Está todo en el informe de la policía.

—Es una mentirosa —dijo Morrigan, volviéndose hacia su padre.

No obstante, él se negó a mirarla a los ojos. ¿Sería posible que de verdad creyera que ella también era la culpable de aquello? ¡La encargada admitió que se había dejado el horno encendido toda la noche! La injusticia de la situación hizo que se le formara un nudo en el estómago.

—¡Esa mujer está mintiendo! Yo nunca...

—Ya es suficiente —le espetó su padre de manera tajante, haciendo que su hija se desplomara en su asiento y se cruzara de brazos.

Corvus carraspeó de nuevo e hizo un gesto de asentimiento a la mujer.

—Puede usted enviarme la factura —añadió el canciller—. Y, por favor, acabe con la lista. Tengo la agenda de hoy llena de reuniones.

—Eso... Eso es todo desde el punto de vista económico —respondió la asistente social conforme trazaba una línea de un lado a otro en la parte inferior de la hoja con dedos temblorosos —. Hay solo tres cartas de disculpa que ha de escribir la señorita Crow este mes. A una mujer del pueblo, la señora Calpurnia Malouf, por su cadera rota...

—Demasiado mayor para ponerse a patinar sobre hielo con la edad que tiene... —murmuró Morrigan.

—Otra a la Asociación de Productores de Mermelada de Jackalfax por haber arruinado un lote entero de dicho producto. Y una más a un chico llamado Pip Gilchrest, que perdió el Concurso Estatal de Ortografía de Gran Wolfacre la semana pasada.

Los ojos de Morrigan se abrieron como platos.

—¡Lo único que hice fue desearle buena suerte!

—Precisamente por eso, señorita Crow —añadió la mujer mientras entregaba la lista a Corvus—. Ya debería saberlo... Canciller, supongo que estará usted buscando en estos momentos un nuevo tutor para la niña...

Corvus suspiró.

—Mis ayudantes han contactado con todas las agencias que hay en Jackalfax, así como con otras más alejadas de la capital. Al parecer, nuestro gran Estado se halla atravesando una severa sequía en lo que se refiere a educación privada —dijo, enarcando una ceja con gesto escéptico.

—¿Qué fue de la señorita...? —preguntó la asistente social, consultando sus notas—. Linford, ese era su nombre, ¿verdad? La última vez que nos entrevistamos me comentó usted que estaba trabajando muy bien.

—Una mujer débil e ineficaz —respondió Corvus con una mueca desdeñosa—. Apenas duró una semana. Se marchó sin más una tarde y nunca regresó. Nadie sabe por qué.

No era cierto. Morrigan sí sabía la razón.

El miedo que tenía la señorita Lindford a la maldición de su alumna era tan grande que se negaba a permanecer en la misma habitación que ella. Era algo extraño e indigno tener a alguien gritándote las conjugaciones verbales en *gromés* desde el otro lado de la puerta. Morrigan había ido sintiéndose cada vez más y más molesta hasta que, al final, acabó por meter un bolígrafo roto por el ojo de la cerradura, puso la boca en el extremo, sopló con fuerza y le llenó la cara de tinta negra a la señorita Lindford. Tenía que admitir que aquella no había sido precisamente una de las acciones más elegantes de su vida.

—En la Oficina de Registro tenemos una breve lista de profesores que estarían dispuestos a trabajar con niños malditos. Una lista muy breve —dijo la asistente social, encogiéndose de hombros—, pero puede que haya alguien que... .

—No hay necesidad —la interrumpió Corvus, indicándole con una mano que se detuviera.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Usted misma lo ha dicho. No queda mucho para la Nocturnal.

—Sí, pero... sigue siendo un año todavía...

—No obstante, sería una pérdida de tiempo y de dinero a estas alturas, ¿no le parece?

Morrigan se revolvió incómoda en su asiento al escuchar las palabras de su padre y levantó la vista. Incluso la asistente social pareció sorprendida.

—Con todo el respeto, señor canciller, la Oficina de Registro de Niños Malditos no lo considera una pérdida de tiempo en absoluto. Nosotros creemos que la educación es algo imprescindible en la infancia.

Corvus entornó los ojos con gesto de contrariedad.

—Aun así, pagar por una educación parece un tanto carente de sentido cuando esta infancia en particular va a ser interrumpida de forma prematura. Personalmente, soy de la opinión de que, en primer lugar, ni siquiera tendríamos que habernos molestado nunca. Mejor hubiera sido enviar a mis perros de caza al colegio; a buen seguro que sus expectativas de continuidad habrían sido mucho mayores y su formación me habría resultado bastante más útil.

Morrigan dejó escapar un corto y seco grito ahogado de sorpresa, como si su padre acabara de lanzarle un enorme ladrillo al estómago.

Ahí se alzaba ante ella: la verdad que desde hacía tanto tiempo había estado reprimiendo. Algo que podía ignorar pero nunca olvidar. La verdad que ella, al igual que todos los niños malditos, llevaba escrita en la frente, tatuada en el corazón: «Moriré la noche que llegue la Nocturnal».

—Estoy seguro de que mis colegas del Partido del Mar Invernal estarían de acuerdo conmigo —prosiguió Corvus, mirando fijamente a la mujer y haciendo caso omiso de la incomodidad que sentía su hija—. En particular, los que manejan los fondos de su pequeño departamento.

A continuación, se hizo un largo silencio. La trabajadora social miró de soslayo a Morrigan y comenzó a recoger sus cosas. A la niña no le hizo ninguna gracia el gesto de compasión que acababa de poner la mujer.

—Muy bien. Informaré a la Oficina de Registro de Niños Malditos de su decisión. Que tengan un buen día, canciller y señorita Crow.

Acto seguido, sin mirar atrás, la asistente social salió a toda prisa del despacho. Corvus apretó un timbre que había encima de su escritorio y llamó a sus ayudantes.

Morrigan se levantó de su asiento. Se moría de ganas de gritarle a su padre; sin embargo, en su lugar, preguntó con voz trémula y tímida:

—¿Quieres que...?

—Haz lo que te parezca —replicó el canciller de modo cortante a la vez que revolvía entre los papeles que había sobre la mesa—. Pero no me molestes.

Querida Señora Malouf:

~~*Lamento de veras que no sepa usted patinar sobre hielo.*~~

~~*Lamento que le pareciera una buena idea salir a hacerlo; sobre todo, considerando que tiene usted un millón de años y que sus quebradizos huesos podrían partirse en dos ante la más ligera brisa.*~~

~~*Lamento haberle roto la cadera. No fue mi intención. Espero que se recupere lo antes posible. Por favor, acepte mis más sinceras disculpas y que se mejore.*~~

~~*Saludos cordiales,*~~

~~*Morrigan Crow*~~

Tumbada en el suelo de la segunda de las salas de estar, Morrigan reescribió con cuidado las últimas frases en una hoja de papel nueva y la introdujo en un sobre, aunque no lo selló. En parte, porque Corvus le había dicho que quería echar un vistazo a la carta antes de que fuera enviada, y también, por la improbable posibilidad de que su saliva pudiera llevar de golpe a alguien a la bancarrota o, lo que era peor, provocarle una muerte repentina.

De pronto, el repiqueteo de unos tacones recorriendo el pasillo con paso firme hizo que se le helara la sangre. Miró el reloj de la pared. Era mediodía. Puede que fuera la abuela, que volvía a casa para tomar el té con sus amigas. O su madrastra, Ivy, en busca de alguien a quien echar la culpa de un arañazo en la vajilla o un pequeño descosido en las cortinas. La segunda sala de estar solía ser un buen sitio para esconderse, ya que era la estancia más sombría de toda la casa y apenas entraba la luz del sol. De hecho, a nadie le gustaba, salvo a ella.

Los pasos se desvanecieron y Morrigan pudo dejar de contener la respiración. A continuación, se dirigió a la cadena de música, giró la pequeña rosca metálica y fue haciendo chirriar el dial a través de las distintas ondas de radio hasta dar con una emisora que transmitía

las noticias.

«La matanza invernal de dragones de cada año continúa esta semana en el extremo noroeste de Gran Wolfacre. Han sido más de cuarenta los pérfidos reptiles abatidos por la Fuerza de Erradicación de Fauna Peligrosa. No obstante, la FEFP ha recibido informes de un número cada vez mayor de encuentros con dragones cerca del balneario de Cascadas Profundas, un destino vacacional para...»

Morrigan redujo a un mero zumbido de fondo la voz pija y nasal del locutor y comenzó a escribir la siguiente carta.

Querido Pip:

~~*Siento mucho que creyeras que «MELAZA» se escribe con «S».*~~

~~*Siento mucho que seas un idiota.*~~

~~*Siento mucho que no ganaras el concurso de ortografía por ser un idiota. Por favor, acepta mis más sinceras disculpas por cualquier contrariedad que yo haya podido causarte. Te prometo que nunca más volveré a desearte buena suerte, tanto desagradecido...*~~

~~*Atentamente,*~~

~~*Morrigan Crow*~~

En ese momento, un grupo de gente comenzó a hablar por la radio sobre cómo habían perdido sus casas debido a las inundaciones en Prosper, y de los seres queridos y las mascotas a los que habían visto alejarse en la riada cuando las calles se convirtieron de la noche a la mañana en violentos torrentes de agua.

Querida Asociación de Productores de Mermelada de Jackalfax:

~~*Lo lamento de veras, pero ¿no creen ustedes que hay cosas peores en esta vida que el que se eche a perder la mermelada?*~~

«En unos instantes abordaremos el siguiente asunto: «Podría estar la Nocturnal más cerca de lo que pensamos?», continuó diciendo el locutor, lo que hizo que Morrigan se quedara paralizada en el acto al oír otra vez esa palabra maldita. «Mientras que la mayoría de los expertos coinciden en señalar que queda más de un año todavía para la llegada de la próxima Era, un pequeño número de cronologistas alternativos creen que quizá celebremos su llegada mucho antes de lo que creemos. ¿Darán en el clavo o es solo que les falta un tornillo?»

Un ligero escalofrío le subió por la nuca. No obstante, decidió no darle demasiada importancia. «Les falta un tornillo», se dijo a sí misma con tono desafiante.

La voz nasal procedente de la radio continuó:

«Pero, antes de nada, hemos de subrayar la incertidumbre que se vive en la capital ahora mismo por culpa de los rumores que siguen extendiéndose acerca de una inminente escasez de fabulano. Uno de los portavoces de Industrias Squall ha manifestado públicamente su opinión en una rueda de prensa llevada a cabo esta misma mañana».

Acto seguido, un hombre empezó a hablar en tono pausado por encima del murmullo de fondo de los periodistas:

«No hay ninguna crisis en Industrias Squall. Los rumores existentes en torno a una escasez energética en la República son completamente infundados. No me cansaré de repetirlo».

«¡Hable más alto!», gritó alguien al fondo.

«La República tiene tanto fabulano como siempre. Seguimos cosechando los beneficios de este abundante recurso natural», continuó el portavoz, alzando la voz.

«Señor Jones —lo interpeló uno de los reporteros—, ¿piensa responder a los informes que han salido a la luz recientemente en los que se habla de penuria energética y de un mal funcionamiento de la tecnología fabulánica en los estados de Southlight y de Sang Oriental? ¿Está Ezra Squall al tanto de estos problemas? ¿Saldrá alguna vez de su vida retirada para enfrentarse al conflicto?»

El hombre carraspeó.

«Les repito que eso no son más que estúpidos chismes y rumores para asustarnos. Nuestros sistemas de monitorización de última generación no muestran en absoluto carencia de fabulano, ni tampoco ninguna disfunción en los dispositivos fabulánicos. El Faburrail opera con absoluta normalidad, igual que la eléctrica y el Servicio Público de Salud Fabulánica. Y en lo que respecta al señor Squall, me consta que es más que consciente de ser el único proveedor a nivel nacional de fabulano y sus productos derivados. Industrias Squall tiene una gran responsabilidad. Y nos hallamos tan comprometidos como siempre con...»

«Señor Jones, se especula con que puede haber cierta relación entre la carestía de fabulano y los niños malditos. ¿Puede comentarnos algo al respecto?»

A Morrigan se le cayó el bolígrafo nada más oír aquello.

«No... no estoy seguro... no estoy seguro de lo que quiere decir...», tartamudeó el portavoz como si acabaran de cogerlo desprevenido por completo.

El periodista insistió:

«Bueno, Southlight y Sang Oriental tienen en total tres niños malditos, según los registros estatales... No como el Estado de Prosper, que no tiene ninguno registrado y que tampoco ha sufrido escasez alguna de fabulano. Gran Wolfacre tiene también un niño maldito, la hija del eminente político Corvus Crow... ¿Es posible que pueda ser el próximo Estado golpeado por la crisis?».

«Le repito por enésima vez que no existe tal crisis.»

Morrigan dejó escapar un gruñido molesto y apagó la radio. Ahora iban a echarle la culpa de algo que ni siquiera había sucedido aún. ¿Cuántas cartas de disculpa tendría que escribir el próximo mes? Solo de pensarlo empezaban a darle calambres en la mano.

Suspiró y agarró el boli de nuevo.

Querida Asociación de Productores de Mermelada de Jackalfax:

Lamento de veras lo de la mermelada.

Atentamente,

M. Crow

El padre de Morrigan era el canciller de Gran Wolfacre, el más grande de los cuatro estados que componían la República de Mar Invernal. Era un hombre muy importante y ocupado, que seguía trabajando incluso las raras veces en que se hallaba en casa a la hora de la cena. A su izquierda y a su derecha se sentaban, respectivamente, Izquierda y Derecha, su siempre presente pareja de ayudantes, lo cual no quiere decir que estos fueran los mismos en todo momento. Al contrario, Corvus despedía y contrataba a colaboradores nuevos cada dos por tres, y por esa razón había dejado de referirse a ellos por sus nombres reales.

—Envíe una nota al General Wilson, Derecha —estaba diciendo en el momento en que Morrigan se sentaba a la mesa con ellos aquella noche—. Su oficina ha de remitirnos el presupuesto destinado al nuevo hospital de campaña para principios de primavera a más tardar.

Justo enfrente se sentaba su madrastra, Ivy, y en el extremo opuesto, alejada de todos, la abuela. Nadie miraba a Morrigan.

—Sí, canciller —respondió Derecha, al tiempo que sostenía en la mano unas muestras de tela azul—. ¿Y qué hay de la nueva tapicería de su despacho?

—La azul cerúleo diría yo... Pregúntele a mi esposa sobre ese tema. Ella es la experta en la materia, ¿verdad, querida?

Ivy esbozó una sonrisa radiante.

—La azul aciano, amor —dijo ella con una risita tintineante y fresca—. Para que vaya a juego con el color de tus ojos.

Su madrastra no encajaba muy bien en la Mansión de los Crow. Sus cabellos dorados y su piel tostada por el sol (fruto del reciente verano que había pasado «desestresándose» en las gloriosas playas del sudeste de Prosper) eran lo opuesto al pelo negro como la noche y la tez pálida y enfermiza que caracterizaban a la familia Crow. Los Crow nunca se ponían morenos.

Morrigan pensaba que quizá aquella fuera la razón por la que a su padre le gustaba tanto Ivy. Ella no se parecía en nada a ninguno de ellos. Allí sentada, en aquel comedor mortecino, tenía el aspecto de una obra de arte exótica que se hubiera llevado a casa después de unas largas vacaciones en algún remoto rincón del mundo.

—Izquierda, ¿alguna noticia del Campamento 16 y el brote de sarampión?

—Está bajo control, señor. Aunque siguen sufriendo apagones.

—¿Cada cuánto?

—Una vez a la semana. A veces, dos. El descontento está creciendo en las ciudades fronterizas.

—¿En Gran Wolfacre? ¿Está seguro?

—No ha habido disturbios como los acontecidos en los suburbios de Southlight, señor. Tan solo un nivel relativamente bajo de pánico.

—¿Y piensan que es debido a la escasez de fabulatio? Bobadas... Aquí no tenemos ningún problema. La Mansión de los Crow jamás ha funcionado con mayor fluidez y operatividad. Observen esas luces... Brillantes como el sol. Nuestros generadores rebosan energía.

—Sí, señor —añadió Izquierda visiblemente incómodo—. Eso... no ha pasado inadvertido a la gente.

—Oh, quejas, quejas y más quejas... —graznó una voz desde la otra punta de la mesa.

La abuela se hallaba muy compuesta, como siempre que se arreglaba para la cena, con un vestido largo de color negro y alhajas alrededor del cuello y en los dedos. Su áspera y gris cabellera estaba recogida en un formidable moño sobre la coronilla.

—No hay ninguna escasez de fabulatio, solo una panda de gorriones que no ha pagado las facturas energéticas. No me extrañaría que Ezra Squall les cortara el suministro por completo. Desde luego, yo no se lo reprocharía —añadió conforme cortaba su filete en pequeños y sanguinolentos trocitos.

—Cancelen mi agenda para mañana —ordenó Corvus a sus ayudantes—. Haré una visita a las ciudades fronterizas. Unos cuantos apretones de manos y esas cosas... Eso debería bastar para hacerlos callar una temporada.

La abuela soltó una risita malévol.

—Lo que necesitan es una buena sacudida en la cabeza. Tienes mucho temple, Corvus, ¿por qué no lo usas?

El semblante de Corvus se agrió de repente. Morrigan intentó no reírse. Ya en una ocasión había oído decir a una de las doncellas que la abuela era una «vieja y fiera ave de presa disfrazada de respetable señora». En aquel momento, no pudo sino estar de acuerdo con aquella afirmación, si bien tampoco podía evitar disfrutar de la fiereza de la abuela cuando no era ella el blanco de sus dardos.

—Mañana... mañana es el Día de la Puja, señor —recordó Izquierda—. Todo el mundo espera que haga un discurso en favor de los niños candidatos.

—Madre mía, tiene usted razón... —replicó Corvus—. Qué fastidio. Supongo que no puedo volver a cancelarlo este año. ¿Dónde y a qué hora?

—Es en el Ayuntamiento. A mediodía —respondió Derecha—. Asistirán los niños del Colegio de San Cristóbal, la Academia Mary Henwright y el Instituto de Secundaria Jackalfax.

—Muy bien —contestó Corvus, suspirando de mala gana—. Pero llamad al *Chronicle*. Aseguraos de que cubren toda la visita.

Morrigan tragó el trozo de pan que tenía en la boca.

—¿Qué es el Día de la Puja?

Como solía suceder cada vez que ella decía algo, todos se volvieron y la miraron con una vaga expresión de sorpresa, como si se tratase de una lámpara a la que acabaran de salirle patas y se hubiera puesto a bailar claqué por la habitación.

Después de un instante de silencio, su padre, obviando por completo que alguien hubiera hablado, continuó:

—Quizá podríamos invitar a las organizaciones benéficas infantiles municipales. Sería una buena publicidad; ya saben: hacer algo por los más desfavorecidos y esas cosas.

—Corvus, por el amor de Dios... —protestó la abuela—. Solo te hace falta un niño zangolotino con el que posar en la foto y ya está. Tendrás cientos entre los que elegir. Tú simplemente coge al más fotogénico, le estrechas la mano y te marchas. ¿Qué necesidad tienes de complicarte la vida?...

—Mmm... —replicó él, asintiendo—. Bien pensado, Madre. Páseme la sal, ¿quiere, Izquierda?

—De hecho, señor... —añadió Derecha, carraspeando tímidamente—. Puede que no sea tan mala idea incluirlas. Nos garantizará la primera página en todos los periódicos.

—A sus índices de valoración en las áreas más remotas les vendría bien un empujón —puntualizó Izquierda mientras alcanzaba el salero lo más rápido que podía.

—No es necesario que lo diga de manera delicada, Izquierda —dijo Corvus, enarcando una ceja y mirando con el rabillo del ojo a su hija—. Ya sé que mis índices de valoración necesitan de un empujón en todas partes.

Un cierto sentimiento de culpa hizo estremecer muy levemente a Morrigan. Sabía que el mayor reto en la vida para su padre era, a pesar de todas las desgracias e infortunios que le ocasionaba su única hija, intentar mantener vivo el afecto y la consideración de los votantes de Gran Wolfacre. No en vano, que esta fuera su quinta candidatura como canciller estatal a pesar de este hándicap era para Corvus Crow un milagro renovado día a día; sin embargo, la idea de dejar de gozar de aquella suerte improbable era algo que cada vez le generaba mayor ansiedad.

—Pero Madre está en lo cierto, no merece la pena que sobrecarguemos el evento —continuó—. Encuentren otro modo de conseguirme una foto en la primera página de los periódicos.

—¿Es una subasta? —preguntó Morrigan.

—¿Una subasta? —replicó Corvus de forma cortante—. ¿De qué diablos estás hablando?

—El Día de la Puja.

—Oh, por el amor de Dios... —dijo él con impaciencia a la vez que volvía su atención de nuevo hacia los papeles—. Ivy, explícaselo, ¿quieres?

—El Día de la Puja —comenzó a decir su madrastra, haciéndose la interesante— es el día en que los niños que han completado la primaria reciben las ofertas académicas, un evento que les abrirá las puertas de la felicidad en el futuro.

—O del dinero —puntualizó la abuela.

—Sí —prosiguió Ivy ligeramente contrariada por la interrupción—. Si son buenos en lo suyo, o tienen mucho talento, o sus padres poseen el dinero suficiente para sobornar a alguien, entonces alguna persona respetable procedente de una buena institución educativa aparecerá y hará una oferta por ellos.

—¿Todo el mundo recibe una oferta? —preguntó Morrigan.

—¡Cielo santo, por supuesto que no! —exclamó su madrastra riéndose.

Justo en ese momento, entró una de las doncellas con un cuenco lleno de salsa y lo colocó junto a ella. Ivy añadió con un susurro:

—Si todo el mundo recibiera educación, ¿de dónde saldrían los sirvientes?

—Pero eso no es justo —protestó ella mientras observaba cómo la doncella salía del comedor a toda prisa con expresión avergonzada—. Además, sigo sin entenderlo; ¿qué es por lo que pujan?

—Por el privilegio de supervisar la educación del niño —las interrumpió impaciente Corvus, a la vez que hacía un aspaviento con la mano ante su cara como si quisiera quitarse de en medio aquella conversación—. La gloria de formar las jóvenes mentes del mañana y todo eso... Izquierda, ¿a qué hora es la reunión con el presidente de la Junta de Granjeros el jueves?

—A las tres en punto, señor.

—¿Yo puedo ir? —saltó Morrigan.

Corvus pestañeó con incredulidad varias veces seguidas al tiempo que su frente se iba agrietando en cuestión de segundos.

—¿Y por qué ibas tú a querer asistir a mi reunión con el presidente de...?

—Me refiero al Día de la Puja. Mañana. A la ceremonia en el Ayuntamiento.

—¿Tú? —preguntó Ivy—. ¿Ir a la ceremonia del Día de la Puja? ¿Para qué, si se puede saber?

—Pues solo para... —contestó ella, sintiéndose de repente insegura—. Bueno, esta semana es mi cumpleaños. Podría ser mi regalo, ¿no?

Toda su familia se quedó de piedra ante la propuesta, cosa que, además, confirmaba sus sospechas de que ninguno de ellos se había acordado de que cumplía once años al cabo de dos días.

—Se me ha ocurrido que podría ser divertido... —añadió Morrigan, a la vez que bajaba el tono de voz progresivamente y agachaba la cabeza hacia su plato deseando no haber abierto la boca lo más mínimo.

—Es que no es un evento festivo —dijo Corvus con desdén—. Es un acto político. Y no, no puedes ir. No hay más que hablar. Qué idea más tonta...

Ella se hundió en su asiento sintiéndose desmoralizada y estúpida. ¿Qué esperaba? Su padre tenía razón. No había sido más que una idea tonta que se le había pasado por la cabeza.

Los Crow continuaron cenando en un tenso silencio durante unos cuantos minutos hasta que...

—De hecho, señor... —dijo Derecha con tono vacilante.

Los cubiertos de Corvus rechinaron contra la vajilla.

—¿Qué? —preguntó, mirando a su ayudante con expresión amenazadora.

—Pues..., bueno..., si lo hiciera..., y no estoy diciendo que lo haga, solo que si lo hiciera... Llevar a su hija con usted, tal vez fuera de ayuda a la hora de... suavizar su imagen pública. Hasta cierto punto...

—Señor, puede que Derecha tenga razón... —añadió Izquierda, retorciéndose nervioso las manos ante la mirada encendida de Corvus—. Lo... lo que quiero decir es que, según las encuestas, la gente de Gran Wolfacre lo percibe a usted como alguien un tanto... distante.

—Frío —intervino Derecha.

—Seguro que no hace ningún mal a su índice de valoración que les recuerde que está a punto de convertirse en un... afligido padre de familia. Desde un enfoque meramente periodístico, podría dotar al evento de un punto de interés diferente y único.

—¿Cómo de único?

—Lo bastante como para asegurarse una primera página en todos los periódicos.

Corvus permaneció en silencio unos instantes, durante los cuales a Morrigan le pareció distinguir el recurrente tic en el ojo izquierdo.



CAPÍTULO DOS

EL DÍA DE LA PUJA

—No hables con nadie, Morrigan —le murmuró su padre aquella mañana por enésima vez al tiempo que subía a toda prisa y a grandes zancadas (que a ella le costaba seguir) los escalones de piedra del Ayuntamiento—. Tú te sentarás en el escenario junto a mí, donde todo el mundo te vea. ¿Entendido? Ni se te ocurra hacer nada... raro. Nada de caderas rotas ni... enjambres de avispas, ni escaleras que se caen, ni...

—¿Ataques de tiburones? —sugirió ella.

Corvus se volvió de golpe. Tenía manchas rojizas por todo el rostro.

—¿Te crees que esto es divertido? Todo el mundo en el Ayuntamiento estará pendiente de lo que haces y de cómo me afecta a mí. Así que te pregunto: ¿no estarás de verdad pensando en arruinar mi carrera, verdad?

—No —contestó Morrigan, quitándose de la cara una pequeña salpicadura de la colérica saliva de su padre—. Rotundamente, no.

Ella ya había estado en el Ayuntamiento en un buen número de ocasiones. Por lo general, cuando la popularidad de su padre se hallaba bajo mínimos y necesitaba de una demostración pública de afecto por parte de su familia. Flanqueado por columnas de piedra y erigido a la sombra de la enorme torre del reloj de hierro forjado, el sombrío Ayuntamiento de Jackalfax era el edificio más importante de la ciudad. Sin embargo, la torre resultaba (aunque ella hiciera esfuerzos para no mirarla) mucho más interesante.

El Cosmorreloj no era un reloj normal y corriente. No tenía agujas ni números que marcaran las horas. Consistía tan solo en una esfera redonda de cristal en la que se veía un cielo abierto en su interior que iba cambiando con el paso de la Era (de la luz rosa y pálida de la Aurora, pasando por la luz dorada del Meridiano y el brillo anaranjado de la Vespertina hasta el oscuro y sombrío azul del Crepúsculo).

Aquel día, como todos los que llevaban transcurridos del año, estaban en la Nocturnal. Morrigan sabía que eso quería decir que el Cosmorreloj no tardaría mucho en pasar al quinto y último color de su ciclo: la negra oscuridad repleta de estrellas de la Nocturnal. El último día de la Era.

No obstante, todavía faltaba un año para que eso sucediera, así que apartó aquellos turbios pensamientos de su mente y siguió a su padre escaleras arriba.

Había un cierto ambiente de excitación y nerviosismo en el normalmente umbrío y reverberante Salón de Plenos del Ayuntamiento. Setecientos niños de todo Jackalfax acababan de llegar vistiendo sus mejores galas dominicales: los chicos con el pelo repeinado y las chicas con lazos en las coletas y diversos tipos de sombreritos. Todos se sentaron con la espalda bien recta en las sillas dispuestas en hileras bajo la recurrente y severa mirada del presidente de la República del Mar Invernal, cuyo retrato colgaba en la pared de todos los hogares, tiendas y edificios gubernamentales: siempre vigilante, siempre grande y amenazador.

El anárquico estrépito de los chavales se redujo a un leve y persistente murmullo en el momento en que Morrigan tomó asiento junto a su padre en el escenario, justo detrás del estrado. Mirara a donde mirase, se encontraba siempre con un par de ojos que la escudriñaban de los pies a la cabeza.

Corvus colocó entonces una mano en el hombro de su hija, en un incómodo y muy poco natural gesto de amor paterno-filial que algunos periodistas locales no tardaron en inmortalizar con sus cámaras. Estaba claro que se trataba de un material idóneo para la primera página de un periódico, pensó: la hija sobre la que pesaba una maldición y su (dentro de poco) doliente padre, una pareja terriblemente trágica. Ella intentó poner cara de desolación, cosa nada sencilla, ya que los fogonazos de las cámaras la cegaban de forma ininterrumpida.

Después del triunfante coro cantando el himno nacional de la República del Mar Invernal («¡Adelante! ¡Arriba! ¡Marchemos! ¡Hurra!»), el canciller abrió la ceremonia con un aburridísimo discurso, seguido de varios representantes del gobierno municipal y unos cuantos hombres de negocios importantes de la ciudad que también quisieron meter baza. Luego, por fin, el alcalde de Jackalfax sacó una refinada urna de madera y comenzó a leer las licitaciones. Morrigan se enderezó en su asiento y notó un ligero cosquilleo de emoción en la boca del estómago que no sabía muy bien cómo explicar.

—La señora Honora Salvi de la Compañía de Ballet de Silklands —dijo el alcalde leyendo la cubierta del primer sobre que extrajo— desea presentar su oferta por Molly Jenkins.

En ese mismo instante, varios chillidos emocionados surgieron de la tercera fila del patio de butacas, y un segundo más tarde, Molly Jenkins se levantó de un brinco de su silla, se apresuró hasta el escenario, y una vez que se hubo subido a él, hizo una reverencia y recogió el sobre que contenía la oferta.

—Enhorabuena, señorita Jenkins. Diríjase después de la ceremonia a uno de nuestros ayudantes, al fondo; él la conducirá hasta la sala de entrevistas.

Acto seguido, sacó un nuevo sobre.

—El comandante Jacob Jackerley de la Escuela de Estudios Militares de Poisonwood desea presentar su oferta por Michael Salisbury.

Enseguida, los amigos de Michael y su familia comenzaron a aplaudir y a vitorearlo.

—El señor Henry Single, dueño y propietario de Sapos & Culebras Emporio desea presentar su oferta por Alice Carter, para que esta se convierta en aprendiz de herpetóloga... ¡Cielo santo, eso sí que es fascinante!

Así sucesivamente, la licitación duró casi una hora. Todos los muchachos y las muchachas presentes en el salón observaban con ansiedad cómo iba saliendo un sobre tras otro de la urna. Cada nuevo anuncio era recibido con ostentosas manifestaciones de alegría por parte del seleccionado y de sus parientes, así como con un suspiro colectivo de desilusión del resto de los allí presentes.

Morrigan comenzó a sentirse un tanto inquieta. En realidad, la emoción de la novedad que suponía para ella el Día de la Puja se había ido desgastando poco a poco. Al principio, pensó que sería divertido; sin embargo, no había tenido en cuenta los sordos celos que poco a poco la iban corroyendo conforme un niño tras otro agarraba rápidamente su sobre, un sobre que contenía para cada uno de ellos un futuro brillante que ella nunca tendría. Las palabras de Ivy resonaron en su cabeza: «Tú no esperarás ninguna oferta, ¿verdad? Ay, querida».

Nada más recordar a su madrastra riéndose de ella, sintió que la sangre le subía a la cabeza y tuvo que hacer un serio esfuerzo para resistirse al repentino y frenético impulso de escapar de aquel calor sofocante que reinaba en la sala.

Acto seguido, una nueva ovación estalló desde la primera fila cuando Cory Jameson fue propuesto por la señora Ginnifer O'Reilly, de la prestigiosa Academia del Mar Invernal, una escuela de la capital financiada con fondos del gobierno; era ya la segunda vez que lo seleccionaban aquel día, la primera había sido para entrar en el Instituto de Geología de Prosper, el Estado más rico de la República, de donde se extraían rubíes y zafiros.

—Vaya, vaya... —El alcalde se dio una palmaditas en su gordo estómago al tiempo que Cory recogía su segundo sobre y lo agitaba por encima de su cabeza, haciendo brotar unos gritos aún más fuertes por parte de su familia—. ¡Dos ofertas en un mismo día! Esto es para que quede constancia por escrito... La primera oferta doble que ha visto Jackalfax en un buen montón de años. Bien hecho, muchacho, bien hecho. Importante decisión la que tiene que tomar... Bien, y ahora... Ah, tenemos una oferta anónima para... para...

El alcalde hizo una pausa. Echó primero un vistazo a la zona Vip y, luego, de nuevo a la carta que tenía en la mano. A continuación, carraspeó y dijo:

—Para la señorita Morrigan Crow.

Un gran silencio se apoderó del recinto. Morrigan parpadeó varias veces seguidas sin poder creerse lo que acababa de oír.

¿Habrían sido imaginaciones suyas? Al parecer no, pues Corvus se revolvió inquieto en su asiento y miró al alcalde, el cual se encogió de hombros y, haciéndole a la chica una seña para que se acercara al estrado, dijo:

—¿Señorita Crow?

Un enorme coro de susurros y cuchicheos se abrió paso entre la audiencia, como una bandada de pájaros que de repente echara a volar sobresaltada.

«Tiene que ser un error. La oferta es para otra persona seguro», pensó.

Morrigan miró entre las filas de chicos y chicas, pero nada, lo único que vio fue semblantes con el ceño fruncido y dedos que la señalaban directamente. En ese momento, un potente haz de luz iluminó su rostro. Fue como si, de golpe, el salón del Ayuntamiento se hubiera vuelto el doble

de grande y de brillante.

El alcalde, inquieto e impaciente, la llamó de nuevo. Morrigan respiró hondo y obligó a sus piernas a erguirse y caminar hacia delante. Cada paso que daba resonaba con insoportable estruendo sobre las vigas de madera. Acto seguido, tomó el sobre con mano temblorosa, esperando que de un instante a otro, el alcalde comenzara a reírse de ella y se lo arrebatara con rapidez diciendo: «¡Esto no es para ti!». Sin embargo, el hombre se limitó a mirarla fijamente con un profundo gesto de preocupación.

Ella dio la vuelta al sobre. El corazón le latía con fuerza. Entonces lo vio. En efecto, se trataba de su nombre escrito con una bonita caligrafía en cursiva: *Señorita Morrigan Crow*. No cabía duda de que era para ella. A pesar de la creciente tensión que se vivía en el salón, ella sentía una alegre ligereza en su interior; de hecho, tuvo que resistirse al impulso de soltar una gran risa de felicidad.

—Enhorabuena, señorita Crow —la felicitó el alcalde con una sonrisa muy poco convincente—. Ahora, tome asiento, y luego, después de la ceremonia, vaya a ver a uno de nuestros asistentes al fondo del salón.

—Gregory... —dijo Corvus con tono de advertencia.

El alcalde se encogió de hombros otra vez y le susurró:

—Es la tradición, Corvus... Más que eso, es la ley.

La ceremonia continuó, y ella, atónita y en silencio, se sentó de nuevo. Ni siquiera se atrevía a abrir su oferta. Su padre permanecía rígido en su silla, echando una ojeada cada pocos segundos al sobre de color marfil, como si quisiera agarrarlo y prenderle fuego. Solo por si las moscas, Morrigan se lo guardó en el bolsillo del vestido y lo sostuvo con fuerza todo el tiempo que tardaron otros ocho niños más en subir al escenario y aceptar sus ofertas. Estaba deseando que la ceremonia acabara lo antes posible. A pesar de los valientes intentos del alcalde de alegrar la velada como si nada hubiera sucedido, todavía notaba varios cientos de ojos que la miraban enfurecidos.

—La señora Ardith Asher, del Colegio Femenino Devereaux... (¡No he oído hablar de él en mi vida!) desea presentar su oferta para... para...

La voz del alcalde fue apagándose poco a poco. A continuación, se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente.

—Para la señorita Morrigan Crow... —concluyó tímidamente.

Esta vez sí, todos los asistentes dejaron escapar un grito ahogado de sorpresa. Morrigan se levantó, y sintiéndose como si flotara dentro de un sueño, se acercó a recoger su segunda oferta del día. Nada más llegar al estrado y sin siquiera comprobar si en realidad era su nombre el que figuraba escrito en el envés, se metió el sobre (rosado y con un olor dulzón) en el bolsillo junto al otro.

Minutos más tarde, fue llamada una tercera vez. En esta ocasión, la oferta procedía del Coronel Van Leeuwenhoek, de la Academia Militar Harmon. En cuanto recogió el tercer sobre, regresó lo más rápido que pudo a su asiento sin levantar la vista lo más mínimo de sus zapatos. No obstante, no resultaba nada fácil ignorar el aleteo del enjambre de mariposas que celebraban en su estómago lo que estaba pasando. Era muy difícil no sonreír.

De pronto, un hombre de la tercera fila se puso de pie y gritó: «Pero ¡si ella es una maldita! Esto no está bien». Inmediatamente, la esposa del individuo comenzó a tirarle del brazo tratando de que se callara; sin embargo, era evidente que no iba a ser sencillo silenciarlo.

—¡¿Tres ofertas?! ¡¿Cuándo se ha visto una cosa así?!

Un murmullo colectivo se extendió por toda la audiencia dándole la razón al hombre.

Morrigan sintió cómo su felicidad comenzaba a verse interrumpida igual que una lámpara de gas cuya luz está a punto de consumirse. Aquel sujeto tenía razón. Ella era una maldita. ¿De qué le servían a una niña maldita tres ofertas? No deberían haber dejado que las aceptara.

El alcalde extendió los brazos pidiendo silencio.

—Señor, le ruego que nos permita continuar o, de lo contrario, estaremos aquí todo el día. ¿Quiere hacer todo el mundo el favor de callarse? Después de la ceremonia, averiguaré qué es lo que ha sucedido para que se haya producido este inusual giro de los acontecimientos.

Si el alcalde esperaba que se restableciera la calma al decir aquello, iba a llevarse una gran decepción, pues al sacar el siguiente sobre, leyó:

—Júpiter North desea presentar su oferta... Oh, Dios mío, no me lo puedo creer... Por Morrigan Crow.

En ese momento, un estallido colectivo de indignación se apoderó por completo del salón del Ayuntamiento. Niños y padres se pusieron en pie de un salto y comenzaron a vociferar. El color encendido de sus rostros iba del rojo al morado, pasando por el rosa y el violeta, variando en función de los distintos niveles de berrinche. Exigían saber el significado de aquella locura. ¡Cuatro ofertas! Dos ya era algo poco común; tres, insólito, pero cuatro... ¡Inaudito!

Tuvo doce ofertas más. El alcalde las anunció a toda prisa queriendo acabar con aquel suplicio lo antes posible. Su sudorosa expresión resplandecía de alivio cuando leía un nombre que no era el de Morrigan. Por fin, su mano revolvió el fondo de la caja y salió vacía.

—Ese ha sido el último sobre —dijo, cerrando los ojos agradecido y con voz temblorosa—. Todos... todos los niños que han recibido ofertas, por favor, que se dirijan al fondo del salón... Allí... esto..., nuestros ayudantes los conducirán a las salas de entrevistas, donde podrán... conocer a sus futuros patrocinadores... Todos los demás... Estoy seguro de que comprenderéis... Ya sabéis... que esto no significa que no seáis más que capaces de..., bueno...

Acto seguido, dirigió un vago movimiento con la mano a modo de despedida hacia los asistentes, gesto que estos interpretaron correctamente como señal de que ya era hora de marcharse.

Corvus juró que tomaría medidas, que demandaría a quien hiciera falta, que destituiría al alcalde; sin embargo, este insistió en que se siguiera el protocolo. Morrigan tenía derecho si lo deseaba a encontrarse con sus patrocinadores.

Y ella, desde luego, se moría de ganas de hacerlo.

Por supuesto, era consciente de que nunca podría aceptar ninguna de las ofertas. De hecho, sabía a ciencia cierta que una vez que sus misteriosos promotores descubrieran que habían apostado por una niña maldita, se retractarían de inmediato y retirarían sus ofertas. «De todas formas, ya que se han tomado tantas molestias, sería de muy mala educación no ir al menos a conocerlos», razonó ella.

«Lo siento, pero estoy incluida en el Registro de Niños Malditos. Voy a morir cuando llegue la Nocturnal. Gracias por su tiempo y por su interés», ensayó Morrigan en su cabeza.

Eso sería lo mejor, sí. Ser cortés e ir directa al grano.

Al cabo de unos instantes, la condujeron a una habitación diáfana, con un escritorio y una silla a cada lado. Se sentía como si la hubieran metido en una cámara de interrogatorios, cosa que, en cierto modo, es lo que era. La idea de aquella reunión entre patrocinador y niño era que este último pudiera hacer tantas preguntas como deseara, y el primero respondiera con total honestidad a cada una de ellas. Esa era una de las pocas cosas que había entendido claramente del aburrido discurso que había dado su padre antes de comenzar la ceremonia del Día de la Puja.

Aunque, como bien se recordó a sí misma antes de empezar, ella no iba a hacer ninguna pregunta. «Gracias por su tiempo y por su interés», se repitió con firmeza en su cabeza.

Entonces, entró un hombre de pelo castaño claro y se sentó en una de las sillas mientras tarareaba una pequeña melodía para sí mismo. Vestía un traje gris y llevaba puestas unas gafas con montura de alambre, que empujó contra su nariz con uno de sus pálidos y esbeltos dedos. Sonrió con delicadeza y esperó a que Morrigan se sentara antes de hablar.

—Señorita Crow, mi nombre es Jones. Gracias por recibirme —dijo el hombre, pronunciando y espaciando cada frase de modo nítido y ordenado, con un tono de voz calmado que le resultó familiar—. He venido en representación de la persona para la que trabajo. A ella le gustaría mucho ofrecerle una determinada formación.

El discurso ensayado que tenía Morrigan en la cabeza se desvaneció *ipso facto*. Un leve cosquilleo parecido a los de antes regresó a su estómago, como si en su interior, una optimista mariposilla acabara de salir del capullo.

—¿Qué... tipo de formación?

El señor Jones sonrió, lo que hizo que aparecieran unas pequeñas arrugas en los extremos de sus oscuros y expresivos ojos.

—Formación en nuestra compañía: Industrias Squall.

—¿Industrias Squall? —replicó ella, frunciendo el ceño—. ¿Eso significa trabajar para...?

—Ezra Squall. Sí. La persona más poderosa de toda la República —la interrumpió el hombre, bajando ligeramente la vista—. O la segunda más poderosa, para ser exactos. Después de nuestro gran presidente.

De repente, Morrigan fue consciente de dónde había oído aquella voz. Era la misma que había hablado en la radio acerca de la escasez de fabulatio.

La verdad era que aquel individuo era exactamente igual a como se lo había imaginado en un principio: serio y educado, de buen gusto. Encima de la mesa, sus manos blancas y finas, de una piel tan pálida que casi resultaba transparente, se hallaban entrelazadas con firmeza. No es que fuera muy joven, pero tampoco era viejo. No había nada desordenado en su aspecto físico, nada que estropease su inmaculada apariencia, salvo una delgada cicatriz que dividía, en un corte limpio, su ceja izquierda por la mitad, así como unas sienes ligeramente plateadas. Incluso sus movimientos parecían precisos y deliberados, como si no quisiera malgastar energía con ningún gesto innecesario. Un hombre contenido en el sentido más estricto del término.

—¿Y qué es lo que la segunda persona más poderosa de la República podría querer de mí? —preguntó con desconfianza Morrigan.

—No me corresponde a mí decir por qué el señor Squall quiere lo que quiere —respondió el señor Jones, abriendo por un breve instante las manos y volviendo a enderezar sus gafas—. Yo solo soy su ayudante, quien se encarga de llevar a cabo sus deseos. Y en este momento, nada desea más que el que usted se convierta en su alumna, señorita Crow..., y en su heredera.

—¿Su heredera? ¿Qué significa eso?

—Significa que quiere que algún día dirija usted Industrias Squall en su lugar; que sea más rica y poderosa de lo que nunca haya podido soñar; que lidere la más grande, influyente y rentable organización que jamás haya existido.

Morrigan parpadeó varias veces seguidas intentando dar crédito a lo que acababa de oír.

—Pero si en casa ni siquiera me dejan chupar los sobres para cerrarlos...

Aquello pareció hacerle gracia al señor Jones.

—Bueno, tampoco creo que vaya usted a chupar muchos sobres en Industrias Squall.

—Entonces ¿qué es lo que haré? —dijo ella sin tener ni idea de por qué hacía aquella pregunta.

Acto seguido, trató de recordar la respuesta que había ensayado antes. Eso de que era una niña maldita... «Gracias por su tiempo» o algo así...

—Aprenderá usted a dirigir un imperio, señorita Crow. Uno de los mejores, además. El señor Squall es un hombre brillante y talentoso. Él le enseñará todo lo que sabe, cosas que jamás ha enseñado a ninguna otra alma viviente.

—¿Ni siquiera a usted?

El señor Jones rio con suavidad y contestó:

—A mí al que menos. Al final de su aprendizaje estará al mando en exclusiva de las secciones de minería, ingeniería, fabricación y tecnología de Industrias Squall. Más de cien mil empleados en toda la República. Todos dependientes directamente de usted.

Los ojos de Morrigan se abrieron como platos.

—Todos los ciudadanos, todos los hogares de este país le estarán agradecidos, se sentirán en deuda con usted —continuó Jones—. Usted será su sustento: quien los provea de calefacción, de electricidad, de comida, de entretenimiento, de todas sus necesidades básicas, pues todas ellas dependen del fabulano y son cubiertas por la buena gente de Industrias Squall. Por usted.

Su voz se había vuelto tan suave que era casi un susurro, de tal modo que ella se vio obligada a inclinarse para escucharlo más de cerca.

—Ezra Squall es el héroe más grande de la nación —prosiguió—. Más que eso, es su dios benevolente, la fuente tanto de su calidad de vida como de su felicidad. La única persona viva con la capacidad de extraer y de distribuir fabulano. Nuestra República confía en él a ciegas.

Sus ojos habían adquirido el deslumbrante brillo del fanatismo. Una de las comisuras de su boca se curvó de repente esbozando una extraña sonrisita. Morrigan volvió a echarse hacia atrás, sin saber muy bien si el señor Jones estimaba a Ezra Squall, le tenía miedo o quería ser como él. Probablemente, las tres cosas.

—Imagínese, señorita Crow... —murmuró—. Imagine cómo debe de ser sentirse tan venerado. Que te respeten y te necesiten tanto... Pues bien, algún día, si trabaja duro y hace lo que el señor Squall le enseñe, usted será esa persona.

De hecho, ella ya había fantaseado con aquello cientos de veces: cómo sería eso de que los demás te quieran en vez de tenerte miedo, ver a la gente sonreír cuando entras en una habitación en lugar de observar cómo se encogen. Esa era precisamente una de las cosas con las que más soñaba estando despierta.

«Sin embargo, eso era todo. Una ensoñación. Nada más», se dijo a sí misma sacudiendo la cabeza para romper su ensimismamiento. Acto seguido, se irguió en su asiento y respiró hondo, deseando que no le temblara la voz.

—No puedo aceptarlo, señor Jones. Estoy en el Registro de Niños Malditos. Voy... Voy a... Bueno, ya sabe... Gracias por su tiempo y...

—Ábralo —replicó el hombre, señalando el sobre que ella tenía en la mano.

—¿Qué es?

—El contrato.

Morrigan, confundida, negó con la cabeza.

—¿El qué?

—Es un contrato estándar —respondió Jones, encogiéndose un poco de hombros, de un hombro para ser más exactos—. Cada joven que comienza unos estudios patrocinados debe firmar un contrato, y sus padres o sus tutores han de hacerlo también.

«Bueno, pues entonces ya está. Problema resuelto», pensó.

—Mi padre jamás me lo firmará.

—Deje que nosotros nos encarguemos de eso —repuso él, sacando una estilográfica plateada del bolsillo de su abrigo y colocándola sobre la mesa—. Todo lo que tiene que hacer usted es firmar. El señor Squall se ocupará de todo.

—Pero ¿no lo entiende? Yo no puedo...

—Lo entiendo perfectamente, señorita Crow —contestó el señor Jones, mirándola fijamente y traspasándola con sus ojos oscuros—. Pero no tiene por qué preocuparse de maldiciones, de registros ni de la Nocturnal. No tiene por qué preocuparse de nada nunca más... No si se une a Ezra Squall.

—Pero...

—Firme... —insistió él señalando la pluma—. Firme y le doy mi palabra de que algún día podrá comprar y vender a todo aquel que alguna vez la hizo desgraciada.

Solo por un segundo, su mirada brillante y su calmada y reservada sonrisa hicieron creer a Morrigan que él y Ezra Squall, de alguna manera, podían ver un futuro para ella que nunca había ni soñado posible.

Entonces, agarró la pluma. Un instante más tarde, volvió a vacilar. Había una última pregunta ardiendo en su interior, la pregunta más importante de todas.

—¿Por qué yo? —dijo mirando al señor Jones.

De pronto, llamaron con fuerza a la puerta. Esta se abrió y el alcalde irrumpió con aspecto estresado.

—Lo siento mucho, señorita Crow... —afirmó al tiempo que se llevaba su pañuelo a la frente.

Tenía el traje repleto de manchas de sudor, y el poco pelo que le quedaba en la cabeza, completamente erizado.

—Parece que todo ha sido una broma de muy mal gusto por parte de alguien que quería quedarse contigo. Y con todos nosotros.

—¿Una broma?

Corvus Crow, que se encontraba detrás de él, se adelantó bruscamente.

—Eso es. Venga, nos vamos... —añadió el canciller con gesto adusto y tono inexpresivo mientras agarraba a Morrigan del brazo y la sacaba de la habitación.

La silla donde ella estaba sentada retumbó con estrépito al caer al suelo.

—Ninguno de los supuestos patrocinadores ha venido —comentó el alcalde, tratando de recuperar el aliento a la vez que los seguía a ambos hasta el pasillo—. La culpa ha sido mía. Debería haberme dado cuenta: No sé qué gaita militar de Harmon, no sé qué historia femenina de Devereaux... Nadie ha oído jamás hablar de ellos. Todos inventados, ¿te lo puedes creer? Siento mucho haberte hecho pasar por esto, Corvus, viejo amigo. No estarás enfadado, ¿verdad?

Corvus lo fulminó con la mirada.

—Pero, espera... —comenzó a decir Morrigan.

—¿Es que no lo entiendes? —replicó su padre con tono frío y enojado conforme le arrebatava los sobres de la mano—. Me han obligado a quedar como a un idiota. Todo ha sido idea de alguien para dejarme en ridículo. ¡Humillarme! ¡Uno de mis propios electores!

—¿Estás diciendo que mis patrocinadores...? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Nunca han existido en realidad —respondió el alcalde mientras se frotaba las manos con fuerza—. Por eso no ha aparecido ninguno. Lamento que hayas tenido que esperar.

—Estoy tratando de decirle que uno de ellos sí que ha venido. El señor Jones, en representación de...

Morrigan se detuvo a mitad de la frase y salió corriendo de vuelta a la sala de entrevistas.

La silla del hombre estaba vacía. Ni rastro de la pluma ni del contrato. Había desaparecido.

Ella contempló boquiabierta el solitario cuarto. ¿Qué era lo que había sucedido? ¿Se habría escabullido durante la discusión? ¿Habría cambiado de opinión o es que también él se había estado quedando con ella?

Nada más pensar en aquella última posibilidad, fue como si le pegaran una patada en el estómago. Era evidente que así era. Por supuesto. Todo aquello no había sido más que una broma. ¿Por qué iba el empresario más poderoso e importante de la República a querer tenerla a ella como aprendiz? Peor aún: como su heredera. La idea resultaba de todo punto ridícula. Sus mejillas se sonrojaron, y una ola de vergüenza tardía fue apoderándose de ella. ¿Cómo había podido ser tan ingenua?

—Ya basta de tonterías —dijo Corvus rompiendo los sobres.

Morrigan observó con tristeza cómo los pedacitos de papel sobrevolaban por encima de su cabeza cual copos de nieve y, muy despacio, acababan cayendo al suelo.

El negro y reluciente coche de caballos arrancó frente al Ayuntamiento con ella y su padre dentro. Corvus no decía una palabra. De hecho, se hallaba ya absorto en el fajo de papeles y documentos de su cartera de cuero que siempre iba con él; lo más probable, tratando de salvar lo que quedaba de su jornada laboral, como si las desgracias de la mañana jamás hubieran acontecido.

Morrigan miró a través de la ventanilla la multitud de niños y padres emocionados saliendo de forma precipitada del edificio y esparciéndose por la calle mientras parloteaban sin parar y agitaban en el aire las cartas con sus respectivas ofertas. Ella notó la aguda punzada de la envidia en su interior.

«No importa. No son más que tonterías. No tiene importancia», se dijo a sí misma parpadeando muy deprisa para que las lágrimas no acabaran desprendiéndose de sus ojos.

Sin embargo, la muchedumbre no parecía acabar de dispersarse. De hecho, se había congregado tanta gente en la calle que el carruaje se detuvo por completo. En ese momento, una hilera de personas pasó apresurada junto a ellos en dirección al Ayuntamiento, mirando algo en el cielo.

—¡Lowry! —ladró Corvus a la vez que golpeaba el techo para alertar al conductor—. ¡¡¿Qué nos retiene?!! ¡Quítatelos de en medio!

—Eso intento, canciller, pero...

—¡Ya está aquí! —gritó alguien.

—¡Ya viene! —se propagó la voz entre la multitud.

Morrigan estiró el cuello y asomó la cabeza tratando de ver qué ocurría. La gente se abrazaba en mitad de la calle, silbaban, chillaban y arrojaban sus sombreros al aire, no solo los que llegaban del Día de la Puja, sino todo el mundo.

—¿Por qué están...? —comenzó a decir Morrigan, deteniéndose a continuación y prestando oído—. ¿Por qué suenan esas campanas?

Corvus miró a su hija extrañado. En ese instante, los papeles se le cayeron de la mano y quedaron esparcidos por el suelo del carruaje. Un segundo más tarde, empujó la puerta y salió al exterior. Ella lo siguió con la mirada. Entonces, alzó la vista y se dio cuenta de cuál era el lugar hacia el que todo el mundo corría.

La torre del reloj.

El Cosmorreloj estaba cambiando. Morrigan vio cómo el color violáceo del Crepúsculo se oscurecía hasta derivar en un intenso azul zafiro y, por último, en un negro profundo e insondable, como si un tintero se hubiera derramado sobre el firmamento.

Como un agujero negro que hubiera llegado para tragarse el mundo.

Las campanas sonaban celebrando la llegada de la Nocturnal.

Esa misma noche, ella yacía despierta en su cama en mitad de la oscuridad.

Las campanas habían estado repicando hasta la medianoche, cuando fueron abruptamente reemplazadas por un silencio opresivo. Su sonido había sido una advertencia, una señal para que todos supieran que la Nocturnal se aproximaba... No obstante, una vez pasadas las doce dejó de ser necesario que siguieran doblando: la Nocturnal ya había llegado. El último día de la Era acababa de dar comienzo.

Morrigan sabía que tenía razones para estar asustada, triste y preocupada. Y, en efecto, así se sentía. Pero también, y sobre todo, furiosa.

Furiosa porque la hubieran engañado de aquella manera. Se suponía que aquella iba a ser una Era de doce años de duración. Todos lo decían: Corvus, la abuela, los trabajadores sociales que había tenido, los cronologistas en las noticias. Doce años ya era de por sí una vida demasiado

corta, pero ¿once?

Ahora que el Cosmorreloj se había vuelto de color negro, salían expertos de todas partes asegurando que llevaban sospechándolo desde hacía tiempo, que habían leído correctamente los signos, que habían estado a punto de anunciar públicamente que, en su opinión, ese año, ese invierno, era el último de la Era.

«No importa. Qué más da. Asumamos que esta es una Era de once años y ya está. Todo el mundo comete errores. No hay mucha diferencia por un año más o menos», se reconfortaron los unos a los otros.

Solo que, por supuesto, sí que la había.

«Feliz cumpleaños», se dijo Morrigan con tristeza para sus adentros mientras se colocaba a su conejo de peluche, *Emmett*, en la curva de su brazo, donde este había dormido todas las noches desde que ella tenía memoria. Al cabo de unos instantes, lo apretó con fuerza contra su cuerpo e intentó quedarse dormida.

Sin embargo, de repente se produjo un ruido. Un ruido muy pequeño que apenas era un ruido, como un susurro casi inaudible o una ráfaga de aire. Enseguida, encendió la luz y la habitación se iluminó por completo.

Estaba vacía. Su corazón se aceleró en cuestión de segundos. Se levantó de un salto y miró a su alrededor, también debajo de la cama, dentro del armario... Nada.

No. Nada, no.

Algo tenía que ser.

Entonces, vio un pequeño rectángulo blanco que destacaba contra la oscura madera de los tablones del suelo. Alguien había deslizado un sobre por debajo de su puerta. Lentamente fue hacia él, lo recogió y, acto seguido, hizo chirriar la puerta al abrirla para ver si había alguien en el pasillo. Nadie.

Después, volvió a bajar la vista hacia el sobre y se percató de que tenía unas palabras escritas en tinta negra con caligrafía gruesa y descuidada:

*Júpiter North, de la Sociedad Fabulánica,
desea presentar su oferta por la señorita
Morrigan Crow. De nuevo.*

—La Sociedad Fabulánica —susurró ella.

A continuación, abrió el sobre y sacó de su interior dos hojas de papel. Una era una carta; la otra, un contrato (mecanografiado y con un aspecto muy oficial) con dos firmas en la parte inferior. La primera, encima de la palabra *patrocinador*, era la rúbrica grande y revoltosa del tal North; la segunda, que figuraba sobre *padre o tutor*, una que fue incapaz de distinguir ni reconocer. Desde luego, no era la letra de su padre.

Por último, había un tercer espacio en blanco, junto a la palabra *candidato*, a la espera de ser rellenado.

Segundos más tarde, Morrigan leyó el contenido de la carta y se sintió completamente desconcertada.

Querida señorita Crow:

¡Enhorabuena! Ha sido usted seleccionada por uno de nuestros miembros como candidata a entrar en la Sociedad Fabulánica.

Por favor, tenga en cuenta que su ingreso no está garantizado.

La membresía de nuestra Sociedad es extremadamente limitada, y cada año, cientos de aspirantes esperanzados compiten por un lugar entre nuestros eruditos académicos.

Si desea unirse a la Sociedad, firme por favor el contrato adjunto y devuélvalo a su patrocinador no más tarde del último día del Invierno del Once.

Las pruebas de acceso comenzarán en primavera.

Le deseamos la mejor de las suertes.

Saludos,

Anciana G. Quinn

Casa Proudfoot

Nevermoor, EL

Además, en la parte inferior de la hoja, en un apresurado garabato negro, había un breve pero intrigante mensaje:

Estate preparada.

J. N.



CAPÍTULO TRES

LA MUERTE VIENE A CENAR

La noche de la Nocturnal, incluso las calles del aburrido y conservador Jackalfax se llenaban de vida.

El tramo adoquinado de la Vía Imperial había pasado de un alegre zumbido de buen humor a primera hora de la mañana a un estridente e incontenible jolgorio en las horas finales antes de medianoche. Bandas callejeras de todo tipo, intentando atraer la atención de los transeúntes con su música, competían en cada esquina por unas cuantas monedas. Farolillos de colores decorados con serpentinas y cuerdas llenas de lucecitas iluminaban cada rincón, y en el aire, flotaba el olor a cerveza, azúcar quemada y carne asada a la parrilla.

El ennegrecido Cosmorreloj se alzaba por encima de las celebraciones. A medianoche, su tono se desvanecería hasta adquirir el color de la Aurora, un rosa pálido y prometedor, y la Primavera del Uno llevaría un nuevo comienzo para todos. Desde luego, aquella era una noche muy especial y llena de expectativas.

Para todos, excepto para Morrigan Crow. A ella, la noche le ofrecía una única posibilidad, la misma que a cualquier otro niño nacido precisamente hacía once años, en la última Nocturnal. Cuando dieran las doce, moriría... Sus once cortos años de vida llegarían a su fin, y la maldición que había pesado sobre su cabeza durante toda su existencia se vería cumplida.

La familia Crow también estaban de celebración. Bueno, más o menos...

Un estado de ánimo sombrío reinaba en la casa de la colina. Las luces estaban bajadas, igual que las cortinas. La cena de ese día era su favorita: chuletas de cordero, chirivías asadas y guisantes. Corvus odiaba las chirivías y nunca permitía que se sirvieran cuando él se encontraba en casa a la hora de la cena; sin embargo, en esta ocasión, se mantuvo en un severo silencio mientras la doncella volcaba en su plato una gran montaña de aquellas carnosas raíces. Morrigan se dio cuenta de que aquel detalle revelaba de modo significativo la disposición con la que todos

afrontaban la fatídica noche. Un mutismo generalizado imperaba en el comedor. El único sonido que se oía era el suave repiqueteo de los cubiertos contra la porcelana china. Tal era la solemnidad de la velada que ella saboreó de forma consciente cada bocado que daba a la comida, cada sorbo de agua fría. El tictac del reloj de la pared sonaba como un tambor impenitente en una banda de música, acercándola cada vez más al momento en que dejaría de existir.

Lo único que esperaba era que el fin fuera indoloro. Había leído en algún lado que cuando un niño maldito moría, lo hacía por norma general de manera rápida y tranquila, como si se quedara dormido. Pero lo que ella realmente se preguntaba es qué pasaría después. ¿De verdad iría, como le había dicho la cocinera en una ocasión, al Lugar del Bien? ¿Existiría la Entidad Divina? Y de ser así, ¿la recibiría con los brazos abiertos, tal y como le habían prometido que haría? No le quedaba otra que esperar que así fuera. La alternativa a eso era algo en lo que sencillamente no soportaba pensar, sobre todo, teniendo en cuenta los relatos de la cocinera sobre la Entidad Malvada que moraba en el Lugar del Mal; cuando se los contó, se tiró una semana entera durmiendo con la luz encendida.

«Qué extraño es estar celebrando la noche de tu propia muerte», pensó. De hecho, no se parecía en nada a un cumpleaños ni a ningún otro tipo de conmemoración. Era más bien como asistir a tu propio funeral antes de haber muerto.

Justo cuando se preguntaba si alguien diría algo sobre ella, Corvus carraspeó. Morrigan, Ivy y la abuela lo miraron; la mano con la que sostenía el tenedor lleno de cordero y guisantes se detuvo a mitad de camino de su boca.

—Yo..., solo quería decir... —comenzó a hablar, perdiendo poco a poco el impulso—. Yo quería decir...

—Adelante, cariño —lo animó Ivy con los ojos empañados y cogiéndolo de la mano para infundirle ánimo.

—Yo solo... —volvió a intentarlo antes de carraspear con un estruendo—. Yo quería decir que... que el cordero está muy bueno. Cocinado a la perfección. En su punto.

Varios murmullos alrededor de la mesa le dieron la razón. Después, todos siguieron comiendo. El único sonido que rompía el tenso silencio era el del tintineo de los cubiertos. Morrigan se dio cuenta de que aquellas iban a ser, lo más probable, las únicas palabras en su honor, aunque no podía negar que era cierto lo que había dicho acerca del cordero.

—Bueno, si a nadie le importa... —añadió Ivy, limpiándose la boca pulcramente con su servilleta de lino—. Soy miembro de la familia desde hace poco, pero he pensado que sería apropiado que dijera algo esta noche...

Morrigan se irguió en su asiento. Aquello pintaba bien. Puede que su madrastra fuera a disculparse por obligarla a ponerse para la boda ese vestido con volantes que tanto picaba. O tal vez, y a pesar de que apenas le había dirigido la palabra más que en un par de ocasiones desde que se mudó a vivir con ellos, fuera a confesarle que realmente la amaba como a una hija, que su único deseo era poder estar más tiempo juntas, que la iba a echar muchísimo de menos y que, a buen seguro, lloraría a raudales en el funeral hasta que se le estropeará el maquillaje (sin importarle que le cayeran por su bonita cara dos horribles ríos de rímel negro, pues solo podría pensar en su encantadora y maravillosa hijastra y no le preocuparía en absoluto su aspecto). Ella la miró con una expresión de humilde serenidad.

—Corvus no estaba muy convencido de si debía hacerlo o no, pero yo sé que a Morrigan no le importará que lo haga...

—Adelante... —dijo Morrigan—. No pasa nada. De verdad, adelante.

Ivy le dedicó una sonrisa (la primera en toda su vida) y, envalentonada, se levantó de su asiento.

—Corvus y yo vamos a tener un niño.

La estancia volvió a quedar en completo silencio. Al cabo de un instante, se oyó un fuerte estruendo procedente de la puerta, donde la doncella acababa de dejar caer una fuente. Corvus intentó sonreír a su joven esposa; sin embargo, lo único que le salió fue una mueca forzada.

—¿Y bien? —los incitó Ivy—. ¿No vais a felicitarnos?

—Ivy, cariño —contestó la abuela, sonriendo con frialdad a su nuera—. Tal vez tu anuncio habría sido mejor recibido en un momento menos sensible. Por ejemplo, después de que mi única nieta nos hubiera dejado de forma trágica a la edad de once años.

Por extraño que pudiera parecer, las palabras de la abuela hicieron que Morrigan se animara un poco. Aquello era, con toda seguridad, lo más emotivo que le había oído decir desde que tenía uso de razón. De repente, fue como si se despertara en su interior un inesperado cariño hacia aquel viejo pajarraco.

—Pero ¡esto es algo bueno! ¿Es que no lo entendéis? —replicó Ivy, buscando con la mirada el apoyo de su marido, el cual se apretó con dos dedos el puente de la nariz, como queriendo protegerse de una repentina migraña—. Es... el círculo de la vida. Una se extingue y otra nueva viene al mundo. ¡Es prácticamente un milagro!

La abuela gruñó algo inaudible.

—Tendrás un nueva nieta, Ornella —prosiguió su nuera de modo implacable—. Corvus tendrá una nueva hija. ¡O un hijo! No me digas que no sería algo maravilloso... Un pequeñín... Corvie, tú siempre dijiste que querías un niño. Lo vestiremos con trajecitos negros para que vaya a juego con su papi.

Morrigan intentó no reírse al ver la expresión sombría en el rostro de su padre.

—Sí, sí... Maravilloso —dijo este sin ninguna convicción—. Pero quizá sería mejor que lo celebráramos más adelante.

—Pero... A Morrigan no le importa, ¿verdad que no?

—¿Qué es lo que no me importa? ¿Que mi existencia vaya a acabarse de un plumazo en unas pocas horas y tú estés planeando el fondo de armario de mi sustituto? No, ni lo más mínimo... —respondió ella, llevándose a la boca un trozo de chirivía.

—¡Oh, por el amor de Dios! —siseó la abuela, mirando gélidamente a su hijo al otro extremo de la mesa—. Se suponía que no íbamos a pronunciar esa palabra, la que empieza con «M», durante la cena.

—No he sido yo quien lo ha hecho —protestó Corvus.

—Yo no he dicho que me vaya a «morir», abuela —observó Morrigan—. He dicho «que mi existencia va a acabarse de un plumazo».

—Bueno, pues no lo hagas. A tu padre le está dando dolor de cabeza.

—Ivy en cambio ha dicho «una vida se extingue». Eso es mucho peor.

—Ya basta.

—¿Es que a nadie le importa que esté encinta?! —exclamó Ivy, dando una patadita con el pie en el suelo.

—¿Es que a nadie le importa que yo esté a punto de morir?! —gritó Morrigan—. ¿Qué tal si habláramos de mí, aunque solo sea por una vez?

—¡Te he dicho que no digas esa palabra! —chilló la abuela imponiéndose a ambas.

De repente, llamaron con fuerza tres veces a la puerta. Un gran silencio se apoderó del comedor.

—Pero ¿quién diablos vendrá de visita en un momento como este? ¿Periodistas? ¿Ya? ¿Tan pronto? —susurró Ivy al tiempo que levantaba la cuchara para ver su reflejo en ella y se alisaba el cabello y el vestido.

—Buitres. Tratando de obtener la primicia, ¿verdad? —La abuela hizo una seña a la doncella—. Diles que se larguen del modo más despectivo que puedas.

Al cabo de unos instantes, oyeron un breve intercambio de murmullos en el vestíbulo de la casa y luego el sonido de unas botas pesadas retumbando en el pasillo, seguido de las tímidas protestas de la criada.

Conforme se iban acercando, el corazón de Morrigan le latía más y más deprisa. «¿Ya está? ¿Será la Muerte que viene a llevarme consigo? ¿La Muerte lleva botas?», pensó para sus adentros.

Entonces, recortada por la luz, la silueta de un hombre apareció en la puerta, un hombre alto y delgado de espalda ancha. La mitad inferior de su cara estaba cubierta por una gruesa bufanda de lana, y en la superior, repleta de pecas, destacaban unos intensos ojos azules y una nariz ancha y larga.

Sus casi dos metros de altura se hallaban enfundados en un largo abrigo azul encima de un fino traje con botones de nácar (elegante pero ligeramente arrugado, como si acabara de regresar a su casa de un evento formal y estuviera a medio desvestir). Sujeto a la solapa del abrigo, llevaba un pequeño broche dorado en forma de «F».

Estaba de pie con los pies separados y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, apoyándose con despreocupación contra el marco de la puerta, como si se hubiera tirado la mitad de su vida en aquella postura y no pudiera imaginarse una más cómoda. Como si fuera el mismísimo amo de la Mansión de los Crow, y los allí presentes, sus invitados a la cena.

Sus ojos se posaron en Morrigan.

—Hola, ¿qué tal? —le preguntó con una sonrisa.

Ella no contestó. Durante unos segundos, todos permanecieron callados. El único sonido que se oía era el tictac del reloj en la pared.

—Lo siento, llego tarde —continuó el intruso con un tono de voz ligeramente amortiguado por su bufanda—. Vengo de una fiesta en la remota isla de Jet-Jax-Jaida. Me entretuve charlando con mi viejo amigo el trapeceista... Un tipo fascinante... Una vez realizó un espectáculo benéfico en el que se columpiaba sobre un volcán activo... El caso es que me olvidé de la diferencia horaria, tonto de mí... Bueno, no importa, ya estoy aquí, que es lo principal. ¿Tienes listas tus cosas? He aparcado ahí fuera, enfrente de la puerta. Vaya, ¿eso son chirivías? Me encantan...

Era muy probable que, a esas alturas, la abuela ya hubiera entrado en un estado de conmoción total y absoluto, porque no pronunció una palabra mientras el hombre se acercaba directamente a la bandeja, cortaba un buen trozo de chirivía asada, la engullía de un tirón y, a continuación, se chupaba los dedos satisfecho. De hecho, todos los Crow parecían haber perdido por completo el

habla, incluida Morrigan. Pasó un buen rato hasta que, después de mecerse sobre sus talones durante varios minutos y esperar de modo cortés y expectante, al extraño individuo se le ocurrió romper el incómodo mutismo.

—No me he quitado el sombrero, ¿verdad? Dios mío, qué maleducado —dijo, enarcando una ceja ante su estupefacta audiencia—. No, no se alarmen. Sí, soy pelirrojo.

Decir «pelirrojo» era quedarse corto, pensó ella intentando ocultar su asombro cuando el hombre se quitó el sombrero. «Pelirrojo del Año», «Rey Pelirrojo» o «Gran Presidente Pelirrojo de la Fundación de Pelirrojos Incurables» habría sido mucho más preciso. No había duda de que aquella brillante y cobriza melena ondulada era, a buen seguro, digna de un premio. Entonces, el inesperado invitado se desenrolló la bufanda, la cual reveló una barba de igual color, aunque de una tonalidad menos intensa e impactante.

—Mmm... —soltó Morrigan con toda la elocuencia de la que fue capaz—. ¿Quién eres tú?

—Júpiter —respondió, mirando a su alrededor en busca de algún signo de reconocimiento por parte de alguno de los allí presentes—. Júpiter North, ¿te suena? ¿Júpiter North de la Sociedad Fabulánica? ¿Tu patrocinador?

¿Su patrocinador? ¿Júpiter North? Morrigan movió la cabeza de un lado a otro sin dar crédito. ¿Qué era todo eso? ¿Otra broma?

Era cierto que había firmado el contrato. Por supuesto que sí. Porque había sido maravilloso, espléndido, aunque solo fuera por cinco minutos, creer que todo aquello era verdad, que había realmente algo llamado la Sociedad Fabulánica que le había mandado una invitación para unirse a ellos (¡a ella, de entre todas las personas del mundo!), que viviría lo suficiente como para hacer aquellas misteriosas pruebas en primavera, que un futuro emocionante la esperaba al otro lado de la Nocturnal.

Por supuesto que había firmado en ese espacio en blanco en la parte inferior de una de las hojas. Incluso había garabateado un cuervo negro al lado de su nombre para tapar una pequeña mancha de tinta que había goteado de la pluma.

Después, la había arrojado al fuego.

No, ni por un segundo había creído que nada de todo eso fuera real. En el fondo, ella sabía que no lo era.

Por fin, Corvus consiguió articular palabra.

—¡Mecachis!...

—¡Salud! —replicó el pelirrojo mientras renovaba sus intentos por escoltar a Morrigan desde el comedor hasta el pasillo—. Me temo que debemos apresurarnos, Morrigan. ¿Cuántas maletas tienes?

—¿Maletas? —repitió ella sintiéndose tonta y lenta de reflejos.

—Querida mía...Dime, por favor, que ya has empaquetado tus bártulos... Bueno, no te preocupes, ya te conseguiremos un cepillo de dientes nuevo cuando lleguemos. Confío, eso sí, en que te hayas despedido ya de todo el mundo, porque solo tenemos tiempo para una rápida ronda de abrazos y besos antes de partir.

Siguiendo su propia y extraordinaria sugerencia (otro tanto a su favor), Júpiter comenzó a rodear la mesa abrazando de uno en uno a los tres Crow que estaban sentados a ella; cuando, por último, le llegó el turno al canciller y el pelirrojo le plantó un fuerte y húmedo beso en el horrorizado rostro, Morrigan no supo muy bien si echarse a reír o salir corriendo del lugar.

—¡Esto ya es el colmo! —balbuceó Corvus, levantándose indignado de su silla; una cosa era que un individuo desconocido llegara sin previo aviso a la Mansión de los Crow en plena Nocturnal y otra muy distinta que introdujera en ella la noción de afecto físico así por las buenas —. Usted no es el patrocinador de nadie. Salga de mi casa de inmediato si no quiere que llame a la guardia municipal.

North sonrió como si la amenaza le hubiera hecho cosquillas.

—Sí que soy el patrocinador de alguien, canciller Crow. Soy el patrocinador de esta niña tan encantadora, aunque un poco lenta. Todo es legal y legítimo, se lo puedo asegurar. Ella firmó el contrato. Lo tengo aquí mismo.

Acto seguido, sacó un arrugado y desgastado trozo de papel que Morrigan reconoció al momento. Luego, Júpiter señaló su firma completa, con el pequeño cuervo negro sobre la mancha de tinta accidental.

Pero aquello era imposible...

—No lo entiendo... —dijo ella, negando con la cabeza—. Yo vi cómo se quemó hasta convertirse en cenizas.

—Oh, es un contrato fabulánico... —respondió el pelirrojo, agitándolo en el aire de forma descuidada—. Crea copias idénticas al original tan pronto como se firma. No obstante, supongo que, ahora que lo dices, eso explica los bordes chamuscados...

—Yo jamás he firmado eso —protestó Corvus.

Júpiter se encogió de hombros.

—Nunca le pedimos que lo hiciera.

—Pero ¡yo soy su padre! Ese contrato requiere mi firma.

—En realidad, solo requiere la firma de un tutor adulto y...

—Los contratos fabulánicos son ilegales —lo interrumpió la abuela, que parecía, por fin, haber recuperado el habla—. Lo dice la Ley Contra el Uso Indebido del Fabulano. Deberíamos hacer que lo arresten.

—Pues más vale que se den prisa, porque solo tengo unos minutos —contestó North con aburrimiento mientras echaba una ojeada a su reloj—. Morrigan, de verdad, tenemos que irnos. El tiempo se acaba.

—Ya sé que el tiempo se acaba —replicó Morrigan—. Pero se ha equivocado usted, señor North. No puede ser que usted sea mi patrocinador. Hoy es mi cumpleaños.

—¡Ah, sí! ¡Por supuesto! ¡Feliz cumpleaños! —respondió distraído el hombre a la vez que echaba un vistazo a la calle a través de las cortinas—. De todos modos, ¿te importa que lo celebremos luego? Se está haciendo bastante tarde y...

—No, no lo entiende —lo interrumpió ella—. Yo estoy en el Registro de Niños Malditos. Esta noche es la Nocturnal. Voy a morir a medianoche.

Las palabras salieron de su boca con una gravedad y sequedad inusitada.

—Ay, ay... No serás una ceniza de esas, ¿verdad?

—Por eso quemé el contrato. No tiene ningún valor en mis circunstancias. Lo siento.

Júpiter observaba ansiosamente a través de la ventana con el ceño fruncido.

—De hecho, para ser exactos, lo que hiciste fue firmarlo antes de quemarlo —replicó él sin mirarla—. Además, ¿quién dice que vayas a morir? No tienes que morirte si tú no quieres.

En ese momento, Corvus golpeó la mesa con el puño y exclamó:

—¡Esto es intolerable! ¿Quién se cree usted que es, entrando como si tal cosa en mi casa y molestando a mi familia con todas estas tonterías?

—Ya le he dicho quién soy —contestó el pelirrojo con paciencia, como si su interlocutor fuera un niño que no tiene ni idea de nada—. Mi nombre es Júpiter.

—Y yo soy Corvus Crow, canciller del Estado de Gran Wolfacre y miembro destacado del Partido del Mar Invernal —afirmó Corvus sacando pecho—. Y exijo que se vaya de inmediato y me permita llorar la muerte de mi hija en paz.

—¿Llorar la muerte de su hija? —repitió North a la vez que daba un par de pasos muy despacio hacia Corvus y se detenía frente a él mirándolo fijamente con sus brillantes ojos—. ¿Se refiere acaso a la hija que está ahora mismo frente a usted? ¿La que está evidente, espléndida y radiantemente viva?

A Morrigan se le pusieron los pelos de punta al oír cómo el tono de voz de Júpiter se había vuelto de repente una octava más grave, así como al contemplar la fría y contenida ira con la que el pelirrojo acababa de hablarle a su padre.

Corvus farfulló algo señalando con mano temblorosa e indignada el reloj de la pared y exclamó:

—¡Bien, espere unas cuantas horas y verá!

Ella sintió como, sin saber muy bien por qué, algo empezaba a oprimirle el pecho. Siempre supo que, iba a morir cuando llegara la Nocturnal. Su padre y su abuela nunca lo habían mantenido en secreto. No debería haberle sorprendido tanto que Corvus tuviera tan asumido el trágico destino de su hija; sin embargo, Morrigan fue consciente en ese preciso instante de que, para él, ella ya estaba muerta. Era muy posible que, dentro de su corazón, llevara estándolo hacía años.

—Morrigan —dijo Júpiter con un tono muy diferente al que acababa de emplear con el canciller—. ¿No quieres vivir?

Ella no se lo podía creer. ¿Qué tipo de pregunta era esa?

—No importa lo que yo quiera.

—Sí que importa—insistió él—. Importa y muchísimo. Ahora mismo es lo único que importa.

La mirada de ella fue volando de su padre a su abuela y luego a su madrastra. Todos la observaban atentamente y con gran inquietud; de hecho, podía decirse que era la primera ocasión en su vida que la miraban de verdad.

—Por supuesto que quiero vivir —contestó Morrigan en un susurro.

Era la primera vez que pronunciaba aquellas palabras en voz alta. La opresión que sentía en el pecho se relajó un poco.

—Buena elección —replicó Júpiter con una sonrisa, haciendo desaparecer de su rostro la nube de preocupación tan rápido como había llegado y volviendo a mirar por la ventana—. La muerte es aburrida. La vida es mucho más divertida. En la vida siempre están pasando cosas. Cosas inesperadas, cosas que uno nunca se espera; por eso, porque son... inesperadas.

A continuación, retrocedió unos pasos alejándose de las cortinas, se acercó con expresión radiante hasta Morrigan y cogió su mano muy lentamente.

—Por ejemplo, ¿a que no te esperabas que tu supuesta muerte llegaría con tres horas de adelanto?

De repente, ella sintió algo parecido a unos polvos delante de la cara. Los apartó con rapidez, alzó la vista y vio que las lámparas estaban temblando y las paredes de yeso agrietándose como por arte de magia. La luz de las bombillas oscilaba y las ventanas no paraban de traquetear. Entonces, un cierto olor a quemado llegó a su nariz.

—¿Qué es eso? —preguntó, apretándole la mano con fuerza al instante—. ¿Qué está pasando?

Júpiter se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—¿Confías en mí?

—Sí —contestó ella sin pensar.

—¿Seguro?

—Cien por cien.

—Muy bien —dijo él, mirándola a los ojos justo antes de que el suelo comenzara también a temblar bajo sus pies—. Voy a descorrer la cortina. Pero veas lo que veas ahí afuera, no debes asustarte. Ellos lo notan cuando tienes miedo.

Morrigan tragó saliva.

—¿Ellos?

—Tú límitate a seguirme y no te pasará nada. ¿De acuerdo? Sin miedo.

«No tengas miedo», se repitió ella para sus adentros. Mientras tanto, un profundo temor se había asentado ya en su estómago y había empezado a campar a sus anchas. No en vano, era como si un gigantesco circo del terror se hubiera formado en su interior: una noria de terror giraba indolente en su abdomen, varios elefantes bailarines del miedo hacían cabriolas en sus intestinos.

—¿De qué diablos estáis hablando? —oyó que le preguntaba la abuela desde alguna parte—. ¿Qué te está diciendo, Morrigan? Exijo que...

En ese momento, con un rápido y fluido movimiento, Júpiter sacó de su bolsillo un puñado de polvo de plata, y como si les lanzara un beso nublado y lleno de estrellas, sopló con fuerza en dirección a Corvus, Ivy y la abuela. Acto seguido, pegó un brinco hasta la ventana y arrancó violentamente las cortinas, dejándolas un segundo después hechas un gurrúño en el suelo.

A continuación, retrocedió un par de metros para echar un vistazo a su obra, y moviendo muy despacio la cabeza de un lado a otro, dijo con tristeza:

—Lo siento mucho. Qué tragedia que se haya ido tan joven.

Corvus frunció el ceño extrañado, sin entender muy bien a qué se refería. Tenía los ojos vidriosos.

—¿Tragedia?

—Mmm... —replicó North a la vez que le pasaba el brazo por encima del hombro al canciller y lo conducía hasta los visillos amontonados—. Pobre Morrigan, pobrecilla... Tan llena de vida... Con tanto que compartir con el mundo aún... ¡Qué pronto se nos ha ido! ¡Demasiado pronto!

—Demasiado pronto... —repitió Corvus, asintiendo conmovido.

En ese momento, Júpiter pasó también el brazo alrededor del hombro de Ivy y la atrajo poco a poco hacia su pecho.

—No deben culparse a ustedes mismos. Poco habrían podido hacer aunque hubieran querido —dijo el pelirrojo al tiempo que le guiñaba un ojo a su candidata, la cual sintió cómo una risita nerviosa se abría paso a través de su garganta. ¿De verdad se creían que el montón de cortinas era

ella, que yacía muerta en el suelo? Pero ¡si estaba allí de pie, delante de ellos!

—Qué pequeña se la ve... —afirmó Ivy entre sollozos pasándose la manga por la nariz—. Qué pequeña y qué delgada...

—Sí —añadió Júpiter—. Tan delgada como unos... visillos transparentes.

Morrigan no pudo evitar soltar una risa ahogada; sin embargo, ninguno de los Crow pareció oírla ni advertir su presencia.

—Los dejaré a ustedes que hagan los arreglos necesarios. Tendrá que preparar una declaración pública para la prensa, canciller. Pero antes de que me vaya, ¿me permite sugerirle un ataúd cerrado para el entierro? Los ataúdes abiertos son tan horteras...

—Sí —afirmó la abuela, mirando el montón de cortinas que se suponía que era su nieta—. La verdad es que son bastante horteras.

—¿Qué es lo que has hecho? —le susurró Morrigan a Júpiter—. ¿Qué era esa cosa plateada?

—Una sustancia altamente ilegal. Olvida que la has visto.

En un abrir y cerrar de ojos, la luz comenzó a oscilar de manera violenta, proyectando sombras por todo el comedor, y entonces un inconfundible olor a humo de leña llenó el aire. A continuación, el suelo volvió a temblar de nuevo, y a lo lejos, Morrigan oyó algo parecido a un trueno o a un fuerte aguacero que empezaba a caer, o... tal vez se tratara del sonido de unos cascos de caballo que avanzaban hacia ella...

Entonces, se volvió hacia la ventana y una ola de pánico la invadió de los pies a la cabeza, un miedo intenso y agudo que le bajaba por toda la columna vertebral y se elevaba cual bilis por su garganta.

La veía. Veía a su muerte ir a por ella.



CAPÍTULO CUATRO

LA CAGERÍA DE HUMO Y SOMBRAS

Subiendo colina arriba a través de los árboles, una masa informe y oscura se acercaba a la Mansión de los Crow.

A Morrigan le pareció una plaga de langostas o una nube de murciélagos; aunque emitía un ruido más estruendoso y avanzaba más a ras de suelo. El sonido de los cascos se hizo ensordecedor a medida que se iba aproximando. Dentro de esa negra masa había cientos de ardientes puntitos de luz roja, que aumentaban su brillo con cada segundo que pasaba.

Fue entonces cuando la amorfa figura comenzó a tomar forma. Cabezas, caras y piernas empezaron a asomar de aquel tenebroso enjambre. Ella sintió como de repente se le hacía un nudo en el estómago. Lo que parecían luces rojas y brillantes no eran sino ojos; ojos de personas, de caballos y de perros sabuesos.

No eran seres aislados de carne y hueso, sino más bien, una única sombra viviente compuesta de aquellas extrañas entidades. Oscuridad, una ausencia total y absoluta de luz que se movía con un propósito.

Cazar.

Morrigan apenas podía respirar. Su pecho se inflaba y desinflaba a toda velocidad tratando de tomar el suficiente aire para llenar sus pulmones de forma adecuada.

—¿Qué son?

—Ahora no... —respondió North—. Tenemos que salir corriendo.

Sin embargo, los pies de ella parecían pegados al suelo. Era incapaz de apartarse lo más mínimo de aquella ventana. En ese momento, Júpiter la agarró de los hombros y la miró fijamente a los ojos.

—Sin miedo. ¿Recuerdas? —le dijo, sacudiéndola un poco y conduciéndola hacia el pasillo—. Guárdalo para después.

Ella se detuvo de golpe en la puerta.

—¡Espera! ¿Y ellos? —preguntó, volviéndose y mirando a los Crow, que aún seguían reunidos alrededor del montón de cortinas, ajenos al estruendo y la presencia inminente de aquellos cazadores fantasma que iban lanzados hacia la casa—. No podemos dejarlos sin más.

—No te preocupes, no les pasará nada. La Cacería no puede tocarlos. Te lo prometo. Venga.

—Pero...

—Es a ti a quien buscan, Morrigan —replicó Júpiter, y la empujó hacia delante—. ¿Quieres ayudar a tu familia? Pues aléjate todo lo que puedas de la casa.

—Y entonces ¿por qué vamos escaleras arriba?

Él no respondió. En cuanto llegaron al tercer piso, se acercó corriendo a la ventana más cercana, la abrió de par en par, sacó la cabeza fuera y dijo:

—Esto servirá. ¿Lista? Saldremos por la claraboya.

Morrigan echó un vistazo al exterior: allí fuera se alzaba la máquina más extraña que jamás hubiera visto.

Como canciller estatal, a su padre lo habían llevado a casa en todo tipo de vehículos diferentes a lo largo de los años. Él seguía prefiriendo para uso diario su anticuado carruaje tirado por caballos; no obstante, a veces, el Partido del Mar Invernal le enviaba costosos automóviles con las ventanillas oscuras y motores ruidosos; incluso, una vez, le mandaron un pequeño dirigible pilotado que requirió de una autorización especial para aterrizar en el tejado. Todos los vecinos del lugar se habían congregado a las puertas de la Mansión de los Crow para contemplarlo boquiabiertos y sacar fotografías.

Pero, que ella supiera, Corvus nunca había viajado en una reluciente cápsula de bronce de dos pisos de altura y con ocho larguiruchas patas mecánicas que le daban el aspecto de una enorme araña metálica. «¿Qué van a pensar los vecinos de ESTO?», se preguntó con los ojos abiertos como platos.

—No he aparcado lo bastante cerca... —dijo él—. Tendremos que pegar un pequeño salto al salir.

¿Saltar? No esperaba que ella saltara desde la ventana de un tercer piso...

Entonces, Júpiter se encaramó al marco de la claraboya, sacando fuera la mayor parte del cuerpo. Después, tendió una mano a su candidata.

—A la de tres, ¿vale?

—No —replicó ella, negando con la cabeza y alejándose de la ventana—. No vale. No vale en absoluto.

—Morrigan, admiro tu instinto de supervivencia, de verdad que sí. Pero creo que si echas un vistazo a tu espalda, es muy posible que ese instinto te diga que saltes por la ventana ahora mismo.

Morrigan miró hacia atrás.

Peligrosamente cerca de lo alto de la escalera había un perro de caza muy parecido a un lobo, con los ojos encendidos en sangre y los dientes al descubierto, gruñendo con ansia contenida. El resto de la jauría recorría aún los últimos peldaños antes de reunirse con su compañero. Debían de ser, por lo menos, una docena, puede que más. Iban peleándose los unos con los otros por tomar la mejor posición, abriendo sus feroces mandíbulas y gruñendo sin parar. Morrigan se quedó completamente petrificada junto a la ventana.

—No... no tengas miedo —susurró ella.

Sin embargo, cada célula de su cuerpo le contestaba: «Sí, ten miedo».

—A la de tres... —repitió Júpiter, guiándola para que se subiera junto a él a la cornisa—. Uno...

De pronto, al sabueso del rellano se le unió un segundo y, más tarde, un tercero, todos con los mismos colmillos amarillentos y afilados, mirada salvaje y el revuelto pelaje negro como el tizón. Sus amenazadores gruñidos emitían una vibración por el suelo que llegaba incluso hasta Morrigan.

—Dos...

Instintivamente, ella dio un paso hacia atrás, y nada más darse cuenta de que ya no tocaba nada con el pie, se apresuró a buscar apoyo en Júpiter, el cual la rodeó con los brazos justo cuando los perros se lanzaban a por su presa.

—¡Tres!

El aire gélido y cortante azotó sus orejas al caer. Al cabo de unos instantes, oyeron un estruendo de cristales rotos y, a continuación, aterrizaron con fuerza (ella envuelta por completo por los brazos de su pelirrojo nuevo amigo, que amortiguó su caída) dentro del cuerpo de la enorme araña de bronce. Arriba en lo alto, los sabuesos los contemplaron durante unos segundos y desaparecieron de la ventana.

—Ay... —gimió él—. Seguro que mañana me arrepiento de esto... Puedes bajarte...

Acto seguido, soltó a su candidata, la cual hizo una mueca de dolor al notar que un trozo de cristal se le había incrustado en la palma de la mano.

—¿Adónde se han ido?

—Ni idea. Pero no creo que tarden mucho en volver a aparecer. Agárrate a algún sitio —dijo Júpiter al tiempo que se ponía al mando del vehículo y subía un par de palancas en el panel de control.

Al cabo de un momento, el motor despertó a la vida con un rugido, y la araña salió disparada hacia delante haciendo tambalearse a Morrigan y lanzándola contra uno de los laterales de la aeronave. Comenzó a sentir náuseas.

—Al principio, siempre pega muchos tirones. Y al final, también. Pero no te preocupes, en medio va suave como la seda. Bueno, casi siempre. A veces. En realidad, depende...

Ella entró a trompicones en la estrecha cabina y se sujetó al respaldo de uno de los viejos asientos de cuero. Luego, se arrancó el cristal que se le había metido en la mano, lo arrojó bien lejos y se limpió la sangre con el vestido.

—¿Qué eran?

—La Cacería de Humo y Sombras —respondió él, lanzando una mirada sombría a su espalda mientras la araña se alejaba atropelladamente de la casa.

—La Cacería de... —Morrigan se tapó la boca con la mano para no vomitar la cena sobre los botones y las relucientes palancas del panel de control o, lo que habría sido peor, sobre el cogote de su pelirrojo nuevo amigo. La verdad era que ir subido a aquel artefacto era como navegar en un pequeño cascarón en mitad de un mar agitado—. ¿Qué quieren de mí?

Júpiter no respondió. Parecía concentrado tratando de cambiar de marcha.

—Siéntate en el asiento del copiloto y ponte el cinturón —dijo él finalmente, indicándole con un gesto de la cabeza que se acomodara en el maltratado sillón de su derecha.

Morrigan se arrastró hacia él con dificultad y se ajustó el cincho de seguridad.

—¿Lista? Agárrate fuerte.

Acto seguido, la araña comenzó a trepar dando unas zancadas asombrosas por la verja de acceso a la Mansión de los Crow. Delante de ellos, se alzaba el bosque; sin embargo, Júpiter puso rumbo en otra dirección: hacia el centro de Jackalfax. Conforme comenzaron a coger velocidad y a descender colina abajo deslizándose por encima del cuidado camino de tierra, los movimientos de la araña mecánica se fueron nivelando y haciendo cada vez más estables.

Jackalfax se hallaba completamente bañado por la luz y el sonido de los primeros fuegos artificiales. Una gran multitud de personas se había reunido para contemplar la noche ardiendo de color y alegría. Morrigan nunca había visto la Vía Imperial tan llena de gente.

La máquina de ocho patas fue correteando por el centro de la ciudad, pasando entre la aglomeración de personas. La verdad era que Júpiter no podría haberlo planeado y cronometrado más a la perfección: el gentío que asistía al brillante espectáculo en el cielo fue el refugio ideal para su huida de la Cacería de Humo y Sombras. Todo el mundo miraba hacia arriba bajo el clamor de los petardos, los silbidos y las detonaciones.

—¿No deberíamos alejarnos de la ciudad en vez de meternos en ella? —preguntó Morrigan.

—Es un atajo —respondió él.

Iban derechos al Ayuntamiento, el centro neurálgico de las celebraciones. Al poco, el vehículo se paró, extendió al máximo sus extremidades metálicas y comenzó a moverse despacio y con cuidado entre la muchedumbre, como si fuera andando de puntillas.

—¿Y esta especie de araña qué es? —dijo ella.

—Esta especie de araña, como acabas de bautizarla de modo tan poco delicado —contestó Júpiter, echándole una mirada penetrante—, se llama cápsula arácnida, y es la máquina más exquisita y sofisticada jamás construida.

En ese momento, uno de los fuegos artificiales estalló en la oscuridad del cielo de manera particularmente ruidosa, dejando tras de sí un rastro de humo en forma de flor, un resto fantasmal de la explosión. La multitud quedó deleitada ante la belleza del espectáculo.

—Preciosa, ¿no crees? Su nombre es Octavia. Una de las dos únicas cápsulas arácnidas que existen. Yo mismo conocí al inventor. Tira de esa palanca azul, ¿quieres? No, la otra... Eso es.

La cápsula arácnida se detuvo. De pronto, Júpiter torció el gesto, se levantó de su asiento, fue a toda prisa a la parte posterior y comenzó a mirar con nerviosismo a través de las lunas abovedadas del vehículo.

—¿Ocurre algo?

—Estas máquinas tan curiosas están, por supuesto, un tanto pasadas de moda... —respondió él como si nada hubiera ocurrido—. No obstante, jamás me desprenderé de mi vieja Octi; es un trasto de lo más fiable. Todos esos vehículos flotantes y automóviles son muy modernos y llamativos, pero como yo siempre digo: con ninguno de ellos se puede escalar una montaña ni bucear en el agua. Octavia, en cambio, puede desplazarse por casi cualquier superficie, algo muy útil en situaciones como esta precisamente, pues me temo que estamos arrinconados.

Acto seguido, volvió a la cabina de control, pulsó un botón que había en el techo y desplegó hacia abajo una pantalla dividida en cuatro imágenes. Cada una de ellas mostraba el exterior de la cápsula arácnida desde un punto de vista diferente.

La Cacería de Humo y Sombras los había alcanzado. Se hallaban rodeados por todos lados de cazadores a caballo y perros babeantes.

El corazón de Morrigan se fue acelerando poco a poco. «Ya está. Estamos atrapados. Esto es el fin», pensó.

—¿Útil en qué sentido? —preguntó ella—. ¡Aquí no hay montañas ni agua por ninguna parte!

—No, montañas no hay, no... Pero hay... esto —contestó Júpiter, abrochándose el cinturón de seguridad y mirando hacia la parte superior de la torre del reloj—. Lo realmente emocionante de las arañas es cómo trepan por todas partes. El cinturón, querida... Y suceda lo que suceda, no cierres los ojos.

—¿Qué pasa si los cierro?

—Que te perderás la diversión.

Morrigan apenas había acabado de atarse a su asiento cuando, de repente, la cápsula arácnida retrocedió de golpe arrojándola violentamente hacia atrás. A continuación, dos grandes y larguiruchas patas metálicas se engancharon a uno de los aleros del Ayuntamiento y la cápsula comenzó a ascender de modo tambaleante por la esfera negra e insondable del Cosmorreloj.

—No es la manera idónea, pero como forma improvisada de escapar no está mal —dijo él.

—¿Escapar? ¿Adónde? —replicó ella sin tener ni idea de lo que hablaba.

—Ahora lo verás.

Ella miró hacia atrás a través de la bóveda de cristal del aparato. Estaban ya a más de veinte metros de altura; y lo que era peor: los enormes cazadores del humo negro habían desmontado y se hallaban trepando por la torre tras ellos.

—¡Están detrás de nosotros! —exclamó Morrigan.

—No por mucho tiempo —respondió Júpiter, haciendo una mueca, pero sin girar en ningún momento la cabeza—. La Cacería no puede seguirnos allá adonde vamos.

—Pero ¿adónde vamos?

Justo cuando los fuegos artificiales alcanzaban su espectacular clímax final, llegaron a lo alto de la torre. Explosiones doradas, rojas, azules y moradas iluminaron el cielo nocturno.

—Nos vamos a casa, Morrigan Crow.

Acto seguido, la cápsula arácnida puso una de sus finas patas sobre el reloj. Por sorprendente que pueda parecer, el cristal no se rompió. Ni la más mínima raja. Luego posó con suavidad la otra pata sobre la oscura esfera produciendo una serie de ondas, como un guijarro al caer sobre la superficie de un profundo lago negro. Morrigan se quedó boquiabierta. Otra cosa imposible que sucedía en aquella noche de cosas imposibles.

Entonces se dio la vuelta. Los cazadores estaban ya tan encima de ellos que el aliento de estos podría haber empañado la bóveda acristalada de Octavia. Tenían extendidos sus esqueléticos brazos como intentando agarrarla por la espalda a través del cristal y tirar de ella hacia abajo, hacia su muerte. Morrigan sintió deseos de cerrar los ojos; sin embargo, era incapaz de apartar la mirada.

Por fin, con un brusco movimiento, la cápsula arácnida se lanzó hacia delante, se introdujo en el reloj y, girando una y otra vez, arrojó a Morrigan a las profundidades de lo desconocido.

El sonido de los fuegos artificiales desapareció en el acto. El mundo entero quedó en completo silencio.



CAPÍTULO GINGO

BIENVENIDA A NEVERMOOR

Primavera del Uno

La cápsula arácnida aterrizó con un ruido sordo. Una espesa y blanca niebla los envolvió. A su alrededor, todo estaba tranquilo y en silencio, como si el caos de la plaza del Ayuntamiento de Jackalfax hubiera dejado de existir sin más. Morrigan se sintió mareada.

¿Sería esto, ahora sí, su muerte? ¿Habrían fallecido e ido al Lugar del Bien? Teniendo en cuenta el malestar general que recorría su cuerpo, lo más probable era que no fuera así. Aparte de las náuseas, le zumbaban los oídos; además, tenía un corte en la palma de la mano cubierto de sangre reseca que aún le dolía. Por otra parte, al mirar por la ventana no se veía gran cosa afuera que indicara que hubieran llegado a ningún paraíso celestial: no había ninguna Entidad Divina esperándolos con los brazos abiertos, ni un coro de ángeles dándoles la bienvenida. Dondequiera que se hallaran, estaba claro que no se trataba del Lugar del Bien.

«Aunque, desde luego, tampoco estamos en Jackalfax», pensó.

Entonces, oyó un suave gemido. Al darse la vuelta, vio a Júpiter saliendo del asiento del piloto con una mueca de dolor.

—Vaya, lo lamento... Al parecer no ha sido un aterrizaje tan plácido como esperaba. ¿Estás bien?

—Creo que sí —contestó ella, mirando a su alrededor y respirando hondo para calmarse y apartar de su cerebro la imagen de la Cacería de Humo y Sombras—. ¿Dónde estamos? ¿Qué es toda esta niebla?

Él puso los ojos en blanco con gesto paciente.

—Impresionante, ¿verdad? Control fronterizo —añadió, como si eso lo explicara todo.

Morrigan abrió la boca para preguntarle qué quería decir, pero fue interrumpida por un frenético y chisporroteante zumbido que reverberó dentro de Octavia.

—¡Indique su nombre y filiación! —retumbó una voz extraña, amplificadas a través de un altavoz que parecía estar por todas partes.

Acto seguido, Júpiter agarró un pequeño dispositivo plateado del panel de control y habló a través de él.

—¡Sí, hola! Capitán Júpiter North de la Sociedad Fabulánica, la Liga de Exploradores y la Federación de los Hoteleros de Nevermoor. Acompañado de la señorita Morrigan Crow de... Sin filiación. Todavía —dijo, guiñándole un ojo a su candidata.

Ella soltó una risita nerviosa.

A continuación, un nuevo zumbido sonó alrededor de ellos. De repente, un largo brazo mecánico que culminaba en un ojo gigante (más grande que toda la cabeza de Júpiter) emergió de la niebla y comenzó a escudriñarlos a través de la ventana y a examinar al detalle el interior de la cápsula, de izquierda a derecha, de arriba abajo.

—¡Viene de la Séptima Comarca del Estado Libre a través del Portal del Monte Florien, ¿correcto?! —bramó la voz incorpórea.

Morrigan no daba crédito.

—Correcto —replicó Júpiter desde su pequeño micrófono plateado.

—¿Tenía usted permiso para viajar a la Séptima Comarca?

—Sí. Visado diplomático académico —dijo su pelirrojo amigo, carraspeando y lanzando a su candidata una mirada de advertencia—. Y la señorita Crow reside en Ciudad Barclay, en la Séptima Comarca.

«La señorita Crow no ha oído hablar de Ciudad Barclay ni de la Séptima Comarca en su vida», pensó ella.

Sin embargo, no podía evitar observar a su patrocinador con fascinación y creciente nerviosismo. ¿Portal del Monte Florien? ¿Visado diplomático académico? Qué montón de disparates... Los latidos de su corazón retumbaban con fuerza en sus oídos. Sin embargo, Júpiter estaba muy sereno respondiendo a las preguntas del guardia fronterizo y mintiendo con elegante tranquilidad y una sonrisa en el rostro.

—¿Tiene ella permiso para entrar en la Primera Comarca?

—Por supuesto —dijo North con suavidad—. Visado de Residencia Educativa.

—Presente sus papeles.

—¿Papeles? —preguntó él dudando y perdiendo la confianza en sí mismo por un segundo—. Sí, claro, por supuesto. Papeles... Me olvidé de los... Espere, estoy seguro de que tengo... alguna cosa...

Morrigan contuvo la respiración mientras su patrocinador hurgaba en distintas guanteras del panel de control hasta acabar sacando el envoltorio vacío de una barrita de chocolate y un pañuelo de papel usado. Acto seguido, sonriendo con placidez a su candidata, los apretó contra el cristal para que el ojo gigante los examinara enloquecido.

Durante el largo rato que duró la inspección, ella se preparó para oír en cualquier instante las sirenas, los cláxones y el sonido de las puertas de la cápsula arácnida rompiéndose por obra de los guardias armados...

Entonces, el micrófono crepitó un par de veces. La voz al otro extremo lanzó un largo suspiro y susurró:

—Venga ya, no me tomes el pelo...

—Lo siento, eso es todo lo que he encontrado... —replicó Júpiter también en voz baja, mirando dentro del ojo gigante y encogiéndose de hombros compungido.

Finalmente, la voz retumbó:

—¡Puede continuar!

—Fantástico —contestó él, atándose de nuevo al viejo asiento de cuero.

Morrigan dejó escapar el aire que había estado reteniendo.

—¡Gracias, Phil!

—Oh, por el amor de Dios... —susurró la voz, seguida de un sonido amortiguado y otro rechinante, como si el micrófono se hubiera caído al suelo de pronto y luego se hubieran acoplado los altavoces—. North, te tengo dicho que no me llames por mi nombre si estoy de servicio.

—Ah, perdona. Saluda a Maisie de mi parte.

—Pásate a cenar la próxima semana y la saludas tú mismo.

—¡Lo haré! —dijo Júpiter, colocando de nuevo el micrófono plateado en su posición original y volviéndose hacia ella.

—Bienvenida a Nevermoor.

En ese instante, la niebla se despejó de golpe, revelando un enorme arco de piedra con puertas plateadas que resplandecían como si se hallaran al calor de una gran estufa.

«Nevermoor», repitió varias veces Morrigan en su mente. La única vez que había oído hablar de aquel lugar fue en la carta de la Sociedad Fabulánica. En aquel momento, el nombre no le había dicho nada, no era más que una palabra sin sentido.

—Nevermoor —susurró para sí misma.

Le gustaba cómo sonaba. Se le antojaba que era un vocablo secreto que, de alguna manera, le pertenecía solo a ella.

Júpiter encendió el motor de Octavia y leyó en una pantalla que le iba mostrando noticias breves:

—Hora local: 6.13 de la mañana. Primer día de la Aurora, Primavera del Uno, Tercera Era de los Aristócratas. Clima: cielos fríos pero despejados. Ambiente general en la urbe: optimista, soñoliento y ligeramente etílico.

Las puertas se abrieron con un gemido quejumbroso y la cápsula arácnida se puso en movimiento con una suave sacudida. Morrigan respiró hondo en cuanto entraron en la ciudad.

Ella nunca había estado fuera de Jackalfax, y no estaba preparada para lo que le aguardaba más allá de aquellas puertas.

En Jackalfax, todo era pulcro, ordenado y... normal. Casas edificadas en hileras uniformes, unas junto a las otras; edificios de ladrillo a ambos lados de unas calles rectas y limpias. Después de que el primer barrio hubiera sido construido hacía ciento cincuenta años, todos los que vinieron a continuación fueron levantados si no exactamente con el mismo estilo, sí lo bastante parecidos como para que si uno contemplaba una panorámica desde arriba, pudiera deducir que la ciudad entera había sido diseñada por el mismo arquitecto deprimido y apático.

No, Nevermoor no se parecía en nada a Jackalfax.

—Estamos entrando por el sur —señaló Júpiter, indicando un mapa de la ciudad que acababa de aparecer en la pantalla de la cabina de mando. La cápsula arácnida se fue perdiendo poco a poco entre las oscuras y, en su mayoría, tranquilas calles, esquivando a algún que otro peatón aquí y allá.

Las huellas de las celebraciones de la noche de la Nocturnal se desparramaban por las sombrías calles. Globos y serpentinas amontonados en las aceras y al pie de las farolas, barrenderos de primera hora de la mañana recogiendo cascos de botellas y tirándolos dentro de enormes contenedores metálicos. Algunas personas incluso seguían aún de fiesta bajo la luz azulada que precede al amanecer, incluyendo a un grupo de jóvenes que canturreaban el emotivo *Himno de la Aurora* al salir tambaleándose de un bar:

- «Oh, no te caaaaaaanses, amiiiiigo mío...».
- «De navegaaaaar las corrieentes del tiempo...»
- Pete, desafinas, es... No, déjalo ya, desafinas...
- «La Nueva Era nos espeera a la orilla...»
- «Igual que hiiiizo la Vieja Era...»
- Y dale... No, eso es al final, todavía no...

Suspendida en el aire un par de metros por encima del pavimento, Octavia cruzó deprisa por todo tipo de arterias urbanas empedradas, callejones estrechos y amplios bulevares (unos modernos, algunos pasados de moda y otros llenos de una extravagante animación). Pasaron por un barrio llamado Ogden, que parecía como si estuviera inundado, pues las calles eran canales de agua por los que la gente iba remando en pequeños botes mientras cruzaban la niebla que se adensaba a su alrededor.

Mirara a donde mirase, Morrigan veía parques de un verde intenso, jardincitos de iglesias, cementerios, patios, fuentes y estatuas iluminadas por cálidas y amarillas farolas de gas y algún que otro fuego artificial aislado.

Morrigan estaba levantada, fuera de su asiento, yendo de una ventana a otra del vehículo y apretando la cara contra el cristal para tratar de verlo todo. Ojalá hubiera tenido una cámara en ese momento. Se moría de ganas de saltar de la cápsula arácnida y echar a correr por aquellas calles.

—Mira a ver qué pone en esa pantalla, por favor —dijo Júpiter, haciendo una seña con la cabeza mientras conducía a Octavia a través de una intrincada maraña de callejuelas—. ¿A qué hora dice que sale el sol?

—Aquí pone que... a las seis y treinta y seis.

—Vamos con retraso. Métele un poco de caña, Octi —murmuró él un segundo antes de que el motor de la cápsula arácnida rugiera de forma vigorosa.

—¿Dónde estamos? —preguntó Morrigan.

Júpiter se echó a reír.

—¿Es que estabas dormida? Estamos en Nevermoor, corazón.

—Sí, pero ¿dónde está Nevermoor?

—En el Estado Libre.

Morrigan frunció el ceño un tanto desesperada.

—¿Qué Estado Libre?

Eran cuatro los estados que formaban la República: Southlight, Prosper, Sang Oriental y, por supuesto, Gran Wolfacre, fuera del cual ella nunca antes se había aventurado.

—Este —replicó él guiando a Octavia hacia una calle lateral—. El Estado Libre es precisamente eso: el Estado Libre. El que es libre. El Estado número cinco. Ese del que tus profesores nunca te hablaron. Sobre todo, porque ni ellos mismos sabían que existía. Técnicamente, no somos parte de la República. Digamos que no se puede entrar sin invitación.

Acto seguido, enarcó una ceja y observó a Morrigan.

—¿Por eso la Cacería de Humo y Sombras se detuvo en la Torre del Reloj? —preguntó ella, volviendo a acomodarse en el asiento del copiloto—. ¿Porque no tenían invitación?

—Sí —respondió él haciendo una pausa—. Básicamente...

—Entonces ¿no hay manera de que nos hayan seguido hasta aquí?

—Estás a salvo —contestó Júpiter sin apartar la vista del camino—. Te lo prometo.

La niña examinó su rostro de cerca. No estaba muy segura de si debía alegrarse o no. Había visto a su compañero mentirle tan bien al guardia fronterizo... Además, tampoco se le escapaba que, en realidad, no había respondido con exactitud a su pregunta. Pero muy poco de todo lo que había ocurrido la noche anterior tenía algún sentido. Un tornado de dudas se arremolinaba en su cabeza. Lo único que podía hacer al respecto era intentar aclararlas antes de que llegaran a su destino.

—Pero ¿cómo es posible...? Quiero decir... —soltó Morrigan hecha un lío—. No entiendo... Se suponía que yo debía morir en la Nocturnal.

—No. Para ser exactos, se suponía que morirías a medianoche de la Nocturnal —dijo él, pisando el freno de golpe para dejar cruzar la calle a un gato y volviendo a apretar con fuerza el acelerador a continuación—. Sin embargo, no hubo medianoche de la Nocturnal. Para ti no. En Nevermoor son unas nueve horas menos que en Jackalfax. Así que te saltaste la medianoche. Salimos de una zona horaria y nos metimos en otra. Engañaste a la muerte. Muy buen trabajo. ¿Tienes hambre?

Ella negó con la cabeza.

—Pero ¿y la Cacería de Humo y Sombras? ¿Por qué nos perseguía?

—No nos estaban persiguiendo, te estaban persiguiendo. Además, tampoco te estaban persiguiendo, te estaban cazando. Cazan a todo niño maldito. De hecho, así es como mueren los niños malditos. No me lo puedo creer, me muerdo de hambre... Ojalá tuviéramos tiempo de desayunar.

La boca de Morrigan se había quedado seca de repente.

—¿Cazan niños?

—Cazan niños malditos. Esa es su especialidad, sí...

—Pero ¿por qué?

La confusión iba en aumento dentro de su cabeza.

—¿Y quién los envía? Y si la maldición dice que tenía que morir a medianoche...

—Te juro que me comería una vaca ahora mismo.

—¿Por qué vinieron por mí antes de tiempo?

—No tengo ni la más remota idea —contestó su patrocinador con un suave tono de voz que contrastaba con la evidente preocupación en su rostro—. Quizá luego tenían una fiesta y no iban a llegar a tiempo. Debe de ser horrible tener que trabajar en la Nocturnal...

Acto seguido, cambió de marcha y se adentró en una estrecha calle adoquinada.

—Ya sé lo que estás pensando —afirmó Júpiter mientras metía a Octavia en un garaje privado y tiraba de una cadena que había al lado de la gran puerta para que esta bajara—. Nevermoor. Si es tan genial, ¿cómo es que nunca habías oído hablar de ella? La verdad, Morrigan, es que este es el mejor lugar del Reino Sin Nombre. Sin duda.

El aire estaba tan helado que su aliento se convertía al instante en una nube de vapor. Así pues, hizo una pausa para coger su abrigo azul hecho a medida y se lo pasó a Morrigan por encima de los hombros. Como era lógico, le quedaba grande y las manos no llegaban a asomar por las mangas, pero ella cruzó los brazos y se deleitó en su calidez. Júpiter se pasó una mano por su cobrizo peinado medio deshecho, le dio la otra a su candidata y la condujo a la fría calle mientras empezaba a clarear en el cielo.

—Tenemos una arquitectura maravillosa —continuó él—. Unos restaurantes encantadores. Un transporte público que funciona razonablemente bien. Un clima genial: frío en invierno, sin frío cuando no es invierno, tal y como uno espera que sea. ¡Ah! ¡Y las playas! Qué decir de las playas... Bueno, en realidad, las playas son un asco, pero, en fin, no se puede tener todo...

Morrigan hacía esfuerzos por seguirle el ritmo a su patrocinador, no solo a la ametralladora que parecía al hablar, sino también a sus piernas largas y delgadas que avanzaban, medio saltando medio corriendo, por una calle señalizada como «AVENIDA HUMDINGER».

—Lo siento... —jadeó ella renqueante y cojeando debido a un repentino calambre que le acababa de dar en la pantorrilla—. ¿Podríamos... ir un poco... más despacio...?

—No podemos. Ya casi es la hora.

—¿La hora...? ¿La hora de qué?

—Ya lo verás. ¿Por dónde iba? Ah, sí... Las playas. Sí, un asco. Pero si lo que quieres es entretenimiento, tenemos el Troliseo. Seguro que te encanta si te gusta la violencia. Hay peleas de troles todos los sábados, carreras de centauros los martes por la noche, *paintball* de zombis cada segundo viernes de mes, combate de unicornios en Navidad y un torneo de doma de dragones en junio.

A Morrigan la cabeza le daba vueltas y más vueltas. Había oído alguna vez historias sobre una pequeña población de centauros asentados en el lejano Sang Oriental y sabía también que había aún dragones salvajes y lo increíblemente peligrosos que eran. ¿Cómo era posible que a alguien se le ocurriera domar a uno de ellos? Pero ¿troles, zombis, unicornios? Júpiter no podía estar hablando en serio, aunque eso era algo difícil de averiguar.

A continuación, giraron en el callejón Caddisfly y, saltando a toda velocidad, avanzaron por la retorcida y laberíntica callejuela. Morrigan pensó que esta nunca se terminaría; sin embargo, por fin, se detuvieron frente a una puerta curvada de madera con un pequeño letrero en el que ponía en unas mortecinas letras doradas: «HOTEL DEUCALION».

—¿Tú... vives en... un hotel? —preguntó al tiempo que intentaba recobrar el aliento.

Pero North no la escuchaba. Estaba buscando torpemente en un manajo metálico la llave indicada. De pronto, la puerta se abrió de golpe, haciendo a Morrigan retroceder de forma instintiva y casi caerse de espaldas.

Lo que asomaba al otro lado del umbral no era otra cosa que un gato. Pero no un gato normal y corriente, sino uno gigante; el gato más grande, aterrador, greñudo y de dientes más afilados que jamás había visto en su vida. Sentado sobre sus patas traseras, el animal hacía esfuerzos por caber en el marco de la entrada. Su cara estaba aplastada y arrugada, como si acabara de darse de bruces contra alguna pared, y con su gran hocico no cesaba de olfatear y olisquear como si fuera una enorme versión prehistórica de los gatos de la cocina de la Mansión de los Crow.

Si su aspecto físico ya dejó anonadada a Morrigan, aquello no fue nada comparado con lo que dijo cuando giró su inmensa cabeza gris, dirigiéndose a Júpiter:

—Veo que me has traído el desayuno.



CAPÍTULO SEIS

LA AURORA

Morrigan contuvo la respiración mientras los ojos de color ámbar del felino, grandes como platos, la escudriñaban de arriba abajo. Finalmente, la bestia se dio la vuelta y se metió para adentro. Ella, aterrorizada, intentó dar media vuelta e irse de allí; sin embargo, su patrocinador le dio un empujoncito y la obligó a entrar por la puerta. ¿Sería posible que todo hubiera sido un engaño? ¿Es que la había salvado de la Cacería de Humo y Sombras solo para ofrecérsela como alimento a su gato gigante?

—Muy gracioso... —le dijo él al descomunal minino a la vez que este desaparecía por un pasillo largo, angosto y mal iluminado—. Espero que seas tú quien me tenga listo el desayuno, vieja y bruta bola de pelo. ¿Cuánto nos queda?

—¡Seis minutos y medio! —le gritó el animal, que iba varios metros por delante—. Tú, como siempre, pedazo de idiota, llegando con el tiempo justo... Y quítate esas horrosas botas llenas de barro antes de entrar en el *hall*, ¿quieres?

Júpiter apoyó una mano en el hombro de su candidata y la condujo por el corredor como si fuera ciega. La única luz procedía de unos faroles de gas semiapagados que colgaban de unos apliques en los tabiques. No se veía mucho, pero la alfombra parecía estar vieja y raída, y el papel de las paredes, bastante desconchado en general. Además, un ligero olor a humedad impregnaba todo el lugar. A los pocos segundos, llegaron a una empinada escalera de madera y comenzaron a subir.

—Esta es la entrada de servicio. Horrible, lo sé, necesita unos cuantos arreglos... —afirmó Júpiter pillando por sorpresa a Morrigan, que no creía que le estuviera hablando a ella, y haciendo que esta se preguntara cómo es que sabía lo que estaba pensando en aquel mismo instante—. ¿Algún mensaje, Fen?

Nada más llegar al último escalón, el felino se detuvo frente a unas puertas negras y se volvió para mirarlo.

—¿Y yo qué sé?... —respondió el animal poniendo cara de infinita paciencia—. No soy tu secretaria. Y te he dicho que te quites las botas...

Acto seguido, el felino empujó la puerta con su enorme cabeza gris, y los tres se adentraron en el que sin duda era el sitio más lujoso que Morrigan había visto en su vida.

El vestíbulo del Hotel Deucalion, enorme y luminoso, contrastaba de modo sorprendente con la oscura y decrepita entrada de servicio (aunque, si hablamos de sorpresas, ninguna podía compararse, por supuesto, con la que se había llevado antes al ser recibida en la puerta por un gigantesco gato parlante). El suelo se hallaba recubierto de baldosas de mármol blanco y negro, y una enorme araña de color rosa, en forma de velero llena de cristales relucientes, colgaba del techo y lo inundaba todo con su cálida luz. Había árboles en grandes maceteros y muebles elegantes por todas partes. Además, una imponente escalera de caracol ascendía en una vertiginosa espiral hasta una altura de trece pisos (Morrigan los contó).

—No me digas lo que tengo que hacer. ¡Soy yo quien te paga! —gruñó Júpiter conforme se quitaba las botas de viaje.

En cuanto lo hizo, apareció un joven para recogerlas y entregarle un par de zapatos negros de vestir, que se calzó de mala gana. Los miembros del personal que pasaban a su lado (todos vestidos con uniforme de color dorado y rosa) lo saludaban con una sonrisa.

—Buena Aurora, señor.

—Feliz Era Nueva, capitán North.

—Feliz Era Nueva, Martha —respondió él—. Feliz Era Nueva, Charlie. ¡Buena Aurora a todos! Ahora, venga, todo el mundo a la azotea u os lo perderéis. Vosotros tres, no, cuatro, subid con nosotros en el ascensor... Sí, tú también, Martha, hay espacio de sobra...

Fue entonces, al ver como la gente del servicio lo seguía obediente a través del amplio vestíbulo, cuando Morrigan se dio cuenta de que su pelirrojo amigo no solo vivía en el hotel, sino que además era el propietario, el dueño de todo: los suelos de mármol, la araña de cristal, la reluciente recepción, el piano de cola del rincón, la resplandeciente escalera de caracol. Todo era suyo. Todas aquellas personas eran empleados de Júpiter, incluso el enorme gato que le había puesto mala cara y lo había regañado. Ella intentó no sentirse intimidada.

—Te veo ahora ahí arriba —dijo el felino, empezando a subir los peldaños de cuatro en cuatro—. Y no te entretengas.

Júpiter se volvió hacia Morrigan, y por segunda vez en lo que iba de día, le dijo:

—Ya sé lo que estás pensando. ¿Por qué dejo que un magnifigato me diga lo que he de hacer? Bueno, la respuesta es simple...

—Eso no es un magnifigato —lo interrumpió ella.

El capitán North respiró hondo. A continuación, arqueó el cuello y observó como el animal desaparecía por la infinita espiral. Una vez que hubo comprobado que estaba ya lejos y no podía oírlo, se volvió hacia su candidata y susurrando replicó:

—¿Qué quieres decir con eso de que no es un magnifigato? Por supuesto que sí; de hecho, es una magnifigata.

—He visto fotos de magnifigatos en el periódico y no se le parecen en nada. El presidente de la República del Mar Invernal tiene seis que tiran de su carruaje y son negros y brillantes — contestó Morrigan al tiempo que Júpiter se llevaba el dedo índice a la boca para que bajara la voz y volvía a asomar con nerviosismo la cabeza por la escalera—. Además, llevan collares con tachuelas y grandes anillos en la nariz. Y, desde luego, no hablan.

—Que no te oiga Fenestra decir eso —siseó él.

—¿Fenestra?

—¡Sí! —exclamó North un tanto indignado—. Tiene nombre, ¿sabes? No te ofendas, pero me parece que la idea que tienes tú de un magnifigato es un pelín retorcida. Así que será mejor que te la guardes para ti si quieres dormir todas las noches en sábanas limpias. Fen es la jefa de mantenimiento.

Ella lo miró fijamente y se preguntó si en realidad había sido una decisión inteligente subirse a la cápsula arácnida, atravesar el Cosmorreloj y viajar hasta una ciudad extraña para irse a vivir a un hotel con un loco.

—¿Cómo puede un gato hacer las labores de un ama de casa?

—Ya sé lo que estás pensando... —dijo Júpiter pulsando un botón y llamando al ascensor, un lujoso elevador circular acristalado con remates dorados—. No tiene manos, tiene pezuñas. ¿Cómo se las apaña para, por ejemplo, limpiar el polvo? Pues si te digo la verdad, yo me he planteado lo mismo un montón de veces. Aunque no es un tema que vaya a dejar que me quite el sueño. Y tú tampoco deberías... Ah, aquí está Kitchari...

En ese momento, justo cuando el ascensor concluía su descenso hasta el *hall* y sus puertas se abrían, un señor mayor pero ágil, de cabellos blancos como la nieve, se les unió de forma precipitada. Vestía pantalones a cuadros de color rosa y una chaqueta gris de cuyo bolsillo sobresalía un pañuelo, también rosa, con las iniciales «H.D.» grabadas en oro.

—Morrigan, este es el señor Kitchari Burns, el conserje. Si te pierdes en el hotel, cosa que te sucederá seguro, llama a Kitchari. Yo diría que conoce este lugar aún mejor que yo. ¿Algún mensaje? He estado fuera de cobertura desde hace varios días —afirmó Júpiter, haciendo pasar a todos al interior del ascensor antes de que las puertas se cerraran.

—Sí, señor —contestó el hombre con un marcado acento extranjero mientras le entregaba un montoncito de papeles—. Dieciséis de la Liga, cuatro de la Sociedad y una de la oficina del alcalde.

—Maravilloso. ¿Ningún problema entonces?

—Todo va como la seda, señor, como la seda... Eso sí, unos caballeros de los Servicios Paranormales vinieron este jueves para ver qué pasaba con ese pequeño encantamiento que tenemos en la quinta planta. Ya he enviado la factura a contabilidad. Por otra parte, el Consorcio de Transportes de Nevermoor envió ayer un mensajero. Quieren que les aconseje qué hacer respecto a unos ruidos extraños que, al parecer, se oyen en el Navegador de la Telaraña. ¡Ah! Y alguien se ha dejado cuatro alpacas en el invernadero; ¿quiere que diga en recepción que intenten averiguar a quién pertenecen?

—¡Unas alpacas! Madre mía... ¿Y están felices?

—Supongo que sí. Ahora mismo deben de estar dándose un buen banquete de orquídeas.

—Entonces no tenga prisa. Puede esperar hasta después.

«¿Hasta después de qué?», se preguntó Morrigan.

—¿Está lista la habitación? —dijo Júpiter.

—Desde luego que sí, señor. Servicio de limpieza terminado. Muebles recién pulidos. Fresca como una margarita.

El ascensor subió, iluminando los números de los pisos a medida que, fuera de las paredes de vidrio, el vestíbulo iba quedando cada vez más y más abajo. De repente, Morrigan se sintió un tanto mareada y se apoyó con una mano en el cristal para no perder el equilibrio. Martha, la chica de personal a la que North había saludado, le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Se trataba de una muchacha joven, pero con pinta de ser muy profesional. Llevaba el pelo castaño recogido en un pulcro moño y el uniforme planchado de forma imaculada.

—Siempre es así al principio —le susurró con amabilidad mientras la miraba con sus grandes ojos de color avellana—. Ya te acostumbrarás.

—¿Paraguas listos? —preguntó Júpiter, creando de inmediato cierto alboroto a su alrededor, ya que todos los presentes levantaron rápidamente los paraguas que tenían en la mano—. ¡Ah! Casi me olvido. Feliz cumpleaños, Morrigan.

Acto seguido, se puso derecho, y de algún lugar de las profundidades de su abrigo azul (que seguía llevando sobre los hombros), sacó un paquete fino y alargado envuelto en papel marrón. Ella lo desenvolvió con cuidado y halló dentro un paraguas negro con una empuñadura plateada llena de filigranas y un pajarito en la punta tallado en ópalo. Acarició las diminutas alas iridiscentes de la figura sin poder articular palabra. En su vida le habían regalado algo tan bonito.

Atada al mango con una cuerdecita, una pequeña nota en la que ponía:

Esto lo vas a necesitar.

J. N.

—Gra... gracias —tartamudeó Morrigan con un nudo en la garganta—. Yo nunca... A mí nadie jamás...

Pero, antes de poder concluir, las puertas del ascensor se abrieron y un inmenso y festivo rugido lo inundó todo. Fue como si de pronto la empujaran al interior de un huracán de color.

La gigantesca azotea se hallaba llena de cientos de invitados que chillaban, reían y danzaban salvajemente. Largas hileras de antorchas y bombillas amarillas iluminaban sus rostros eufóricos. Una enorme marioneta de dragón, manipulada por doce personas desde abajo, bailaba entre ellos. Unos acróbatas disfrazados daban volteretas sobre unas plataformas colocadas a gran altura, y suspendidas en el aire como por arte de magia, varias bolas de espejos brillaban y giraban sin parar rociando con sus destellos caleidoscópicos las cabezas de todos los allí presentes. Morrigan estaba completamente obnubilada. Un niño mayor pasó corriendo por su lado mientras perseguía al dragón bailarín.

Justo en el centro de todo, una gran fuente soltaba champán rosa espumoso, y dentro de un quiosco de música, un grupo de músicos con chaquetas blancas tocaba swing (el del contrabajo parecía un lagarto grande y verde, pero Morrigan pensó que lo más seguro era que estuviera

alucinando debido al cansancio). Incluso Fenestra la magnífata tenía pinta de estar divirtiéndose, pues estaba echándole la zarpa a una de las bolas de espejos que se había caído y bufándole a todo aquel que se acercara demasiado.

Morrigan permaneció un tanto retirada del jolgorio, con los ojos abiertos como platos y los tímpanos a punto de estallarle a causa del ruido. Entonces comenzó a enumerar en su mente las cosas que podían arruinar la diversión ahora que ella y su maldición habían llegado. Ya podía leer los titulares de los periódicos del día siguiente: «ACRÓBATA SE CAE DE UNA PLATAFORMA Y SE ROMPE EL CUELLO»; «LA CULPA ES DE UNA NIÑA MALDITA»; «FUENTE DE CHAMPÁN SE CONVIERTE EN ÁCIDO VENENOSO. UNAS CIEN PERSONAS MUEREN EN EL ACTO».

Todo aquello era demasiado. Primero, la Cacería de Humo y Sombras; luego, la gigantesca araña mecánica; el misterio nebuloso del control fronterizo, y ahora, esa... esa ridícula celebración. En la azotea de un hotel. En una vasta ciudad secreta de la que nunca había oído hablar. Con un pelirrojo loco y un gato gigante.

Era evidente que aquella noche sin fin acabaría, a buen seguro, con la muerte de alguien, aunque no fuera la suya.

—¡Júpiter! —gritó alguien—. ¡Mirad, es Júpiter! ¡Ha venido!

De pronto, con una abrupta última nota del sorprendido saxofón, la música se detuvo de golpe y una ola de emoción recorrió toda la fiesta.

—¡Un brindis! —exclamó una mujer.

Al instante, otros se hicieron eco de ella y comenzaron a aplaudir, a silbar y a dar patadas en el suelo. Morrigan observó cautivada cómo cientos de rostros encendidos se volvían hacia su patrocinador, igual que los girasoles al sol.

—¡Un brindis por la Era Nueva, capitán North!

Acto seguido, Júpiter subió de un salto a la tarima de los músicos, escamoteó una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba a su lado y levantó la mano. Todo el mundo calló.

—Amigos, invitados de honor y querida familia del Deucalion... —dijo, propagando con claridad y nitidez su voz en el aire fresco y despejado de la mañana—. Hemos bailado, hemos cenado y hemos bebido hasta saciarnos. Hemos rendido una tierna y triunfal despedida a la Era que se va, y ahora hay que ir adelante y con valentía hacia la nueva. Ojalá nos traiga todo tipo de bondades y felicidades. Ojalá nos traiga aventuras inesperadas.

—¡Por las aventuras inesperadas! —contestó uno de los invitados derramando su champán rosado.

Un segundo más tarde, su patrocinador miró directamente a Morrigan a través de la multitud y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa al tiempo que sostenía con firmeza su paraguas. Todo lo de aquella noche sí que había sido una aventura inesperada.

—Bien. Y ahora, si tenéis el valor, os invito a que os unáis a mí en lo que ya es una tradición en el Deucalion cada Aurora —continuó él, señalando con su copa hacia el este, hacia el preciso lugar donde un brillante resplandor dorado comenzaba a asomar en el lejano horizonte—. Apagad las antorchas. El amanecer ha llegado. En su incandescencia nos reconoceremos.

A continuación, mientras apagaban una a una las llamas y el resto de las luces, Júpiter hizo una seña a su candidata y esta lo siguió hasta el borde de la azotea. Nevermoor se extendía kilómetros a la redonda. Por un momento, Morrigan se imaginó que estaba en un barco, navegando

entre un océano de edificios, de calles, de personas, de vida.

Un ligero escalofrío fruto de la emoción descendió por su espina dorsal dejando un rastro de carne de gallina.

«Estoy viva», pensó. La idea era tan absurda y maravillosa que no pudo evitar prorrumpir en una repentina risa de felicidad que rompió con el sepulcral silencio del ambiente. Aun así, no le importó. Se sentía expansiva, rebosante de una alegría y una temeridad que solo podían proceder del hecho de haber burlado a la muerte.

«Ha llegado la Era Nueva. Y estoy viva», pensó para sus adentros con incredulidad.

Entonces, una mujer que había a su izquierda trepó a la balaustrada, se levantó el bajo de su largo y vaporoso vestido de seda y abrió un paraguas por encima de la cabeza. Los demás invitados siguieron su ejemplo hasta que la barandilla se llenó de gente de pie, sosteniendo hombro con hombro sus paraguas, sombrillas y parasoles y mirando fijamente al nuevo sol.

—¡Adelante con valentía! —exclamó la mujer del vestido de seda.

Acto seguido, sin dudarle un instante, saltó del tejado y descendió flotando con suavidad los trece pisos de altura del hotel. Morrigan, alarmada, se volvió hacia Júpiter; no obstante, este parecía tranquilo y confiado. Lo normal en aquellas circunstancias sería que al cabo de un par de segundos se oyera un alarido de dolor o un fuerte estruendo, pero no fue así. La mujer aterrizó en el suelo sin apenas dificultad, tropezó un poco, y soltó un grito triunfal.

«Imposible», pensó ella.

—¡Adelante con valentía! —profirió otro invitado.

Luego Kitchari, el conserje; después, Martha, la chica de personal.

—¡Adelante con valentía!

Y otro. Y otro más. Así hasta que, en un abrir y cerrar de ojos, el aire de la mañana se vio invadido por aquellas tres palabras electrizantes coreadas al unísono por todos los presentes, los cuales, uno a uno, fueron precipitándose al vacío. Morrigan se quedó contemplando cómo un mar de paraguas bajaba despacio ante sus ojos hasta la calle.

Por último, Júpiter, sin la más mínima indecisión, abrió el suyo y se subió a la barandilla. El chico que había visto antes corriendo detrás del dragón hizo lo mismo y se subió al lado de North. Juntos gritaron: «¡Adelante con valentía!», y saltaron.

Su descenso fue lento y delicado. De hecho, tardaron una eternidad hasta llegar al suelo. Cuando por fin aterrizaron de pie, ambos se echaron a reír a pleno pulmón, se abrazaron y se dieron varias palmadas en la espalda. Acto seguido, su patrocinador se dio la vuelta y levantó la vista hacia la cornisa del edificio desde donde ella los observaba.

Morrigan esperaba que él le gritara algo. Sin embargo, no fue así. Júpiter se limitó a contemplarla en silencio, aguardando a ver qué hacía. Ni una palabra de aliento. Ninguna intención de persuadirla o tranquilizarla. De repente, una mezcla de pánico y euforia se abrió paso en su interior. Aquella era su segunda oportunidad, el comienzo de una nueva vida que jamás había soñado tener. ¿Qué iba a hacer? ¿Echarla a perder rompiéndose sus dos piernas malditas? O lo que era peor, ¿reventándose los sesos en el suelo? Con lo que le había costado engañar a la Muerte en la Nocturnal, ¿iba a entregarse ahora con tanta facilidad a la Aurora?

Solo existía una manera de descubrirlo.

Morrigan dejó caer el abrigo de Júpiter a sus pies, se subió a la barandilla y, con manos temblorosas, abrió su nuevo paraguas. «No mires hacia abajo, no mires hacia abajo, no mires hacia abajo», se dijo a sí misma.

—Adelante con valentía —susurró.

Después, cerró los ojos.

Y saltó.

El viento la tomó entre sus brazos.

Conforme caía al suelo, notó cómo se le disparaba la adrenalina. El aire frío le levantaba el pelo y le azotaba el rostro. Finalmente, llegó a su destino. El primer contacto con el suelo hizo que le temblaran las piernas y estuviera a punto de perder el equilibrio; a pesar de ello, consiguió mantenerse erguida de milagro y no caerse.

En ese momento, abrió los ojos y vio que, por todos lados, los invitados a la fiesta estaban celebrando su triunfo sobre la gravedad; algunos, incluso, acababan de meterse en una fuente que había al lado, y salpicando con el agua por doquier, se empapaban unos a otros sus elegantes atuendos. Solo Júpiter permanecía inmóvil observándola. Su cara reflejaba una mezcla de orgullo, alivio y admiración. Nunca nadie la había mirado de ese modo.

Sin saber muy bien si abrazarlo o empujarlo a la fuente que estaba a su espalda, fue hasta donde él se encontraba y, descartando ambas opciones, se limitó a decirle:

—Feliz Era Nueva.

No obstante, las palabras que resonaban dentro de su corazón eran: «Estoy viva».



CAPÍTULO SIETE

HORA FELIZ EN EL HOTEL DEUCALION

Aquella noche, Morrigan soñó que caía en un profundo y oscuro abismo; sin embargo, lo que se encontró por la mañana al levantarse fue una bandeja de huevos fritos, pan tostado y una nota que decía:

*Ven a mi estudio después del desayuno.
Tercera planta, la segunda puerta pasada
la Sala de Música.
J. N.*

En la parte de atrás, Júpiter había dibujado un pequeño mapa con unas flechas indicándole el camino. Según el reloj de la pared, era la una en punto del mediodía. «Vaya hora de desayunar», pensó Morrigan. ¿Cuánto haría que le había dejado aquella nota escrita?

Nada más mirar la bandeja, fue consciente de que no había probado bocado desde ese cordero asado que le habían puesto de cena por su cumpleaños en la Mansión de los Crow. ¿Cuánto hacía de aquello? ¿Cien años? Sin pensárselo dos veces, se zampó en un abrir y cerrar de ojos los dos huevos y la gruesa tostada de mantequilla, y se bebió la taza de leche ya medio fría. Acto seguido, echó un vistazo a su alrededor.

Comparado con lo que había visto hasta ese momento del Deucalion, sus espejos dorados y pinturas al óleo, sus lujosas alfombras, sus exuberantes plantas y su araña de cristal, la habitación en la que se hallaba la sorprendió bastante, pues no era más que... una simple y sencilla habitación de hotel, con una cama individual, una silla de madera, un ventanuco cuadrado y un pequeño cuarto de baño detrás de una puerta a la izquierda. Si no hubiera sido por la nota que su patrocinador había dejado sobre la mesa junto a la pared y el paraguas con la empuñadura de plata enganchado al cabecero de la cama, lo primero que habría pensado al despertar era que todo había sido un sueño.

Apenas hubo acabado de dar cuenta del desayuno y tomado conciencia de dónde se encontraba, se puso un vestido limpio de color azul (la única prenda que había colgada dentro del armario) y se fue corriendo hasta la tercera planta, tal y como se le había indicado. Antes de llamar a la puerta, se tomó un segundo para recuperar el aliento.

—Adelante —respondió Júpiter.

Morrigan abrió y entró en una pequeña y ordenada estancia con una chimenea y dos sillones de cuero bastante gastados. Júpiter se hallaba de pie, detrás de un escritorio de madera, inclinado sobre un montón de papeles y mapas.

—¡Ah! ¡Ya estás aquí! —exclamó North, levantando la vista con una sonrisa de oreja a oreja—. Excelente. Se me había ocurrido hacer un pequeño *tour* contigo por las instalaciones. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias —respondió ella con timidez.

«¿Por qué no dejará de sonreírme? No es natural», pensó.

—¿Y tu habitación? ¿Está bien?

—Eh..., sí..., por supuesto... —tartamudeó Morrigan—. Al menos lo estaba cuando yo he salido. Lo juro.

Él enarcó la ceja y la observó un tanto confuso. A continuación, cerró los ojos y se echó a reír como si su candidata acabara de hacer algún chiste la mar de divertido.

—No, no, quiero decir... Me refería a... ¿Te gusta? ¿Está todo... de tu agrado?

—Ah... —replicó ella, notando como se iba poniendo colorada—. Está todo precioso. Gracias.

Júpiter tuvo la gentileza de borrar aquella última sonrisa de su cara.

—Es... Bueno..., ya sé que por ahora es un poco insulsa... Pero acabas de llegar. Ya se acostumbrará a ti. Verás cómo cambia...

—Ah... —dijo ella de nuevo sin tener ni idea de a qué se refería—. Vale.

Las paredes del estudio de Júpiter estaban llenas de estanterías y de fotografías enmarcadas, en su mayoría, de personas y paisajes extraños. Él solo aparecía en algunas de ellas: más joven, más pelirrojo, más delgado y con menos barba. En una se lo veía de pie, subido a las alas de un biplano en pleno vuelo; en otra, posaba con los dos pulgares levantados subido a los hombros de un oso; en una tercera, se encontraba bailando en la cubierta de un barco con una hermosa mujer y, por alguna razón, también con una suricata.

Sin embargo, la instantánea que ocupaba el lugar de honor sobre la mesa era una en la que posaba junto a un niño, sonriendo ambos de oreja a oreja y sentados los dos con los brazos cruzados y los pies apoyados en ese mismo escritorio. El chico tenía una dentadura perfecta y reluciente, la piel morena y un parche negro en el ojo izquierdo.

Morrigan lo reconoció al instante: se trataba del mismo que había visto aquella mañana en la fiesta de la Nocturnal corriendo detrás del dragón y saltando desde la azotea junto a Júpiter. En cambio, en lo que no había reparado hasta ese momento era en el parche del ojo; aunque, bueno, claro está, el muchacho no había pasado a su lado más que un segundo, y en aquella ocasión, la mente de ella se hallaba demasiado ocupada intentando dar sentido a los lagartos contrabajistas, los gatos gigantes y demás.

—¿Quién es ese?

—Mi sobrino. Jack. Y este de aquí también, ¿lo ves? Está en el último año de internado —contestó Júpiter, señalando una foto de un grupo de niños en fila uniformados con chaleco negro, pantalones blancos y pajarita en cuya parte inferior ponía: «ESCUELA GRAYSMARK PARA NIÑOS SUPERDOTADOS. INVIERNO DEL ONCE». —Aquí dice que se llama John —dijo Morrigan, leyendo la lista de nombres.

—Mmm... Sí, John Arjuna Korrapati. Pero lo llamamos Jack.

Ella estaba a punto de preguntarle sobre el parche; no obstante, él se le adelantó.

—Eso será mejor que se lo preguntes tú misma. Quería que lo conocieras hoy, pero me temo que ha tenido que volver a la escuela. Así que es posible que tengas que esperar a las vacaciones del segundo semestre. Aunque dudo mucho que él aguante hasta entonces.

—¿Hoy no es festivo?

North suspiró profundamente.

—No según nuestro querido Jack. Acaba de empezar tercero y asegura que todos sus compañeros de clase vuelven hoy al campus después de la Nocturnal para ponerse a preparar lo antes posible el primer examen. Les dan bastante caña en Graysmark —respondió a la vez que conducía a Morrigan al pasillo y cerraba la puerta del estudio a sus espaldas—. Espero que seas una mala influencia para él. ¿Te parece que hagamos una visita al Salón de Fumadores?

—Bueno... —dijo Júpiter mientras se balanceaba sobre sus talones con las manos en los bolsillos y esperaba a que llegara el ascensor—. Morrigan... Morrigan...

—¿Sí? —replicó ella preguntándose si, por fin, estaría a punto de contarle algo acerca de la Sociedad Fabulánica.

—¿Mmm...? —respondió él alzando la vista—. Oh, nada, solo pensaba en qué se puede hacer con tu nombre... Ya sabes, me refiero a un apodo... Morry... Morro... No. Mo. Morrin. ¿Morgui?

Las puertas del ascensor se abrieron. Su patrocinador la condujo dentro y pulsó el botón de la novena planta.

—Definitivamente no —contestó Morrigan, poniéndose a la defensiva—. No quiero ningún apodo.

—Pues claro que quieres, todo el mundo quiere.

El repentino crepitar de un altavoz en forma de cuerno que había instalado en una esquina lo interrumpió.

—Buenos días, señoras, señores y Fabunimales —profirió una voz estridente tras carraspear durante unos segundos—. ¿Podría el huésped que dejó cuatro alpacas en el invernadero ser tan amable de ir a recogerlas cuando le venga bien? Por favor, póngase en contacto con Kitchari si

necesita ayuda. Gracias.

—A todo el mundo le gusta que le pongan un apodo —continuó Júpiter después del amplificado anuncio—. El mío, por ejemplo, es Gran y Honorable Capitán Júpiter Amantius North. Señor.

—¿Te lo pusiste tú mismo?

—En parte.

—Es demasiado largo. Eso no es un apodo —replicó ella—. Un apodo es Jim, o Rusty. El Gran y Honorable Capitán No Sé Qué se tarda un año en pronunciar.

—Esa es la razón por la que todos me llaman Júpiter para abreviar —contestó North al tiempo que el ascensor se detenía con brusquedad y ambos salían—. Pero sí, tienes razón. Más corto suele ser lo mejor. Veamos... Mo. Moe... Mog. ¡Mog!

—¿Mog? —repitió Morrigan arrugando la nariz.

—¡Mog es un apodo estupendo! —insistió Júpiter, rumiando la palabra una y otra vez mientras recorrían el largo pasillo—. Mog. Mogui. Molleja. Es muy versátil.

—Suena a algo que vomita un animal... —contestó la niña haciendo una mueca—. Bueno, ¿vas a hablarme ya de la Sociedad Fabulánica?

—Pronto, Mog, pero...

—Morrigan.

—Primero, el gran *tour* por nuestras instalaciones...

El Salón de Fumadores no era, en realidad, para alivio de Morrigan, un lugar donde se permitiera fumar y los huéspedes estuvieran consumiendo sus puros y cigarros, sino una sala cuyas paredes emitían unas grandes y perfumadas nubes onduladas de colores parecidas al humo. Aquella tarde tocaba un turbio vapor verde oscuro («para promover el arte de filosofar», le dijo Júpiter); sin embargo, según el horario que había colgado en la puerta, más tarde sería de madreselva («para el amor») y ya de madrugada, de lavanda («para ayudar a los insomnes»).

Un hombre muy bajito y pálido, vestido todo de negro y envuelto en una capa de terciopelo, se hallaba dramáticamente despatarrado encima de un coqueto sofá de dos plazas. Tenía los ojos cerrados y delineados con gruesos trazos de lápiz. Un gesto de angustia y malestar se dibujaba en su boca. Todo en él desprendía un aire a tragedia gótica. A Morrigan le cayó bien nada más verlo.

—Buenas tardes, Frank.

—Ah, Jove —soltó el hombrecillo a la par que abría uno de sus lúgubres ojos—. Estás aquí. Estaba pensando en la muerte.

—Por supuesto —respondió Júpiter muy poco impresionado.

—Y en las canciones que quiero cantar la noche de Todos los Santos.

—Todavía queda casi un año. Además, te dije que podías cantar una canción, singular, no canciones, plural.

—¿Y qué pasa con la falta de toallas limpias en mi habitación?

—Te dan una todas las mañanas, Frank.

—Pues yo quiero dos —se quejó el individuo con cierta petulancia—. Necesito una solo para el pelo.

Morrigan reprimió una risita.

—Habla con Fenestra. Por cierto, espléndido trabajo anoche... La mejor Nocturnal hasta la fecha —afirmó Júpiter conforme se inclinaba para susurrarle algo al oído a su candidata—. Frank es mi organizador oficial de fiestas. El mejor que hay en su campo. Pero no debemos decírselo o se buscará otro sitio más elegante para trabajar.

El hombre sonrió soñoliento.

—Ya sé que soy el mejor, Jove. Sigo aquí porque no hay lugar más lujoso. Y porque eres el único hotelero en todo el Estado Libre que nunca le impondría un límite de presupuesto a mi genio.

—Sí que lo hago, Frank, pero tú siempre lo ignoras. Hablando del tema, ¿quién aprobó la contratación de Iguanarama?

—Tú.

—No, yo dije que llamáramos a Lagartomania, la banda tributo a Iguanarama, que costaban como cuatro veces menos.

—Naturalmente. Y también tienen la cuarta parte de talento... —Frank resopló—. Bueno, ¿y qué estás haciendo aquí? ¿No ves que estoy en fase de recuperación?

—Quería que conocieras a alguien muy especial. Esta es Morrigan Crow —dijo, poniéndole una mano en el hombro a ella.

El hombrecillo se incorporó rápidamente en su asiento y entrecerró los ojos para contemplarla mejor.

—Ah... Me has traído un regalo. Sangre joven. Eso me gusta —contestó rechinando los dientes.

Ella decidió no echarse a reír. Sospechaba que lo que intentaba era asustarla; no obstante, le pareció divertido seguirle el juego.

—Frank, no... —dijo Júpiter, pellizcándose el puente de la nariz—. Oye, de verdad, entre tú y Fen... No puedes morderla, ¿me has entendido? No puedes morder a nadie del Deucalion. Ya hemos hablado de esto.

Acto seguido, Frank cerró los ojos y volvió a recostarse con gesto contrariado.

—Entonces, ¿por qué me molestas?

—Pensé que te gustaría conocer a mi candidata, eso es todo.

—¿Candidata para qué? —preguntó bostezando el hombre.

—Para la Sociedad Fabulánica.

En ese momento, los ojos de Frank se abrieron como platos. Enseguida, volvió a incorporarse en el sillón y observó a la chica con renovado interés.

—Vaya, vaya... Esto sí que es un giro curioso de los acontecimientos, Júpiter North. Con las veces que tú habías jurado no hacerte patrocinador en la vida... Y ahora, fíjate, eligiendo candidato... —replicó frotándose las manos con gesto burlón—. Pero ¿qué dirá la gente?

—A la gente le encanta hablar, que diga lo que quiera.

Morrigan miró a Júpiter, luego al hombrecillo y preguntó:

—¿Hablar de qué?

Pero no hubo respuesta.

¿En serio había jurado no convertirse nunca en patrocinador? Ella no podía evitar sentirse complacida al oír aquello. Júpiter North, aquel que, por lo visto, todo el mundo amaba y admiraba la había elegido como su primera candidata. Se moría de ganas de saber la razón.

Frank le lanzó una mirada de sospecha, como si él también tuviera sus dudas.

—Un placer, Morrigan. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Su patrocinador intervino.

—No, no puedes.

—Oh, por favor, Jove, solo una.

—Ninguna.

—Morrigan, ¿cuál es tu...?

—Como sigas, diré que no te lleven ninguna toalla limpia extra mañana.

—Pero si solo quiero saber...

—Acuéstate y disfruta de las esencias de salvia —concluyó North, dándose cuenta de que las paredes habían comenzado a desplegar un renovado vapor verde—. Martha pasará enseguida con el carrito del té.

Frank carraspeó y, dándoles la espalda, volvió a acomodarse malhumorado en el coqueto sofá de dos plazas.

Acto seguido, Júpiter guió a Morrigan hasta la puerta a través de la opaca niebla y le habló en voz baja al oído.

—Frank es un poco dramático, pero es un buen tipo. Es el único enano vampiro que hay en Nevermoor, ya sabes...

Ella detectó un cierto tono de orgullo en su voz. Luego volvió la mirada, observó de nuevo a Frank a través de la neblina verdosa y se sintió un tanto alarmada. ¿De verdad acababa de estar hablando con un vampiro?

—Por desgracia, no es un tío muy popular dentro de la comunidad de enanos —continuó North—. Ni tampoco dentro de la de vampiros... Sobre todo, a causa de ...

—Vampiro enano —lo corrigió el hombrecillo desde el sillón—. Que es diferente, ya lo sabes. Deberías dar algún cursillo de delicadeza si quieres dirigir un hotel.

—Sobre todo, a causa de su mal humor —añadió su patrocinador susurrando—. Figúrate, demasiado temperamental incluso para otros vampiros. —Júpiter terminó en un susurro, y luego dijo por encima del hombro—: ¡Ellos se lo pierden, Frank, ellos se lo pierden!

Una vez que salieron del Salón de Fumadores se cruzaron con Martha, de mantenimiento, que se acercaba empujando un carrito lleno de cosas para el té y unas pastas deliciosas. Con un guiño, deslizó un pastel rosado helado en la mano de Morrigan mientras pasaba, y Júpiter fingió descaradamente no darse cuenta.

Acababa de darle un gran y celestial bocado cuando, de repente, un joven en uniforme y con una gorra de chófer en la cabeza irrumpió desde el ascensor. Era muy moreno y ponía cara de preocupación.

Morrigan se quedó petrificada. Uno de los desgraciados dones que le proporcionaba su maldición era el de saber enseguida cuándo algo malo acababa de suceder.

—¡Capitán North! Me envía Kitchari, señor. Ha venido otro mensajero del Consorcio de Transportes. Necesitan que vaya de inmediato.

El chico se quitó la gorra y se pasó nervioso los dedos por la cabellera. Martha, que acababa de oírlo, dejó el carrito en mitad del pasillo y fue hasta ellos con cierta inquietud.

—¿No será otro accidente en el fabucarril? —preguntó.

—¿Otro? —replicó Júpiter negando con la cabeza—. ¿Qué quieres decir con «otro» accidente?

—Lo he visto en las noticias esta mañana —respondió la chica—. Un tren ha descarrilado en la Línea Medianoche poco después del amanecer y se ha estrellado contra los muros del túnel.

—¿Dónde? —demandó saber North.

—En algún punto entre las estaciones de Blackstock y la calle Fox. Han dicho que había docenas de heridos —continuó Martha, hablando en voz baja—. No ha habido muertos, menos mal.

Morrigan sintió que algo se quebraba en su interior. Ya estaba allí... El habitual cúmulo de catástrofes que siempre la acompañaba a todas partes. «Hola, Nevermoor: Morrigan Crow ha llegado», pensó mordiéndose el labio. Acto seguido, miró a su patrocinador esperando que, en cuestión de segundos, este se volviera hacia ella y le echara la culpa.

Sin embargo, Júpiter se limitó a fruncir el ceño y dijo:

—El fabucarril no descarrila. Nunca descarrila.

—Martha tiene razón, señor. Está en todos los periódicos, en interred... Hay gente que va diciendo que podría ser obra del... —añadió el chófer tragando saliva y haciendo una pausa antes de continuar—. Fabulantor. Aunque eso... eso es...

—Un disparate.

—Es lo que yo he dicho, señor, pero..., ha sido un accidente tan horrible que es normal que la gente piense que...

—¿De verdad cree que puede tratarse del Fabulantor? —lo interrumpió Martha poniéndose blanca de golpe.

—Teniendo en cuenta que se fue hace más de cien años, prefiero pensar que no es así —contestó Júpiter en tono burlón—. No nos dejemos llevar por los alarmistas.

—¿Qué es el Fabulantor? —preguntó Morrigan.

¿Sería posible que, por una vez, hubiera otra persona a quien culpar que no fuera ella? De pronto, nada más pensar en aquella posibilidad, su ánimo se levantó tan rápido que incluso sintió cierto cargo de conciencia.

—Cuentos de hadas y supersticiones —respondió Júpiter de modo resolutivo antes de volverse de nuevo hacia el chico—. Charlie, el fabucarril va autopropulsado, por retroalimentación. Funciona impulsado por el fabulano, por el amor de Dios. El fabulano no se estropea.

El chófer se encogió de hombros y pareció también desconcertado.

—Lo sé. El Consorcio de Transportes no me ha querido decir para qué requiere su presencia, señor. De todas formas, he enviado aviso a la cochera para que llenen el depósito. Podemos estar listos para partir en cuatro minutos.

North parecía consternado.

—Muy bien. Pues vayámonos —dijo, volviéndose a Morrigan mientras Charlie salía corriendo—. Siento mucho todo esto, Mog. No podía suceder en un momento más inoportuno. Ni siquiera he podido llegar a mostrarte el estanque de patos ni la Sala de los Tarros Llenos de Cosas.

—¿Qué es la Sala de los Tarros Llenos de Cosas?

—Es donde tengo guardadas todas mis cosas en tarros.

—Me ibas a contar lo de la Sociedad Fabulánica...

—Sí, lo sé. Y lo haré, pero tendrá que esperar un poco. Martha, ¿podrías enseñarle tú a nuestra invitada el hotel? Solo lo más destacado.

El rostro de la chica de mantenimiento se iluminó de repente.

—Por supuesto, señor. La llevaré a que conozca a Dame Chanda Kali, que está ensayando en la Sala de Música —contestó, pasándole el brazo por encima del hombro a Morrigan y estrujándola cariñosamente—. Luego, saldremos a los establos y les echaremos un vistazo a los ponis, ¿qué te parece?

—¡Perfecto! —respondió Júpiter con entusiasmo al tiempo que salía corriendo hacia Charlie, que mantenía abiertas las puertas del ascensor—. Martha, eres un tesoro. Mog, te veré más tarde.

En ese instante, el ascensor se cerró y desapareció de su vista junto al chico.

Morrigan reconoció a Dame Chanda Kali de inmediato. No por su potente voz de soprano, que reverberaba en las vigas de la Sala de Música, ni por su tez morena y un tanto rojiza, tampoco por esa melena negra y brillante que le caía por la espalda formando voluminosas ondas salpicadas de cabellos plateados, sino por la larga, brillante y holgada túnica que llevaba de color rosa y naranja, repleta de diminutos abalorios centelleantes, que era de un estilo casi idéntico al vestido morado que la mujer se había puesto para la fiesta en la azotea. Dame Chanda, como enseguida se dio cuenta Morrigan, había sido precisamente la primera persona en dar ese paso adelante con valentía y saltar al vacío desde la balastrada durante la celebración de la Aurora.

Se hallaba de pie en el centro de la estancia, cantando un aria para una audiencia de lo más pintoresca: dos docenas de pájaros azules que no dejaban de aletear, una zorra con sus dos crías y varias ardillas rojas de mullida cola, todos ellos unos invitados que parecían haberse colado por las ventanas abiertas y contemplaban a la cantante con profunda adoración.

—Dame Chanda es una Gran Supersoprano. También es la Jefa de la Orden de los Susurradores del Bosque —le murmuró Martha al oído lo más alto que pudo para que la oyera a pesar de la música y los gorgojeos.

Entonces, Morrigan se percató de que la mujer llevaba, al igual que Júpiter, un broche dorado en forma de «F» camuflado entre los abalorios del vestido.

—Es asimismo miembro de la Sociedad Fabulánica, pero vive aquí en el Deucalion. Ha actuado en los teatros de ópera más grandes e importantes del Estado Libre; aunque, a decir verdad, a muchos de ellos no les hace mucha gracia que aparezca seguida de toda esta panda. Suelen causar un caos horroroso —continuó la chica de mantenimiento, señalando a las criaturas del bosque, que daban la impresión de sentirse atraídas sin remedio por la voz de la diva.

Por fin, la música terminó y ambas entraron del todo en la habitación a la vez que aplaudían. Dame Chanda les hizo una reverencia y les sonrió con amabilidad, espantando en cuestión de segundos a toda la fauna salvaje que se había congregado para admirar su talento.

—Martha, ángel mío, deberías ser tú quien presentara siempre mis espectáculos. Tienes tanto encanto...

La muchacha se sonrojó.

—Dame Chanda, esta es Morrigan Crow. Ella es...

—La candidata de Júpiter, sí, lo he oído por ahí... —replicó la cantante, volviendo su deslumbrante mirada hacia Morrigan y haciendo que esta se sintiera como atrapada dentro del haz de luz de un faro gigante, como si se hallara delante de alguien de la realeza o algo así—. Las noticias viajan rápido en el Deucalion. Todos hablan de ti, señorita Crow. Entonces, ¿es cierto, querida? ¿Vas a hacer las pruebas?

Ella asintió al tiempo que jugueteaba con el dobladillo de su vestido. Tenía la sensación de no ser más que una pilluela de la calle delante de aquella eminencia. «Esa imponente presencia debe de ser la que tienen todos los miembros de la Sociedad Fabulánica: hermosa y majestuosa, igual que esta mujer. Interesante y admirado, igual que Júpiter», reflexionó. Pero ¿qué habrían pensado de ella al verla por primera vez Martha, Fenestra, Frank y la propia Dame Chanda? ¿La considerarían una elección horrible por parte de Júpiter?, se preguntó a continuación.

—Qué cosa más extraordinaria... —añadió la cantante— ¡Nuestro Júpiter, por fin patrocinador! Me alegra conocerte, señorita Morrigan. Estoy segura de que eres un ser maravilloso. ¿No estás nerviosa por la prueba, dulzura?

—Pues... ¿Sí? —mintió de forma poco convincente.

—Por supuesto, primero es la Bienvenida Fabulánica. ¿Ha arreglado ya Júpiter una prueba...?

Morrigan la miró sin comprender. ¿Qué demonios era eso de la Bienvenida Fabulánica? ¿Y una... prueba?

—¿... con su costurera? Debes llevar un vestido nuevo, corazón. La primera impresión es muy importante —contestó la mujer antes de hacer una pausa—. Creo que, tal vez, lo mejor será que le diga yo a la mía que se encargue de esto.

Martha sonrió a Morrigan con los ojos abiertos como platos, como si aquel se tratase del mayor honor que Dame Chanda concedía a alguien, y no una misteriosa y terrorífica propuesta, que era como ella lo veía.

—A Júpiter no le quedan mal sus... «curiosas» elecciones de vestuario porque es muy guapo —prosiguió la diva—. Pero no podemos permitir que te imponga a ti su horroroso gusto. En una ocasión tan importante, no. La Bienvenida Fabulánica no es solo una fiesta en el jardín, señorita Morrigan. Por desgracia, es más bien un petulante escenario lleno de gente juzgándote de los pies a la cabeza. Debes saber que todos los demás candidatos y patrocinadores te medirán de arriba abajo, pues eres la competencia. Sí, es todo muy intenso.

Morrigan sintió cómo se le encogían las tripas. ¿Competencia? ¿Gente juzgándote? Era cierto que la carta de Júpiter había mencionado que su entrada en la Sociedad no estaba garantizada, y que tenía que pasar unas pruebas de acceso. Sin embargo, en el fondo, albergaba la esperanza de haber superado ya la parte más difícil después de todas las vicisitudes por las que había tenido que pasar hasta llegar a Nevermoor, después de escapar de la Cacería de Humo y Sombras, de superar el control fronterizo (¿de engañar a la muerte, por el amor de Dios!). Nadie le había comentado nada acerca de ninguna intensa velada en el jardín (se le ocurrían, al menos, doce tipos de desgracias y desastres que ella y su maldición podrían causar en una fiesta así; eso sin contar, por supuesto, las picaduras de abejorro y las fiebres del heno).

Dame Chanda pareció notar que había tocado algún punto débil en ella, de modo que cambió de tema rápidamente.

—Oh, no te preocupes, cariño. Solo sé tú misma y ya está. Ahora, vamos a ver, si me permites preguntártelo, nos morimos todos de ganas por saberlo... —dijo, inclinándose sobre ella con ojos centelleantes y hablándole al oído—. ¿Qué es lo que haces? ¿Qué destreza posees fuera de lo común?

—¿Mi qué? —contestó Morrigan sin dar crédito a lo que acababa de preguntarle.

—Tu gran habilidad, hijita. Tu talento... —insistió la mujer—. Bueno, seguro que nuestro Júpiter tiene preparada una revelación dramática y teatral, ¿no es así? Vale, no me cuentes nada entonces, querida. Nada de nada.

—¿Qué es lo que ha querido decir? —le preguntó a Martha nada más salir de la Sala de Música y comenzar a bajar por la escalera de caracol hacia el vestíbulo—. No tengo ningún... talento, ni ninguna destreza, ni nada que se le parezca.

La chica de mantenimiento se echó a reír sin mala intención.

—Por supuesto que sí. Eres candidata a entrar en la Sociedad Fabulánica. La candidata de Júpiter North. Él no habría hecho una oferta por ti a menos que estuviera seguro de que algo tienes.

¿No lo habría hecho? Eso sí que no lo sabía.

—Pero yo no...

—Sí. Solo que no sabes aún cuál es.

Morrigan no dijo nada.

Acto seguido, recordó la noche anterior, el instante maravilloso en el que su patrocinador había aparecido en la Mansión de los Crow, la alegría que había sentido al ver amanecer, cuando aterrizó sana y salva en el patio delantero del Hotel Deucalion. En aquel momento, había creído que todo un mundo nuevo se abría ante ella. Ahora, sin embargo, se sentía como si estuviera contemplando su nueva vida a través de una pared de cristal irrompible.

¿Cómo iba a entrar en la Sociedad Fabulánica sin tener ningún tipo de talento?

—¿Sabes? Júpiter nunca había presentado un candidato —añadió Martha con suavidad—. Ya estaba tardando... Se supone que todo el mundo, una vez alcanzada cierta edad, debería hacerlo. Y no ha sido por falta de padres llamando desesperados a su puerta, ofreciéndole dinero y favores de todo tipo para que eligiera a sus retoños... ¡Deberías ver cuántos comienzan a rondar por aquí lloriqueando antes del Día de la Puja! Pero él siempre había dicho que no. Nadie era lo bastante especial. Hasta ahora...

A continuación, la chica sonrió de manera luminosa y extendió la mano para remeterle un mechón de pelo negro detrás de la oreja.

—No hay nada especial en mí —insistió Morrigan.

Sin embargo, era mentira. Ella sabía muy bien qué cosa la hacía especial. Lo que había llevado a la gente de Jackalfax a cambiarse de acera al cruzársela por la calle, lo mismo que la habría matado durante la Nocturnal si Júpiter no hubiera aparecido con su araña mecánica y se la hubiera llevado bien lejos, hasta Nevermoor. La maldición era lo que la hacía especial.

Pero ¿ser una niña maldita podía ser algo bueno? ¿Esa era la razón por la que su patrocinador había hecho una oferta por ella?

No pudo evitar torcer el gesto ante una idea tan horrible.

—El capitán North es un hombre muy particular, pero no es ningún tonto. Él ve a las personas como realmente son. Si te eligió, eso significa...

No obstante, Morrigan no pudo saber con exactitud a qué se refería, ya que, de pronto, un ruido ensordecedor de cristales rotos interrumpió a Martha. Un segundo más tarde, un grito espantoso resonó por toda la escalera.

En un abrir y cerrar de ojos, recorrieron a toda prisa los peldaños que quedaban hasta el *hall* y se encontraron con la terrible imagen: la araña de cristal rosa en forma de velero acababa de estrellarse contra el tablero blanco y negro de mármol. Brillantes destellos surgían del suelo por todas partes. Unos cables se descolgaban del techo como las entrañas reventadas de un cadáver. Todo el personal y los huéspedes se hallaban estupefactos contemplando el inmenso destrozo.

—Oh... El capitán North se enfadará de lo lindo —afirmó Martha, llevándose ambas manos a las mejillas—. El barco de cristal llevaba ahí toda la vida, era su objeto favorito de todo el hotel. ¿Cómo ha podido pasar esto?

—No lo entiendo —replicó Kitchari, emergiendo desde detrás del mostrador de recepción—. Los de mantenimiento vinieron a inspeccionarla hace solo una semana y dijeron que se encontraba en perfecto estado.

—¡Y justo, de todos los días del año, tiene que ocurrir en la Aurora! —exclamó la chica de mantenimiento—. Qué mala suerte.

—En realidad, yo diría que hemos tenido una suerte increíble... —añadió el conserje—. El vestíbulo está siempre lleno de gente, y no se ha producido ni un herido. Podemos agradecerse a nuestras estrellas de la suerte.

Sin embargo, en su interior, Morrigan estaba de acuerdo con la muchacha. Había sido obra de la mala suerte, la que ella llevaba consigo. Ya debería saberlo a esas alturas de la vida. Esa era su especialidad.

Al cabo de un minuto, Martha reunió a parte del personal y comenzó a dar instrucciones para recoger y limpiar todo aquel estropicio; mientras tanto, Kitchari se encargó de los huéspedes y los condujo con delicadeza lejos del desastre.

—Señoras y señores, me disculpo en nombre del Deucalion por el terrible susto que han sufrido —dijo el conserje—. Si son tan amables de dirigirse a nuestro bar de cócteles La Linterna de Oro, sexta planta, los compensaremos con una hora feliz especial en todas las bebidas. ¡Desde este mismo instante hasta la hora de la cena, todo por cuenta de la casa! Que lo disfruten.

La docena de personas que habían presenciado el accidente de la lámpara empezaron a subir felices, contentos de poder beber gratis y habiéndose olvidado al momento de lo que acababa de suceder. Pero Kitchari, Martha y el resto del personal estaban tan preocupados como Morrigan, que recorrió muy despacio la escena de la catástrofe y preguntó:

—¿Puedo ayudar?

—¡Oh! ¡Ni se le ocurra molestarle, señorita Morrigan! —replicó el conserje alejándola del lugar—. De hecho, creo que lo mejor será que suba usted también y se aparte de esos cables rotos y de los cristales. No queremos que se lastime.

—No lo haré... —protestó ella—. Tendré cuidado.

—¿Por qué no va al Salón de Fumadores? Diré que le pongan un poco de vapor de manzanilla para calmar sus pequeños nervios. Todo esto debe de haberle causado una desagradable impresión. Venga, váyase ahora y sea buena chica.

Al llegar a uno de los rellanos de la escalera, Morrigan se detuvo, volvió la vista atrás y observó a los empleados yendo de un lado para otro, barriendo los restos de la araña y juntándolos en tristes montoncitos de centelleante polvo rosa.

Nadie la había mirado con odio. Nadie había murmurado en voz baja nada sobre que todo fuera culpa de un niño maldito. Ninguno de ellos tenía ni idea de por qué había sucedido algo tan horrible.

No obstante, ella sí que lo sabía.

Igual que conocía la razón por la que ese tren había descarrilado en el fabucarril.

La maldición la había seguido hasta Nevermoor. A pesar de haber sido capaz de sobrevivir a ella, la había seguido, había conseguido de alguna manera no despegarse de su víctima, pasar de forma clandestina el control fronterizo y acomodarse a su lado en una acogedora habitación del Hotel Deucalion.

No había duda de que acabaría arruinándolo todo.



CAPÍTULO OCHO

INTERESANTE. ÚTIL. BUENO.

Algo despertó a Morrigan en mitad de la noche. Un sonido parecido a un aleteo o al de las páginas de un libro pasadas a toda velocidad. Se quedó tendida en la cama esperando volver a oírlo; pero la habitación estaba en completo silencio. Tal vez no había sido más que un sueño, una fantasía llena de pájaros o de libros.

Al poco, volvió a cerrar los ojos y se obligó a sí misma a dormirse de nuevo. Imposible. El trozo de cielo que se veía a través de la ventana del dormitorio aligeró con el frío azul del amanecer la negra y profunda oscuridad que hasta ese momento había reinado en la estancia. Las estrellas fueron apagándose una a una.

Entonces pensó en la araña en forma de barco destrozada sobre el tablero de ajedrez del vestíbulo y en cómo su luz se había extinguido para siempre. El objeto favorito de Júpiter, le había dicho Martha. Cuando aquella noche se había ido a la cama, su patrocinador aún no había regresado de su reunión con el Consorcio de Transportes. ¿Qué diría al enterarse, cuando viera el enorme agujero en el techo donde resplandecía su pieza predilecta del hotel?, se preguntó Morrigan.

Como era lógico, sabía que ella no tenía por qué sentirse responsable de la brillante muerte de aquella lámpara gigante; sobre todo, teniendo en cuenta que ni siquiera se encontraba en el lugar de los hechos cuando aconteció el desgraciado suceso. Aun así, no podía sacudirse de encima la extraña sensación de haber salido impune después de cometer un crimen terrible.

«Pero ¡el Deucalion tiene más de cien años! ¡Es normal que las cosas se rompan! ¡Lo más probable es que tuviera los anclajes del techo defectuosos, o que se hubieran ido soltando con el paso del tiempo, o que... el yeso se hubiese desprendido por algún tipo de humedad!», se dijo a sí misma negándose a sentirse culpable mientras se ponía de lado en la cama y golpeaba la almohada hasta que esta acababa por adquirir una forma más a su gusto.

De repente, volvió a incorporarse y se quitó la manta de encima, convencida de poder hacer algo para terminar de una vez por todas con sus dudas: ir a inspeccionar ella misma los desperfectos. De ese modo sabría a ciencia cierta si había sido culpa suya o no, y podría volverse a la cama a dormir tranquilamente y vivir feliz y comer perdices para siempre. Fin.

Por supuesto, el *hall* del Deucalion estaba oscuro sin el imprescindible apoyo lumínico de la gran araña de cristal. La recepción estaba vacía. La verdad era que resultaba espeluznante estar allí a solas a esas horas de la noche, y sus discretos pasos resonaban en el vacío.

«Esto ha sido una idea estúpida, de lo más estúpida»..., pensó Morrigan arrepentida. Como era lógico, todos los restos del desastre habían sido ya recogidos, y teniendo en cuenta la poca luz que había en el lugar, el agujero del techo no era más que una indeterminada mancha negra en las alturas. Resultaba imposible distinguir si había algún cable en mal estado ni nada parecido. De hecho, ni siquiera estaba segura de si seguían allí colgando.

Estaba a punto de darse por vencida y volver a la cama cuando, de pronto, oyó un sonido.

¿Música?

Sí... En efecto. Había alguien allí, entre las sombras, tarareando... algo parecido a una extraña cancioncilla, unas notas que le sonaban vagamente..., una especie de nana o una melodía que había oído en alguna ocasión en interred. Su pulso se aceleró en cuestión de segundos.

—¿Hola? —dijo en voz baja, o al menos, eso pretendió, ya que el sonido de su voz resonó y rebotó en cada una de las paredes.

El canturreo se detuvo en seco.

—¿Quién está ahí? —insistió Morrigan.

—No tengas miedo.

Acto seguido, se volvió en dirección al lugar desde el que acababan de responderle. Se trataba de un hombre sentado entre las sombras con las piernas cruzadas y su abrigo cuidadosamente doblado sobre el regazo.

Morrigan se acercó para ver su cara. La oscuridad lo envolvía como una mortaja.

—Estoy esperando que abra recepción —añadió el individuo—. El tren ha llegado con retraso así que me he perdido el último *checkin*. Perdona si te he asustado.

Ella conocía esa manera de hablar, suave y recortada, pronunciando con fuerza todas las «t» y haciendo silbantes todas las «s».

—¿No nos hemos visto antes? —preguntó.

—No lo creo. No soy de por aquí —respondió él, aguzando la vista y echándose hacia delante para verla mejor.

Justo en ese instante, un rayo de luna iluminó su rostro.

—¿Señor Jones?

No era que hubiera nada demasiado memorable en aquel hombre (cabello ceniciento, traje gris); sin embargo, al observarlo más de cerca, reconoció no ya solo su voz, sino también sus ojos oscuros y la delgada cicatriz que le atravesaba una de las cejas.

—Usted es el ayudante de Ezra Squall.

—Pues... sí... Pero ¿cómo es que...? ¿Señorita Crow? —dijo él, levantándose sorprendido y dando un par de pasos rápidos hacia ella—. ¿De verdad es usted? Nos dijeron... Dijeron que estaba... ¿Qué diablos está haciendo en el Estado Libre?

El hombre pareció sentirse incómodo ante aquel encuentro imprevisto.

—Ah, sí... Yo es que... Solo estoy... Bueno, en realidad... —balbuceó Morrigan incapaz de explicar en unas pocas palabras todo lo que le había ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

Estaba luchando por encontrar el modo de hacerlo cuando, de pronto, cayó en la cuenta de que tal vez, si lo hacía, el señor Jones podría revelar a su familia su actual paradero; así pues, prefirió contraatacar:

—¿Y usted cómo conoce el Estado Libre?

El hombre pareció sentirse un tanto avergonzado.

—Punto a su favor. Muy bien. Usted me guarda el secreto a mí y yo se lo guardo a usted. ¿De acuerdo?

—Trato hecho —replicó ella suspirando con alivio.

—Señorita Crow, no sé cómo ha llegado usted aquí, ni siquiera me explico muy bien cómo es que está viva cuando todos los periódicos de la República informaron ayer de su muerte —añadió el señor Jones, notando la incomodidad de la niña y tratando de elegir con cuidado sus palabras —, pero le aseguro que sean cuales sean sus... circunstancias, la oferta de mi jefe sigue en pie. El señor Squall se quedó muy decepcionado al no poder tomarla bajo su tutela. Muy decepcionado.

—Oh, vaya, gracias... Pero ya tengo un patrocinador. En realidad, yo... pensé que me estaba gastando una broma. Me refiero al Día de la Puja... Desapareció de un modo que...

—¿Una broma? —inquirió él sorprendido y un poco ofendido—. Por supuesto que no. El señor Squall no gasta bromas. Su oferta era auténtica.

—Pero volví a su encuentro y ya se había ido... —respondió Morrigan confundida.

—Ah, sí... Le pido disculpas por eso —afirmó Jones con sinceridad—. Perdóneme, lo hice pensando en el señor Squall. Si se corría la voz de que se ofrecía como patrocinador, habrían comenzado a lloverle las propuestas de padres intentando colarle a sus hijos. Por eso hice mi oferta de forma anónima. Tenía intención de regresar y hablar con usted, pero la Nocturnal me pilló por sorpresa.

—A mí también.

—Me temo que no hice las cosas muy bien. Bueno, el caso es que aprecio que tenga otra oferta, pero... Estoy seguro de que el señor Squall estaría encantado de que lo reconsiderara.

Ella no sabía qué decir.

—Oh, qué amable de su parte.

El señor Jones sonrió.

—Por favor, no se sienta presionada. Si ya se encuentra satisfecha, el señor Squall lo entenderá. Pero sepa que nuestra puerta no estará cerrada nunca —replicó el individuo conforme doblaba el abrigo con cuidado sobre su brazo y se sentaba de nuevo en el sillón—. Espero que no

le importe que se lo pregunte, pero ¿se puede saber qué hace usted vagando por el vestíbulo del Hotel Deucalion a estas horas?

Había algo en aquel sujeto que inspiraba confianza, que la hacía sentir como de la familia. Así que en vez de inventarse una historia, Morrigan decidió contarle la ridícula verdad.

—He venido a ver la lámpara —afirmó señalando al techo—. Bueno, lo que queda de ella.

—Dios mío —respondió el hombre, mirando atónito el agujero donde había estado la araña en forma de barco—. Ya me parecía que había pasado algo. Pero ¿cuándo ha sucedido?

—Ayer. Se cayó.

—¿Se cayó? —repitió, y chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Las lámparas no se caen así como así. Desde luego, en este hotel no.

—Pues eso fue lo que pasó —insistió ella; tragó saliva y miró de reojo al señor Jones tratando de medir su reacción e intentando no sonar demasiado confiada—. A menos que... ¿Usted cree que alguien pudo haberlo hecho de manera deliberada? No sé..., tal vez cortando los cables...

—No, no lo creo en absoluto. Yo diría que se soltó, sin más.

—¿Soltarse?

—Sí. Como un diente. ¿Ve eso? —dijo el hombre, y señaló un sitio concreto, obligando a Morrigan a entrecerrar los ojos en la oscuridad para identificar a qué se refería—. Ahí. ¿Ve ese pequeño destello? Está volviendo a salir una nueva.

Al fin lo vio. Se trataba de una manchita de luz que emergía de entre las sombras. Antes no la había visto, pero ahora sí: un hilillo de cristal que comenzaba a desprenderse del techo.

—¿Quiere decir que está creciendo una lámpara igual? —preguntó ella fascinada, recuperando la ilusión en el acto.

—Igual igual, lo dudo... No tengo ni idea de cuál es el funcionamiento interno del Hotel Deucalion, pero llevo viniendo aquí muchos años y puedo asegurarle que nunca ha habido dos iguales.

Ambos guardaron silencio durante varios minutos, y contemplaron cómo lentamente nacía la nueva araña de cristal, cómo iba saliendo del capullo original que era el techo, igual que un diente adulto de encías fuertes y sanas. Al ritmo al que lo hacía, era evidente que tardaría semanas, incluso meses, en volver a alcanzar el gigantesco tamaño del velero anterior. No obstante, Morrigan se sintió aliviada; si por ella fuera, podía tomarse todo el tiempo que necesitara. Aunque la verdad era que le intrigaba saber qué aspecto tendría al final. ¡A lo mejor se trataba de una cápsula arácnida!

Cuando el señor Jones volvió a hablar, lo hizo con tono amable y vacilante, como si tuviera miedo a ofenderla.

—Este patrocinador o patrocinadora nuevo que tiene... Supongo que la ha presentado ya a los miembros de la Sociedad Fabulánica.

—¿Cómo lo sabe?

—Bah, no es más que una suposición bien fundada... No hay muchas otras razones por las que traer a un niño desde la República del Mar Invernal hasta Nevermoor. ¿Me permite hacerle una pregunta un tanto personal, señorita Crow?

Morrigan notó de repente cómo sus hombros se tensaban. Sabía muy bien lo que le iba a preguntar.

—No sé cuál es mi talento —dijo ella en voz baja—. Ni siquiera sé si tengo alguno.

Jones frunció el ceño con perplejidad.

—Pero..., para entrar en la Sociedad Fabulánica...

—Lo sé...

—¿No le ha preguntado su patrocinador?

—No.

—¿Y no cree que eso es un poco raro?

Ella levantó la vista, y antes de responder, observó durante unos largos y silenciosos instantes el pequeño y glacial haz de luz conforme este descendía.

—Sí.

Al día siguiente, bien entrada ya la mañana, Júpiter estaba a punto de llamar a la puerta del dormitorio de Morrigan para darle los buenos días. Sin embargo, antes siquiera de tener tiempo de hacerlo, ella se le adelantó y la abrió de golpe.

—¿Cuál es mi talento?

—Buenos días para ti también.

—Buenos días —replicó la niña, y se echó a un lado para dejarlo entrar.

Llevaba siglos esperándolo, caminando de un lado a otro del cuarto y meditando sobre su conversación con el señor Jones. En ese momento, las cortinas se abrieron de par en par, y la luz del sol entró torrencialmente por el pequeño ventanuco que había en el centro de un gran arco que abarcaba, desde el suelo al techo, toda la pared; algo muy extraño, por otra parte, ya que Morrigan estaba segura de que la noche anterior no estaba allí. No obstante, tenía asuntos más urgentes sobre los que discutir.

—¿Cuál es mi talento?

—¿Te importa si me como uno de los pastelitos? Estoy muerto de hambre.

Martha había acudido diez minutos antes con la bandeja del desayuno, y este seguía intacto en una esquina.

—Sírrete tú mismo. ¿Cuál es mi talento? —preguntó ella, observándolo con inquietud a la vez que su patrocinador se llenaba la boca de comida—. No tengo ninguno, ¿verdad? Porque te has equivocado de persona. Pensaste que yo era otra persona, ¿no es así? Alguien con un gran talento. Así es como funciona, ¿no? Así es como entra uno en la Sociedad Fabulánica, teniendo alguna habilidad especial para algo, como Dame Chanda. Tú pensaste que ese era mi caso, y ahora te has dado cuenta de que no es así. ¿Estoy en lo cierto?

Júpiter tragó saliva.

—Antes de que me olvide, mi costurera vendrá a buscarte esta mañana para hacerte un vestido. ¿Cuál es tu color favorito?

—El negro. ¿Estoy en lo cierto o no?

—El negro no es un color.

—¡Júpiter! —exclamó ella.

—Vale, está bien... —contestó él mientras apoyaba la espalda contra la pared, se deslizaba hacia el suelo y estiraba sus largas piernas sobre la alfombra—. Si quieres hablar de cosas aburridas, hablaremos de cosas aburridas.

Su largo pelo rojo, a pesar de estar un tanto enredado y despeinado, brillaba encendido a la luz del sol. Estaba descalzo y vestía una arrugada camisa blanca y unos pantalones azules con los tirantes colgando de cualquier manera sobre las caderas. Morrigan se dio cuenta de que se trataba de la misma ropa que llevaba puesta el día anterior. Quizá se había ido a la cama sin cambiarse, o puede que no hubiera dormido lo más mínimo aquella noche. Su patrocinador cerró los ojos y parecía como si llevara sentado allí todo el día tan feliz, dejando que la calidez de los rayos de sol empapara sus huesos.

—Así es como funciona, ¿no? ¿Me estás escuchando?

—Estoy escuchando.

«Por fin», pensó ella. Acto seguido, con una curiosa mezcla de alivio y pavor, se sentó en la silla de madera, preparada para enterarse de una vez por todas de algunas respuestas, aunque estas pudieran no agradecerle lo más mínimo.

—Vale, pero no me interrumpas —añadió Júpiter, poniéndose recto de mala gana y carraspeando—. Todos los años, la Sociedad Fabulánica selecciona a un grupo de niños para que se unan a nosotros. Cualquier chico o chica del Estado Libre puede presentar una solicitud siempre que haya cumplido los once antes del primer día del año (la tuya entró por los pelos, enhorabuena...) y, por supuesto, siempre que haya sido seleccionado por un patrocinador. La cosa es que este no puede ser cualquiera. No es como en otras escuelas y centros educativos en los que se pide más dinero que cerebro. Ha de tratarse de alguien que también sea miembro de la Sociedad Fabulánica. Los Ancianos son muy estrictos en este sentido.

—¿Por qué?

—Porque son unos esnobs decrépitos. No me interrumpas. Bueno, ahora te seré sincero, Mog...

—Morrigan.

—Te he elegido como candidata, correcto. No obstante, esto es solo el comienzo. Tienes que pasar los exámenes de ingreso, las pruebas, como nosotros las llamamos. Hay cuatro, repartidas a lo largo del año, y son eliminatorias. Están diseñadas para ir separando a los aspirantes ideales para la Sociedad de..., bueno, de aquellos que no lo son tanto. Es todo muy elitista y competitivo; pero, en fin, así ha sido siempre. Es la tradición. Es lo que hay.

—¿Qué tipo de pruebas son? —preguntó ella mordiéndose las uñas.

—Ahí voy. No me interrumpas —contestó él, poniéndose de pie y comenzando a pasearse de un lado a otro de la habitación—. Las tres primeras varían cada año. Hay de muchos tipos. A los Ancianos les gusta ir cambiándolas para hacerlo todo más interesante. No sabemos en qué consisten hasta que nos lo dicen. Algunas de ellas no están mal; por ejemplo, la Prueba del Discurso es bastante sencilla, solo tienes que dar un discurso ante una audiencia.

Morrigan tragó saliva. No se le ocurría nada peor que eso. Antes prefería enfrentarse a la Cacería de Humo y Sombras.

—Y la Prueba de la Búsqueda del Tesoro es muy divertida —prosiguió Júpiter—. Aunque no te mentiré, hay otras que son horribles. Da gracias que hace ya dos años que eliminaron la Prueba del Miedo. Deberían haberla llamado «la Prueba de las Crisis Nerviosas». Algunos candidatos no llegaron nunca a recuperarse del todo. Sin embargo, a ti la que más te debe importar es la cuarta.

Se llama, de forma muy efectista, la Prueba del Gran Talento. Pero, en realidad, es muy fácil. Es igual siempre. Cada aspirante que supera las tres primeras debe presentarse ante el Consejo Superior de Ancianos y hacerles una demostración.

—¿De qué? —preguntó Morrigan frunciendo el ceño.

—De algo interesante, útil y bueno.

—Interesante, útil y bueno... Te refieres a algo relacionado con tu destreza, ¿verdad? —dijo ella, cogiéndose los brazos con aprensión—. ¿Quieren ver cuál es tu habilidad especial? ¿Tu talento?

Júpiter se encogió de hombros.

—Destreza, habilidad especial, aptitud... Llámalo como quieras. Nosotros lo llamamos «talento». Sí, lo sé, no es más que una de esas palabrejas tontas típicas de la Sociedad Fabulánica para dárselas de mística. En realidad, se refiere simplemente a algo único y maravilloso que sepas hacer y que los Ancianos consideren lo bastante extraordinario como para otorgarte un lugar de por vida en la institución más elitista y prestigiosa del Estado Libre. Eso es todo —concluyó, sonriendo a través de su barba pelirroja de un modo que, obviamente, sabía que resultaba encantador.

—Ah, ¿eso es todo? —replicó Morrigan a la vez que se atragantaba con una risita nerviosa—. Vale, pues yo no tengo ningún...

—Que tú conozcas.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó ella con tono perspicaz.

—Yo sé muchas cosas... Soy muy listo. —contestó Júpiter, que volvió a exasperarla con su manera tan poco clara de hablar—. De verdad, Mog...

—Morrigan.

—No tienes de qué preocuparte. Tú céntrate primero en las tres primeras pruebas. Ya me preocupo yo de la del talento. Esa déjamela a mí.

Todo aquella historia era... demasiado. Morrigan se desplomó en su silla y suspiró profundamente, el típico suspiro de descontento de alguien que acaba de recibir mucho más trabajo del que esperaba. Acto seguido, echó a su patrocinador una mirada de soslayo

—¿Y si no quiero unirme a la Sociedad? ¿Qué pasa si cambio de opinión?

Ella esperaba que él se sorprendiera o se indignara; sin embargo, Júpiter se limitó a asentir con la cabeza, como si supiera de antemano lo que le iba a decir.

—Sé que da miedo, Mog —respondió Júpiter en voz baja—. La Sociedad hace muchas preguntas a los candidatos. Las pruebas son duras y, además, no son más que el comienzo.

«Genial. Esto va de mal en peor», pensó Morrigan.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa una vez concluidas?

—Pues no es como una escuela o un colegio normal y corriente. Los miembros de la Sociedad Fabulánica no son niños mimados en absoluto. La gente piensa que viven a lo grande, que cuando han obtenido ese pequeño broche dorado —dijo golpeándose la «F» que llevaba en la solapa—, tienen la vida resuelta y su camino en el mundo será siempre fácil y exento de obstáculos. Y, en parte, están en lo cierto. Es verdad que estas viejas puntas doradas abren muchas puertas. Respeto, fama, aventura. Asientos reservados en el fabucarril. Favoritismos con los del

alfiler, lo llama la gente. No obstante, de puertas para adentro, la Sociedad te exige que te ganes ese privilegio. No solo durante las pruebas tienes que demostrar que eres digno de ese reconocimiento, que eres especial, no solo una vez, sino siempre, el resto de tu vida.

Entonces, se detuvo un instante y la miró muy serio.

—Esa es la diferencia —continuó él— entre la Sociedad Fabulánica y una escuela o colegio normal y corriente. Incluso cuando se han finalizado los estudios sigues siendo parte de la Sociedad, así como la Sociedad sigue siendo parte de ti. Para siempre, Mog. Los Ancianos continuarán exigiéndote responsabilidad por cada uno de tus actos mucho después de tus años formativos, siendo adulta y más allá.

El semblante de Morrigan debió de delatar lo profundamente desagradable que le sonaba todo aquello, ya que Júpiter se apresuró a reparar el daño.

—Aunque te estoy contando primero lo peor, Mog, porque quiero que te hagas una imagen lo más completa posible. Mira, la Sociedad Fabulánica es más que una simple escuela. Es una familia. Una familia que te cuidará y se ocupará de ti toda la vida. Sí, recibirás una educación excelente. Y tendrás oportunidades y contactos que la gente que no es de la Sociedad jamás podría soñar. Pero mucho más importante que eso: tendrás tu propio grupo de gente. Las personas que salgan victoriosas y pasen contigo las cuatro pruebas... se convertirán en tus hermanos y hermanas. Son personas que te apoyarán hasta que te mueras; que nunca te rechazarán, sino que se preocuparán mucho por ti, igual que tú por ellos; personas que darían su vida por la tuya.

Júpiter apoyó el puño en una de sus mejillas, apartó la vista de su candidata y miró hacia otro lado. Morrigan se sorprendió al darse cuenta de que su patrocinador intentaba contener las lágrimas. No se imaginaba que alguien pudiera sentir algo tan fuerte por sus amigos, probablemente porque ella nunca había tenido ninguno, al menos, ninguno de verdad (*Emmett*, el conejo de peluche, en realidad, no contaba).

Una familia. Hermanos y hermanas de por vida.

Ahora sí que todo adquiriría sentido. Tal vez, esa era la razón por la que su pelirrojo amigo se comportaba como un rey, como si estuviera envuelto en un aura invisible que lo protegiera de todas las cosas malas de la vida, porque sabía que ahí fuera, en algún lugar, había personas en el mundo que lo querían, que siempre lo querrían. Pasara lo que pasase.

Eso era lo que él le ofrecía. Lo que más anhelaba. Era como invitar a un famélico mendigo a probar un cuenco caliente rebosante de guiso de carne. La misma hambre precisamente ardía en el interior de Morrigan. No había nada que quisiera más que unirse a la Sociedad, pues nada anhelaba más que tener esa clase de hermanos y hermanas. Lo deseaba más de lo que había deseado nada en su vida.

—¿Qué tengo que hacer para superarlas?

—Solo confiar en mí. ¿Confías en mí? —preguntó él con seriedad y franqueza antes de que ella asintiera sin vacilación—. Entonces deja que yo me preocupe por la Prueba del Gran Talento. Ya te avisaré yo cuando tengas que empezar a pensar en ella. Te lo prometo.

Resultaba un poco raro confiar en un extraño al que había conocido apenas hacía un par de días. Sin embargo, en realidad, no le costaba nada hacerlo (después de todo, Júpiter le había salvado la vida).

Un momento más tarde, Morrigan respiró hondo y, armándose de valor, preguntó aquello que tanto miedo le daba saber.

—Júpiter, ¿mi destreza..., mi habilidad especial..., tiene que ver con...? Ya sabes...

—¿Mmm...? —replicó él.

—¿Ser una niña maldita? ¿Es mi talento hacer que las cosas salgan mal?

Su patrocinador parecía estar a punto de decir algo; no obstante, antes de responder, se lo pensó dos veces e inició en su cabeza una intensa deliberación por espacio de treinta largos segundos.

—Antes de responder a esa pregunta —dijo Júpiter finalmente—, porque sí, en efecto, voy a responderte, quiero que escuches con atención lo que voy a decirte sobre cuál es mi talento. Yo soy capaz de ver cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas que pasan —respondió él encogiéndose de hombros—. Cosas que han sucedido, cosas que están sucediendo en este momento. Sentimientos. Peligro. Cosas que habitan en la Telaraña.

—¿La Telaraña? ¿Qué es eso?

—Ah, vale... —contestó su patrocinador, pisando un poco el freno y recordando lo poco que Morrigan sabía de su mundo—. La Telaraña es una red invisible e intangible que... Vamos a ver: como su propio nombre indica, imagina una enorme tela de araña, vasta y delicada, colocada sobre todo un país como si fuera... No. ¿Sabes qué? Olvídate de la Telaraña. Lo único que necesitas saber es que yo veo cosas que otras personas no ven.

—¿Secretos?

Él sonrió.

—A veces.

—¿El futuro?

—No. No soy un adivino. Soy más bien un Testigo. De hecho, ese es su nombre técnico. No veo cómo serán las cosas. Veo cómo son.

Morrigan lo observó escéptica.

—Igual que el resto de la gente. ¿Qué diferencia hay?

—Si tú supieras... —replicó Júpiter, cruzando el dormitorio con cuatro largas zancadas y cogiendo la tetera aún caliente de la bandeja del desayuno—. Esta. Descríbeme este objeto.

—Es una tetera.

—No; dime todo lo que sabes de esta tetera con solo mirarla.

Ella frunció el ceño.

—Es una tetera verde —dijo, y provocó que North asintiera con la cabeza animándola a continuar—. Es una tetera de color verde menta, con dibujos de hojitas blancas por todas partes. Tiene un asa grande y una tapa picuda. Está... acompañada de un juego de tazas de té y unos platitos.

—Vale —afirmó su patrocinador al tiempo que enarcaba una ceja, servía té y leche en dos tazas y le ofrecía una de ellas a Morrigan—. Muy bien. La has descrito lo mejor que sabías; es decir, al uno por ciento. ¿Me dejas probar a mí?

—Por favor —contestó ella mientras revolvía un terrón de azúcar dentro de su taza.

Acto seguido, Júpiter colocó de nuevo la tetera sobre la bandeja y afirmó:

—Esta tetera fue hecha en una fábrica de Dusty Junction, cosa fácil de deducir, ya que la mayor parte de la cerámica del Estado Libre se fabrica en Dusty Junction, así que eso no cuenta. No obstante, lo que sí veo es la información que rezuma por todas partes. La compraron hace setenta y seis..., no, setenta y siete años, en una tienda del mercado central de Nevermoor. Sus primeros años se han desvanecido un tanto, pero de lo que sí se acuerda es de la fábrica en la que fue producida, así como de la señora del mercado que fue su primera propietaria.

Morrigan arrugó la frente con extrañeza.

—¿Cómo puede una tetera tener memoria?

—No son recuerdos como los tuyos o los míos. Son, más bien... A ver, ¿cómo te lo explico? Existen... sucesos y momentos en el pasado que han quedado adheridos a las cosas y a las personas, que se aferran a ellas a través del tiempo por la sencilla razón de que no tienen ningún otro sitio al que ir. Al final puede que acaben desvaneciéndose o sean arrancados, o se mueran sin más. Sin embargo, hay cosas que nunca mueren; sobre todo, los recuerdos especialmente buenos o especialmente malos, estos permanecen siempre por ahí dando vueltas. Esta tetera está empapada de buenos recuerdos. La señora a la que perteneció hacía té todas las tardes cuando su hermana iba a visitarla. Las dos se querían mucho. Ese es el tipo de cosas a las que me refiero, que rara vez se desvanecen por completo.

Ella lo miró con recelo.

—Es imposible que sepas todo eso solo con mirarla. Debes de haber conocido a la anciana.

Júpiter la observó con fingida indignación.

—¿Cuántos años crees que tengo, señorita? Bueno, guarda silencio, aún no he terminado. También te puedo decir que ha sido manejada por cuatro personas distintas esta mañana: la que ha hecho el té, la que la ha puesto en la bandeja, la que la ha traído a tu habitación y..., ah, yo, por supuesto. La persona que ha hecho el té estaba enojada por algo, pero la que la ha traído hasta aquí arriba estaba contenta e iba cantando con voz dulce. Lo percibo. Noto las vibraciones.

Tenía razón. Martha había aparecido canturreando feliz la canción de la Aurora aquella misma mañana. Aunque era cierto que tal vez él podía haberla visto al subir. Morrigan se encogió de hombros y continuó sorbiendo su té.

—Podrías estar inventándotelo todo. ¿Cómo iba yo a saberlo?

—Eso es verdad, bien dicho. Lo que nos lleva de nuevo al comienzo de nuestra conversación —dijo su patrocinador; se arrodilló en el suelo frente a Morrigan y puso su cara a la altura de la de ella—. Permíteme que te cuente algunas cosas acerca de ti, Morrigan Crow.

Acto seguido, muy despacio, los ojos de Júpiter recorrieron su rostro de un lado a otro, estudiándola y examinándola como si se encontrara perdido en el desierto y los rasgos de ella configuraran un mapa secreto que le mostrara el camino a casa.

—¿Qué? —preguntó ella inclinándose hacia atrás—. ¿Qué estás mirando tan fijamente?

—Ese corte de pelo —respondió él con una sonrisa—. Es el que tu madrastra te obligó a hacerte el año pasado.

—¿Cómo lo has sabido?

—Lo odias, ¿verdad? Es demasiado corto y demasiado moderno. Te ha crecido ya mucho..., pero, aun así, le tienes tanto odio que el recuerdo sigue vivo en ti. Lo veo.

Morrigan se alisó el cabello impresionada. No era posible que Júpiter hubiera notado ese corte asimétrico de flequillo irregular, propio de un duendecillo, que Ivy había insistido en que se hiciera porque su peinado lacio, aburrido y pasado de moda era «una vergüenza». Era cierto que lo odiaba con todas sus fuerzas; pero desde entonces, el pelo le había crecido un montón, y ahora le caía ya de nuevo más abajo de los hombros lacio, aburrido y pasado de moda. Era imposible que lo hubiera distinguido.

—¿Sabes qué más puedo ver? —continuó él, sonriendo con los ojos cerrados conforme le cogía las manos y las estrechaba con suavidad—. Puedo ver en tus dedos los pinchazos de cuando en venganza cortaste su vestido favorito en trozos, los cosiste y los colgaste en la sala de estar a modo de cortinas. —Cerró los ojos y lanzó una profunda carcajada que le retumbó en todo el pecho—. ¡Una idea brillante, por cierto!

Morrigan sonrió muy a su pesar. Se sentía muy orgullosa de cómo le habían quedado aquellas cortinas.

—Vale. Te creo. Ves cosas.

—Sí, te veo, Morrigan Crow —añadió Júpiter se inclinó hacia delante—. Y te voy a decir una cosa: tu madrastra estaba equivocada.

—¿Respecto a qué? —preguntó ella, aunque sabía muy bien cuál era la respuesta.

De repente, se le hizo un nudo en el estómago.

—Cuando dijo que eras una maldición —contestó su patrocinador antes de tragar saliva y menear la cabeza de un lado a otro—. Pero lo dijo estando enojada. No lo decía en serio.

—Por supuesto que lo decía en serio.

Él hizo una pausa pensándolo bien.

—Bueno, tal vez, pero eso no significa que sea verdad, no quiere decir que tu madrastra llevara razón.

Morrigan notó que su rostro se sonrojaba de pronto, de modo que miró hacia otro lado, alcanzó como si tal cosa uno de los pastelitos de la bandeja del desayuno y cortó un trocito, aunque no se lo llevó a la boca.

—Olvidalo.

—No, olvidalo tú —insistió él—. Olvidalo desde este mismo momento, ¿de acuerdo? Tú no eres ninguna maldición.

—Sí, vale... —replicó ella, e intentó apartar la vista.

En ese instante, Júpiter sujetó con rapidez su rostro entre las manos y, clavando sus grandes ojos azules en la negrura de los de Morrigan, afirmó al tiempo que, como el calor del asfalto en verano, una justificada cólera emanaba de todo su ser:

—No, escúchame... Tú me has preguntado si tu talento tiene que ver con ser una niña maldita, si tu talento es hacer que las cosas salgan mal. Pues bien, escúchame con atención: no eres una maldición para nadie, Morrigan Crow. Nunca lo has sido. Y creo que lo sabes desde el principio.

Las lágrimas a punto de caer hicieron que los ojos de la niña comenzaran a picarle. No obstante, armándose de valor, hizo una última pregunta.

—¿Y qué pasa si no entro?

—Entrarás.

—Pero supongamos que no... —insistió ella—. Entonces ¿qué? ¿Tendré que regresar a la República? ¿Estarán... estarán esperándome?

Morrigan se dio cuenta de que su patrocinador comprendía que no se refería a su familia, sino a la Cacería de Humo y Sombras. De hecho, si cerraba los ojos, aún veía sus terroríficas figuras, sus fieros ojos rojos en la oscuridad, la masa informe y tenebrosa de hombres, perros y caballos dando vueltas y vueltas.

—Vas a unirte a la Sociedad Fabulánica, Mog —susurró Júpiter—. Así será. Y no quiero volver a oír nunca más una sola palabra sobre ninguna maldición. Prométemelo.

Ella se lo prometió.

Creía en él. Se sentía fuerte a su lado, sabiendo que su patrocinador estaba de su parte de una manera tan incondicional.

Sin embargo, aquella misma tarde, cuando se detuvo un segundo a pensar en la cantidad de preguntas que Júpiter había evitado responder, le faltaron dedos de la mano para contarlas.



CAPÍTULO NUEVE

LA BIENVENIDA FABULÁNICA

—Aquí viene. Prepárate para saltar.

Júpiter había decidido que irían a la fiesta en el transparagüero para que Morrigan pudiera estrenar su regalo de cumpleaños. Sin embargo, el problema con dicho medio de transporte era que este nunca se detenía ni aminoraba la marcha para que los pasajeros se subieran o se bajaran del mismo.

Su estructura de acero en forma de tubo colgaba de un cable que recorría toda la ciudad. Se suponía que cuando aparecía zumbando, había que saltar desde el andén y enganchar el paraguas a uno de los aros metálicos que sobresalían de la parte superior del cilindro para no caerse, quedando uno colgado en el aire hasta llegar a su destino.

—Acuérdate, Mog —dijo su patrocinador mientras observaban el aparato aproximarse a toda velocidad hacia ellos—. Cuando llegue la hora de bajarse, tira sin más de la palanca y libera el paraguas. ¡Ah! Y cuando aterrices en el suelo, intenta hacerlo sobre la superficie más blanda que veas.

La aprensión de ella debió de ser evidente, porque North agregó:

—Todo irá bien. Yo solo me he roto la pierna una vez en este cacharro. Dos veces máximo. ¿Preparada? ¡Ahora!

En ese momento, los dos pegaron un brinco hacia el tranvía. Ella cogió con tal fuerza su paraguas que, por un instante, le dio la impresión de que se iba a romper. Nada más engancharse a uno de los anillos, el pánico que la había asaltado unos segundos antes al ver llegar disparado el gran rodillo dio lugar a una repentina ola de adrenalina que invadió todo su cuerpo y le hizo proferir un grito triunfal. A continuación, su patrocinador sonrió y echó la cabeza hacia atrás para disfrutar del viaje. A toda pastilla, cruzaron el distrito del Deucalion y las calles adoquinadas del

casco antiguo. El aire frío se le metía en los ojos a Morrigan y azotaba su rostro hasta el punto de casi hacerle daño. Por fin, cuando vieron que llegaban a su destino, ambos pegaron un salto y, por suerte, tomaron tierra cayendo de pie. Ninguna pierna rota.

El campus de la Sociedad Fabulánica estaba rodeado por unos altos muros de ladrillo. Un estricto guardia de seguridad registraba a todo aquel que pretendía acceder al interior, comprobando si sus nombres se encontraban en una lista previamente elaborada. No obstante, al ver a Júpiter se limitó a saludarlo con una sonrisa y los dejó pasar a ambos.

Todo cambió en cuanto cruzaron las puertas de acceso. Fue como si la atmósfera se transformara de repente. Morrigan respiró hondo. El aire olía a rosas y a madreSelva, y el sol parecía posarse de manera más cálida de lo normal sobre su piel. «Qué extraño... Fuera del recinto, el cielo no se veía tan azul, y las flores no eran todavía más que pequeños brotes. Ni el más mínimo indicio de la llegada de la primavera», pensó para sus adentros.

Entonces, Júpiter mencionó que se trataba de algo llamado «clima del sofá» o algo así.

—Perdona, ¿clima de qué? —preguntó ella desconcertada.

—Del S-O-F-A. SoFa. Abreviatura de «Sociedad Fabulánica». Así es como llamamos al campus. Dentro de los muros del SoFa, el clima es un poco más...

—¿Un poco más qué?

—Solo un poco más. Un poco más lo que sea en el resto de Nevermoor. El SoFa vive en su propia pequeña burbuja climática. Hoy hace un poco más de calor, el sol luce un poco más y el ambiente es un poco más primaveral. Suerte la nuestra —respondió, y cogió una ramita en flor de un cerezo junto al que pasaban y se la puso en el ojal de la chaqueta—. Una espada de doble filo, sin embargo, pues el invierno es un poco más ventoso, un poco más gélido y un poco más triste en general.

El caminito que se extendía hasta el edificio principal estaba flanqueado por farolas de gas y dos largas filas de unos árboles completamente carbonizados (algo que contrastaba sobremanera con los coloridos lechos florales) a los que, al parecer, no afectaba el fenómeno climático del SoFa.

—¿Y estos árboles? —preguntó ella señalándolos.

—No, estos hace Eras que están así. Son Resplandores de Fuego. Preciosos. Bueno, al menos hubo un tiempo en que lo fueron. Hoy en día, es un tipo de árbol que ya casi no queda. Su corteza es imposible de talar. En fin, una tortura para los jardineros. Así que preferimos ignorarlos, hacer como si fueran unas feas estatuas y ya está.

Los patrocinadores y sus candidatos se encontraban por todas partes, corriendo, charlando y riendo como si estuviera a punto de celebrarse una enorme fiesta de cumpleaños. Pero Morrigan tenía el cuerpo en tensión, igual que si toda ella fuera una gran contractura andante. Era como si caminara por la luna. No podía sentirse menos identificada con ninguno de los allí presentes.

El edificio principal del campus se llamaba «CASA PROUDFOOT», y consistía en un bloque de cinco pisos cubierto de hiedra construido con un vistoso ladrillo rojo. A ninguno de los chicos que se presentaban a las pruebas les estaba permitido aquel día entrar en él. No obstante, los jardines eran bellísimos. Todo el lugar parecía sacado de una postal de primavera, lleno de gente con ropa ligera en colores pastel. Júpiter le había permitido a su candidata elegir su propia indumentaria para la ocasión: un vestido negro con botones de plata que fue definido por Dame Chanda como

«una elección inteligente, pero carente por completo de sentido del espectáculo». Sin embargo, Morrigan pensó que el traje amarillo limón que llevaba su patrocinador y sus zapatos de color lavanda ofrecían ya suficiente espectáculo.

Un cuarteto de cuerda tocaba en una amplia terraza que se abría sobre el césped. Cerca de ellos, debajo de una marquesina blanca, una mesa ofrecía un gran montón de pasteles de crema, bollos y tambaleantes figuras de gelatina. Pero ella no tenía hambre en aquel momento. De hecho, lo que sentía en su estómago era como si unos ratoncitos estuvieran royéndole desde dentro.

Conforme se abrían paso entre la multitud, la gente iba dándose la vuelta para observarlos con distintas expresiones: desde la disimulada sorpresa hasta el estupor más exagerado.

—¿Por qué me mira todo el mundo?

—Te miran porque estás conmigo —respondió Júpiter mientras saludaba alegremente con la mano a un par de mujeres—. Y porque soy muy guapo.

Al poco, los candidatos y las candidatas comenzaron a ser, casi todos, separados en grupos. Morrigan se apretó contra su patrocinador.

—Tranquila, no muerden —dijo él como si fuera capaz de leer su mente—. Bueno, la mayoría... A ese con cara de perro que está junto al árbol parece que no le han dado su medicación esta mañana.

En efecto, uno de los chicos que había allí, uno con cara de perro, se hallaba merodeando cerca de uno de los grandes helechos esparcidos por todo el césped del recinto. También había un niño con unos brazos dos veces más grandes de lo normal y una niña con metros y metros de brillante cabello negro recogido en unas trenzas infinitas que caían a su espalda sobre una carretilla transportadora.

—Lo siento por ellos, pero no creo que este sea el año de las peculiaridades físicas... —reflexionó su patrocinador—. Nadie ha superado aún a la chica de las manos en forma de mazo de hace unas ediciones. Cuando se graduó, la factura por los desperfectos causados fue gigantesca. Creo que ahora es luchadora profesional.

Júpiter fue conduciendo a su candidata por los diversos senderos del jardín. Mientras tanto, le iba haciendo comentarios en voz baja.

—Baz Charlton —murmuró él, señalando con discreción a un hombre de pelo largo con pantalones de cuero y una chaqueta arrugada—. Un tipo odioso. Evítalo como si fuera la peste.

Un grupo de niñas se encontraba cerca del susodicho individuo. Una de ellas, la del espeso cabello castaño y el vestido azul claro, observó a Morrigan y, acto seguido, susurró algo a sus compañeras, que se volvieron también para mirarla.

Ella sonrió de manera forzada, recordando lo que Dame Chanda le había dicho acerca de las primeras impresiones. Las chicas se echaron a reír todas al unísono. «¿Será eso buena o mala señal», se preguntó.

Instantes después, Júpiter cogió dos vasos de un ponche de color púrpura de la bandeja de un camarero que pasaba a su lado y le dio uno. Al echar un vistazo dentro, Morrigan vio que había unas cosas rosadas y blandurrias flotando en el líquido. No: retorciéndose en él.

—Se supone que han de retorcerse —soltó él, fijándose en la cara de disgusto de ella—. Así es como saben mejor.

Morrigan bebió un sorbo de forma vacilante. Entonces, una deliciosa explosión dulce tuvo lugar dentro de su boca. Estaba a punto de darle la razón cuando, de pronto, el hombre de los pantalones de cuero se acercó a ellos, le dio una palmada a su patrocinador en la espalda y le pasó su pesado brazo por encima del hombro.

—¡North! ¡North, mi viejo camarada! —exclamó arrastrando las palabras—. Se ve que has perdido ya la chota por completo, ¿eh, North? Hamish, que está por algún lado, me ha dicho que has hecho una oferta por un niño. ¿Qué pasa? ¿Es que no te pagan suficiente en la Liga de Exploradores, o es que has decidido dejar la brújula y pasar el testigo de gran aventurero a otra persona? Vida tranquila a partir de ahora, ¿no?

El hombre dio un trago a su brandi riéndose. Júpiter hizo una mueca y arrugó la nariz manifestando desagrado.

—¿Qué tal, Baz? —lo saludó forzosamente con la mínima cantidad de obligada amabilidad.

—Esta es, ¿verdad? —preguntó el sujeto, que entrecerró los ojos para escudriñar mejor a Morrigan—. El primer candidato conocido del famoso Júpiter North. La prensa del corazón debe de estar de lo más inquieta...

Baz esperó durante un par de segundos que North lo presentara formalmente; sin embargo, no fue así.

—Charlton. Baz Charlton —dijo por fin el hombre haciendo un gesto ostentoso hacia sí mismo, como esperando una chispa de reconocimiento por parte de Morrigan, que reaccionó tan solo poniendo cara de disgusto—. ¿Cuál es tu nombre, niña?

Ella levantó la vista hacia Júpiter, quien asintió.

—Morrigan Crow.

—Si te digo la verdad, tiene una pinta un pelín triste... —susurró el señor Charlton al oído de su patrocinador, ignorándola por completo.

Morrigan se enfureció en el acto. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Ir siempre con una estúpida sonrisa de oreja a oreja?

—¿Extranjera? —continuó el hombre—. ¿Dónde la has encontrado?

—En Nosasunto.

—¿Nosasunto? Nunca he oído hablar de ese lugar —contestó Baz, que se acercó un poco más aún a Júpiter y le murmuró de nuevo con aire de conspiración—: Eso está en la República, ¿no? La has traído clandestinamente, ¿verdad? Venga, vamos, cuéntaselo a tu viejo amigo.

—Sí —replicó él—. De una ciudad llamada Nosasunto Tuyo, en la República de No Te Metas en Lo Que No Te Importa.

Charlton soltó una risita ahogada sin ninguna gracia.

—Oh, muy astuto. ¿Y cuál es su talento?

—También nosasunto —contestó North, liberándose sin problemas del interrogatorio del individuo.

—Conque con bromitas, ¿eh? Vale, vale... Da igual. No insistiré... Ya me conoces... Bueno, vamos a ver... ¿Bailarina? No, no tiene las piernas lo bastante largas. No puede ser tampoco ningún cerebritito con esa expresión vacía en sus ojos —dijo el hombre, mirándola de arriba abajo y pasándole una mano por delante de la cara (cosa que hizo que ella estuviera a punto de darle una bofetada)—. Especialista en alguna de las artes arcanas, tal vez. ¿Hechicera? ¿Pitonisa?

—Creía que habías dicho que daba igual —afirmó Júpiter con tono aburrido—. ¿Y tu rebaño de candidatos? ¿Dónde está? ¿A cuántas presas has captado este año?

—Solo a ocho, North, solo a ocho. Tres chicas... —respondió Baz al tiempo que saludaba vagamente al grupito de niñas que se habían reído antes de Morrigan y daba un buen trago a su vaso de brandi— y los chicos, que deben de estar por algún lado. No son muchos, pero no hay ni un perdedor entre ellos. Ha sido una cosecha estupenda este año. Sin embargo, esa de ahí es la verdadera estrella del equipo: Noelle Devereaux. No quiero revelar demasiado, pero... Tiene una voz angelical. No he conocido nunca a un candidato tan potente como ella. Será la número uno, acuérdate de lo que te digo.

Morrigan observó a la niña, rodeada de sus compañeras, sonriendo de forma relajada, tranquila y segura de sí misma. Guapa, bien vestida, hablando sin parar mientras las demás le prestaban atención con avidez. No pudo evitar sentirse un poco celosa. ¿Por qué no iba a querer la Sociedad Fabulánica a alguien como Noelle Devereaux?

—Felicidades —replicó North con ligereza.

—Pero ¿esta? —prosiguió Baz, señalándola con desprecio—. Sigo sin entenderlo, ¿qué es lo que tiene de especial? Quiero decir, fijate qué ojos, qué horribles ojos negros... Los Ancianos no quieren saber nada de nadie con pinta de mala persona. Esta ya te quiere matar nada más ponerte la vista encima.

De repente, Júpiter miró de modo penetrante al hombre y lo interrumpió dejándolo con la boca abierta.

—Considere cuidadosamente sus próximas palabras, señor Charlton —dijo con frialdad y en voz baja, con un tono que ella solo le había oído en una ocasión: durante la Nocturnal, en la Mansión de los Crow.

Ella se estremeció nada más oírlo. Baz cerró las mandíbulas, y Júpiter, por su parte, se hizo a un lado liberando de su mirada al hombre de pelo largo y haciéndolo tropezar un poco hacia atrás.

Instantes después suspiró, y conforme se alisaba su traje amarillo chillón, rodeó a su candidata con un brazo, la estrechó con fuerza un momento contra él y le recordó:

—Te lo he dicho. Un tipo odioso. Lo mejor es no hacerle ni caso.

Morrigan tomó un sorbo de ponche. Las palabras del señor Charlton resonaban aún en sus oídos. «Los Ancianos no quieren saber nada de nadie con pinta de mala persona.»

—Baz es lo que llamamos un Patrocinador Espagueti —continuó explicándole Júpiter a la vez que la guiaba a través del jardín e iba saludando a gente aquí y allá—. Todos los años recorre el Estado Libre de arriba abajo en busca de potenciales candidatos y apunta alrededor de una docena a las pruebas, independientemente de si estos están preparados o no, solo para que sus posibilidades de colocación se vean incrementadas. Es como tirar varios espaguetis cocidos contra la pared esperando que uno se quede pegado, ¿entiendes?

—¿Y funciona?

—Irritantemente a menudo —contestó él, conduciéndola a la izquierda para evitar a un bullicioso grupo de adolescentes que intentaba llamar su atención—. ¡Ah, aquí está Nan!

Una mujer imponente de ancha espalda se acercó a ellos y estrechó la mano de Júpiter.

—¡El capitán North en persona! Había oído rumores de que habías elegido un candidato para este año, pero nunca me los creí. «¿Júpiter North? No mientras viva», me dije. Y ahora, fijate... Aquí estás, con candidata y todo ya. Hola, ¿qué tal? —terminó ella, dirigiéndole una sonrisa a la

chica.

—Nancy Dawson, esta es Morrigan Crow. —Júpiter asintió con la cabeza a Morrigan, y ella estrechó la mano de Nan.

Era más joven que Júpiter y tenía una sonrisa sincera que le marcaba unos simpáticos hoyuelos en las mejillas, circunstancia que hacía menos intimidante su corpulenta presencia.

—Un placer, señorita Crow. A mí también me gustaría presentaros a mi candidato, Hawthorne, pero ha desaparecido en cuanto hemos llegado. Lo más probable es que le esté prendiendo fuego a algo —afirmó la mujer, y puso un gesto indulgente de infinita paciencia—. No es que crear problemas sea su gran talento, pero casi.

—¿Cuál es entonces? —replicó Morrigan; entonces se dio cuenta con rapidez de cómo Júpiter la miraba de manera significativa, obligándola a murmurar a continuación—: ¿Qué? ¿Es de mala educación preguntarlo?

Nan soltó una risita ahogada.

—No, no me importa... A mí no me vengas con todo ese rollo de que ha de ser secreto —añadió acercándose—. Me siento orgullosa como la que más de decir que Hawthorne Swift es, en mi humilde opinión, el mejor jinete de dragones de la liga juvenil de Nevermoor.

—Ah, por supuesto... —Júpiter sonrió—. Faltaría más... Una magnífica elección, como no podía ser de otra manera; sobre todo, viniendo de la cinco veces campeona de doma de dragones del Estado Libre.

La mujer vaciló medio segundo antes de sonreír.

—Excampeona. No creo que vuelva a competir ya con esta vieja amiga encima —lo corrigió ella, dándose unos golpecitos en la pierna derecha.

Morrigan se sorprendió al oír un sonido hueco.

—¿Es una pierna de mentira? —preguntó, conteniendo las ganas de alargar la mano y tocarla para salir de dudas.

Júpiter carraspeó ruidosamente; sin embargo, Nancy no pareció molestarse.

—Sí. Una maravilla de la medicina y la ingeniería modernas. Hecha de cedro, fabulano y acero —contestó la mujer, tras lo cual se remangó el pantalón y mostró una prótesis metálica revestida de madera que, de algún milagroso modo, parecía moverse y flexionarse casi como si tuviera músculos y tendones propios, como si estuviera viva—. Una buena muestra de las virtudes del antiguo ingenio fabulánico. No te creerías las cosas que son capaces de hacer en el hospital de la Sociedad Fabulánica. Auténticos milagros, eso es lo que hacen esos tipos.

—¿Qué le pasó a la original?

—Me la arrancó y se la tragó el dragón de un rival hace dos veranos, durante el torneo anual. Un bicho feo y vicioso —respondió Nan y le dio un sorbo a su ponche—. No era muy agradable que digamos.

Morrigan y Júpiter se echaron a reír.

—Bueno, no seamos gruñones... —añadió la mujer, que esbozó una luminosa y sincera sonrisa—. Ahora me dedico a tiempo completo a entrenar en la liga juvenil. Es un trabajo estable. Además, no podría tener mejor alumno que el joven Swift. Lleva montando casi desde que aprendió a caminar; cuando tenga edad para competir en torneos, va a ser una estrella de primer orden. Eso, por supuesto, si renuncia de una vez por todas a seguir siendo el borrico gamberro que es ahora.

De pronto, se oyó un tintineo que hizo que los patrocinadores que había por todas partes prestaran atención. El cuarteto de cuerdas dejó de tocar. Al cabo de un instante, tres personas salieron a un balcón. Bueno, en realidad, como bien pudo percatarse Morrigan, eran dos (un hombre y una mujer) y un toro peludo con chaleco.

—Ahí está el recién elegido Consejo Superior de Ancianos —le susurró Júpiter a su candidata—. Al final de cada Era, la Sociedad escoge tres miembros nuevos para que sean nuestros líderes y representantes durante la siguiente. Son los mejores y más brillantes de entre nosotros.

—Me parece bien, pero ¿por qué uno de ellos es un to...?

—Chist. Escucha.

Un silencio reverencial se apoderó de todo el recinto conforme uno de los Ancianos se acercaba a un micrófono situado en la barandilla. Se trataba de una mujer delgada y de cabellos ligeramente grises, encorvada hacia delante, y que daba la impresión de no poder guardar muy bien el equilibrio por culpa del enorme y florido sombrero que llevaba en la cabeza; de hecho, Morrigan llegó a temerse por un momento que la señora pudiera precipitarse por el balcón y caerle encima. El otro Anciano se adelantó un par de pasos para sujetarla y la ayudó a recobrar la estabilidad, cosa que no pareció hacerle ninguna gracia a la Anciana, ya que esta se revolvió y, dando una palmada en el aire, le indicó a su colega que se apartara. Por fin, la mujer carraspeó con aire dictatorial.

—Como muchos de ustedes sabrán, soy la Anciana Gregoria Quinn. A mi lado están el Anciano Helix Wong y el Anciano Alioth Saga —dijo apuntando primero al hombre y luego al toro—. Nosotros, el Consejo Superior de Ancianos, queremos daros la bienvenida a la Casa Proudfoot en este día tan señalado. Sé que para todos vosotros, niños, esta es vuestra primera toma de contacto con la Sociedad Fabulánica y, para la mayoría, la última.

Morrigan se estremeció ante aquellas duras palabras. Y no fue la única. A su alrededor, todos los candidatos lanzaron miradas furtivas a sus patrocinadores, buscando en ellos un gesto que les transmitiera calma y tranquilidad. «¿Estarán tan nerviosos como yo?», pensó. Lo dudaba. ¿Y si fuera esa su última vez allí? Júpiter todavía no le había dicho qué pasaría si fracasaba en las pruebas.

—Mis estimados colegas y yo —continuó la Anciana Quinn— deseamos alabar la valentía, el optimismo y la confianza de los jóvenes aspirantes a la hora de enfrentarse a los desafíos que están a punto de descubrir; sobre todo, teniendo en cuenta que lo hacen sin la certeza de que cuando todo haya acabado, vayan a entrar en la Sociedad... No cabe duda de que es un acto que requiere de no pocas agallas. Queremos aplaudir ese coraje.

A continuación, hizo una pausa para saludar a los allí presentes, y, junto con el Anciano Wong (un hombre de barba gris y coloridos tatuajes en brazos y cuello), comenzó a aplaudir con entusiasmo. Por su parte, el toro, el Anciano Saga, se puso a patear en el suelo con los cascos. Morrigan dio un nuevo sorbo al ponche, pues la boca se le había secado de los nervios.

—¡Me han dicho que nuestros candidatos este año son más de quinientos! Con tantos jóvenes talentosos entre nosotros, estoy segura de que encontraremos a los nueve nuevos miembros que buscamos para la Sociedad, que nos impresionarán y nos harán sentir orgullosos y felices de haberlos elegido durante el resto de sus vidas.

Morrigan miró a Júpiter, pero este se hallaba absorto escuchando a la Anciana.

¿Nueve? ¿Solo cogían a nueve? ¿De más de quinientos candidatos? Al parecer, a su patrocinador se le había olvidado mencionar aquel pequeño detalle.

En cuestión de segundos, su moral se hundió hasta límites insospechados. No tenía ninguna posibilidad. ¿Cómo iba ella a poder competir con Noelle, la de la voz angelical? ¿O con Hawthorne, que llevaba montando dragones casi desde que aprendió a andar? Incluso el chico de cara de perro seguro que tenía más posibilidades que ella. ¡Por lo menos, tenía un rasgo distintivo! Ella, en cambio, ni siquiera sabía qué tenía de especial. Nada del otro mundo en cualquier caso, sospechaba.

—En los próximos meses seréis puestos a prueba, física y mentalmente, comenzando con la Prueba del Libro a finales de primavera —continuó la Anciana Quinn, a la vez que se detenía un instante para mirar con severidad por encima de sus gafas—. Os sugiero que empleéis vuestro tiempo no solo en hacer nuevos amigos y formar valiosas alianzas con vuestros compañeros candidatos, sino también en desarrollar vuestra fuerza mental para enfrentaros a lo que está por venir. Unirse a la Sociedad Fabulánica es un privilegio otorgado a solo unos pocos y con habilidades especiales. Entre nuestros miembros se encuentran muchos de los pensadores, líderes, intérpretes, exploradores, inventores, científicos, hechiceros, artistas y atletas más notables del Estado Libre. Somos los más especiales, los más grandes. Y llegará el día en que algunos de nosotros seremos llamados a hacer cosas importantes, a proteger estas Siete Comarcas de aquellos que quieren hacernos daño, de quienes buscan quitarnos nuestra libertad y nuestras vidas.

Diversos murmullos se abrieron paso entre la multitud. Un niño que había cerca de ellos susurró: «Se refiere al Fabulantor». Al momento, el puñado de chavales que se encontraban a su alrededor se quedaron impresionados.

«Otra vez el Fabulantor», pensó ella. Fuera lo que fuese, parecía que su sombra se cernía de forma tan terrible sobre Nevermoor que ni siquiera hacía falta mencionar explícitamente su nombre para infundir un miedo terrible en los corazones de la gente. Quizá se debiera al hecho de no ser del Estado Libre, pero el caso fue que Morrigan no pudo evitar pensar que todo aquello era una bobada, ya que, como su patrocinador le había contado, hacía más de cien años que no se tenían noticias de él.

—A pesar de ello —prosiguió la Anciana Quinn con más intensidad—, hay que decir que las ventajas de pasar a integrar nuestras filas compensan con creces la dificultad de los desafíos y los retos a los que habréis de hacer frente.

Una risa colectiva se extendió por los jardines del campus. La Anciana sonrió y esperó a que volviera a haber silencio antes de continuar.

—Niños, mirad a vuestros patrocinadores, mirad a vuestro alrededor, a los miembros de nuestra familia fabulánica y a vuestros compañeros candidatos. Todos tenéis una cosa en común: hay algo dentro de vosotros que os hace diferentes, un talento que os separa del resto de vuestros compañeros, de vuestros amigos, incluso de vuestra propia familia.

Morrigan tragó saliva. Había cientos de personas escuchando obnubilados cada palabra que pronunciaba Quinn. Sin embargo, por alguna extraña razón, sintió que le hablaba solo a ella.

—Sé por experiencia lo solitario que es el camino que, muchas veces, dicho talento nos obliga a tomar en la vida. ¡Oh! ¡Cómo me gustaría que pudiéramos dar cobijo bajo nuestras alas a todos y cada uno de vosotros! No obstante, a los nueve que se unan a nosotros a final de año puedo prometerles que habrán encontrado un hogar, una familia y unas amistades para toda la vida.

A partir de hoy, todos vosotros sois participantes oficiales en las pruebas de acceso a la Unidad 919 de la Sociedad Fabulánica. La travesía será larga y complicada; aunque quizá, y solo quizá, algo maravilloso os espere al final de ella. Buena suerte.

Morrigan aplaudió con todas sus fuerzas, igual que los demás. Hogar, familia y amistades para toda la vida. ¿Es que se habían puesto de acuerdo la Anciana Quinn y Júpiter y se habían preparado el mismo discurso, o es que ambos habían mirado en su corazón y leído sus deseos más profundos, aquellos que ni ella misma era consciente de tener?

Por primera vez, la Sociedad Fabulánica fue algo real para ella.

Después de una última ronda de aplausos, la mayoría de los presentes puso rumbo al bufé. North se inclinó sobre su candidata y le dijo al oído:

—Voy a ponerme al día con unos viejos amigos. Tú ve y haz algunos nuevos.

Acto seguido, la cogió de los hombros, la hizo girar y le dio un suave empujoncito en dirección a un grupo de niños que había junto a los escalones de la entrada a la Casa Proudfoot.

«Vamos, tú puedes», pensó ella motivada por las extravagantes promesas de la Anciana Quinn. Hogar. Familia. Amistad.

De modo que levantó la cabeza y se dirigió con paso firme hacia los chicos al tiempo que iba pensando qué podría decir. ¿Con qué sería mejor comenzar? ¿Con una broma tal vez? ¿O quizá algo más directo como «Me llamo Morrigan, ¿te gustaría ser mi amigo?». ¿De verdad la gente hacía esas cosas?

La candidata de Baz Charlton le estaba diciendo algo a una chica regordeta de rostro dulce y mejillas sonrosadas.

—¿Así que eres monja, Anna?

—No, no soy monja. Vivo con monjas, las Hermanas de la Serenidad —respondió la chica, poniéndose aún más roja de lo normal—. Y me llamo Anah, no Anna.

Noelle miró a sus amigas con una risita apenas reprimida.

—Pero ¿monjas de verdad? ¿De las que van vestidas como pingüinos?

—No, no... —contestó Anah, negando con la cabeza y haciendo bailar sus rizos dorados alrededor de la cara—. Normalmente llevan ropa de calle. El hábito solo se lo ponen los domingos en la capilla.

La joven Devereaux frunció el ceño. A continuación, levantó la mano hasta su largo y lustroso pelo, se agarró un mechón y comenzó a retorcerlo con un dedo de manera febril.

—Ah, entonces ¿solo se visten de pingüinos los domingos? —insistió mientras se reía y miraba a su alrededor para comprobar quién más la encontraba hilarante.

En efecto, algunos de los chicos y las chicas que había en torno a ella le rieron la gracia; no obstante, a la que más divertido le resultó todo aquello fue a una chica alta y flacucha de piel muy morena que se encontraba junto a ella. Se cubría la boca con ambas manos muerta de risa, su larga trenza negra volteada sobre un hombro.

—¿Y los demás días qué se ponen, ropa fea y barata como la tuya, o es que ese vestido te lo dieron ellas cuando te hiciste monja?

El rubor se extendió por todo el rostro de Anah. Morrigan sintió simpatía por ella al momento. ¿Se habría acercado la chica al grupo, igual que ella, tratando también de hacer amigos, y se habría encontrado con que todo el mundo se burlaba de ella? Arriesgado y delicado asunto el de hacer amistades.

—No soy una monja —insistió la niña regordeta a punto de echarse a llorar—. Aunque no hay nada malo en serlo...

Noelle inclinó la cabeza hacia un lado irradiando una falsa simpatía hacia la chica.

—Pero eso es algo que solo diría una monja, ¿no?

—Oh, cállate —le espetó Morrigan de pronto.

Rápidamente, todos se volvieron y la miraron con pasmo. Incluso ella misma se había quedado un poco sorprendida por sus palabras.

—¿Qué acabas de decir?

—Ya me has oído —contestó Morrigan, levantando un tanto la voz—. Déjala en paz.

—¿Tú también vienes del convento? —preguntó la joven Devereaux conforme alzaba las cejas al fijarse en su vestido negro—. ¿Los pingüinos no tenéis toque de queda o qué? ¿Por qué no te largas?

Su amiga de la trenza pegó un bufido de lo más ordinario.

Morrigan comenzaba a echar de menos los viejos tiempos en Jackalfax, donde todo el mundo se aterrorizaba ante su mera presencia. Entonces se acordó de Júpiter y, echando hacia atrás los hombros, dijo con el tono más frío y duro que pudo:

—Considera cuidadosamente tus próximas palabras.

Un gran silencio se hizo durante unos segundos. Luego...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —estalló la voz angelical en carcajadas, seguida de su amiga y del resto de los candidatos. Mientras ellos se morían de risa, Morrigan se dio cuenta de que se había convertido en una persona que ya no infundía miedo alguno. No sabía muy bien si alegrarse o no de ello.

Por fin, las risas se calmaron y la joven Devereaux la miró fijamente a los ojos. Mientras tanto, Anah había aprovechado la oportunidad caída del cielo y había desaparecido. «De nada», pensó Morrigan sintiéndose un poco molesta por ello.

—Es de mala educación escuchar a escondidas a los demás —afirmó Noelle, poniéndose las manos en las caderas—. Aunque, claro, qué se puede esperar de una ilegal.

—¿Una qué?

—Mi patrocinador dice que el tuyo te metió de forma clandestina en el Estado Libre, que no ha oído jamás hablar de ti y que, por lo tanto, no puedes venir de otro sitio que no sea la República. Sabes que lo que habéis hecho va contra la ley, ¿verdad? Deberías estar en la cárcel.

Morrigan frunció el ceño un tanto confundida. ¿En serio se encontraba en el Estado Libre de manera ilegal? Ella no era ninguna estúpida: estaba claro que Júpiter había hecho algo raro en el control de fronteras al mostrarle el envoltorio de la barrita de chocolate y el pañuelo de papel usado como si fueran sus papeles. Aquel no podía ser el procedimiento oficial de entrada. Pero ¿significaba eso que la había llevado de forma clandestina, que eran criminales?

—No sabes de lo que estás hablando —replicó Morrigan, haciendo una mueca lo más convincente posible—. ¿Y tú sabes que tu patrocinador es un hombre abominable?

Noelle titubeó unos instantes al tiempo que la observaba de arriba abajo.

—¿Es ese tu talento? ¿Usar palabras rimbombantes? Pensaba que era llevar una ropa horrible y ser más fea que una rata de alcantarilla. Está claro que eres muy buena en esas dos cosas... ¡Ah! ¡Puaj! ¡Qué asco!

Una enorme escultura de gelatina verde acababa de caer del cielo impactando de forma directa sobre la cabeza de Noelle. En un visto y no visto, la pegajosa y goteante sustancia comenzó a resbalar hacia abajo por su pelo, su cara y su resplandeciente vestido. Era como si se hubiera sumergido de repente en una especie de aguas residuales radiactivas.

—¿No te gusta el postre, Noelle?! —gritó una voz desde las alturas.

Un chico colgaba sonriente de un balcón agarrado a la barandilla. Tenía un plato vacío en la mano, que agitaba con alegría desde arriba ante los niños.

Noelle temblaba literalmente de ira. Su pecho se inflaba y se estremecía con cada una de las profundas respiraciones que llevaba a cabo.

—Tú... Te voy a... Nunca jamás... Esto ya ha sido... ¡Puaj! ¡Señor Charlton! —exclamó, bajando a toda prisa los escalones en busca de su patrocinador y seguida de los demás chavales, así como de su amiga de la trenza, que continuaba riéndose sin parar.

Al cabo de un momento, el niño aterrizó con un ruido sordo al lado de Morrigan, echó la cabeza hacia atrás quitándose de los ojos el largo y rizado flequillo marrón y se ajustó el enorme jersey de lana azul (varias tallas más grande) con el dibujo de un gato de colores (un gato con una cinta rosa cosida a la cabeza y una tintineante campanita de plata enganchada al collar). Morrigan se preguntó en qué habría estado pensando el chico para ponerse una cosa así.

—Eso ha estado muy bien. Ya sabes... Lo de «considera cuidadosamente tus próximas palabras» y todo eso... —dijo, imitando el mismo tono grave de voz que ella había puesto—. Pero creo que el único idioma que algunas personas entienden es el del ataque de gelatina por sorpresa.

Ella no supo qué responder ante semejante comentario. El chico asintió despacio, muy seguro por experiencia de sus palabras, y los dos permanecieron en silencio unos pocos segundos. Morrigan no podía apartar la vista de su jersey.

—¿Te gusta? —preguntó él mirándose el pecho—. Mi madre se apostó conmigo que no me iba a atrever a ponérmelo en un día como hoy. Los compra siempre por catálogo. Me trae montones de ellos. La tienda se llama Jerséis Muy Feos. Son muy divertidos todos los que tienen.

—¿Y qué has ganado?

—¿Con qué?

—Con la apuesta.

—Ponérmelo —respondió sinceramente confundido antes de que su rostro se volviera a iluminar al venirle una nueva idea a la cabeza—. ¡Oye!, ¿podrías ayudarme con una cosa?

Veinte minutos más tarde regresaban a la fiesta del jardín charlando animados y llevando entre ambos un pesado barril de madera que habían sacado rodando de una esquina del patio trasero de la Casa Proudfoot.

«Vaya, aunque parece escuchumizado, es bastante fuerte», pensó Morrigan. En efecto, a pesar de sus piernas huesudas y sus finos brazos, el chico era quien llevaba la mayor parte del peso.

—Sí, es muy bonito, sí... —le dijo él en voz baja—, con todas esas flores, estatuas y demás. Pero, créeme, tienen un grave problema de plagas. Mi patrocinadora conoce al jardinero y él mismo se lo ha reconocido. Ratones, ratas, incluso serpientes... Hace poco han tenido una

invasión de ranas, muchas más de las que el Departamento de Hechicería puede usar en una semana, según el jardinero.

—No me importa —replicó Morrigan, resoplando por el esfuerzo de arrastrar escalones arriba el tonel—. La Casa Proudfoot sigue siendo el sitio más bonito que jamás he visto. Con la excepción del Deucalion.

—Tienes que dejar que te haga una visita algún día —contestó él con entusiasmo después de haberse quedado impresionado por el hecho de que ella viviera en un hotel—. ¿Tienes servicio de habitaciones a diario? Yo lo estaría llamando a todas horas. Langosta para desayunar y pudín para cenar. ¿Y te dejan chokolatinas debajo de la almohada? Mi padre dice que todos los hoteles elegantes lo hacen. ¿De verdad tiene su propio salón de fumadores? ¿Y un enano vampiro?

—Vampiro enano —lo corrigió ella.

—¡Guau! ¿Crees que podría acercarme a verte este fin de semana?

—Se lo preguntaré a Júpiter. Por cierto, ¿qué hay aquí dentro? Pesa mucho.

Una vez que llegaron a lo alto de la escalera, colocaron el barril en el sitio indicado: la barandilla del balcón.

Acto seguido, el chico se apartó el pelo de los ojos, sonrió, abrió la tapa y, sin decir una palabra, lo inclinó hacia abajo. En un visto y no visto, docenas de viscosos sapos marrones cayeron cual asquerosa cascada y se esparcieron por el jardín graznando y saltando de manera anárquica entre los pies de los ahora histéricos invitados a la fiesta.

—Te lo he dicho. Tienen un grave problema de plagas.

Morrigan se quedó boquiabierta. Acababa de ayudarlo a llenar de ranas la Bienvenida Fabulánica. Se le escapó una risita nerviosa al ver el panorama; estaba claro que aquel no era precisamente el tipo de primera impresión a la que Dame Chanda se refería.

El jardín era un completo caos. La gente tropezaba entre sí, desesperada por alejarse de los repugnantes batracios. Alguien gritó pidiendo ayuda. Otro empujó asustado una mesa, haciendo que esta se viniera abajo y se rompiera contra el suelo la gran ponchera llena de líquido púrpura, que salpicó hasta al propio Anciano Wong.

Morrigan y el chico se alejaron despacio de la escena del crimen y, acto seguido, echaron a correr y bajaron a toda pastilla la escalera de la Casa Proudfoot en la que se habían colado. Al cabo de unos instantes, se detuvieron y, muertos de risa, intentaron recuperar el aliento.

—Eso... —soltó ella, jadeando y llevándose la mano a un costado—. Eso ha sido...

—Excepcional. Lo sé. ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Morrigan —contestó ella tendiéndole la mano—. ¿Qué...?

—¿Pasándolo bien? —la interrumpió la voz de Júpiter, que apareció con una plácida sonrisa en el rostro que contrastaba con el demencial ir y venir de camareros que pasaban a su lado con redes y escobas en la mano.

Morrigan se mordió el labio inferior con cierto sentimiento de culpa.

—Sí...

—Capitán North, ¿has visto a...? —dijo de repente Nan Dawson, surgiendo detrás de él y deteniéndose en seco al ver a su candidato, que lucía una sonrisa de diablillo de oreja a oreja—. ¡Hawthorne Swift!

El rostro de la mujer se puso rojo de furia.

—Lo siento, Nan —dijo el chico sin sentirlo lo más mínimo—. Era un barril lleno de sapos. Tenía que hacer algo con él.

Durante la mayor parte del trayecto en carruaje de vuelta a casa, ambos guardaron un sepulcral silencio. Por fin, nada más coger la avenida Humdinger, Júpiter afirmó:

—Has hecho un amigo.

—Creo que sí.

—¿Alguna otra cosa de interés?

Ella lo pensó por un momento.

—Me parece que también he hecho una enemiga.

—Vaya, yo no hice ninguno hasta que cumplí los doce —replicó él un tanto impresionado.

—Quizá sea ese mi talento...

Su patrocinador soltó una risita.

En lugar de conducirlos a la puerta principal del gran Hotel Deucalion, el carruaje se detuvo en la embocadura del callejón Caddisfly. A continuación, Júpiter pagó al conductor, y él y Morrigan recorrieron a pie el angosto camino por la retorcida callejuela hasta la modesta puerta de madera de la entrada de servicio. Antes de que le diera tiempo a abrirla, ella le puso una mano en el brazo y le preguntó:

—Estoy aquí ilegalmente, ¿verdad?

—Un poco... —contestó Júpiter, mordiéndose el carrillo de la boca.

—Es decir, no tengo visado..., ni papeles.

—No exactamente.

—¿No exactamente o no en absoluto?

—No en absoluto.

—Ya... —dijo Morrigan, que se puso a reflexionar unos instantes para tratar de hallar el mejor modo de plantear su siguiente pregunta—. Entonces, si no entro... Si no me cogen en..., ya sabes, la... la Sociedad...

—¿Sí?

Ella respiró hondo.

—¿Podré quedarme en Nevermoor de todas maneras? Quiero decir aquí, en el Deucalion. Contigo... ¡No como invitada! —añadió ella al ver que su patrocinador no respondía sino que empujaba la curvada puerta de madera y continuaba adelante con paso firme—. Me refería a que me dieras trabajo. Ni siquiera tendrías que pagarme ni nada por el estilo. Podría hacer recados para Kitchari o ayudar a Fenestra a quitarle el polvo a la cubertería.

Júpiter se rio a carcajadas de esa idea, al tiempo que penetraba a través de la puerta arqueada de madera en el iluminado vestíbulo con su débil olor a humedad.

—Oh, sí, estoy seguro de que te encantaría trabajar con la vieja gruñona de Fen... Pero sospecho que a la Federación de Hoteleros de Nevermoor no le haría ninguna gracia descubrir un caso de explotación infantil.

—¿Me prometes que, por lo menos, lo pensarás? —preguntó ella, llegando a la altura de su patrocinador.

—Solo si tú me prometes dejar de pensar en que no vas a entrar en la Sociedad.

—Pero si no entro...

—Ya pensaremos entonces lo que es mejor para ti.

Morrigan suspiró y se dijo: «¿Te importaría por una vez darme una respuesta concreta?». Pero no habló.

—Vale —añadió Júpiter, y la condujo hasta la entrada del vestíbulo del hotel—. Ahora cuéntame más sobre tu nuevo e ingenioso amigo. ¿Dónde demonios ha encontrado un barril lleno de sapos?



CAPÍTULO DIEZ

|LEGAL

La habitación 85 de la cuarta planta se estaba convirtiendo poco a poco en el dormitorio personalizado de Morrigan. Cada dos o tres días se encontraba siempre con algo nuevo y precioso, de lo que se enamoraba al instante; por ejemplo, el sujetalibros de la sirena que halló una mañana en uno de los estantes, o el sillón de cuero negro en forma de pulpo que apareció de repente en la estancia y que cerraba sus tentáculos sobre ella cuando se sentaba a leer.

Una noche, varias semanas antes, mientras dormía, la propia cama cambió de aspecto, y el cabecero blanco y liso que tenía cuando llegó se convirtió en una florida estructura de hierro forjado. El Deucalion no debió de quedar muy convencido, ya que un par de días más tarde, Morrigan se despertó balanceándose en una hamaca.

Sin embargo, su objeto favorito era un cuadro que colgaba encima del inodoro y en el que se veía una escultura de brillante gelatina verde.

Al principio pensó que quien estaba detrás de todo aquel trajín de novedades debía de ser Júpiter o Fen, que cambiaban la decoración en secreto para poner a prueba su credulidad. Hasta que una vez, en mitad de la noche, entró en el servicio a beber agua y vio cómo delante de sus ojos, a la bañera le empezaban a crecer cuatro patas plateadas a modo de garras.

Lo más extraño de todo fue que también cambiaron el tamaño y la forma de la habitación. Por un lado, donde antes estaba el ventanuco cuadrado, había ahora tres exóticos ventanales arqueados. Un día, el baño adquirió las dimensiones de una gigantesca pista de baile, y la bañera, las de una piscina olímpica; en cambio, al día siguiente, volvió a metamorfosearse y no era más grande que un armario.

Pronto hubo jardineras llenas de flores rojas en el alféizar de los ventanales, un perchero de pie con la apariencia de un esqueleto con una pámela gris atada al talle y una densa hiedra que trepaba por una chimenea de piedra. Por primera vez en su vida, Morrigan sintió que estaba en el lugar que le correspondía.

Bien entrada ya la primavera, llegó un hombre con un uniforme de color caqui al Deucalion. Su bigote se curvaba hacia arriba hasta llegarle a los pómulos, y en su pecho relucía una brillante placa de plata. Se encontraba junto al mostrador de recepción, con las manos entrelazadas con firmeza a la espalda, evaluando el vestíbulo del hotel con indisimulado desdén.

Kitchari había ido en busca de Júpiter y su candidata, que se encontraban sentados en el Salón de Fumadores jugando a las cartas en medio de una nube de vapor verde forestal (esencia de romero, para despertar la mente). Ella no sabía muy bien cuáles eran las reglas de la partida; de todos modos, Frank le susurraba de vez en cuando algún consejo al oído, igual que hacía Dame Chanda con North. Cada cuatro o cinco manos, alguien gritaba «¡hurra!», y los demás fruncían el ceño contrariados o tiraban algo al suelo. En cualquier caso, a Morrigan le pareció un modo muy agradable de pasar la tarde.

Así pues, no era de extrañar que ambos se sintieran un poco molestos al ver que el conserje insistía en que bajaran cuanto antes, una sensación que se incrementó en ella al percatarse de que el hombre bigotudo miraba con una mueca de desaprobación la pequeña y deforme araña de cristal que estaba volviendo a crecer.

«Qué antipático. ¡No está terminada!», pensó ella.

La majestuosa lámpara mejoraba de salud día tras día; no obstante, todavía le quedaba un largo camino por recorrer hasta alcanzar todo su antiguo esplendor. En esta etapa de su desarrollo aún era imposible adivinar cuál sería su forma definitiva. Fenestra, de hecho, había organizado una porra al respecto entre varias personas. Frank juraba por activa y por pasiva que se convertiría en un magnífico pavo real, pero Morrigan albergaba la esperanza de que volviera a surgir el mismo velero rosado que tanto le gustaba a Júpiter.

—¿Qué está haciendo aquí el Hedor? —murmuró su patrocinador a Kitchari, quien se encogió de hombros mientras se escabullía detrás del mostrador de recepción.

—¿Quién es el Hedor? —susurró Morrigan.

—Ah... Me refería a la Policía Municipal de la Ciudad de Nevermoor —respondió su patrocinador en voz baja—. Ya sé que... Vale, no deberíamos llamarlo «el Hedor»... Por lo menos, no tan a la cara... Bueno, tú deja que hable yo.

Acto seguido, se acercó al hombre y le estrechó amistosamente la mano.

—Buenas tardes, agente. Bienvenido al Hotel Deucalion. ¿Quiere registrarse?

—No lo creo muy probable —respondió el sujeto en tono burlón—. Usted es el propietario, ¿correcto?

—Júpiter North. ¿Cómo está usted?

—Capitán Júpiter Amantius North —añadió el policía al tiempo que consultaba su libreta—. Miembro destacado de la Sociedad Fabulánica, la Liga de Exploradores, la Federación de Hoteleros de Nevermoor, secretario de la Comisión de Derechos Fabunimales, Voluntario Librocombatiente de la Biblioteca Élfica y presidente de la Fundación Benéfica en favor de los

Mayordomos-Robot Retirados. Descubridor de diecisiete países de cuya existencia no se tenía constancia alguna y elegido cuatro veces consecutivas hombre más elegante del año según la revista *Hombre Chic*. Todo muy impresionante, capitán. ¿Me he olvidado de algo?

—También doy clases de claqué a matones en situación de exclusión social y formo parte del jurado del Concurso de Horneado de Pasteles de Moras que se lleva a cabo todos los años en el Centro de Máxima Seguridad para la Rehabilitación de Criminales Locos de Nevermoor.

Morrigan soltó una carcajada; aunque no estaba muy segura de si Júpiter bromeaba o no.

—Vaya, al parecer es usted un verdadero santo.

—Bueno, esto último solo lo hago por los pasteles —replicó su patrocinador guiñándole un ojo a la niña.

—Se cree usted muy gracioso... —dijo el hombre con sarcasmo.

—Pues sí, a veces pienso que lo soy, sí... ¿En qué puedo ayudarlo, inspector?

Morrigan se percató de que Júpiter acababa de fijarse en la insignia de plata, donde ponía: «INSPECTOR HAROLD FLINTLOCK».

El policía metió barriga, levantó la barbilla e intentó mirar desde arriba a North, cosa harto difícil ya que este le sacaba varios centímetros de altura.

—Estoy aquí por una fuente anónima. Uno de sus amigos de la Sociedad Fabulánica lo ha denunciado por dar cobijo a un refugiado ilegal... Un asunto muy serio, eso es lo que es, sí.

—No me cabe duda de que lo sería si fuera cierto.

—Ha presentado un candidato a las pruebas de la Sociedad Fabulánica este año, ¿correcto?

—Correcto.

—Es esta niña, ¿verdad?

—Se llama Morrigan Crow.

El inspector Flintlock acercó su rostro a la chica y la escudriñó de arriba abajo.

—¿Y se puede saber de dónde es usted exactamente, señorita Morrigan Crow?

—De Nosasunto —respondió ella.

Júpiter hizo lo posible por convertir la risa espontánea que le salió en una repentina tos.

—Quiere decir que es de la Séptima Comarca del Estado Libre, inspector. Solo..., lo ha dicho para hacerse la graciosa.

Morrigan alzó la vista hacia su patrocinador. Tenía el mismo aire tranquilo y confiado que cuando habló con el guardia fronterizo a su llegada a Nevermoor.

A continuación, el inspector Flintlock golpeó su libreta con la palma de la mano.

—Ahora escúcheme bien lo que le voy a decir, señor North. El Estado Libre tiene unas estrictas leyes de inmigración. Si resulta que está usted ocultando a un ilegal, estaría infringiendo unas veintiocho de ellas. Se ha metido en un lío de los gordos, hijo. Los ilegales son una plaga, y es mi solemne deber proteger las fronteras de Nevermoor y a sus verdaderos ciudadanos de la escoria procedente de la República, que intenta colarse en el Estado Libre como si fueran comadreja.

Su patrocinador se puso muy serio por primera vez.

—Una causa noble y valiente, estoy seguro —replicó bajando el tono de voz—. Proteger al Estado Libre de aquellos que más necesitan su ayuda.

—Conozco a los de su clase, North —respondió el inspector Flintlock en tono de mofa, alisándose su grasiento bigote—. Almas caritativas que a la menor oportunidad dejarían entrar esa basura en el país. Déjeme que le dé un consejo: no merece la pena correr el riesgo que corre por esta asquerosa ilegal.

Júpiter lo miró fijamente a los ojos.

—No se le ocurra llamarla así.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Morrigan. A esas alturas, ya reconocía muy bien esa dura mirada de ojos azules y ese tono de voz frío y amenazador que caracterizaba a su patrocinador cuando lo invadía la ira. Flintlock, sin embargo, no pilló tan rápido su significado.

—La llamo lo que es: una sucia, apestosa y asquerosa ilegal. A mí no me engaña, North. ¡Enséñeme ahora mismo sus papeles en regla y su permiso de residencia o será usted arrestado, y esta ilegal, deportada de manera inmediata!

Sus palabras retumbaron en los altos techos del vestíbulo y se extendieron por todo el lugar. Los miembros del personal, atraídos por las voces del policía, hicieron acto de presencia enseguida.

—¿Ocurre algo, capitán North? —preguntó Kitchari, saliendo de detrás del mostrador de recepción y situándose a su lado, igual que Martha.

—¿Qué es este espantoso alboroto? —preguntó de forma inquisitiva Dame Chanda a Flintlock al tiempo que se colocaba delante de Morrigan.

—¿Alguien ha llamado a Seguridad? —añadió Fenestra, sentada en uno de los primeros escalones de la escalera de caracol a la vez que casualmente se limpiaba sus enormes uñas como preparándose para un inminente banquete.

—¿Le muerdo en las rodillas, Jove? —soltó Frank, el vampiro enano, asomando la cabeza entre las piernas de Júpiter.

—No hace falta, no creo que sea necesario. Todo está en orden, gracias. Podéis iros.

Todos se marcharon a regañadientes, a excepción de Fen, que se quedó donde estaba. North guardó silencio unos instantes mientras Flintlock, nervioso, no dejaba de mirar de refilón en dirección a la magnífata. Cuando por fin retomó la palabra lo hizo con un lento y medido tono de voz.

—Sabe que no tiene derecho a exigir los papeles a alguien que se halla bajo la jurisdicción de la Sociedad Fabulánica, Flintlock. Ya nos encargamos nosotros de los miembros de la Sociedad que infringen la ley.

—Ella no está en la Sociedad.

—Le vendría bien repasar la legislación fabulánica, Flinty. Artículo noventa y siete, cláusula F: «Un niño que se encuentre participando en las pruebas de acceso a la Sociedad Fabulánica será, a todos los efectos legales, considerado y tratado como miembro de pleno derecho durante la duración de dichas pruebas o hasta que sea eliminado». A todos los efectos legales significa que ella ahora es nuestra.

Una sensación de alivio invadió a Morrigan. «Es nuestra», repitió para sus adentros a la vez que, envalentonada por el conocimiento de que las leyes de la Sociedad estaban de su lado, levantaba la vista y miraba furiosa a Flintlock.

La cara del policía se tiñó de un rojo encendido; luego, de un profundo morado y, por último, de un blanco pálido. Su bigote parecía contorsionarse y estremecerse por la furia contenida.

—Por ahora. Es suya por ahora, North. Pero tan pronto como sea eliminada de las pruebas, exigiré de nuevo ver sus papeles —contestó, atusándose el mostacho y alisándose su uniforme marrón.

Un segundo más tarde, bajó la mirada y observó a Morrigan como si esta fuera una cosa nauseabunda que hubiera pisado en la calle y se le hubiera quedado pegada al zapato.

—Señorita, estará de vuelta en su sucia República antes siquiera de tener tiempo de decir: «Por favor, inspector, tenga piedad». Y usted, amiguito, se habrá metido en tales problemas que ni su querida Sociedad será capaz de ayudarlo.

Dicho esto, se dio la vuelta, salió del *hall* del Deucalion, bajó los escalones de la entrada y se perdió de vista. Entonces, ella se volvió hacia Júpiter, que parecía más tenso de lo que jamás lo había visto.

—¿De verdad crees que pueden echarme? —preguntó a la vez que se le hacía un nudo en la garganta y se le ponía la carne de gallina al pensar en la Cacería de Humo y Sombras, en su masa negra e informe avecinándose en la oscuridad—. ¿Qué pasará si tengo que irme de Nevermoor?

—No seas tonta, Mog —dijo su patrocinador con gran convicción—. Eso no va a suceder nunca.

A continuación, sin siquiera mirarla, se marchó del vestíbulo.

Cuando Morrigan se fue a la cama aquella noche, esta había cambiado de nuevo. La hamaca se había transformado en un somier de madera con estrellas y lunas talladas en cada una de sus patas. Por supuesto, no durmió bien y tuvo sueños inquietos relacionados con la Prueba del Gran Talento. En ellos, le ocurría que se quedaba en completo silencio delante de los Ancianos, incapaz de articular palabra, hasta que finalmente era arrastrada por el Hedor y entregada a la Cacería mientras la audiencia la abucheaba sin parar.

Por la mañana, su cama era un futón. Puede que el Deucalion no tuviera todavía claro cómo era ella.



CAPÍTULO ONCE

LA PRUEBA DEL LIBRO

—¿Cuarestidontononsses? —farfulló Hawthorne mientras engullía un bocado de su tostada de queso.

Júpiter había permitido que el nuevo amigo de Morrigan la visitara en el Deucalion con la condición de que la ayudara a prepararse para la próxima Prueba del Libro. Hasta el momento, sin embargo, lo único que habían estudiado a fondo era el propio hotel. El chico estaba maravillado en particular con el Salón de Fumadores (esa tarde tocaba inhalar esencia de chocolate, para promover el bienestar emocional), la Sala de Lluvia (aunque no se había puesto botas de agua, de modo que los pantalones se le habían empapado hasta las rodillas) y el teatro. En realidad, no tanto el teatro en sí, sino más bien el camerino, cuyas paredes se hallaban repletas de trajes que colgaban de sus respectivas perchas. Cada uno de ellos, al probártelo, te proporcionaba un acento y una peculiar manera de moverte que tardaban siglos en desaparecer. De hecho, Hawthorne seguía dando saltos por los pasillos media hora después de haberse quitado el vestido de Ricitos de Oro.

En aquel momento estaban sentados a una mesa en un rincón de la ajetreada cocina del Deucalion, la cual se encontraba llena de humo, ruido y chefs afanados en atender todos los pedidos que les iban llegando. Desde luego, no era el mejor lugar para preparar un examen, pero Fen no los dejaba almorzar en la biblioteca y Kitchari había anunciado con anterioridad que la ley de la gravedad había sido suspendida en el salón comedor hasta nuevo aviso.

—¿Cuál...? ¿Cuál es mi talento? —Morrigan había llegado a tener pavor ante esta pregunta —. Mmm... Pues no sé.

Hawthorne asintió masticando y tragando ruidosamente.

—Bueno, no hace falta que me lo digas. Muchos candidatos lo mantienen en secreto. Les da cierta ventaja en la Prueba del Gran Talento.

—No es eso —se apresuró a replicar ella—. Es que no creo que tenga ninguno.

—Tienes que tenerlo —respondió él frunciendo el ceño a la vez que se echaba al gatzate medio vaso de leche—. Tu patrocinador no puede someterte a las pruebas a menos que tengas un talento. Son las reglas.

Un molesto pensamiento continuaba revoloteando en la cabeza de Morrigan. ¿Y si su talento tenía algo que ver con su condición de niña maldita? Ardía en deseos de saber la opinión de Hawthorne; sin embargo, no se atrevía a sacar el tema de la maldición: se lo había prometido a Júpiter.

—Creo que si lo tuviera, yo sería la primera en saberlo —objetó ella agarrando su sándwich.

Aunque, en realidad, ya no tenía apetito. «Ha sido agradable tener un amigo durante cinco minutos. Lo mejor será que Hawthorne entable amistad con el chico de la cara de perro», pensó abatida.

—Pues imagínate que lo tienes —replicó él encogiéndose de hombros.

Acto seguido, se limpió las últimas migas de pan y abrió uno de los libros de texto que había tomado prestados del estudio de su patrocinador.

—¿Empezamos con la Gran Guerra?

Morrigan alzó la vista sorprendida.

—¿Cómo?

—¿O prefieres dejar eso para el final y nos quitamos primero de encima todo lo que es más rollazo?

Ella trató de disimular su asombro manteniendo un tono de voz despreocupado.

—Entonces, ¿aún quieres que seamos amigos?

—¿Qué? Sí, claro —respondió él con una mueca.

La boca de ella esbozó una sonrisa. Hawthorne pareció restarle importancia a lo que acababa de decir sin darse cuenta de que para ella, su amistad lo era todo.

—Pero se supone que debemos... hacer alianzas útiles y valiosas y... y todo eso... Todo lo que dijeron en la Bienvenida Fabulánica.

Morrigan llevó sus platos vacíos al fregadero, esquivando por un pelo al ayudante del chef, que pasaba corriendo con un humeante plato de mejillones.

—Dudo que yo sea una alianza útil y valiosa... —insistió, sintiéndose obligada a cerciorarse de que el chico lo había entendido.

—¿Qué más da? —dijo él con una risotada, volviendo a su libro.

Morrigan sintió una oleada de alivio en su interior y se sentó de nuevo.

—Yo creo que deberíamos comenzar con la Gran Guerra —continuó Hawthorne—. Hay un montón de sangre y vísceras. Será divertido. Primera pregunta: ¿cuántas cabezas rodaron en la Batalla del Fuerte Lamentación en las Tierras Altas?

—Ni idea.

—Pregunta con trampa —prosiguió él levantando un dedo—. Los clanes de las Tierras Altas no cortan la cabeza a sus enemigos. Cortan sus torsos. Y luego los cuelgan cabeza abajo y los sacuden hasta que se les salen las tripas.

—¿Qué majos! Está claro que el Estado Libre fue un lugar muy diferente a la República.

El chico se frotó las manos mientras sus ojos echaban chispas. Esto solo era el principio.

—Siguiente pregunta: ¿qué famoso piloto de la Fuerza Aérea fue asado a la parrilla por un dragón enemigo durante la Batalla de los Acantilados Negros? Ah, y una pregunta de regalo: ¿qué tribu de salvajes que vivían en los acantilados devoraron sus restos achicharrados cuando estos cayeron del cielo?

Una semana más tarde, luchando de nuevo contra el impulso de darse la vuelta y salir corriendo, Morrigan recorrió por segunda vez el caminito que iba hasta la Casa Proudfoot. Los desnudos árboles de troncos negros que bordeaban el camino parecían incluso más amenazantes esta vez. Contra el cielo pálido, sus ramas largas y delgadas semejaban arañas que se alzaran sobre ella, listas para saltar.

—¿Nerviosa? —preguntó Júpiter, y recibió por respuesta un simple levantamiento de ceja por parte de su candidata—. Claro. Por supuesto que lo estás. Tienes que estarlo. Es un día para que estés nerviosa.

—Gracias. Eso me tranquiliza.

—¿De verdad?

—No.

Su patrocinador se echó a reír y alzó la vista hacia los parches de cielo gris que se entreveían por las ramas de los árboles.

—En el buen sentido, me refiero. Tu vida está a punto de cambiar, Mog.

—Morrigan.

—Dentro de un par de horas estarás un paso más cerca de conseguir tu broche dorado. Y cuando eso suceda, tendrás el mundo a tus pies.

A ella nada le habría gustado más en esos momentos que contagiarse de la confianza que irradiaba Júpiter. Ansiaba creer que aquello era cierto, que era capaz de conseguirlo. Tan solo con que una pequeña parte de la fe que él tenía en ella fuera justificada, al llegar el verano habría colonizado la Luna y curado todas las enfermedades del reino.

Sin embargo, todavía no sabía muy bien si su patrocinador estaba loco o no.

—La parte escrita es la más difícil —le advirtió él—. Tres preguntas impredecibles. Silencio total. Nada más que un lápiz, un trozo de papel y un pupitre. Tómate tu tiempo, Mog, y responde con sinceridad.

—Querrás decir que responda correctamente, ¿no? —preguntó Morrigan confundida.

North pareció no oírla.

—Después, está la parte oral, pero de esa no debes preocuparte. No es más que un pequeño cuestionario, una conversación más bien. De nuevo, tómate tu tiempo. No te importe hacerlos esperar. Los Ancianos quieren ver cómo eres. Muéstrate encantadora como eres en realidad y todo irá bien.

Ella deseaba preguntarle a qué aspecto encantador de su personalidad se refería. ¿No se estaría equivocando de Morrigan Crow? Sin embargo, no le dio tiempo. Acababan de llegar a la Casa Proudfoot, y a los patrocinadores no se les permitía entrar en el aula del examen. A partir de ahí, tendría que continuar sola.

—Buena suerte, Mog —dijo Júpiter, y le dio un golpecito en el brazo.

Ella se unió al tropel de candidatos que iban subiendo los escalones de mármol. Sentía los pies pesados como el plomo. «Adelante con valentía.»

La sala era más grande que ninguna de las que hubiera visto Morrigan en su vida, y estaba llena de hileras de pupitres rectangulares y de austeras sillas de madera.

Uno tras otro, cientos de chicos fueron entrando y ocupando sus puestos en silencio mientras los funcionarios de la Sociedad Fabulánica les entregaban cuadernillos y lápices. Ella estiró el cuello tratando de divisar a Hawthorne, pero no hubo suerte; los sitios se asignaban de manera alfabética, de modo que supuso que estaría muy atrás, en alguna parte de la sección S. Dándose por vencida, leyó la cubierta de su cuadernillo:

EXAMEN DE INGRESO EN LA SOCIEDAD FABULÁNICA. PRUEBA DEL LIBRO.

PRIMAVERA DEL UNO. TERCERA ERA DE LOS ARISTÓCRATAS.

CANDIDATO: MORRIGAN ODELLE CROW.
PATROCINADOR: CAPITÁN JÚPITER AMANTIUS NORTH.

Una vez que todos los chavales tuvieron sus respectivos materiales de examen, una funcionaria situada al frente de la sala hizo sonar una campanilla de cristal.

Con un unánime crujido, todos abrieron sus cuadernillos. Morrigan respiró hondo y pasó a la primera página.

Estaba en blanco, al igual que la segunda y la tercera. Hojeó el resto y se dio cuenta de que no había pregunta alguna en ninguna de ellas.

Entonces, levantó la mano y trató de llamar la atención de la funcionaria para advertirle del error. Era obvio que le habían dado sin querer un examen en blanco. No obstante, la mujer no pareció hacerle caso.

En ese momento, miró de nuevo la primera página y vio cómo aparecían poco a poco unas palabras.

«No eres de por aquí.»

«¿Por qué quieres unirse a la Sociedad Fabulánica?»

Morrigan echó un vistazo a su alrededor para comprobar si a los cuadernillos de los demás candidatos les había salido también un cerebro que les estuviera formulando preguntas impertinentes. Si así era, nadie parecía muy sorprendido. Tal vez sus patrocinadores los habían prevenido.

Acto seguido, recordó lo que Júpiter le había dicho: «Tómate tu tiempo, Mog, y responde con sinceridad». Suspirando, agarró el lápiz y comenzó:

«Porque quiero ser un miembro importante y útil para la soci...».

Antes de que hubiera terminado de escribirla, la oración fue tachada como por una pluma invisible y ella emitió un grito ahogado de sorpresa.

«Tonterías —dijo el cuadernillo—. ¿Cuál es la verdadera razón por la que quieres unirse a la Sociedad Fabulánica?»

Morrigan se mordió el labio inferior.

«Porque quiero un broche dorado en forma de “F”.»

A continuación, las palabras se tacharon de nuevo como por arte de magia, y una esquina de la página comenzó a ennegrecerse y a enroscarse sobre sí misma.

«Naranjas de la China», replicó el cuadernillo.

Un pequeño bucle de humo comenzó a elevarse de los bordes conforme el papel iba quemándose. Morrigan intentó en vano apagar el fuego con la mano. Miró a su alrededor buscando con desesperación un vaso de agua o un adulto que acudiera en su ayuda; sin embargo, ninguno de los funcionarios pareció inmutarse lo más mínimo ante lo que estaba pasando. De hecho, se mostraban impasibles ante el hecho evidente de que, no solo el de ella, sino también muchos de los cuadernillos de examen de otros candidatos se encontraban en diversas etapas de combustión.

El de uno de ellos, por ejemplo, estalló en llamas y se quemó por completo, no dejando nada más que un montón de cenizas sobre el pupitre. Cuando eso sucedió, uno de los funcionarios le dio un toque en el hombro y le indicó que se marchara al chico, que salió abatido del aula.

«Respuestas sinceras», pensó Morrigan a toda velocidad a la vez que agarraba el lápiz de nuevo.

«Porque quiero que la gente me quiera.»

Nada más concluir su respuesta, las hojas parecieron hacer una pausa en su proceso de autodestrucción, quedándose en el humeante parpadeo que suele preceder a la aparición chisporroteante de las llamas.

«Continúa», le ordenó el cuadernillo.

La mano le tembló un poco.

«Quiero encajar en algún lado».

«Sigue.»

Ella respiró hondo, se acordó de la conversación que había tenido con Júpiter el día después de la Aurora y escribió:

«Quiero hermanos y hermanas que me respalden siempre, pase lo que pase».

El desaguisado pareció empezar a repararse. La zona de papel blanco no afectada aún por el fuego se desplegó poco a poco hacia las puntas recuperando las esquinas quemadas. Aliviada, dejó el lápiz hasta que, al cabo de unos minutos, apareció la segunda pregunta: «¿Cuál es tu mayor miedo?».

Esa respuesta no tenía ni que molestarle en pensarla. Era totalmente obvia.

«Que los delfines aprendan a caminar por tierra y disparen ácido por sus orificios respiratorios.»

Las palabras fueron tachadas de nuevo con violencia por una mano invisible mientras el papel empezaba a chamuscarse de nuevo. Cerca de allí, una chica comenzó a chillar al ver arder su cuadernillo y fue conducida fuera del aula.

Morrigan se estrujó el cerebro a la vez que observaba cómo las esquinas de su cuadernillo se convertían en cenizas. Pero ¡si había dicho la verdad! Los delfines ácidos terrestres eran su mayor temor, siempre habían sido su mayor temor... Aunque, bueno, no... Siempre había dicho que lo eran porque su mayor temor, el verdadero, era demasiado horrible para expresarlo en palabras. Luego, se mordió de nuevo el labio inferior y anotó una nueva respuesta en la página:

«La muerte».

El cuadernillo continuó ardiendo.

«La muerte», garabateó de nuevo. ¡La muerte! ¡Por supuesto que sí, la muerte!

Entonces, una nítida imagen se proyectó en su mente.

La Cacería de Humo y Sombras.

Pero el cuaderno siguió ardiendo. Morrigan lo agarró, y poniendo cara de dolor a la vez que se le quemaban los dedos, escribió en el último trozo en blanco que quedaba:

«A ser olvidada».

El cuadernillo fue volviéndose blanco de nuevo poco a poco.

«Sigue.»

«A que nadie me recuerde. A que mi familia no me recuerde porque...»

Morrigan levantó el lápiz sobre la página llena de humo e hizo una pausa.

«Porque prefieren olvidar que alguna vez existí», concluyó.

El libro acabó de blanquearse por completo y sus páginas se alisaron y desdoblaron del todo hasta volver a quedar impecables. Morrigan esperó con paciencia la tercera y definitiva pregunta. Recorrió el aula con la mirada y vio que cerca de una cuarta parte de los pupitres estaban ya vacíos, cubiertos únicamente por un montón de cenizas.

«¿Y qué vas a hacer para que la gente te recuerde?», le preguntó el libro.

Ella reflexionó un largo rato. Se recostó en su silla y observó en silencio cómo se sucedían los pequeños incendios a su alrededor y unas cuantas docenas más de candidatos abandonaban el aula. Al final, escribió la respuesta más sincera que se le ocurrió:

«No lo sé».

Luego, después de un último segundo de vacilación, añadió una palabra más:

«Todavía».

En ese instante, las tres preguntas y respuestas desaparecieron de la página y fueron reemplazadas por unas grandes letras verdes que decían: «APROBADA».

Morrigan se paseaba de un lado a otro en una antecámara de la Casa Proudfoot. Alrededor de un tercio de los candidatos habían suspendido el examen escrito. El resto fue dividido en grupos pequeños y conducido a unas salas de espera donde tenían que aguardar a la siguiente parte de la Prueba del Libro.

En el suyo había un chico que se balanceaba en su asiento de atrás adelante con las rodillas abrazadas al pecho, un enérgico par de gemelos que no paraban de dispararse preguntas el uno al otro y de chocar los cinco con fuerza, y una chica desplomada en una silla con los brazos

cruzados.

A esta la reconoció de inmediato: se trataba de la amiga de Noelle, de la Bienvenida Fabulánica, la que no paraba de reírle las gracias. Llevaba su negro cabello enroscado en un grueso moño trenzado y recogido en la nuca, y contemplaba a los gemelos a través de sus caídos ojos castaños.

—¿Cuáles son las tres principales exportaciones de Zelandia del Norte?! —gritó uno de ellos.

—¡Jade, escamas de dragón y lana! —gritó el otro antes de volver a chocar los cinco con su hermano.

La niña de la trenza frunció el ceño.

Entonces, una mujer que llevaba un portapapeles entró en la sala haciendo resonar sus tacones contra el suelo de madera mientras se apresuraba hacia el grupito de candidatos.

—¿Fitzwilliam? ¿Francis John Fitzwilliam? —leyó de la lista.

El chico sentado en un rincón alzó la vista y tragó saliva. El sudor hacía relucir su frente. Se levantó inseguro tamborileando con los dedos en sus muslos y la siguió fuera de la habitación con la cabeza agachada.

—¿Quién fue el primer habitante de Nevermoor que pisó la Luna?! —vociferó uno de los gemelos.

—¡La teniente general Elizabeth Von Keeling! —respondió a gritos el otro.

Chocaron de nuevo los cinco. La niña de la trenza respiraba intensamente por la nariz.

Morrigan cerró los ojos y se concentró en susurrar para sus adentros los veintisiete distritos de Nevermoor: «El casco antiguo, Wick, Bloxam, Betelgeuse, Macquarie...».

Podía hacerlo. Se sentía preparada. Se había leído todos los libros de historia y geografía que habían caído en sus manos. Además, había tenido a Kitchari haciéndole preguntas toda la noche anterior. Puede que no supiera gran cosa sobre las exportaciones de Zelandia del Norte (dondequiera que este país se encontrara), pero estaba segura de que sus conocimientos sobre Nevermoor y el Estado Libre serían suficientes para pasar a la próxima prueba.

—Delphia —continuó, mirando hacia el techo—. Groves y Alden, Deering, Highwall...

—No van a preguntarnos los distritos. Los nombres de los distritos se los sabe cualquiera. Los aprendimos en la guardería, por el amor de Dios... —dijo la amiga de Noelle.

Morrigan se sorprendió al oír su voz, más grave y ronca de lo que esperaba. Vaya diferencia con aquel tono de hiena histérica que tenía en la Bienvenida Fabulánica.

—Pocock, Farnham y Barnes, Rhodes, Tenterfield... —continuó, sin hacerle ni caso.

—¿Eres sorda o idiota? —preguntó la chica.

—¿Dónde se cruzan las zonas horarias del Reino Sin Nombre?! —gritó uno de los gemelos.

—¡En medio del bosque de Zeev, en la Quinta Comarca del Estado Libre! —pregonó el otro. Volvieron a chocar los cinco.

Morrigan trató de ignorarlos y se concentró de nuevo.

—Blackstock..., eh..., Bellamy...

De repente, una sombra se cernió sobre ella y la interrumpió. Al abrir los ojos sorprendida, se encontró a la mujer del portapapeles mirándola.

—¿Crow?

Ella asintió con gesto serio, se ajustó el vestido, se puso derecha y siguió a la funcionaria en dirección a la sala de entrevistas.

A mitad de camino, miró hacia atrás y reparó en la amiga de Noelle hablando con los gemelos.

—Vais a suspender —les decía con su áspera voz—. Estáis fatal preparados. No vais a acordaros de nada. Nunca entraréis en la Sociedad. Lo mejor que podéis hacer es iros a casa ya mismo.

Morrigan alzó la vista hacia la mujer del portapapeles esperando que esta diera media vuelta y le llamara la atención; sin embargo, se encontró con un rostro inexpresivo e indiferente que parecía no haber oído nada.

—Vamos —dijo dándole un empujoncito—. Te están esperando. Ponte en la cruz.

Los miembros del Consejo Superior de Ancianos estaban sentados a una mesa en el centro de una sala vacía. Mientras Morrigan se acercaba, ellos intercambiaban algunos murmullos bebiendo sorbos de agua y revolviendo entre sus papeles.

—Señorita Crow —la interpeló la larguirucha Anciana Quinn al tiempo que se ajustaba las gafas—. ¿Quién lidera el Estado Libre?

—El Primer Ministro Gideon Steed.

—Incorrecto. El Estado Libre lo lidera la innovación, la industria y la sed de conocimiento.

El estómago se le revolvió de pronto al ser consciente en ese preciso instante de que no estaba preparada para el tipo de entrevista que los Ancianos habían decidido hacerle. Cualquier vestigio de confianza que hubiera podido tener hasta ese momento la abandonó de repente y fue sustituido por un intenso miedo.

—¿Quién es Gideon Steed? —preguntó Alioth Saga.

Morrigan tartamudeó.

—Es... es el Primer Ministro. ¿No?

—Incorrecto —bramó el toro—. El Primer Ministro Gideon Steed es un administrador democráticamente elegido del Estado Libre, un centinela que ha sido designado por el pueblo para proteger los valores, los principios y las libertades que más apreciamos.

—Pero es el Primer Ministro... Usted mismo acaba de decirlo —insistió Morrigan. Eso no era justo. Ella había respondido a la pregunta de forma correcta.

Los Ancianos ignoraron su protesta.

—¿En qué se diferencia un verdadero Resplandor de Fuego de un árbol simplemente quemado? —preguntó Helix Wong.

Esta se la sabía.

—Las llamas de un Resplandor de Fuego nunca echan humo.

—Incorrecto —repuso el Anciano—. Los Resplandores de Fuego son una especie extinta. Cualquier árbol que se asemeje a un Resplandor de Fuego no es más que uno al que han prendido fuego sin más, de manera que debe ser apagado de inmediato.

Morrigan se lamentó para sus adentros. Debería haberlo visto venir. ¡Pues claro! ¡Los Resplandores de Fuego estaban extintos! ¡Júpiter se lo había dicho! Además, según la Historia Botánica de Nevermoor, nadie había visto arder ninguno en más de cien años. Aquella pregunta con trampa le hizo sentir una punzada de fastidio.

—¿Qué edad tiene la gran metrópolis de Nevermoor? —preguntó la Anciana Quinn.

—Nevermoor fue fundada hace mil ochocientos noventa y un años, durante la Segunda Era Aviar.

—Incorrecto. Nevermoor es tan antigua como las estrellas, tan nueva como la nieve recién caída y tan poderosa como el trueno.

—¡Bueno, esto es imposible! ¿Cómo iba yo a...?

—¿Cuándo ocurrió la masacre de la plaza Coraje?

Morrigan acababa de empezar a responder («Durante el Invierno del Nueve, en la Era de los Vientos del Este») cuando algo le vino a la mente. Se detuvo un momento y dejó que su cerebro formulara la respuesta antes que su boca. Los Ancianos la miraban expectantes.

«Tómate tu tiempo. No te importe hacerlos esperar.»

—La masacre de la plaza Coraje —comenzó vacilante— ocurrió en... un día oscuro.

Los ancianos no decían nada.

—Uno de los más oscuros en la historia de Nevermoor. Un día en que... —continuó ella, haciendo una pausa mientras su mente luchaba por encontrar las palabras—. Un día en que la maldad triunfó sobre la bondad. Un día en que el mal se apoderó de esta ciudad y... y... la sacudió hasta dejarla sin sangre.

Los Ancianos seguían mudos observándola. El corazón le martilleaba en los oídos. ¿Qué más querían?

—Un día que nunca se repetirá —concluyó ella.

Eso fue todo. No se le ocurría ninguna otra tontería que decir.

La señora Quinn esbozó una sonrisa. Era una sonrisa muy pequeña, como una diminuta flor en un lecho de maleza que, no obstante, Morrigan vio a la perfección.

La encorvada anciana parecía estar a punto de hacer una nueva pregunta sobre el mismo tema, y ella volvió a sentirse aterrorizada de repente. En realidad, no sabía gran cosa sobre la Masacre de la plaza Coraje. Aquel día en que estuvo estudiando con Hawthorne la Enciclopedia de la Barbarie de Nevermoor habían hecho una pausa para tomarse un té justo a la mitad de ese capítulo y luego se habían olvidado de retomarlo.

Morrigan contuvo la respiración, esperando que lo que había respondido ya fuera suficiente. Entonces, la Anciana Quinn miró a sus colegas, quienes asintieron brevemente y regresaron a sus papeles.

—Gracias, señorita Crow. Puede retirarse.

Morrigan emergió a la cegadora luz del sol y bajó aturdida los escalones de la Casa Proudfoot hasta donde Júpiter la estaba esperando.

—¿Como ha ido?

—Raro.

—Lógico —contestó él, encogiéndose de hombros y dando a entender que, a esas alturas, ella ya debería haberse dado cuenta de que esa rareza era el *modus operandi* característico de la Sociedad Fabulánica—. Por cierto, tu compañero, el de los sapos, ha salido antes que tú. Me ha dicho que te dijera que ha pasado a la siguiente prueba y que sería mejor que tú también pasaras. Después, él y Nan han tenido que irse corriendo a una sesión de entrenamiento de doma de

dragones. He tenido que fingir que no tenía en absoluto celos de un niño de once años que ya monta dragones. Entonces, tú, eh... ¿Has aprobado? —preguntó su patrocinador despreocupadamente.

Ella, aún sin creerse del todo lo que ponía en ella, le entregó la carta que acababan de darle.

—Felicidades, candidato —leyó Júpiter en voz alta—. Ha demostrado usted su sinceridad, su capacidad de reflexión y su rapidez de pensamiento. Así pues, pasa a la siguiente ronda de pruebas para entrar en la Unidad 919. La Prueba de la Carrera tendrá lugar al mediodía del último sábado del Verano del Uno. Más adelante se le darán los detalles.

—Te lo dije. ¿No te dije que lo conseguirías? Bien hecho, Mog. Estoy supercontento.

Ella no le prestó atención. Su interés estaba puesto en los dos gemelos «choca esos cinco», quienes salían corriendo de la Casa Proudfoot e iban llorando hasta su patrocinador.

—¡No podemos hacerlo! —sollozó el primero de ellos—. Estamos muy mal preparados.

—¡No nos acordamos de nada!

A pesar de la sensación de alivio que se había apoderado de ella debido a su reciente éxito, Morrigan tuvo un hueco dentro de sí para sentir pena por los gemelos. Era evidente que esa chica tan desagradable, la amiga de Noelle, les había comido la cabeza y minado la confianza. Quiso decirles algo, darles alguna pista acerca de lo que estaban buscando los Ancianos con sus preguntas, pero Júpiter ya estaba alejándola de la Casa Proudfoot.

El sol había salido haciendo que las desnudas ramas negras del sendero arbolado que conducía a la salida del campus parecieran, en cierto modo, menos siniestras que antes. Mientras ambos recorrían el caminito, ella levantó la cara hacia el astro y dejó que este la calentara. Sin darse cuenta, tocó uno de los árboles chamuscados: un destello de calor abrasador y diminutas chispas de color violeta le mordieron la yema de los dedos, obligándola a retirar la mano bruscamente.

—¡Ay!

—¿Qué? —replicó él deteniéndose en seco—. ¿Qué pasa?

—¡Ese árbol me acaba de quemar!

Él la miró un segundo y a continuación se echó a reír.

—Muy graciosa, Mog. Ya te dije que los Resplandores de Fuego murieron hace muchos años... —respondió su patrocinador, siguiendo adelante.

Morrigan examinó sus dedos intactos y, con mucho cuidado, extendió la mano para volver a tocar el árbol. No pasó nada. Ella sacudió la cabeza y soltó una risita confusa. Por lo visto, su imaginación seguía siendo tan juguetona como siempre.



CAPÍTULO DOCE

SOMBRAS

Verano del Uno

Pasada la primera prueba y faltando todavía varios meses para la siguiente, Morrigan pudo disfrutar a sus anchas del verano en el Hotel Deucalion. A los días chapoteando en la piscina bañada por el sol del Patio de los Jazmines le siguieron cálidas tardes de clases de bailes de salón, cenas de barbacoa y largas sesiones de relax en el Salón de Fumadores entre vaporosas nubes de esencia de vainilla (para calmar los sentidos e inducir felices sueños). Si alguna vez sus pensamientos regresaban a la Mansión de los Crow y le daba por recordar como la abuela solía ser levemente más amable en verano o por pensar con curiosidad si Ivy habría dado ya a luz, tales reflexiones se veían enseguida expulsadas de su cabeza por Charlie pidiéndole que lo ayudase a preparar los caballos o por Frank invitándola a probar el menú de la siguiente fiesta.

A veces ocurría que Dame Chanda, famosa por tener seis pretendientes («uno por cada día de la semana; los domingos, descanso»), solía explicar con despreocupación, solicitaba su ayuda para elegir su atuendo nocturno, y juntas se ponían a bucear entre los miles de hermosos vestidos, zapatos y joyas del armario de la soprano (el cual era casi tan grande como el vestíbulo del hotel), con la misión de encontrar el conjunto perfecto para salir a cenar y bailar con el hombre al que Júpiter apodaba «monsieur Lunes», para dar un paseo por el parque con «sir Miércoles» o para pasar una noche en el teatro con «el honorable lord Jueves».

Todos los días ocurría algo curioso en el Deucalion, como aquella vez que Kitchari llamó a los de los Servicios Paranormales para que eliminaran a un inoportuno fantasma que había estado traspasando las paredes de la quinta planta. El conserje afirmaba que, en general, no le incomodaban los fantasmas, siempre y cuando, por supuesto, estos no tuvieran hábitos molestos. Sin embargo, ese en concreto volvía una y otra vez (ya era la tercera visita de los Servicios Paranormales), y aunque él nunca había visto al espectro con sus propios ojos, las historias y los

rumores acerca del mismo habían asustado tanto a algunos huéspedes que se había visto obligado a trasladarlos a otro piso. A Morrigan se le permitió asistir al exorcismo, que no fue tan impactante como había imaginado. Ella esperaba ver un verdadero fantasma salir huyendo del edificio; sin embargo, aquel tinglado consistió simplemente en una gran quema de salvia y una sucesión de extrañas danzas rituales, tras lo cual, los Servicios Paranormales entregaron a Kitchari una factura por cuatrocientos cincuenta *kreds* y se largaron.

Pero lo más decepcionante del verano (mucho más que el exorcismo) fue lo poco que vio a Júpiter. Este se encontraba siempre en viajes de trabajo para la Liga de Exploradores o corriendo de un lado a otro para atender los compromisos de su apretada agenda: interminables reuniones, cenas y fiestas.

—Tengo malas noticias, Mog —anunció su patrocinador un jueves por la tarde, tras bajar deslizándose por la serpenteante barandilla de mármol de la escalera de caracol y aterrizar en el *hall*, donde Morrigan y Martha estaban doblando servilletas en forma de cisne (a la chica de mantenimiento le quedaban tan perfectas que cualquiera habría esperado que echaran a volar en bandada de un momento a otro; las de ella, en cambio, parecían más bien palomas borrachas y malhumoradas)—. No puedo llevaros a ti y a Hawthorne al bazar mañana por la noche. Me ha surgido una cosa.

—¿Otra vez?

Júpiter se pasó una mano por su brillante cabello cobrizo, se remitió la camisa por debajo de la cinturilla del pantalón a toda prisa y se recolocó los tirantes.

—Eso me temo, muchacha. El Consorcio de Transportes de Nevermoor ha enviado...

—¿Otra vez? —repitió ella.

En efecto, el CTN llevaba todo el verano enviando mensajeros al Deucalion en busca de North. Por norma general, solo necesitaban que los ayudara con «una especie de ecos que habían surgido en el Navegador de la Telaraña» (lo que fuera que aquello significase); sin embargo, hacía tres semanas había habido otro descarrilamiento, esta vez con dos víctimas mortales. El asunto había ocupado la primera página de los periódicos durante una semana, y en el hotel daban rienda suelta a los rumores sobre quién era el responsable y qué podría significar. Algunos miembros del personal entraron en un estado de pánico tal que Júpiter tuvo que prohibir que se pronunciara la palabra «Fabulantor».

—Yo podría llevar a Morrigan —se ofreció Martha—. Mañana por la noche libro. Y Charlie va a llevarme... Quiero decir, el señor McAlister y yo... Bueno, él va a ir al bazar y me preguntó... Se me ocurrió que podría acompañarlo.

Un rubor carmesí se extendió por la cara de la muchacha. Era de dominio público en el Deucalion que ella y Charlie McAlister, el chófer, se gustaban. Tan solo ellos seguían creyendo que se trataba de un secreto.

—No te preocupes, Martha. Charlie y tú tenéis bastante de que ocuparos... — North sonrió—. Iremos pronto, Mog, te lo prometo.

Morrigan intentó ocultar su decepción. El Bazar de Nevermoor era un famoso mercado festivo que se celebraba los viernes por la noche durante todo el verano. Gente de las Siete Comarcas acudía a la ciudad solo para verlo, y muchos de ellos se alojaban en el hotel. De hecho, cada viernes al atardecer, los emocionados huéspedes se metían en sus carruajes o se subían al

tren rumbo al mercado, y todos los sábados por la mañana, a la hora del *brunch*, compartían divertidas anécdotas y se enseñaban las fotografías y compras que habían hecho el día anterior. Sin embargo, a pesar de que ya habían superado el ecuador del verano, ella aún no había ido.

—¿La próxima semana? —preguntó esperanzada.

—La próxima semana. Prometido... Espera, la próxima semana no puede ser... —le respondió su patrocinador tras agarrar su abrigo verde, detenerse a la entrada, darse la vuelta y rascarse su pelirroja barba al tiempo que soltaba una risita culpable—. Tengo que estar en el Portal de Acceso a Phlox II. Un reino terrible. Los mismos enjambres de insectos chupadores de sangre de Phlox I, pero sin ninguno de sus encantos. Ya lo arreglaremos de alguna forma. Oye, Jack vuelve del campamento musical el próximo fin de semana para quedarse aquí el resto del verano. Así que podemos ir juntos los tres. O los cuatro, incluyendo a Hawthorne.

Morrigan había olvidado casi por completo que el sobrino de Júpiter vivía en el Deucalion cuando no estaba en el internado. Según Martha, volvía los fines de semana, pero hasta ahora no se le había visto el pelo.

Entonces, North dio un paso atrás, agarró su paraguas y le lanzó a su candidata una mirada suspicaz.

—¿Has estado teniendo pesadillas?

—¿Qué? No —se apresuró a replicar ella mirando a Martha, que se encontraba de repente ocupada contando sus cisnes y fingiendo que no escuchaba.

—Claro que sí. Se ciernen a tu alrededor —señaló él a la vez que agitaba la mano alrededor de la cabeza de Morrigan como sacudiendo unas moscas invisibles—. ¿Con qué has estado soñando?

—Con nada en particular —mintió ella.

—Con la Prueba del Gran Talento, ¿no es así? Te dije que no te preocuparas por eso.

—No estoy preocupada —mintió de nuevo.

—Muy bien —asintió Júpiter muy despacio mientras se inclinaba sobre la silla en la que ella estaba sentada y le susurraba—: Siento mucho lo del bazar, Mogui.

—Morrigan —lo corrigió, y alargó la mano para arreglarle el cuello de la camisa, que se le había doblado—. No pasa nada. Hawthorne y yo ya encontraremos otra cosa con que entretenernos.

Su patrocinador asintió una vez más, le dio un golpe juguetón en el brazo y se marchó.

A la mañana siguiente había un chico sentado a la mesa del desayuno de Morrigan en el salón comedor. Ocupando su silla. Comiéndose su tostada.

Era más alto y mayor que ella (puede que tuviera doce o trece años), y aunque tenía la cara medio oculta detrás de un ejemplar del *Centinela*, la parte superior de su espeso cabello negro asomaba por encima de la cabecera del periódico. Estaba recostado en su asiento, pasando las páginas y bebiéndose un zumo de naranja como si fuera el amo el lugar.

Morrigan carraspeó con discreción. Sin embargo, el muchacho no levantó la vista del diario. Ella esperó un momento y luego tosió ruidosamente.

—Si estás enferma, vete —ordenó él mientras pasaba otra página.

Una mano delgada y morena emergió a continuación desde detrás del rotativo más vendido en Nevermoor, agarró la tostada y desapareció de nuevo.

—No estoy enferma —replicó ella, desconcertada ante la mala educación del chico—. Los huéspedes no tienen permiso para bajar aquí. ¿Te has perdido?

—Si no tienes nada contagioso, puedes quedarte —repuso él, e ignoró por completo la pregunta—. Pero no hables si estoy leyendo.

—Pues claro que puedo quedarme —dijo Morrigan, poniéndose recta para parecer más alta—. Yo vivo aquí. Y tú estás sentado en mi silla.

Dicho esto, el muchacho por fin bajó muy despacio el periódico y mostró su cara alargada y su mirada de extremo desagrado. Tenía una de las cejas un tanto enarcada y la boca curvada en una mueca a la vez que la miraba de arriba abajo.

Acostumbrada a esa reacción siempre que conocía a gente nueva, a ella no le sorprendió tanto el desdén del chico como el parche de cuero negro que le cubría el ojo izquierdo. Lo reconoció al instante. Se trataba del mismo rostro que había visto en las fotos del estudio de Júpiter: John Arjuna Korrapati.

Así que ese era Jack.

El chico dobló el periódico y lo colocó en su regazo.

—¿Tu silla? ¿No llevas viviendo aquí ni cinco minutos y ya exiges la propiedad de los muebles? Yo llevo viviendo aquí cinco años. Y resulta que este es el sitio donde yo me tomo siempre el desayuno.

—Eres el sobrino de Júpiter.

—Tú eres su candidata.

—¿Te ha hablado de mí?

—Pues claro —contestó él, abriendo el *Centinela* y enterrando de nuevo el rostro en él.

—Creía que no vendrías hasta el próximo fin de semana.

—Creías mal.

—Júpiter está fuera, en Phlox II.

—Estoy al tanto de ello.

—¿Cómo es que has llegado antes de lo previsto?

Jack emitió un hondo suspiro y dejó caer el diario.

—El tío Jove no quiso decirme cuál es tu talento. Lo que sí está claro es que tienes el don de incordiar a la gente que intenta leer.

Morrigan se sentó frente a él.

—Vas a la Escuela Grimosa para Listillos, ¿verdad?

—Escuela Graysmark para Niños Superdotados —replicó él.

Ella sonrió. Ya sabía cuál era el nombre del internado. No hacía falta que se lo recordara.

—¿Qué tal allí?

—Genial.

—¿Y cómo es que no estás en la Sociedad Fabulánica, como Júpiter? ¿No te has presentado nunca a la prueba?

—No.

Jack dobló el periódico, se llevó un nuevo bocado de la tostada a la boca y agarró la taza de té medio llena antes de salir del salón comedor y subir a toda prisa la escalera.

Morrigan se preguntó cuál sería su habitación, cómo sería él, dónde vivirían sus padres, qué le habría pasado en el ojo, cómo era que no había hecho nunca las pruebas de ingreso en la Sociedad y, sobre todo, cómo sobreviviría ella medio verano en su desagradable compañía.

Una vez que hubo recuperado su silla favorita, agarró lo que quedaba de tostada y tomó la decisión de levantarse más pronto a la mañana siguiente para llegar allí antes que Jack.

—Seguro que se lo sacó alguien con un atizador de chimenea candente... —dijo Hawthorne esa noche mientras Morrigan y él abrían el baúl de los juegos de mesa en el Salón de Fumadores (ese día tocaba esencia de rosas, para inducir un carácter dulce)—. O con un abrecartas... O quizá le pusieron insectos carnívoros debajo del párpado para que se lo comieran. Algo por el estilo...

—Uf... —replicó ella estremeciéndose—. ¿Quién haría una cosa así?

—Alguien a quien no le caiga nada bien.

—Entonces podría ser cualquier persona que lo haya conocido.

Hawthorne sonrió y, a continuación, examinando el contenido del baúl con gesto consternado, preguntó:

—En serio, no iremos a jugar a esto, ¿verdad?

—Claro que sí —dijo Morrigan, sacando una caja de colores.

Estaba decidida a divertirse aquella noche. Su objetivo era poder decirle a Júpiter con toda sinceridad cuando este le preguntara que no le importaba lo más mínimo que hubiera cancelado su prometido viaje al Bazar de Nevermoor por quinta semana consecutiva. Lo más mínimo.

—¿Al Esposas Felices? Oh, vamos... No he jugado desde que tenía diez años.

Sin hacerle caso, ella comenzó a preparar las fichas.

—Yo seré la señora Molleradura, esa abuelita tan maja... Tú puedes ser la señora Furibunda, la profesional insatisfecha. No es que sea muy moderno, pero bueno... Yo tiro primero.

Tras lanzar los dados y mover su ficha, sacó una tarjeta del centro del tablero.

—Acabas de ganar un concurso de arreglos florales. Recoge tu premio: un delantal bordado, la prenda perfecta para llevar al hacerle la cena a tu esforzado y trabajador esposo. No te olvides de retocarte el carmín de labios y arreglarte el pelo antes de que él llegue a casa.

Nada más acabar de leer, dejó la tarjeta en el acto y comenzó a recoger el tablero y las fichas.

—Bien, entonces, ¿qué quieres hacer?

—¿Tú qué crees? Ir al Bazar de Nevermoor, por supuesto. Mi hermano Homer va hoy con unos amigos. Apuesto a que nos deja ir con él si prometemos fingir no conocerlo.

—Imposible. No puedo salir del hotel sin Júpiter.

—¿Es eso una norma? —preguntó Hawthorne—. ¿En serio te ha dicho eso? Porque si no te ha dicho que sea una norma obligatoria, lo más seguro es que no haya sido más que... una sugerencia.

Morrigan suspiró.

—Hay tres normas. Tuve que aprendérmelas de memoria. Primera: si me encuentro con una puerta cerrada de la que no tengo llave, no me está permitido entrar. Segunda: no debo salir del Deucalion sin Júpiter. Tercera... Se me ha olvidado la tercera. Algo sobre el ala sur. Bueno, da igual, no importa. El caso es que no puedo ir.

El chico la miró pensativo.

—¿Esa primera norma significa que si te encuentras con una puerta abierta, te está permitido entrar?

—Supongo.

Él enarcó las cejas.

—Genial.

La hora siguiente la pasaron corriendo por los pasillos y toqueteando todos los pomos de las puertas, probando en seis plantas hasta que empezaron a aburrirse. Las únicas habitaciones abiertas del Deucalion eran aquellas que ya habían visitado un millón de veces. Sin embargo, por fin, en la séptima planta del ala oeste, justo cuando iban a resignarse a echar una partida de Esposas Felices, la inspiración acudió en su ayuda.

—Esta me suena... —dijo Morrigan, palpando el picaporte de otra puerta cerrada. Era diferente al del resto de la planta; en lugar de ser de cobre macizo, estaba recubierto de una filigrana plateada y tenía un pequeño pájaro de ópalo en la parte superior con las alas extendidas —. Se parece... ¡Ah, ya! Espérame aquí.

Acto seguido, bajó corriendo hasta la cuarta planta y volvió a subir sin aliento pero agarrando su paraguas con gesto triunfal.

Hawthorne inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Se esperan lluvias?

La punta plateada del paraguas encajaba a la perfección en la cerradura. Morrigan retorció el cuerpo del paraguas y giró el pomo. La puerta se abrió con un satisfactorio clic.

—Lo sabía. —Sonrió.

—¿Cómo...?

—Júpiter me lo regaló por mi cumpleaños —explicó ella con creciente emoción—. ¿Crees que él sabía que esto acabaría pasando? ¡Tal vez quería que lo descubriera!

—Sí... —contestó el chico desconcertado—. Le pegan ese tipo de chifladuras.

La habitación era grande y en ella resonaba el eco. Estaba completamente vacía, salvo por una lámpara en mitad del suelo, una lámpara con una única vela encendida cuyo resplandor era suficiente para inundar de una cálida luz la oscura estancia.

—Qué raro... —murmuró Hawthorne.

Se quedaba corto al decir esto. Ella sabía muy bien lo extraño que era que hubiera una lámpara encendida abandonada en una habitación vacía y cerrada de la séptima planta. Por un lado, suponía un grave peligro de incendio; por otro, era algo realmente espeluznante.

A medida que se acercaban, la luz de la lámpara agrandaba sus sombras confiriéndoles un aspecto gigantesco y monstruoso. Hawthorne se partía de risa al tiempo que andaba de un lado para otro con la espalda encorvada como un muerto viviente, gimiendo en voz alta para subrayar el terrorífico efecto. Al cabo de un instante, se acercó un poco más a la vela, de manera que su sombra creció hasta verse enorme en la pared que había a sus espaldas.

Entonces, sucedió algo extraño. El chico dejó de moverse. Pero su sombra, no. Esta continuó su caminata zombi por su cuenta, adquiriendo vida propia y avanzando pesadamente por la pared del fondo hasta desvanecerse en un rincón oscuro y desaparecer.

—Qué mal rollo... —resopló Morrigan.

—Muy mal rollo... —Él le dio la razón.

—Déjame probar a mí.

A continuación, ella acercó el brazo a la luz y dibujó una sombra chinesca en forma de serpiente, la cual se alejó enseguida de su dueña y comenzó a deslizarse por las paredes golpeando con ferocidad a unos pobres conejitos que él acababa de enviar brincando en su persecución.

El intento un tanto chapucero de Morrigan por hacer un gato se convirtió en un león rugiente que salió persiguiendo a todos los conejitos hasta zampárselos. Hawthorne hizo un pájaro que se convirtió en un murciélago y se abalanzó sobre la propia sombra del chico como si tratara de arrancarle los ojos.

Sus creaciones se fueron volviendo cada vez más elaboradas a medida que se peleaban por ver quién ganaba la competición de sustos. Tampoco era que tuvieran que esforzarse mucho, pues daba la sensación de que las sombras trataran de ser por sí mismas lo más aterradoras posible. Un pez se convirtió en un tiburón, que se multiplicó hasta transformarse en un banco circular de tiburones, que pasó a ser un vertiginoso huracán de tiburones gigantes con las sombras de los chicos en el centro. Era terrorífico, emocionante y genial.

—Voy... a hacer... —anunció Hawthorne, sacando la lengua fuera de la boca mientras doblaba los dedos en una figura complicada e irreconocible—... un dragón.

De repente, su informe silueta se convirtió en un gran y peligroso reptil que se irguió amenazante en la pared al tiempo que batía con violencia sus alas negras mientras alzaba el vuelo. Tras elevarse, se abalanzó sobre sus cabezas y sus aterradoras fauces exhalaban llamas negras.

El chico hizo la sombra de un caballo y el dragón lo abrasó y lo engulló en tres repugnantes bocados. Morrigan y Hawthorne pegaron un grito cuando vieron que atrapaba la sombra del propio Hawthorne en sus garras y salía volando a la vez que las extremidades negras del chico-sombra se agitaban con desesperación. Sus gritos se convirtieron en risas.

—Creo que acabo de ganar —dijo él con una sonrisa petulante.

—En primer lugar, esto no es una competición. Y en segundo lugar, soy yo quien va a ganar.

Entonces se sentaron en el suelo con la lámpara entre ambos y Morrigan dobló los dedos. Si Hawthorne creía que podía atemorizar a la ciudadana más temible de Jackalfax, no sabía la que se le avecinaba.

—Déjame contarte una historia —dijo ella, mientras retorció las manos hasta formar la silueta de algo que se parecía más o menos a una persona—. Había una vez un niño pequeño que caminaba solo por el bosque.

Morrigan hizo unos árboles altos con las copas entrelazadas que se levantaron por encima de la sombra en forma de niño que caminaba obediente por debajo.

—Su madre siempre le decía que no anduviera solo por el bosque, pues allí vivía una bruja cuyo plato favorito eran los niños pequeños bien picaditos y untados en una tostada. Pero el chico no hizo caso, pues le encantaba ir a recoger bayas.

Acto seguido, Morrigan se encogió formando una figura similar a una bruja, con los dedos curvados en garras. A partir de ahí, la sombra hizo el resto transformándose en una anciana espeluznante con una verrugosa nariz ganchuda y un sombrero puntiagudo, que empezó a acechar al chico a través de los árboles.

—Aunque él creía conocer el bosque, acabó por perderse, incapaz de encontrar la salida. Caminó durante horas y horas. Entonces, cayó la noche y la espesura lo envolvió en sus tinieblas.

Morrigan dibujó los contornos de una lechuza que de repente emprendió el vuelo sacudiendo las ramas de un árbol. El niño-sombra miró hacia arriba y se estremeció, al igual que Hawthorne.

—Al cabo de un rato, oyó una voz vieja y ronca a su espalda: «¿Quién está caminando por mi bosque? ¿Quién ha estado recogiendo mis bayas?». El niño intentó huir, pero la bruja lo agarró por el cuello y lo llevó a casa, a su tabla de cortar, riéndose a carcajadas por todo el camino —añadió Morrigan, quedando particularmente orgullosa de estas últimas risas—. Mientras levantaba su cuchillo en el aire, un aullido atravesó la noche.

A continuación, la sombra chinesca de un perro se convirtió primero en un lobo y, más tarde, en toda una manada que, gruñendo con ferocidad, rodeó a la anciana y al niño. No había sido su intención formar tantos lobos; sin embargo, las sombras parecían hacer lo que les daba la gana para mostrar sus habilidades. Tenía que tomar el control antes de que la historia se le escapara de las manos.

—Finalmente —dijo, buscando un final precipitado—, el niño, mmm..., el niño oyó a su madre llamándolo a lo lejos. Ella acudió al rescate subida a lomos de su viejo y leal caballo de confianza, *Trotinante*, y... ¡Y el chico comenzó a vitorear al verlos avanzar por la colina!

En efecto, la silueta de un caballo al galope se abrió paso hacia el niño, la bruja y los lobos. Pero encima del animal no iba ninguna madre heroica, sino un hombre alto y esquelético que sostenía un alargado rifle negro.

—Yo no he hecho eso —susurró Morrigan, a la vez que un miedo helado le atenazaba la garganta al instante. Las sombras parecían haber acabado por secuestrar su historia.

Acto seguido, apareció toda una brigada de caballería, cada montura con un cazador fantasmal llevando las riendas. La bruja-sombra y el niño-sombra se desvanecieron en la oscuridad a medida que los lobos iban rodeando a los dos chicos.

Con un grito de terror, ella corrió hacia la puerta con Hawthorne pisándole los talones, y solo cuando salieron a la brillante luz del pasillo, se dio cuenta de que nadie los perseguía.

—¿Qué pasa? —dijo él—. Si la cosa se estaba poniendo muy interesante...

Ella, temblorosa, negó con la cabeza.

—Eso no tendría que haber pasado. La Cacería de Humo y Sombras no debía aparecer en la historia.

—La Cacería de ¿qué?

Sin dejar de tiritar, Morrigan tomó aire y le contó a su amigo la historia de su undécimo cumpleaños. Todo fue saliendo a la luz: la maldición de la Nocturnal, su condena a muerte, la llegada de Júpiter, la persecución de la Cacería de Humo y Sombras y el paso a través del Cosmorreloj hasta terminar en el Hotel Deucalion. Asimismo, le contó cómo en realidad ella no tenía un talento especial, y tampoco tenía ni idea de lo que estaba haciendo allí. Incluso le reveló la parte más dolorosa y la que más la atemorizaba: la relativa al inspector Flintlock y a cómo, si no entraba en la Sociedad, se vería obligada a abandonar Nevermoor y a volver a enfrentarse a sus letales perseguidores.

Hawthorne permaneció en silencio hasta un buen rato después de que ella hubiera terminado. Parecía aturdido. Ella lo vio mordiendo el labio y temiendo haberse ido demasiado de la lengua. Tal vez debería haber omitido que procedía de la República y que estaba allí de forma ilegal. Así como lo referente a la maldición. Y todo lo demás.

—Sin ánimo de ofender —dijo él por fin—, esa historia es mucho mejor que la que te estabas inventando.

El aire salió de los pulmones de Morrigan con un leve silbido. Ya era típico de su amigo tomarse con calma la rareza de su vida. En cualquier caso, se sentía profundamente aliviada.

—Hawthorne, tienes que mantenerlo en secreto. Se supone que no debía contarlo a nadie. Si alguien se entera, si el inspector Flintlock...

El chico levantó el dedo meñique.

—Morrigan Crow —declaró con solemnidad—, juro por este meñique que guardaré tu secreto y nunca se lo contaré a nadie.

Ella enarcó una ceja.

—¿Por este meñique?

—Sí, es el juramento del meñique —insistió él, acercándole el dedo a la cara—. Nunca he roto un juramento de meñique en mi vida. Nunca.

Acto seguido, Morrigan entrelazó su meñique con el de su amigo y ambos asintieron.

—Ahora —continuó Hawthorne, frunciendo el ceño—, por favor, cuéntame otra vez cómo es eso de que te persiguieron unos cazadores con pistolas yendo en una araña gigante.

Sin embargo, ella no tuvo ocasión de hacerlo, ya que, de repente, se dio cuenta de dos cosas:

1. Se habían dejado abierta la puerta de la Sala de las Sombras.
2. Uno de los lobos-sombra acababa de escaparse de su interior y se alejaba corriendo por el pasillo.

—Quizá se ha desvanecido por completo —gimió Hawthorne mientras rebuscaban por tercera vez en la cocina tras haber inspeccionado todo el hotel y no haber hallado rastro del lobo ni del resto de las sombras.

—Pero ¿y si no fuera así? ¿Qué pasa si se encuentra con algún huésped? Le dará un susto de muerte, su familia demandará al Deucalion y Júpiter me matará. Tenemos que encontrarlo antes de que alguien se tope con él.

Morrigan no tenía ni idea de cómo iba a deshacerse de la silueta de animal cuando dieran con ella; no obstante, no podía permitirse pensar en eso ahora.

—¿Antes de que alguien se tope con qué?

Aquella era la última voz que ella quería oír. Jack estaba en una esquina de la cocina sirviéndose un vaso de leche.

—Con nada —se apresuró a responder Morrigan—. No es asunto tuyo.

Él puso el ojo sano en blanco.

—Si hay algo por ahí pululando que es capaz de dar a los huéspedes un susto de muerte, es asunto mío. No quiero tropezar con ningún cadáver cuando me vaya a la cama. ¿De qué se trata?

—No lo creerías.

—Prueba a ver.

Jack escuchó con creciente irritación mientras se lo contaban.

—¡Por el amor de Dios! Si vais a soltar a una manada de lobos sanguinarios en la Sala de las Sombras, al menos cerrad la puñetera puerta cuando salgáis. Por algo está siempre bajo llave. ¿Cómo habéis entrado?

—Yo... Nosotros... Bueno, me he dado cuenta de que...

—¡Déjalo! —la interrumpió el muchacho levantando una mano—. No quiero saberlo. No me hagas tu cómplice. Júpiter va a poner el grito en el cielo.

Por mucho que Morrigan no quisiera reconocerlo, en realidad, era un golpe de suerte haberse encontrado con el querido sobrino de su patrocinador, dado que él sabía mucho más sobre el hotel que ella. A continuación, Jack los condujo hasta un armario de mantenimiento del cual sacó tres linternas a pilas.

—Bien, vamos a tener que separarnos. Yo peinaré el ala este. Tú —dijo señalando a Hawthorne— te ocuparás del ala oeste. Y, Morrigan, a ti te toca la del norte. Si dais con el lobo, apuntadlo directamente con la linterna a la máxima potencia. No lo dejéis escapar y seguid alumbrándolo hasta que se desvanezca. No busquéis en lugares como los pasillos o la cocina; ahí no va a estar. Mirad en sitios más oscuros, donde tenga otras sombras para esconderse. Si lo acorraláis en una habitación y podéis llegar a un interruptor de la luz, pulsadlo y dejad que la estancia se ilumine. Si no, con la linterna debería ser suficiente. Y, ojo, esto es importante: no dejéis de rastrear hasta que deis con él. Aunque nos lleve toda la noche.

A Morrigan no le gustaba nada la idea de tener que separarse. Lo que menos le apetecía hacer en el mundo era ponerse a deambular sola en la oscuridad en busca de un gigantesco y voraz lobo-sombra. Pero ¿qué otra opción tenía? Había sido culpa suya que aquella cosa se hubiera escapado. No le quedaba más remedio que encontrarla.

El ala norte se hallaba sorprendentemente oscura. Bajó con cautela la negra escalera y fue entrando, una a una y con sumo sigilo, en todas las habitaciones no cerradas con llave. La verdad era que no tenía ni idea de si una sombra podía oírla acercarse; en cualquier caso, no estaba dispuesta a correr el riesgo. Resultaba difícil saber qué buscar en la oscuridad. ¿Cómo dar con una sombra entre las sombras?

Al cabo de unas horas de búsqueda que se le antojaron interminables, Morrigan estaba a punto de rendirse cuando, de repente, oyó un ruido procedente de uno de los salones de la quinta planta. Alguien parecía estar tomando el aire en un balcón bajo la luz de la luna, mirando hacia el cielo y canturreando en voz baja. El sonido llegaba hasta la puerta de la estancia a la que ella acababa de asomarse. Aunque no alcanzaba a entender la letra, reconoció la melodía. Y también la voz del hombre que la entonaba.

Poco a poco, se acercó a las blancas cortinas de gasa que daban al exterior, las descorrió muy despacio y alumbró con la linterna la cara del hombre.

—¿Señor Jones?

Este pareció salir bruscamente de su ensoñación.

—¡Señorita Crow! Hola de nuevo.

—Otra visita —observó Morrigan—. Usted debe de venir mucho a Nevermoor.

—Sí, tengo negocios que atender aquí algunas veces. Y me gusta visitar a mis amigos —respondió un tanto avergonzado con una sonrisa, a la vez que levantaba la mano para protegerse los ojos de la luz. Ella bajó la linterna.

»No creo que el Partido del Mar Invernal lo aprobara, pero bueno, no tienen por qué enterarse, ¿verdad? Y ojos que no ven, corazón que no siente. Nuestro trato sigue en pie, espero. ¿No les dirá usted nada?

—Mientras usted no les diga nada de mí... —replicó ella, estremeciéndose ante el mordiente frescor de la brisa nocturna—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Oh, solo... buscaba la Sala de Música. Creía que estaría en algún lugar cerca de mi *suite*, pero me temo que estoy un poco perdido. El Deucalion todavía me desconcierta después de tantos años. Al pasar ante este lugar encantador, no he podido resistirme a entregarme a un momento de reflexión bajo las estrellas —contestó con voz melancólica—. Qué noche tan hermosa.

—Sí, es...

Entonces, con el rabillo del ojo, Morrigan reparó en algo que se movía en el salón. Volvió a correr las cortinas, enfocó la linterna hacia el interior y vio que se trataba solo de la rama de un arbolito plantado en una maceta, que se mecía debido a la brisa procedente del balcón abierto.

—¿Dónde se habrá metido? —susurró.

—¿Está buscando algo?

—Eh..., sí. Pero lo más seguro es que no me crea si se lo cuento.

El señor Jones sonrió con amabilidad.

—Estoy seguro de que sí.

De hecho, cuando ella acabó de contarle la historia de la Sala de las Sombras, él apenas enarcó una ceja.

—Y luego una de las sombras que he hecho se ha escapado y ahora anda suelta por el hotel. Tengo que encontrarla antes de que asuste a alguien y el negocio de Júpiter se vaya al garete dejándolo en la bancarrota. Jack dice que la única manera de matarla es alumbrándola con alguna luz hasta que se desvanezca.

El hombre no se rio de ella ni la llamó «mentirosa», ni siquiera expresó la más mínima sorpresa.

—¿Ha creado esa sombra usted sola?

—Más o menos. Por un lado..., se ha creado a sí misma.

—Mmm... ¿Y es una sombra que da mucho miedo, dice usted? —preguntó Jones extrañamente impresionado por aquella circunstancia.

—Todas dan miedo. Incluso si creas una inocente, por ejemplo un gatito, se acaba convirtiendo en un tigre devorador de hombres o algo así. Es como si lo único que les gustara es ser aterradoras.

—Eso tiene sentido.

Morrigan lo miró sorprendida.

—¿En serio?

—Las sombras son sombras, señorita Crow... —dijo él al tiempo que la luz de la luna se reflejaba en sus ojos—. Les atrae la oscuridad.

Morrigan volvió a hacer un barrido por el salón con la linterna, con la esperanza de cazar al lobo por sorpresa si por casualidad se encontraba allí. La luz comenzó a parpadear y a desvanecerse.

—Creo que las pilas se están acabando —señaló, dándole unos golpecitos al aparato.

Finalmente, con una última intermitencia, su brillo se apagó del todo y ella emitió un gemido de fastidio.

—Dudo que eso tenga importancia —indicó el señor Jones tranquilizándola—. Señorita Crow, sospecho que su amigo, el que le ha dicho cómo matar a la sombra...

—No es mi amigo.

—... solo estaba tomándole el pelo —añadió el hombre con una sonrisa amable—. Esa sombra tan traviesa casi seguro que se ha desvanecido ya por sí sola.

Morrigan frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabe?

—Llevo muchos años alojándome en el Deucalion. Algo espero haber aprendido de algunos de sus secretos. Por lo que tengo entendido, todo lo que se hace dentro de la Sala de las Sombras no es más que una ilusión, solo un poco de teatro. Es inofensivo. Imposible que pueda hacer daño a nadie.

—¿Está seguro?

—Bastante seguro.

Ella sintió como la inundaba una oleada de alivio, seguida de una fría rabia. ¿De verdad había perdido tropecientas horas persiguiendo la nada?

—Ese Jack... Lo mato.

El señor Jones soltó una risita.

—Lástima que no le pueda enviar un lobo de verdad para darle un buen escarmiento. Bueno, me temo que para mí ya es hora de irse a la cama. Me voy por la mañana. Buenas noches, señorita Crow. Y recuerde: la oferta del señor Squall sigue vigente.

Ya se había marchado cuando ella se dio cuenta de un pequeño detalle: en ningún momento le había dicho que la sombra era de un lobo.

—Pero ¿qué estás...? ¡Te tocaba registrar el ala norte!

En el oscuro y cavernoso vestíbulo no había nadie más que Jack, tumbado en un sofá y leyendo un libro encuadernado en tela. La araña, todavía en sus comienzos, crecía despacio y centelleaba débilmente por encima de su cabeza. El chico apuntó con su linterna hacia el rostro de Morrigan, cegándola, en cuanto esta emergió del pasillo.

—¡Eso estaba haciendo, sabandija! —exclamó ella, señalando por donde había llegado—. Esa es el ala norte.

—No —replicó él un tanto asustado—. Esa es el ala sur. Está cerrada por reformas. Es peligrosa. No debes entrar ahí bajo ninguna circunstancia. ¿Es que no sabes leer?

Acto seguido, indicó un letrero que ponía: «CERRADO POR REFORMAS. PELIGRO. NO ENTRAR BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA». Ella debía de habérselo pasado de largo.

—¡Pues es culpa tuya en cualquier caso! —exclamó Morrigan—. Nos has mentido. No había ninguna necesidad de perseguir al estúpido lobo por todo el hotel.

—¿Te ha visto alguien allí? Fenestra me mataría si...

—¡Olvídate del ala sur! Sabías que la sombra desaparecería por sí sola, ¿verdad? Eres un mentiroso.

Jack no pareció sentir ni el más leve remordimiento.

—Yo no tengo la culpa de que seas tan crédula. La próxima vez piensa un poco por ti misma —refunfuñó el chico, frunciendo el ceño y negando con la cabeza—. No me puedo creer que mi tío opine que tengas posibilidades de pertenecer a la Sociedad Fabulánica. Tú, que ni siquiera sabes leer un cartel...

—¿Qué pasa? ¿Estás celoso? ¿Es eso? —preguntó ella al tiempo que arrojaba la linterna a su lado—. ¿Tienes celos de que me eligiera a mí como candidata en lugar de a ti?

Jack entornó los ojos enfadado.

—¿Qué... acabas de...? ¿Yo, celoso? ¿De ti? ¿Por qué iba a estar celoso de alguien que ni siquiera tiene un talento? Tú misma lo has dicho a la salida de la Sala de...

Morrigan se quedó sin palabras.

—¡Nos estabas espiando!

De pronto, Hawthorne irrumpió de un salto en el *hall*, alumbrándose la cara con la linterna y riendo como un loco.

—¡Jua, jua, jua! Soy Hawthorne, asesino de sombras. Témemme, sombrío lobo, porque voy a ser tu perdición.

—Llegas demasiado tarde, asesino de sombras —dijo ella, arrebatándole la linterna y arrojándosela a Jack—. La sombra ya está muerta.

—Vaya... —soltó su amigo bajando los hombros desilusionado—. Y yo que acababa de inventarme un himno de victoria para cuando la venciera. Iba a enseñarte ahora mismo la letra.

A continuación, Morrigan lo condujo hasta el ascensor de cristal con ribetes dorados y, levantando el tono lo bastante como para que su voz resonara en todo el vestíbulo, contestó:

—Tal vez podrías reescribirlo para que hable del gusano del sobrino de Júpiter, que se dedica a espiar y a mentir a la gente con el propósito de que todos lo odien.

—O sobre la inepta candidata de Júpiter, que es demasiado lerda para saber cómo funcionan las sombras y va correteando por todo el hotel en busca de una de ellas haciendo un ridículo atroz —contraatacó Jack, volviendo a sentarse en el sofá con su libro.

Rabiando por dentro, Morrigan apretó el botón de su planta. Mientras las puertas del ascensor se cerraban, Hawthorne se volvió hacia ella y le preguntó mientras tarareaba:

—¿Qué rima con «el gusano del sobrino»?



CAPÍTULO TRECE

LA PRUEBA DE LA CARRERA

El verano llegaba a su fin, pero se negaba a marcharse sin pegar los postreros coletazos. Las últimas semanas de agosto llevaron una ola de calor a Nevermoor con temperaturas ardientes y, también, acalorados estados de ánimo.

—¿Podemos tomarnos esto en serio, por favor? —preguntó Morrigan irritada—. Quedan solo tres días para la segunda prueba.

Llevaba una hora tratando de hablar con Júpiter; sin embargo, la capacidad de concentración de este parecía haberse evaporado por el calor, pues se hallaba sentado a la sombra, en una esquina del Patio de las Palmeras, con un vaso de sangría en la mano y un abanico en la otra. Fenestra se encontraba a unos metros de él tomando el sol, mientras Frank roncaba suavemente bajo un enorme sombrero. North le había dado a todo el personal la tarde libre. Hacía demasiado bochorno para trabajar, y lo único que habían hecho durante la mañana había sido discutir entre ellos.

A Jack, por suerte, no se lo veía por ningún lado. Lo más probable era que estuviera practicando el violonchelo metido en su habitación, que era donde se había pasado la mayor parte del verano cuando no estaba robándole a Morrigan el mejor sitio en el Salón de Fumadores, criticando sus modales en la mesa durante la cena o poniéndole mala cara por todo. Ella se moría de ganas de que regresara a la escuela para poder volver a sentir el Deucalion como su casa. La característica e insoportable autosuficiencia del chico alcanzó niveles insospechados cuando le dieron permiso para ir al Bazar de Nevermoor con sus amigos del internado. Morrigan había estado esperando todo el verano a que Júpiter la llevara; no obstante, cada semana surgía algún asunto importante que demandaba la presencia del capitán North lejos del hotel. Ahora ya era

demasiado tarde: el bazar había cerrado hasta el año siguiente. Por lo demás, la verdad era que la llegada del final del verano la alegraba de forma considerable, a pesar de que ello significara que se aproximaba la fecha de su desquiciante siguiente prueba.

—¿Crees que se encontrará bien? —dijo su patrocinador, abriendo uno de sus soñolientos ojos para mirar a Frank—. Espero que no se convierta en cenizas. No sé cómo va el tema de los enanos vampiros...

—Vampiros enanos —lo corrigió ella—. Sí, está bien. ¿Te importaría que nos centráramos en la Prueba de la Carrera? Necesito una cabalgadura que no tenga más de cuatro patas. Eso es lo que pone en las normas.

—Correcto.

—Y no sé volar.

—Desde luego que no... —contestó él al tiempo que tomaba un trago de sangría—. Tu apellido significa «cuervo» en inglés, pero eso no implica que puedas volar.

Morrigan resopló.

—No, quiero decir que eso es lo que dicen las reglas.

—Relájate, Mog... Ya sé lo que dicen las reglas: no se puede montar un animal volador. Hubo jaleo hace unos años entre un dragón y un pelícano. El pobre pájaro quedó chamuscado nada más alzar el vuelo —replicó Júpiter, sonriendo perezosamente a su candidata a pesar de que el sentido del humor de esta parecía haberse evaporado—. Bueno, da igual, el caso es que prohibieron todo tipo de animales voladores. Ahora van todos por tierra.

La normativa que regía la Prueba de la Carrera había llegado por mensajero el día anterior, haciendo que nada más leerla Morrigan entrara en un estado de confusión y ansiedad totales. Por otro lado, le inquietaba el hecho de no haber dedicado al examen ni un solo segundo de sus pensamientos en las últimas semanas. A fin de cuentas, puede que la molesta presencia de Jack durante el periodo vacacional no hubiera sido una maldición, sino una bendición, ya que habían estado los dos tan ocupados discutiendo y metiéndose el uno con el otro que apenas había tenido ocasión de detenerse a pensar en la siguiente prueba.

—Entonces —urgió Morrigan a Júpiter—, una cabalgadura. De cuatro patas o menos.

—Cuatro patas como mucho.

—Vale, sí, cuatro patas como mucho. ¿Crees que Charlie podría enseñarme a montar a caballo?

—No estoy muy seguro de que ese sea el camino que seguir, Mog —contestó él mientras acababa con un mosquito que zumbaba a su alrededor—. Nunca he visto una Prueba de la Carrera, pero he oído decir que son bastante salvajes. Necesitarás, más bien, algún tipo de bestia todoterreno. Déjame ver qué se me ocurre.

Una bestia todoterreno. ¿Se puede saber a qué demonios se refería con una «bestia todoterreno»? Con aquel calor, era inútil tratar de conseguir que su patrocinador hablara con un mínimo sentido, de modo que Morrigan se limitó a expresar sus sentimientos dándole una patada a un penacho de hierba que crecía entre las piedras de arenisca.

—Es absurdo. Además, ¿por qué una Prueba de la Carrera? ¿Qué lógica tiene? ¿Qué les importa a los Ancianos quién gane una estúpida carrera?

—Mmm... Muy bien, ese es el espíritu —replicó Júpiter distraídamente.

Ella se dio por vencida y fue a sentarse al borde de un pequeño estanque. Acto seguido, hundió los pies en el agua, sacó de su bolsillo la carta de la Sociedad Fabulánica y la leyó por enésima vez.

Querida Señorita Crow:

La Prueba de la Carrera tendrá lugar este sábado a mediodía dentro de los muros del casco antiguo de Nevermoor.

Las Juntas de Barrios y Gremios del centro nos han dado permiso para cortar de forma temporal las calles del casco antiguo, asegurándonos de que el evento no será perturbado por el tráfico y los viandantes.

Los candidatos restantes han quedado divididos en cuatro grupos. Usted estará en el de la Puerta Oeste. Por favor, preséntese en dicho lugar a los funcionarios de la Sociedad el sábado por la mañana a las 11.30 como muy tarde.

Hay tres reglas:

1. Todo candidato debe montar una cabalgadura. Puede ser cualquier bestia de transporte con cuatro patas como mucho.
2. Las bestias voladoras están estrictamente prohibidas.
3. Los candidatos deben vestir solo ropa blanca.

Cualquier candidato que incumpla estas reglas será descalificado al momento.

El candidato que gane esta prueba habrá hecho gala de un gran atrevimiento, una gran tenacidad y un gran instinto para la estrategia.

Le serán remitidas instrucciones más detalladas justo antes de la Prueba de la Carrera.

Nuestros más cálidos saludos,
Ancianos G. Quinn, H. Wong y A. Saga
Casa Proudfoot
Nevermoor, EL

Por la parte de atrás había un mapa adjunto. El casco antiguo, más o menos circular y rodeado por muros de piedra medievales, constituía en su origen el núcleo urbano original de Nevermoor, a partir del cual se había ido extendiendo a su alrededor, en sucesivas oleadas, como un hongo deforme, lo que hoy en día era la ciudad moderna (siempre según Dame Chanda, quien aseguraba que su interés por la historia de la metrópoli le fue dado gracias al honorable lord Jueves, un historiador aficionado que la había hecho miembro de la Sociedad Histórica de Nevermoor hacía dos Navidades).

El casco antiguo tenía cuatro entradas en forma de enormes arcos de piedra: la Puerta Norte, la Puerta Sur, la Puerta Este y la Puerta Oeste, igual que los puntos cardinales de una brújula.

Justo en el centro del mapa se situaba la plaza Coraje, un lugar que Morrigan solo había cruzado en una ocasión a toda velocidad subida al transparagüero, pero que recordaba como una amplia y bulliciosa plaza llena de gente y rodeada de tiendas y cafés. Se asentaba en la intersección de dos calles que recorrían de punta a punta todo el centro histórico: la Vía Lightwing, que discurría de norte a sur desde la Casa Proudfoot hasta el Palacio Real de Lightwing (donde vivía la reina del Estado Libre, Caledonia II), y el Grand Boulevard, que lo hacía de este a oeste (comenzando en el Templo de la Entidad Divina y finalizando en la Ópera de Nevermoor).

Asimismo, el plano destacaba otros puntos de referencia: las Catacumbas Dredmalis, la sede del Parlamento, las embajadas de varios países, el Cinturón Verde (un anillo de jardines que rodeaba el centro del casco antiguo), la Biblioteca Élfica y quizá una docena más de sitios de interés. «Debería memorizarlos. Puede que sea importante saber con exactitud dónde se encuentran», pensó ella.

—Catacumbas Dredmalis: Barrio Este, calle Rifkin —susurró, cerrando los ojos y poniendo a prueba su memoria—. El Parlamento: Barrio Norte, calle Flagstaff. Biblioteca Élfica: Barrio Este, no, Barrio Sur, no, o sea...

—Barrio Oeste, atontada. Calle Mayhew. ¿Quieres callarte? —le dijo de repente la voz lánguida de Fenestra, que yacía tumbada al sol lamiéndose el pelo de manera lenta y apática.

—Gracias —murmuró ella.

En ese momento, se dio cuenta de que Júpiter observaba a la magnífata con el rabillo del ojo, así que se dio la vuelta para ver qué era lo que despertaba la curiosidad de su patrocinador. Se trataba del pelaje de Fen, que gracias a la combinación de luz solar y de saliva gatuna, había pasado de ser gris a plateado. Las musculosas patas del animal temblaron al tiempo que soltaba un repentino y enorme bostezo. «La verdad es que es un felino realmente hermoso. A pesar de ser una bestia aterradora», pensó Morrigan a regañadientes.

—¿Os importa? —soltó la gata con un tono rebosante de sarcasmo—. Estoy tratando de darme un baño. Babosos...

Morrigan se despertó la mañana de la Prueba de la Carrera sintiéndose muy tranquila y serena. Al menos durante cinco segundos. Hasta que recordó qué día era y, obviamente, toda su tranquilidad y serenidad se transformaron en pánico.

Todavía no tenía ni idea de qué bestia de transporte había pensado Júpiter para ella. Había pasado los últimos tres días teniendo debates cada vez más acalorados con el resto del personal del hotel sobre las ventajas de elegir un poni en lugar de un camello, de si una tortuga tenía alguna opción de ganarle a una liebre en una carrera en la vida real, de si debían o no hacer la prueba para comprobarlo (una idea, por cierto, propuesta por Frank), de si un avestruz podía ser considerado animal volador ya que, técnicamente, tenía alas, etc. Ninguna de estas discusiones terminó bien, y ninguna de ellas consiguió tampoco apaciguar el ánimo de Morrigan.

Cuando se levantaba de mala gana de la cama, Fenestra entró por la puerta pavoneándose, y con un movimiento de su gigantesca cabeza, arrojó unas prendas de ropa sobre la silla.

—Ponte eso —le indicó el felino—. Tienes también unas botas nuevas en el pasillo. Enseguida te trae Martha el desayuno. En diez minutos, abajo lista para salir.

Dicho esto, sin siquiera haberle dado los buenos días, volvió a desaparecer.

—Sí, me siento genial esta mañana, Fen. Gracias por preguntar —murmuró ella a la vez que se iba poniendo los pantalones, la camisa y los calcetines blancos (tal y como estipulaban las reglas de la prueba) que el animal acababa de dejarle—. ¿Nerviosa? Solo un poco. Te agradezco muchísimo tus buenas vibraciones, Fen, eres muy amable. Sí, estoy segura de que todo irá bien en la Prueba de la Carrera y no terminaré siendo pisoteada en el suelo, arrestada y expulsada de Nevermoor.

—¿Con quién está hablando, señorita?

Martha se encontraba a la entrada del dormitorio con una bandeja de desayuno. Acto seguido, Morrigan cogió una tostada, salió por la puerta agarrando las botas de camino y se alejó corriendo mientras exclamaba:

—¡Con nadie, Martha! ¡Gracias por la tostada!

—Buena suerte, señorita. ¡Tenga cuidado!

En el vestíbulo, Júpiter y la magnífata la inspeccionaron meticulosamente antes de decir ni una palabra.

—Necesita echarse hacia atrás el pelo —observó por último su patrocinador.

—Necesita mantener la boca cerrada —añadió Fen.

—Está en la misma habitación que vosotros, así que no tenéis que hablar de ella como si no estuviera aquí —dijo Morrigan.

—¿Ves a qué me refiero? No pienso subírmela encima durante la Prueba de la Carrera si va a estar así todo el rato. Me desconcentrará. ¡Ah! ¡Ya sé! ¡Podríamos taponarle la boca con cinta adhesiva! —replicó Fenestra, volviéndose hacia North y levantando con ilusión sus enormes orejas grises.

—No creo que los Ancianos lo vieran con muy buenos ojos.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó ella, y se cruzó de brazos con repentino recelo.

—Ah, pues verás... —respondió Júpiter a la vez que se frotaba las manos con emoción—. Te he encontrado una buena cabalgadura de verdad.

Morrigan, Júpiter y Fen llegaron a la Puerta Oeste a las once en punto, viéndose enseguida envueltos en un clamor de niños, patrocinadores y animales. En la mesa de registro, tanto ella como su pelirrojo amigo tuvieron que firmar un documento por el cual, en caso de muerte o lesión grave del candidato, se renunciaba a llevar a cabo ningún tipo de actuación legal contra la Sociedad.

—Muy reconfortante —murmuró ella mientras garabateaba su nombre y el estómago se le volvía a poner del revés.

Se sorprendió al fijarse en las cabalgaduras elegidas por algunos aspirantes. La mayoría montaba caballos o ponis, pero también había un buen número de camellos y cebras, algunas llamas, un avestruz (lo cual disipó sus dudas al respecto), un cerdo grande y feo y dos arrogantes unicornios. Al principio, nada más distinguir a estos últimos, Morrigan se llevó una gran impresión y se agarró de manera instintiva al brazo de su patrocinador. Sin embargo, al cabo de unos segundos, el miedo que le infundían dichos animales fue dejando paso a una progresiva fascinación. Júpiter, en cambio, no pareció sorprenderse lo más mínimo.

—Cuidado con su morro puntiagudo —le dijo, y observó con preocupación a las mágicas bestias.

La magnífata, por su parte, estaba de un humor extraño. No había hecho ni un solo comentario sarcástico camino de la prueba, y en aquel preciso instante iba de un extremo a otro de la línea de salida, situada en la misma Puerta Oeste, escudriñando con gesto serio a sus rivales.

—¿Fen? —la llamó North, mientras se acercaba a ella con cautela.

El animal lo ignoró por completo.

—¿Fen? ¿Femie? —insistió Júpiter levantando un poco la voz—. ¿Fenestra?

La gata no hacía más que emitir un constante gruñido por lo bajini. Estaba mirando fijamente, con sus ambarinos ojos entrecerrados, a un gran rinoceronte de piel coriácea.

—¿Fen? —volvió a llamar Júpiter por tercera vez, al tiempo que tocaba con cuidado una de sus patas.

—Ese... —respondió por fin el animal, y señaló algo con la cabeza—. Ese cornudo patán de las orejas raras... Será mejor que no se interponga en mi camino, que no me meta su gran hocico puntiagudo o le daré uno de los buenos.

—¿Uno de los buenos qué?

—Un cabezazo. A él y a ese pequeño demonio que lleva en su lomo.

Morrigan y su patrocinador se miraron. ¿Qué mosca le había picado a Fenestra?

—Eres consciente de que ese demonio al que te refieres no es más que un niño, ¿verdad? —le preguntó North con mucha prudencia.

Entonces, Fen lanzó un gruñido como respuesta y señaló con una de sus pezuñas delanteras a otro niño pequeño que estaba agarrado muy nervioso a las riendas de su poni.

—Y a ese también le daré otro. A él y a su bestia infernal.

Júpiter tosió de forma deliberada intentando que nadie oyera lo que el enorme felino acababa de decir.

—Fen, eso es un poni. Me parece que estás...

A continuación, la magnífata volvió rápidamente el rostro y soltó en voz baja con un gruñido:

—Que él y su pequeño medio caballo gordinflón se me acerquen trotando lo más mínimo y pueden darse por muertos. ¿Entendido?

Acto seguido, el felino se acercó a la multitud de candidatos que se arremolinaban alrededor de la mesa de registro y se puso a caminar amenazadoramente entre ellos.

Júpiter sonrió con cierta incomodidad a Morrigan, que esperaba que su patrocinador le diera alguna explicación acerca de por qué razón Fen la magnífata se había transformado en Fen la presidiaria matona.

—Es muy... competitiva —dijo él—. Se acuerda de sus días de luchadora callejera.

—¿De sus qué?

—Oh, sí... Fen fue en sus tiempos una gran campeona del circuito de Lucha Callejera Animal. Ganó tres años consecutivos el Campeonato del Estado Libre. Hasta que tuvo que abandonar debido a ese escándalo con el hijo del ex primer ministro.

—¿Escándalo con quién?

—Fue él quien empezó... Aunque, bueno, ahora ya le han recompuesto la nariz, así que todos contentos y en paz... ¡Mira! Te están llamando.

Mientras se acercaba a la línea de salida, Morrigan se preguntó qué tipo de cabalgadura le habría buscado Nan Dawson a Hawthorne (la última vez que hablaron, él le aseguró por activa y por pasiva que su patrocinadora le tenía ya reservado un guepardo). De todas formas, ella sabía que era inútil buscarlo entre la gente, pues su amigo estaba en el grupo de la Puerta Sur.

Sin embargo, a quien sí reconoció fue a otra persona, a alguien con quien, sin duda, no deseaba lo más mínimo encontrarse.

—Hay que ver... Ahora ya dejan que se presente cualquiera a las pruebas —dijo Noelle Devereaux en voz alta conforme se acercaba a ella a lomos de una hermosa yegua marrón y la miraba de arriba abajo—. ¿Todavía se llama Sociedad Fabulánica? Pues deberían cambiarle el nombre y llamarla Sociedad Para las Feas y las Estúpidas.

Sus amigas se rieron, y ella se echó el pelo hacia atrás por encima de los hombros, disfrutando de ser el centro de atención. Estaba rodeada de su habitual cohorte de seguidores, salvo la niña de la trenza larga, circunstancia que hizo a Morrigan pensar que a lo mejor, esta no había pasado la Prueba del Libro.

—Eso explica que aún estés aquí —le respondió a Noelle.

El rostro de la joven Devereaux se encendió al momento, y sus manos asieron con más fuerza todavía las riendas del caballo.

—O tal vez ahora debería llamarse Sociedad Ilegal —le espetó la chica mirándola fijamente—. Eso sí que explicaría por qué estás tú aquí.

El estómago de Morrigan volvió a dar esa divertida vueltecita de siempre. No cabía duda de que eran ella y su patrocinador, el odioso Charlton, quienes habían enviado al inspector Flintlock al Hotel Deucalion. Lo sabía a ciencia cierta. Un profundo odio se despertó en su interior hacia Noelle; sobre todo, por haberle creado toda aquella tensión y ansiedad. ¿Acaso no eran conscientes ella y Baz del lío en el que la habían metido? ¿Es que no sabían que su vida corría peligro si se veía obligada a volver a Jackalfax? Se moría de ganas de gritarle, incluso de agredirla físicamente, pero no podía. Allí no.

—Sabes que podrían descalificarte por eso —contestó en cambio, señalando algo que llevaba en el pelo su rival.

La angelical pupila de Baz iba vestida, al igual que el resto de los candidatos, completamente de blanco (desde sus elegantes pantalones de montar de color marfil hasta la silla de cuero, pasando por la propia fusta), excepto por una minúscula cinta dorada que asomaba entre sus abundantes y rizados cabellos castaños. Morrigan sabía que se trataba de un detalle insignificante; sin embargo, no pudo resistir la tentación de sacarlo a relucir.

No obstante, en lugar de parecer preocupada por ello o de tratar de ocultarla de algún modo, la joven Devereaux metió el dedo en la cinta y comenzó a darle vueltas muy satisfecha. Acto seguido, se inclinó un poco sobre Morrigan y le dijo en voz baja:

—Ah, ¿esto? Es mi mensajito a los Ancianos. Fue idea del señor Charlton. Dice que muestra lo muy en serio que me tomo ganar la Prueba de la Carrera. Quiere que sepan que voy a por el dorado y que los veré en la cena secreta.

—¿Cena secreta? —respondió Morrigan, frunciendo el ceño y pensando que su enemiga se acababa de inventar aquello solo para burlarse de ella—. ¿Qué cena secreta?

Noelle lanzó una risita de incredulidad.

—Tu patrocinador no te ha dicho nada, ¿verdad? Es como si no creyera que fueras a ganar.

A continuación, dio media vuelta, y antes de desaparecer entre la gente, se volvió de nuevo, y señalando hacia el cerdo que estaba a su lado olisqueando en el suelo en busca de comida, le preguntó por encima del hombro:

—Por cierto, ¿es esa tu cabalgadura? Es muy bonita... Sois los dos clavaditos.

En la Puerta Oeste, una funcionaria de la Sociedad Fabulánica trepó a lo alto de una plataforma y se dirigió a los candidatos.

—¡Por aquí, por favor! ¡No! ¡Dejad las cabalgaduras!... Gracias. Silencio, por favor. ¡Silencio! —gritó por un megáfono—. Escuchad con atención, porque solo diré las instrucciones una vez.

El corazón de Morrigan latía con tal fuerza que pensó que no la dejaría oír lo que iba a decir.

—Esta prueba, a pesar de lo que se pueda deducir de su nombre, no es una carrera —dijo la mujer a pleno pulmón—. Bueno, no exactamente... Es una competición de estrategia. La finalidad no es cruzar la línea de meta el primero, sino alcanzar un objetivo.

Acto seguido, hizo una seña a otro funcionario y este avanzó hasta donde estaba ella con un caballete de madera en la mano; sobre el mismo, había un mapa antiguo de Nevermoor, casi idéntico al que iba adjunto en la carta que había recibido, solo que mucho más grande. Repartidos por los nueve anillos concéntricos que componían el casco antiguo, igual que si este fuera el tronco de un árbol, había marcadas docenas de puntitos con los colores del arcoíris, que representaban los objetivos. El anillo más grande de todos, el violeta, era, como es lógico, el más cercano a los muros exteriores del casco antiguo y se encontraba repleto de puntitos (más o menos, uno cada veinte o treinta metros). Conforme uno se acercaba al centro de la ciudad a través del resto de los anillos (el azul, el verde, el amarillo, el naranja, el rosa y el rojo), más escasos eran los objetivos, hasta que, por último, dentro del círculo dorado que cubría la zona de la enorme plaza Coraje, tan solo llegaban a distinguirse cinco puntos justo en el medio.

—Esto es lo que tenéis que hacer —continuó la mujer con el megáfono—. Golpear un objetivo, y solo uno, con firmeza, con la palma de la mano. Una vez que hayáis alcanzado un objetivo, habréis superado la prueba.

Los candidatas comenzaron a murmurar entre sí con gesto inseguro. Todo parecía demasiado fácil. Morrigan esperó a ver dónde estaba el truco.

—Ahora bien —prosiguió la funcionaria de la Sociedad—, la pregunta es: ¿a qué objetivo debéis dirigiros? Quedan trescientos candidatas en liza, pero solo hay ciento cincuenta objetivos. ¿Iréis a por el primero que veáis en el anillo exterior? Eso tendría sentido, ya que es donde hay más y son los que están colocados en los lugares de más fácil acceso.

«¡Por supuesto que iré a por uno de esos! Le daré a uno de los sencillos y pasaré a la siguiente prueba», pensó ella. A continuación, se fijó en los rostros confundidos del resto de los chicos y se dio cuenta de que estos parecían decididos a hacer lo mismo. ¿Y por qué no? ¿Por qué no iban a ir a por los objetivos más fáciles?

—Aunque... —dijo la mujer, sonriendo y señalando el centro del mapa— podríais retaros a vosotros mismos y dirigiros a los cinco objetivos de la zona dorada, aquí en la plaza Coraje. Darle a uno de ellos, y no solo ganar el acceso a la tercera prueba, sino también un puesto en un evento privado muy especial que tendrá lugar dentro de poco: la cena secreta en el Salón de los Ancianos de la Casa Proudfoot.

Una oleada de excitación se abrió paso entre los candidatas.

—¿Dentro del Salón de los Ancianos? —susurró un niño que había al lado de ella—. ¡Solo los miembros de la Sociedad pueden entrar en él!

Entonces, Morrigan miró a la candidata de Charlton, que se encontraba entre las primeras filas. Así que a eso se refería con lo de ir a por el dorado... Justo en ese momento, la joven Devereaux se dio la vuelta y, mirándola a los ojos, volvió a jugar con la cinta que llevaba en el pelo de modo insoportablemente engreído. «Pero ¿cómo sabía ella en qué consistía la prueba?», se preguntó. Todos los demás candidatos parecían igual de sorprendidos que ella. ¿Por qué la antipática de Noelle gozaba de aquella información privilegiada?

Un segundo más tarde, la funcionaria de la Sociedad levantó las manos pidiendo silencio.

—Además de estos cinco objetivos dorados, hay otros cinco del mismo color dispersos al azar por todo el casco antiguo. Sin embargo, estos tienen trampa; es decir, están camuflados con los colores de un objetivo normal y corriente. Así pues, es una lotería. No podréis saber si es uno de ellos hasta que lo hayáis golpeado.

—¿Y cómo lo sabremos? —exclamó una chica pelirroja.

—Lo sabréis.

—¿Y por qué vamos todos vestidos de blanco? —preguntó otro niño levantando la mano.

Los dos empleados de la Sociedad se sonrieron.

—Veréis... —respondió la mujer al megáfono—. Solo diez candidatas y sus patrocinadores asistirán a la cena secreta de los Ancianos. Una oportunidad única para conocerlos en persona antes de la tercera y la cuarta prueba.

Ahora entendía Morrigan por qué Noelle estaba tan decidida a alcanzar un objetivo dorado. Conocer a los Ancianos y que estos se hicieran una idea previa de ti constituía una gran ventaja de cara a la Prueba del Gran Talento. No había duda de que su repelente enemiga acabaría

encantándoles y seduciéndolos, igual que había hecho con su séquito de admiradores. Solo de pensar en ello se le revolvía el estómago.

La funcionaria de la Sociedad continuó:

—Recordad que solo podéis tocar un objetivo. Entonces ¿dejaréis de darle a un objetivo de distinto color por la incierta posibilidad de llegar a alcanzar uno de los dorados y conseguir así esa ventaja extra de cara a la próxima prueba, u os limitaréis a ir sobre seguro y a golpear el primero que veáis para garantizaros vuestra presencia en la siguiente ronda? ¿Qué tipo de personas sois? ¿De las ambiciosas dispuestas a asumir riesgos o de las frías, lógicas y eficientes? En breve lo descubriremos. Ahora, por favor, id todos a la línea de salida. La Prueba de la Carrera comenzará exactamente dentro de cinco minutos.

Los nervios de Morrigan se vieron socavados por la punzante y molesta revelación de que la odiosa candidata del odioso Baz Charlton hubiera sabido de qué iba la prueba mucho antes que ella. ¿Y Júpiter? ¿Lo sabía también de antemano? Y de ser así, ¿por qué no se lo había dicho? Las palabras de Noelle no dejaban de retumbar en su cabeza: «Es como si no creyera que fueras a ganar».

—Mog, escucha —dijo de repente su patrocinador en voz baja y con urgencia al tiempo que la acompañaba hasta la salida—. Olvídate de la cena secreta: no es lo más importante. Tú límitate a tocar un objetivo y a pasar a la siguiente prueba. Céntrate en eso y en nada más. Eso sí, pasad de largo los primeros que veáis. Fen, ¿me estás escuchando tú también? Pasad de largo los objetivos morados y los azules; será un caos. En cuanto arranque la prueba, la mayoría irá a por ellos. Así que intentad no quedaros atrapadas en mitad del follón. Lo mejor es que bajéis todo recto por Grand Boulevard y que giréis luego a la izquierda en la calle Mayhew, que es donde empieza el anillo verde. Allí habrá menos objetivos, pero también mucha menos competencia si llegáis lo bastante rápido. ¿De acuerdo?

Morrigan asintió.

«Bajar todo recto Grand Boulevard y girar a la izquierda en la calle Mayhew.»

Justo en ese momento, un empleado de la Sociedad obligó a Júpiter a alejarse de los participantes. Él miró hacia atrás y dijo:

—Buena suerte.

Sin embargo, ella tenía tanto miedo que ni se atrevió a abrir la boca, tan solo se limitó a asentir sombríamente y a levantar de modo tembloroso el pulgar de la mano derecha.

No muy lejos se hallaba Noelle hablando con su patrocinador; aunque las únicas palabras que pudo entender de lo que comentaban fueron «dorado» y «Roderick» («¿Quién será Roderick?», se preguntó). Al cabo de un instante, Fen se le acercó furtivamente y le dijo al oído:

—No tienes que hacer nada, ¿entiendes? Yo me encargo de que lleguemos a un objetivo. Tú solo estate lista para darle cuando te lo diga. Ni me dirijas ni me frenes. Y como se te ocurra una sola vez patearme el costado, te prometo que esconderé sardinas crudas en tu habitación y nunca las encontrarás, pero el hedor se irá filtrando poco a poco dentro de tu piel y de tu ropa, y se apoderará de ti y de tus sueños hasta que te vuelvas loca. ¿Entendido?

—Entendido —replicó ella.

Un gran reloj situado sobre la Puerta Oeste apuraba los últimos sesenta segundos antes de que diera inicio la prueba. Entonces, Morrigan se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo subirse a los altos y enormes lomos del animal.

—Fen, ¿cómo...?

Antes siquiera de terminar la frase, sintió el aliento caliente y el cosquilleo de los bigotes de la magnífata sobre su cuello y notó como esta la levantaba con sus afilados dientes amarillos y la arrojaba sin esfuerzo sobre su espalda. Ella intentó colocarse bien, como si estuviera montando a caballo (lo cual era pura conjetura por su parte, ya que jamás en su vida lo había hecho), y se percató de que no tenía dónde agarrarse, así que decidió sujetarse con ambas manos al suave y gris pelaje del gigantesco felino.

Cuando se consumían los últimos segundos, bajó la cabeza hasta el oído del animal y, sintiendo un súbito incremento en sus niveles de pánico, preguntó:

—Fen, ¿y si me caigo?

—Lo más probable es que te pisoteen y mueras. Así que no te caigas.

Morrigan se agarró con más fuerza aún y tragó saliva. La magnífata se volvió y añadió con un poco más de amabilidad:

—Está bien, clávame los talones en los costados si lo crees necesario. Te ayudará a mantener el equilibrio. Pero, por encima de todo, no te sueltes.

—¿Y si te arranco un poco de pelo?

—Como puedes ver, tengo mucho más. Ahora, cállate. Es la hora.

Justo en ese momento, el reloj llegó a cero y se oyó una ensordecedora bocina.

En un visto y no visto, Morrigan se vio envuelta en una ruidosa y caótica melé: animales rugiendo al galope y haciendo retumbar sus cascos en el pavimento, patrocinadores gritando y animando desde algún lugar a sus espaldas... Lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos y agarrarse con todas sus fuerzas a Fen, quien parecía avanzar a buen ritmo. A pesar del vértigo y del estruendo, Morrigan decidió, por fin, arriesgarse y abrir un poco los ojos. En ese instante, vio que, justo delante, en los escalones de mármol de la entrada de la Ópera de Nevermoor había un objetivo morado del tamaño de su cabeza más o menos. Júpiter tenía razón. Nada más aparecer, la mitad de los candidatos se lanzaron directos a por él. Era inevitable que se produjera una desagradable colisión. Daba igual, ella no estaría allí para verlo, pues Fenestra se encontraba ya rodeando el edificio, a punto de adentrarse en Grand Boulevard. La conmoción ya estaba detrás de ellos.

¡PAM!

¡PAM!

¡PAM!

Morrigan giró la cabeza para ver los objetivos morados explotando por todos lados mientras los candidatos los golpeaban. Cada objetivo arrojaba una nube de polvo de colores brillantes por todo el rostro y la ropa del candidato, manchándolo de color violeta. El aire se llenó de polvo, color y ruido.

Así que para eso era la ropa blanca. Al concluir la prueba, habría ciento cincuenta ganadores manchados de los distintos colores del arcoíris... y un centenar de chicos con cara triste y su indumentaria aún impoluta.

«No seré yo uno de ellos. Yo lo estaré de verde», pensó ella con determinación al tiempo que se inclinaba sobre Fen.

Después de dejar atrás con rapidez una gran cantidad de objetivos morados y azules (algunos colgaban de los árboles y las señales de la calle; otros estaban pegados a los muros de los edificios, muy fáciles de alcanzar; incluso los había que estaban sin más sobre el adoquinado), llegaron a la sección verde. Allí, aun siendo más difíciles de detectar, los objetivos se encontraban dispersos generosamente por el lugar.

La magnífata corría tan deprisa que en un abrir y cerrar de ojos habían dejado atrás, envueltos en una polvareda, a la mitad de los participantes. Sin embargo, todavía quedaban unas cuantas almas tenaces que les iban a la zaga, incluyendo, como bien pronto pudo comprobar con disgusto Morrigan, a Noelle Devereaux, que avanzaba a su izquierda cortando el viento a lomos de su yegua marrón. Al otro lado, los que parecían ser los enemigos jurados de Fenestra: el rinoceronte y su jinete.

El enorme felino hacía bien en no confiar en el robusto paquidermo. No cabía duda de que su presencia suponía una seria amenaza. La bestia se había abierto paso entre sus rivales a base de violentas embestidas a izquierda y derecha, sin importarle contra quién arremetía con su peligroso cuerno ni a quién le pasaba por encima con sus poderosas patas. Por lo visto, no solo quería alcanzar un objetivo dorado, sino también eliminar de paso al resto de los rivales antes de llegar a la plaza Coraje.

«Muy inteligente, hay que reconocerlo... Brutal, pero inteligente», pensó Morrigan. De hecho, habría otros candidatos de los Grupos Este, Norte y Sur que se dirigirían asimismo a esos cinco objetivos, de modo que lo más probable era que llegaran a la vez que ellos al lugar. Evidentemente, no habría suficientes objetivos dorados para todos. La plaza Coraje sería también un completo caos, así que dirigirse a por los verdes era, en efecto, una buena idea.

A pesar de ello, Fen no disminuyó su velocidad lo más mínimo al llegar al anillo verde, ni tampoco giró en Mayhew Street, como Júpiter le había indicado, sino que lo dejó atrás y se adentró a toda pastilla en la sección amarilla. Los objetivos eran cada vez menos y se hallaban más espaciados entre sí. Si no golpeaban uno lo antes posible, podrían verse eliminadas. A pesar de ello, la magnífata continuó todo recto sin dar la sensación de querer detenerse y pasó de largo también el anillo amarillo. Luego, el naranja.

—¡Fen! —gritó por fin Morrigan—. ¡Fen, para! ¿Adónde vas?

—A la plaza Coraje. Voy a conseguirte un objetivo dorado —exclamó el felino.

Ella se quedó helada. ¿En qué estaba pensando Fenestra? Era como si se hubiera vuelto loca de pronto, como si su lado de luchadora callejera se hubiera apoderado por completo de su ser.

—¡No, Fen! Ha dicho Júpiter que...!

—Júpiter dice muchas cosas! ¡Es mejor no hacerle ni caso! ¡Agárrate fuerte!

En ese momento, la gata metió el turbo y comenzó a esquivar y a sortear candidatos con una gracia y una destreza de la que Morrigan jamás la hubiera creído capaz, saltando por encima de dos, tres, cuatro cabezas a la vez, apoyándose en las superficies más minúsculas imaginables y, sin entretenerse lo más mínimo, cogiendo impulso de nuevo de forma maravillosamente elegante. Desde luego, Fenestra era la bestia todoterreno que Júpiter había estado buscando. Se lanzaba sobre las ramas de los árboles, rebotaba en las paredes de los edificios... Lo único que podía hacer Morrigan si quería salir de aquello con vida era agarrarse lo más fuerte posible.

De repente, la niña volvió la vista atrás y, para su alegría, vio que la joven Devereaux y su yegua habían desaparecido por completo, como si se las hubiera tragado el pelotón de rivales que las perseguían o hubieran tomado algún tipo de atajo por una calle lateral.

Un pequeño halo de esperanza floreció en su corazón. Puede que Fen hubiera hecho bien después de todo. ¡Quizá sí que podían alcanzar un objetivo dorado!

Sin embargo, el rinoceronte en estampida aún seguía dando guerra. Fue entonces cuando Morrigan distinguió quién era el jinete. Alguien que, para su sorpresa, reconoció en el acto: la antipática amiga de Noelle. Solo que en esta ocasión no se reía como una hiena, como cuando la Bienvenida Fabulánica, y tampoco tenía cara de presumida superioridad como en la Prueba del Libro. Esta vez tenía pinta de estar... aterrorizada. Su larga trenza negra se le había medio soltado y se agitaba de forma salvaje de un lado a otro. La chica gritaba y tiraba en vano con todas sus fuerzas de las riendas. Era evidente que había perdido por completo el control de su cabalgadura (Morrigan sabía muy bien lo que se sentía en esa situación).

No obstante, el rinoceronte parecía ferozmente decidido a lograr su objetivo, y a esas alturas de la competición, había comprendido ya muy bien quién era su rival más peligrosa, de modo que no tardó ni un segundo en dirigirse hacia ella con el cuerno por delante.

Morrigan tiró del pelo de la magnifigata con desesperación y le gritó la única palabra que su mente fue capaz de articular:

—¡Fen! ¡Rinoceronte!



CAPÍTULO GATORGE

UNA BUENA CABALGADURA DE VERDAD

—¡Viene a por nosotras!

La magnifigata no miró hacia atrás, sino que aceleró y comenzó a zigzaguear con rapidez intentando confundir al rinoceronte, cosa que consiguió, ya que el gran y cornudo patán mantuvo el paso, pero a trompicones, y empezó a embestir y a derribar con estrepitosos bufidos a unos cuantos candidatos que estaban a su altura. Morrigan miró a su espalda y vio a la amiga de Noelle completamente aterrorizada y con los ojos abiertos como platos, incapaz de dirigir ni frenar al animal, aferrada lo mejor que podía a las riendas para seguir con vida.

Fenestra corría más y más rápido, ampliando la brecha entre ellas y el pelotón de perseguidores. El taimado rinoceronte era el único que le pisaba los talones.

—¡Déjalo pasar! —gritó Morrigan.

Sin embargo, el felino no la oyó, o no quiso oírla. La magnifigata, a pesar de dar muestras ya de cansancio y de empezar a perder potencia, parecía haberse vuelto loca de repente, estar poseída.

De pronto, el acorazado paquidermo apareció a su lado agitando su enorme testa.

—¡Cuidado, Fen! —exclamó la chica al tiempo que la bestia arremetía violentamente contra ellas desde el lateral.

La amiga de Noelle soltó un alarido de horror. Morrigan se agarró con fuerza al peludo cuello de Fenestra, que perdió un tanto el equilibrio debido a la embestida. No obstante, consiguió recuperarlo al momento y lanzar con sus largas y afiladas garras un zarpazo defensivo que rasgó la piel de la cabeza de su rival y le hizo proferir un bramido de dolor.

Entonces, un nuevo y terrible grito la obligó a volver otra vez la vista. Lo justo para ver cómo el rinoceronte tropezaba y arrojaba a su jinete, que aterrizó en el suelo con un golpe sordo. El paquidermo cayó de bruces, con el cuerno por delante, y después de grandes esfuerzos por ponerse de nuevo en pie, se alejó a toda velocidad por la calle lateral más cercana. Al parecer, su ambición por alcanzar un objetivo dorado había desaparecido al instante. Conforme huía, el animal profirió un sonoro chillido, una especie de llanto sangriento derivado de los profundos cortes en su coriáceo rostro. Toda su fiereza y agresividad se habían visto vencidas por un simple arañazo de las poderosas zarpas de Fen. Libre por fin de su perseguidor, la magnífata salió disparada hacia delante.

La amiga de Noelle se había quedado sentada en el suelo en mitad de Grand Boulevard negando con la cabeza y con claro gesto de aturdimiento. El resto de los candidatos que marchaban detrás ganaban cada vez más y más terreno; no tardarían mucho en echársele encima. Al fondo, los objetivos seguían explotando aquí y allá, esparciendo en el aire brillantes nubes de polvo rosa y rojo, acercándose de manera amenazante a la niña, que permanecía inmóvil en el suelo.

Morrigan miró al frente. A cien metros de distancia, Grand Boulevard desembocaba en la adoquinada y enorme plaza Coraje. Justo en el centro los vio: cuatro objetivos dorados, colocados uniformemente en el borde de una recargada fuente circular. A pesar de ello, el que mejor pudo distinguir fue el que destacaba en la parte superior de la estatua que la coronaba, un pez de cemento cuya boca abierta sostenía el reluciente objetivo iluminado por el sol.

Estaban cerca, muy cerca, y no había nadie por delante de ellas. La plaza Coraje estaba desierta. Parecía que realmente podría conseguirlo. Pero, de pronto, volvió a echar un vistazo a su espalda y vio que la chica seguía todavía allí, en medio de la calzada, con la mirada perdida, observando cómo se acercaba hacia ella, irremisiblemente y sin la menor intención de detenerse, una ola de cascos de animales y polvo de colores.

A Morrigan se le encogió de repente el corazón.

—¡Fen, tenemos que volver! —gritó—. ¡Van a pisotearla!

Sin embargo, Fenestra parecía no oírla o no querer oírla. Ella le tiró de las orejas con brusquedad.

—¡Fen! ¡La van a matar!

—¿Es que no te das cuenta de que esto es una competición? —protestó el felino.

No obstante, mientras pronunciaba estas últimas palabras, la magnífata regresaba a toda velocidad hacia donde estaba la niña sentada, impotente, agarrándose una pierna ante lo que se le venía encima.

—¡Más deprisa, Fen!

Entonces, el felino echó mano de sus últimas reservas de energía y, con un renovado impulso, llegó hasta la amiga de Noelle, la agarró con los dientes y, justo en el momento en que la masa de animales y jinetes se abalanzaba sobre ellas, se alejó de un salto y se metió por un callejón lateral de Grand Boulevard. Al cabo de un segundo, el resto de participantes pasó en estampida sobre el espacio vacío que hacía apenas un instante había ocupado la chica.

Con una ruda sacudida de cabeza, Fen volvió a poner en el suelo a la niña, que se sentó temblando de miedo y llorando.

—Oh, deja de lloriquear... —gruñó la magnífata.

A continuación, Morrigan cogió las temblorosas manos de la niña, hizo que esta se agarrara al abundante pelaje del cuello del felino y la ayudó a subirse a su lado. Volando a lomos de sus cabalgaduras, cruzaron por delante de ellas los candidatos más rezagados, haciendo retumbar sus cascos en el suelo, levantando nubes inmensas de polvo y obligándolas a esperar en los márgenes de la carrera a que hubieran pasado. Todo estaba perdido. Los objetivos dorados desaparecerían en un visto y no visto.

—Tal vez... —dijo Morrigan desesperada—. Quizá podríamos volver a por los objetivos verdes, o a por los amarillos...

—Agárrate —replicó Fenestra.

—¡¿Que me raje?! ¡No voy a rajarme, Fen! Tiene que quedar uno por alguna parte.

—No, idiota, he dicho que te agarres a mí. Y bien fuerte.

Morrigan hizo lo que se le decía y la magnífata volvió a coger carrerilla al tiempo que añadía:

—¡Seguimos yendo a por el dorado!

La fuente de la plaza Coraje parecía el escenario de una batalla apocalíptica. Los cuatro objetivos dorados situados alrededor del surtidor habían sido ya alcanzados. No obstante, aún quedaba intacto ese otro quinto objetivo a varios metros de altura sostenido por la boca del pez. Docenas de niños (puede que cien), tras haber desmontado de sus respectivas cabalgaduras, gritaban y gorgoteaban con el agua por la cintura, empujándose unos a otros en su desesperado intento por llegar al objetivo. Algunos incluso habían conseguido trepar ya hasta la cola de la estatua y pateaban a los candidatos que intentaban derribarlos desde abajo. Era una escena dantesca. A Morrigan le daba náuseas la sola idea de unirse a ellos.

Sin embargo, no había quien parara a Fenestra. Nada más llegar al lugar, retrocedió un par de metros, echó a correr, pegó un salto impulsándose con sus poderosas patas traseras y, apoyándose como si fueran escalones en los lomos desmontados de los caballos, avestruces y cebras que se encontraban junto a la fuente, se elevó por los aires por encima del resto de los aspirantes y aterrizó en la parte superior de la estatua. Después, clavó bien sus garras alrededor de la cabeza del pez y gritó:

—¡Dale!

Morrigan extendió la mano todo lo que pudo, llegando incluso a rozar el objetivo con la punta de los dedos. Lo tenía tan cerca ya...

En ese momento, la amiga de Noelle, que parecía haberse recuperado de su caída, le clavó las rodillas entre los omoplatos a la magnífata y se propulsó hacia delante por el cuello del felino. Acto seguido, alargó también la mano, quedando ambas niñas una junto a la otra, separadas por escasos centímetros. Finalmente, las dos chicas golpearon el objetivo a la vez.

¡PAM!

Al instante, una nubecilla de polvo dorado cubrió la trenza larga y oscilante de la niña, su rostro y su ropa..., obviando por completo a Morrigan.

—¡De una en una, por favor! —exclamó con gesto malhumorado el funcionario de la Sociedad—. Muy bien, ¿quién ha golpeado el objetivo? ¿Quién iba a lomos del gato gigante?

—¡Yo! —respondieron ambas mirándose entre sí.

—He sido yo —repitió Morrigan—. Yo montaba al gato gigante.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Cadence —se anticipó la otra chica—. Me llamo Cadence Blackburn. Y era yo quien montaba al gato gigante. Yo he sido quien ha dado primero en el objetivo.

—¡No, he sido yo! Morrigan Crow. La magnífata era mi cabalgadura. Ella iba encima del rinoceronte, y se ha caído, y entonces hemos vuelto...

—Yo llevaba las riendas —dijo Cadence—. Yo era quien iba sentada delante. Fíjese, estoy cubierta de polvo dorado. ¿Cómo iba a estarlo si no hubiera sido yo quien ha dado primero en el objetivo?

El empleado miró a la chica de la trenza y luego a Morrigan.

—¿Es eso cierto? ¿Iba ella delante?

Morrigan se quedó sin saber qué decir. No podía negarlo. De hecho, en efecto, por esa razón se hallaba cubierta de polvo dorado. Pero ¡eso era ridículo! Un estúpido tecnicismo que no podía significar nada. Imposible. No era justo.

—Bueno, sí, pero..., solo porque hemos vuelto y la hemos recogido. ¡De lo contrario habría sido pisoteada!

—¿Y crees que eso va a hacer que entres en la Sociedad Fabulánica? —replicó el funcionario con un bufido al tiempo que sacudía la cabeza—. ¿Por qué se creará todo el mundo que el valor y la deportividad le hará ganar puntos? Lo que ponemos a prueba aquí es la tenacidad y la ambición, no la bondad de espíritu.

—No es eso lo que quiero decir —protestó Morrigan desesperada—. Esa magnífata es mi cabalgadura. Y ha subido a la estatua por mí, no por ella. ¡Yo he llegado al objetivo! Esto no es más que una...

—Tonterías —la interrumpió Cadence en voz baja, con un tono parecido al zumbido de una avispa mientras se acercaba un poco más al funcionario y levantaba la mirada hacia sus ojos—. Ese gato es mi cabalgadura. He sido yo quien ha golpeado en el objetivo y quien ha de pasar a la siguiente prueba.

Acto seguido, el hombre entregó un pequeño sobre dorado a la chica. Cadence se lo metió en el bolsillo y huyó corriendo con gesto triunfal. Morrigan podría haber gritado que aquello era una injusticia; sin embargo, fue incapaz de emitir sonido alguno, así que se limitó a inclinar la cabeza hacia un lado y a mirar fría y acusadoramente al funcionario.

—El gato era su cabalgadura —dijo este encogiéndose de hombros—. Ella ha sido quien ha golpeado el objetivo dorado, ella es quien pasa a la próxima prueba.

Morrigan se desinfló como un neumático pinchado. Estaba fuera. Se acabó el juego.

Al poco, Noelle pasó tranquilamente a su lado, rodeada de sus amigos. También ella estaba cubierta del brillante polvo dorado.

—He visto un objetivo rosa en la esquina de Roderick Street y he decidido ir a por él. No sé por qué. Quizá porque el rosa es mi color favorito —contaba con gran júbilo a la vez que alzaba el sobre a modo de trofeo—. ¡Imaginad mi sorpresa cuando ha resultado ser uno de los objetivos dorados ocultos! En fin, supongo que es cuestión de suerte y ya está.

A continuación, miró a Morrigan y sonrió maliciosamente al ver su ropa blanca.

«Roderick Street», pensó Morrigan con amargura al recordar lo que el patrocinador de la chica le había susurrado en la línea de salida. «¡Roderick!» No era una persona, era una indicación para llegar a un objetivo dorado. No se trataba de una cuestión de suerte en absoluto. ¡El señor Charlton y ella habían hecho trampas! ¡Él le había chivado dónde se hallaba el objetivo dorado oculto! ¡No era de extrañar que ella fuera también la única que sabía lo de la cena secreta! Baz le estaba pasando información confidencial a su candidata para que esta superara las pruebas.

Abrumada e indignada por las maquinaciones de Cadence y Noelle, así como por el aplastante dolor que le producía su derrota, Morrigan se dejó caer y se sentó en el borde de la fuente. Se sentía tan tonta... Y lo que era peor aún: estaba aterrorizada por lo que en breve iba a ser de ella. Por supuesto, la expulsarían de Nevermoor; y luego..., entonces... iría a por ella la Cacería de Humo y Sombras. La escena se dibujó en su mente con nitidez: un gran enjambre negro que oscurecía la luz del sol y llenaba el día de tinieblas.

Cuando Júpiter escuchó la historia, se quedó estupefacto. Fenestra, por su parte, estaba furiosa.

—¿Dónde está ese funcionario? —preguntó la magnífata mientras iba de un lado a otro enseñando sus dientes amarillos—. Le voy a meter la pizarra por...

—Tenemos que irnos —dijo North de repente mirando a su espalda—. Tenemos que irnos ya mismo. Han venido.

—¿Quién?...

Morrigan se quedó petrificada al ver llegar serpenteando entre la multitud de candidatos y patrocinadores a un pequeño grupo de policías uniformados de color marrón liderados por la que tal vez podía considerar la tercera persona que peor le caía de Nevermoor (detrás de Cadence Blackburn y Noelle Devereaux). Rápidamente, Júpiter la agarró del brazo y se marcharon en dirección opuesta. Sin embargo, su huida se vio bloqueada al cabo de unos segundos por otros tres agentes. El Hedor los tenía rodeados.

—Vamos a ver ahora esos papeles, capitán North —exigió el inspector Flintlock, alargando la mano con gesto arrogante—. Vamos, entréguemelos.

Morrigan contuvo la respiración. ¿La dejarían pasar por el Deucalion antes de deportarla, despedirse de los residentes y empaquetar sus cosas?, se preguntó. ¡Y Hawthorne! No podían obligarla a marcharse sin despedirse de su amigo. ¿O quizá sí? Su mirada recorrió desesperada todos los rincones del lugar, como tratando de verlo todo por última vez. «Entonces, ¿no he llegado a darle al objetivo?», pensó.

«¿Y la Cacería de Humo y Sombras? ¿Me estará esperando en la frontera?» dijo una débil y aterrorizada voz en su interior.

—¿De qué papeles me está hablando, inspector Flintlock? —preguntó Júpiter sonriendo con amabilidad—. ¿De los periódicos de la mañana? A estas horas ya deben de estar todos sirviendo de retrete para gatos o envolviendo peces muertos en las pescaderías. Aunque debo admitir que es admirable que intente estar siempre al día de lo que pasa en el mundo, Flinty. Bien por usted. Dígamelo si necesita que le explique algún titular.

Flintlock apretó las mandíbulas; no obstante, la sonrisa no llegó a desaparecer de su rostro.

—Muy ingenioso, North, pero que muy ingenioso. Me refiero, por supuesto, al apaño que hizo con el pasaporte de su excandidata, su certificado de residencia en la Séptima Comarca y su visado académico para Nevermoor. Los documentos que, nada más echarles un vistazo por encima, convencerían a cualquiera de que su amiguita tiene todo el derecho del mundo a residir aquí en la Primera Comarca del Estado Libre y no es la sucia ilegal traída de manera clandestina desde la República al amparo de la noche.

—Ah, se refiere usted a ese tipo de papeles. ¿Por qué no lo ha dicho antes? —añadió Júpiter suspirando y comenzando a palpase en la chaqueta de una forma muy teatral.

Después se metió las manos en los bolsillos y se sacó los forros hacia fuera. Incluso se puso a rebuscar dentro de su pelirroja barba en busca de los inexistentes documentos. En circunstancias normales, Morrigan se habría echado a reír ante semejantes ocurrencias por parte de su patrocinador; sin embargo, aquel era sin duda el día menos divertido de su vida.

—Se me está agotando la paciencia, North.

—Sí, lo siento, están aquí... Ah, no, perdón, es un pañuelo... Tenga paciencia conmigo...

Morrigan se preguntó si no sería mejor salir corriendo, escabullirse del Hedor sin que se dieran cuenta e intentar llegar a la estación de fabucarril más cercana.

Entonces, solo por probar, dio un paso hacia un lado disimuladamente. Nadie la detuvo. Acto seguido, miró a su alrededor. Los agentes parecían estar todos concentrados en Júpiter y en su numerito de los papeles, de modo que dio un nuevo paso, esta vez hacia atrás. Y luego otro, y otro... Un poco como Hawthorne se había escabullido de la escena del crimen tras hacer volcar aquel tonel lleno de sapos en la Bienvenida Fabulánica. A poco que retrocediera solo un par de metros más, ya podría camuflarse entre la multitud y poner pies en polvorosa.

—¡Morrigan Crow! —gritó una voz de repente.

Ella se quedó petrificada. Ya está. Iban a arrestarla. Adiós, Nevermoor.

—¡Morrigan Crow! ¡La chica del gato! —insistió la voz—. ¿Dónde está? ¿Alguien ha visto a Morrigan Crow, la chica que iba a lomos del gato gigante?

Era el funcionario de la prueba. Iba abriéndose paso entre la gente con sus andares de pato al tiempo que agitaba un sobre color marfil.

—¡Ah! ¡Ahí estás! ¡Gracias a la Entidad Divina que te he encontrado! Toma, esto es tuyo.

—¿Qué es? —respondió ella, cogiendo el sobre.

—¿A ti qué te parece? Es tu tarjeta de acceso para la próxima prueba, ¿qué va a ser?

Morrigan giró rápidamente la cabeza hacia Júpiter, que parecía tan desconcertado como ella. Flintlock, por su parte, abrió y cerraba la boca, pero sin decir ni pío, igual que un pez al que acabaran de sacar de la pecera y yaciera sin oxígeno sobre la alfombra.

No solo es que ella no diera crédito a lo que acababa de oír, es que ni siquiera se atrevía a creérselo.

—Pero... Usted ha dicho que... Cadence...

—Bueno, sí, pero ha habido... un incidente. Bastante vergonzoso, por cierto. Uno de esos floridos unicornios ha resultado ser un Pegaso al que le habían camuflado las alas y le habían pegado en la frente un cucurucho de helado al revés. No me puedo creer que no hayamos detectado una trampa tan burda antes de la prueba. No solo es muy cruel para con el animal, sino también totalmente contrario al reglamento. Este dice bien claro que aunque no las usen, no pueden participar animales con alas. Bueno, el caso es que habiendo descalificado al candidato en

cuestión, ha quedado una plaza de acceso vacante y, bueno... —añadió un tanto avergonzado—. Debido a... las circunstancias inusuales que rodean tu... caso, espero que..., bueno, creemos que es lo justo. Enhorabuena.

A continuación, el hombre se alejó y Morrigan se quedó contemplando con una sonrisa de oreja a oreja el precioso sobre que tenía en las manos como si estuviera hecho de diamantes. No era dorado, no le permitiría asistir a la cena secreta de los Ancianos; pero eso a ella en aquel momento no le podía importar menos.

—He pasado —murmuró para sí.

Luego, subiendo un poco el volumen, añadió:

—¡He pasado a la próxima prueba!

Después abrió el sobre y leyó en voz alta la nota que había en su interior:

Felicidades, candidato.

Has demostrado tu tenacidad y ambición, así que accedes a la próxima ronda de pruebas para entrar en la Unidad 919 de la Sociedad Fabulánica. La Prueba del Miedo se llevará a cabo en el Otoño del Uno. Su fecha, hora y lugar aún no se han decidido.

Júpiter se echó a reír. Una risa ruidosa, alegre y explosiva que reverberó en los oídos de su candidata. Incluso Fenestra soltó una risita sibilina. Morrigan sintió ganas de ponerse a saltar arriba y abajo. Nunca había sido tan feliz. Jamás se había sentido tan aliviada.

—Brillante, Mog. Brillante. Lo siento, inspector, tendrá que esperar eso de los papeles. En estos momentos, la cuestión referente a la ciudadanía de Morrigan Crow sigue siendo un asunto privado de la Sociedad Fabulánica. ¡Ja, ja, ja!

El inspector Flintlock echaba casi de forma literal espuma por la boca.

—Esto no ha terminado —los amenazó al tiempo que, en su furor, se golpeaba con fuerza el muslo de la pierna derecha, gesto que hizo esbozar a Morrigan una solidaria mueca de dolor—. Tengo ojos por todas partes, Morrigan Crow. Os estaré vigilando. Muy de cerca.

A continuación, dio media vuelta y se alejó seguido de cerca por su hermandad de uniformes marrones.

—Babosos... —murmuró la magnífata conforme se iban.



CAPÍTULO QUINCE

EL DESFILE NEGRO

Otoño del Uno

—Necesito una reina, por favor.

—¿Para qué?

—Tú dame una.

Lanzando un gran suspiro de paciencia infinita, el chico miró entre la baraja de cartas hasta dar con la reina de diamantes.

—Creo que no es así...

Después del éxito de la Prueba de la Carrera (Hawthorne había alcanzado un objetivo naranja a lomos de un camello; desde luego, no era un guepardo), Júpiter había prometido a Morrigan y a su amigo que los dejaría hacer una fiesta de pijamas en el Deucalion la Noche de Todos los Santos; eso sí, siempre y cuando juraran acostarse tarde, inflarse a caramelos y no hacer el bien en absoluto. Fieles a la palabra dada, ambos habían devorado ya montones de dulces, y en aquel instante estaban enseñándose el uno al otro a jugar al póquer en la Sala de Música mientras aguardaban a que llegara Fen, que iba a llevarlos al Desfile Negro a medianoche.

Como era una noche tan especial, toda la estancia se encontraba iluminada con velas y calabazas huecas. Frank, el vampiro enano, cantaba una horrible canción acerca de decapitar a sus temibles enemigos y beberse su sangre. No obstante, los invitados aplaudieron con fuerza al concluir la balada, encantados ante la idea de que aquel hombrecillo pudiera decapitar a alguien, fuera este temible o no.

Morrigan mostró sus cartas en abanico sobre la mesa.

—¡Póquer!

Hawthorne las examinó con detenimiento.

—Eso no es póquer.

—Mira. La reina de diamantes estaba un día paseando por el parque a su perro, la jota de diamantes. Fue entonces cuando conoció al rey de corazones y se enamoró de él. Los dos se casaron seis (de corazones) semanas más tarde, tuvieron tres (de diamantes) niños y fueron felices para siempre —respondió ella con una sonrisa triunfal—. Póquer.

Su amigo gruñó y tiró sus cartas sobre la mesa.

—Vale. Tú sí que me has dejado con cara de póquer —replicó con gesto decepcionado al tiempo que alargaba la mano hacia el montón de caramelos que había a su lado.

—Gracias, gracias, amigos... Y ahora, en esta noche de Todos los Santos en que tan cerca nos sentimos de todo aquello que hemos perdido, quisiera, en honor a mi querida y difunta madre, cantar la que era su canción favorita —dijo el vampiro enano en voz alta, haciendo un gesto a la pianista y provocando un empático murmullo entre la audiencia—. Wilbur, por favor... *Mi Amor es un Garrote Vil* en Re menor.

—¿Dónde se ha metido Fen? —preguntó el chico barajando con apatía las cartas—. ¡Son casi las diez y media! Si no nos vamos pronto, nos quitarán los mejores sitios.

—«Mi amor es un vil garrote / cómo le gusta apretar / me agarra el cuello bien fuerte / el alma me va a estrangular.»

Desde que el otoño comenzara, Hawthorne no había hablado de otra cosa que no fuera el Desfile Negro. Como Júpiter tenía que desfilar junto al resto de la Sociedad Fabulánica, Fenestra era la encargada de acompañar a los dos chicos. La magnífata, tras protestar enérgicamente, había acabado aceptando una vez que North le hubo dado autorización para ponerle a Morrigan cada noche durante un mes polvos pica pica en las sábanas si se portaban mal.

—Fen siempre se toma su tiempo con las cosas —contestó ella a la vez que mordía un esqueleto de regaliz.

—«Me agarra con recios brazos / hace los astros brillar / ¡mi flaco cuello es de ella! / ¡su alma para mí será!»

Con gran pompa y una nota aguda que hizo que Morrigan y Hawthorne pusieran cara de dolor, Frank concluyó su segundo tema musical de la velada. El resto de los invitados rompió a aplaudir en el acto, y el vampiro enano se lo agradeció con una profunda reverencia.

—¿Alguna petición? —preguntó.

—¡Canta algo aterrador! —exclamó un joven.

—Ah... La decapitación y el estrangulamiento no son lo bastante aterradores para ti, ¿eh? —replicó el siniestro hombrecillo con un brillo en los ojos—. A lo mejor te gustaría escuchar algo sobre el... ¿Fabulantor?

Al instante, todos los allí presentes soltaron un grito ahogado. Luego, se echaron a reír nerviosos. En la mesa de juego, Hawthorne pareció tensarse de repente.

—¿Qué tal si esperamos en el vestíbulo?

—Fen ha dicho que la esperáramos aquí —contestó Morrigan—. Como nos vayamos sin ella, se enfadará mucho. ¿Qué pasa?

—Nada, yo solo... —respondió el chico tragando saliva y bajando la voz—. No me apetece oír ninguna canción sobre el Fabulantor.

—Otra vez el Fabulantor... —añadió su amiga poniendo cara de cansancio—. ¿Qué pasa con el Fabulantor? ¿Por qué todos le tienen tanto miedo?

Los ojos de su amigo se abrieron como platos.

—¿No sabes lo que es el Fabulantor?

Justo en ese momento, al otro extremo del salón, el piano enmudeció de golpe.

—¿Será posible? —dijo Frank mirando directamente a Morrigan—. ¿Será posible de verdad que haya un niño que nunca haya oído las historias que se cuentan del Fabulantor?

Todos los presentes se volvieron y miraron sorprendidos a la chica.

—Bueno, quería decir que... He oído hablar de él, pero... —replicó ella, encogiéndose de hombros y mordiendo la cabeza de un fantasma de gominola.

—¿Será posible? —continuó Frank, subiendo el volumen—. ¿Será posible que ella no sepa nada de quien todo el mundo conoce como «El Carnicero de Nevermoor», la maldición de la capital, ese demonio malvado de la boca negra y los ojos sin vida?

Hawthorne emitió un sonido ahogado.

—Pero ¿qué se supone que es? —preguntó Morrigan después de un profundo suspiro, un tanto exasperada.

—Hija mía, mi querida niña oscura... —contestó el vampiro enano, envolviéndose dramáticamente en su capa—. Quizá sea mejor que no lo sepas.

Los invitados estaban encantados con el suspense con el que el tétrico hombrecillo preparaba su historia.

—¡Díselo, Frank! —le suplicaron todos aplaudiendo con salvaje placer—. ¡Cuéntale quién es el Fabulantor!

—Está bien, ya que insisten... —añadió él con renuente afectación, haciendo que, *ipso facto*, la pianista tocara un fuerte y dramático acorde.

Morrigan soltó una risita y pensó: «Todo esto es bastante tonto en realidad».

—¿Quién o qué es el Fabulantor? —comenzó Frank—. ¿Es un hombre o es un monstruo? ¿Vive en nuestra imaginación, o nos acecha realmente entre las sombras a la espera de... abalanzarse sobre nosotros?

El pequeño vampiro arremetió contra un grupito de mujeres, asustándolas y haciéndolas chillar al unísono, primero de miedo y luego de risa.

—¿Es humano o es un animal salvaje que desgarrará nuestro reino de arriba abajo con sus dientes y sus zarpas afiladas hasta consumirnos a todos? —prosiguió, deteniéndose en ese preciso instante para mostrar sus propios e impresionantes colmillos y produciendo entre la concurrencia un cúmulo de sustos ahogados y risitas nerviosas—. El Fabulantor es todas esas cosas. Un fantasma que vive en la oscuridad siempre al acecho, observándonos, esperando que llegue el día en que descuidemos nuestras defensas, en que no nos esperemos su visita, incluso el día en que casi nos hayamos olvidado de él. Entonces regresará.

Acto seguido, Frank desprendió una de las velas de su soporte y se la puso debajo de la barbilla, dejando que el resplandor iluminara de forma inquietante su rostro. A continuación, repitió:

—Entonces regresará.

—Bobadas —dijo en voz baja alguien desde una esquina.

Morrigan se volvió enseguida y vio que era Dame Chanda, que estaba jugando al ajedrez con Kitchari Burns, el conserje. Ambos tenían la cabeza inclinada sobre el tablero, profundamente concentrados en el juego e ignorando por completo los acontecimientos musicales del extremo opuesto del salón.

—Sí, bobadas y más bobadas —canturreó Kitchari, que estaba de acuerdo con su compañera de partida.

—¿Lo son? —preguntó Morrigan—. ¿El Fabulantor no es real?

Dame Chanda suspiró.

—Oh, sí que lo es, pero yo no le preguntaría por él a ese fanfarrón de dientes afilados —murmuró, componiendo un leve gesto con la cabeza en dirección a Frank, que estaba haciendo en ese momento un pequeño número de claqué durante la pausa instrumental—. Él no sería capaz de distinguir al verdadero Fabulantor de una maceta de girasoles. Se cree muy gracioso asustando a la gente.

Morrigan frunció el ceño.

—Pero ¿por qué le tiene tanto miedo todo el mundo? ¿Qué es?

—Una muy buena pregunta —replicó la cantante, a la vez que Kitchari le hacía una seña negando con la cabeza a modo de advertencia—. ¡Oh, venga ya, Chari-Chari! Tarde o temprano tendrá que enterarse. Mejor que le digamos nosotros la verdad, ¿no crees? Mejor eso que escuchar un montón de bobadas en boca de algún tonto.

El conserje levantó las manos en señal de derrota.

—Está bien, pero no creo que a North le guste que lo hagas.

—Pues que se lo hubiera contado él mismo —dijo Dame Chanda, tomándose unos segundos para comerse el caballo de su rival y darle un sorbito a su vaso de brandi—. Frank está bromeando, por supuesto, pero también ha planteado una interesante pregunta histórica. ¿Es el Fabulantor un hombre o un monstruo? Desde luego, está demostrado que hubo un tiempo en que fue un hombre, eso está claro; aunque, hoy en día, la mayoría de las fotografías y los retratos de su juventud han sido destruidos. Hay quien dice que se dio la vuelta a sí mismo, de tal manera que el mal que había en su interior está ahora a la vista de todo el mundo. Otras personas afirman que es un ser con terribles deformaciones, que tiene los dientes, la boca y los ojos negros como los de una araña, que su piel es gris y putrefacta, imagen de la descomposición de su propia alma.

—¿Es cierto que fue exiliado a la fuerza de Nevermoor? —preguntó Hawthorne.

—Sí —contestó la cantante con gesto serio—. Lleva fuera más de cien inviernos. Tiene terminantemente prohibido regresar a ninguna de las Siete Comarcas del Estado Libre. Y hasta la fecha, así ha sido; sobre todo, gracias a los esfuerzos conjuntos de esta gran y antigua ciudad, del Consejo Real de Hechicería y de la Liga Paranormal. Nuestras fronteras se encuentran protegidas por la Fuerza Terrestre y la Fuerza Aérea. Asimismo, el Hedor patrulla por todas partes, y el Sigilo lleva a cabo labores de vigilancia junto con otra docena de organizaciones secretas, cuya existencia tiene como principal objetivo protegernos del Fabulantor. Miles de hombres y mujeres trabajan de forma constante veinticuatro horas al día, siete días a la semana, desde hace más de cien años solo para mantener alejado a un solo hombre. ¿Qué te parece?

Morrigan tragó saliva. Miles de personas... ¿Solo por una? ¿Por qué? ¿Qué sería lo que hizo?

—Fue un hombre que se convirtió en un monstruo, muchachita, eso es lo que hizo —dijo Kitchari de repente como si acabara de leerle la mente—. Un monstruo que, creyéndose el más listo y el más poderoso, decidió jugar a ser Dios y crear, a su vez, sus propios monstruos, un gran ejército de temibles criaturas con la intención de conquistar Nevermoor y esclavizar a la gente.

—¿Por qué?

Kitchari pensó la respuesta unos segundos.

—Por la sed de poder, supongo. Quería convertirse en el amo y señor de toda la ciudad, de todo el reino.

—Muchas personas tuvieron el coraje de enfrentarse a él —agregó Dame Chanda—, pero fueron masacradas. Hombres y mujeres valientes y abnegados que fueron destruidos por el Fabulantor y su ejército de monstruos. Sucedió no muy lejos de aquí, en el casco antiguo. Los nombres de sus calles hacen honor a estas personas. Plaza Coraje, por ejemplo.

—Ahí es donde terminó la Prueba de la Carrera —dijo Morrigan.

Hawthorne asintió con gravedad. Era difícil imaginar aquel cuadrado pavimentado y bañado por el sol, inundado por la sangre de una masacre.

—¡Ah, sí! —añadió Morrigan—. Leímos algo sobre la Masacre de la plaza Coraje, ¿verdad, Hawthorne? Cuando estábamos estudiando para la Prueba del Libro. En la Enciclopedia de la Barbarie de Nevermoor. Sin embargo, no se mencionaba nada sobre el Fabulantor.

—No es de extrañar —replicó Kitchari, mirando de manera significativa a Dame Chanda y enarcando una ceja—. Ni a los libros de historia les gusta hablar del Fabulantor.

—Nadie sabe con exactitud qué pasó con él aquel día —continuó la cantante, sin hacer caso del comentario del conserje—. Algunos dicen que se vio debilitado por el ataque. Otros, que sus monstruos desertaron y lo abandonaron, y que como les gustaba tanto la sangre, se diseminaron por los rincones oscuros de Nevermoor y aún siguen ahí, matándose entre ellos poco a poco y esperando el día que regrese su maestro para reconquistar la ciudad.

—Chanda... —comentó Kitchari mientras volvía a echarle una mirada cargada de intención.

—¿Qué? Eso es lo que dicen algunas personas.

—No es cierto, chavales —añadió el conserje—. Son solo rumores para meter miedo a la gente.

—Yo no he dicho que sea cierto, Chari-Chari. Lo único que he señalado es que es lo que algunos dicen —insistió Dame Chanda un tanto alterada—. De todos modos, desde aquella ocasión, Nevermoor le cerró sus puertas para siempre. Por supuesto, esta prohibición está reforzada no solo por el Hedor y el Sigilo, sino también por hechiceros y magos. No obstante, todo el mundo sabe que es el propio Nevermoor el que realmente mantiene alejado al Fabulantor.

—¿Cómo? —preguntó Morrigan mirando a Hawthorne, que tragó saliva sugestionado por completo por toda la historia—. ¿Qué sucedería si el Fabulantor encuentra un modo de volver a entrar?

—Esta es una ciudad antigua y fuerte, niños —contestó Kitchari—. Protegida además por una magia ancestral y poderosa. Más poderosa que cualquier Fabulantor, así que no os preocupéis por...

—¡Ya está aquí Fen! —exclamó de repente el chico, al tiempo que agarraba a su amiga del brazo obligándola a darse la vuelta, levantarse y salir corriendo al encuentro de la magnífata, que asomaba por la puerta.

Hawthorne se hallaba, a todas luces, ansioso por dejar atrás las conversaciones sobre el Fabulantor.

Nevermoor estaba lleno de fantasmas. También, de vampiros, hombres lobo, princesas, brujas narigudas, un buen número de hadas y alguna que otra calabaza gigante.

Miles de personas disfrazadas se agolpaban en las aceras a la espera de que dieran comienzo las festividades de la noche de Todos los Santos.

Morrigan se frotó las manos para calentarse y se ajustó la bufanda alrededor del cuello. Ella y Hawthorne se sonrieron entre sí emocionados. El aliento de ambos se convertía en vaho nada más salir de sus bocas y mezclarse con el frío aire del otoño. Al final, habían logrado abrirse camino a través del bullicio y la multitud hasta el sitio que, según Júpiter les había asegurado, era el mejor para ver el desfile, justo en la esquina de la calle Deacon y la avenida McLaskey.

La Sociedad Fabulánica llevaba desfilando cientos de años. En sus orígenes, se trataba de una procesión silenciosa en la que todos sus miembros, vestidos con uniforme negro y sus broches de oro en forma de «F» en el cuello de la camisa, marchaban para honrar a los fabulánicos fallecidos en el último año. La costumbre por aquel entonces era que salieran a la calle en filas de nueve a última hora del Día de Todos los Santos, cuando se supone que la línea que separa el mundo de los vivos del de los muertos es más delgada.

Con el paso de los años, la gente de Nevermoor empezó a acudir cada vez en mayor número para presenciar y presentar sus respetos a la silenciosa comitiva, hasta que esta acabó por convertirse en una de las tradiciones más sagradas de la ciudad y se la llamó el Desfile Negro. Al cabo de varias Eras, el evento había adquirido un colorido y un carácter mucho más festivo que antaño; sin embargo, la Sociedad Fabulánica mantenía el hábito de salir los primeros.

Así pues, la gente permaneció inquieta pero callada, mientras las solemnes filas de nueve pasaban ante sus ojos. De hecho, lo único que se oía era el sonido de sus pasos sobre los adoquines. Hubo un momento en que a Morrigan le pareció ver la cabezota pelirroja de su patrocinador; no obstante, eran tantos los miembros de la Sociedad y cruzaban tan rápido que no pudo estar segura del todo. Tenían expresiones sombrías, la vista al frente. De vez en cuando, se veía aquí y allá algún espacio vacío en la formación, y a algunas de las personas que marchaban portando una vela en la mano. Al parecer, como Júpiter les había dicho, cada pequeño cirio representaba a uno de los difuntos. Los miembros más jóvenes, que tenían aspecto de ser poco mayores que ella, iban a la cabecera de la procesión. «Esta debe de ser la Unidad 918», pensó.

«¿Participaremos Hawthorne y yo el año que viene en el desfile?», se preguntó. No era fácil imaginarse a su travieso amigo teniendo que estar con cara seria durante tanto tiempo.

De pronto, una inoportuna imagen se le pasó por la mente: Hawthorne y Noelle marchando uno al lado de la otra. «Eso sí que es más probable que suceda», pensó ella con tristeza. El domador de dragones y la chica de voz angelical uniéndose a las filas de los talentosos integrantes de la Sociedad y marchando por las calles de Nevermoor. Su emoción se atenuó un poco.

Una vez que la comitiva fabulánica pasó de largo, comenzó por fin lo que Hawthorne llamaba el «desfile de verdad». En cuanto empezaron a sonar las trompetas, una ola de expectación y nerviosismo se abrió paso entre la multitud.

—¡Nunca antes había estado tan cerca de la cabecera! —exclamó el chico.

—Nunca antes Fen había tenido que asustar a nadie para que la dejaran pasar —añadió Morrigan conforme levantaba la vista hacia la magnífata, que se encontraba a su espalda despertando miradas de alarma por parte de los transeúntes.

Aunque no se puede decir que le encantara cuidar niños, lo cierto era que el enorme felino se tomaba sus deberes muy en serio. En cuanto alguien se acercaba demasiado a ellos, le bufaba y le enseñaba los dientes hasta que el incauto individuo se retiraba asustado. Así hasta que se creó un espacio vacío circular alrededor de los dos chicos que los protegía y los mantenía aislados de la muchedumbre.

El desfile iba encabezado por una banda de música compuesta de demonios y una aparición fantasmagórica que dirigía la orquesta con su batuta. A continuación, venía lo que parecían una especie de arbustos con forma de animales movidos por una combinación de engranajes mecánicos y cuerdas de títeres. Así, un mamut de ramas y hojas pasó balanceando sus enormes colmillos de un lado a otro, seguido de un frondoso león verde que gruñía y rugía a su paso a los niños pequeños, que chillaban horrorizados.

Los dos chicos se quedaron afónicos de tanto gritar y reír mientras pasaban las carrozas. Una de las cosas que más les gustó fue una altísima y terrorífica marioneta de tres pisos de un hombre lobo, manejada desde atrás por un equipo de personas con largos palos de madera; incluso podían hacer que abriera las mandíbulas y que abriera y cerrara sus ojos amarillos.

No obstante, la favorita de Morrigan resultó ser la del Aquelarre de Nevermoor.

—Este año han optado todas por el típico cliché —dijo Fen con sarcasmo y desaprobación—. Normalmente dicen: «Oh, no, no queremos que se nos reduzca a un estereotipo. Somos personas normales». Mucho mejor así, claro que sí. ¡Bien por las brujas!

Las brujas llevaban unos sombreros negros puntiagudos y tenían la nariz llena de verrugas de mentira. Algunas iban acompañadas de un gato negro y otras volaban sobre unas escobas de madera motorizadas. El aire se llenó a su paso de un cúmulo de risotadas malignas.

Los adultos que presenciaban el espectáculo parecían igual de emocionados que los niños y aplaudían con fervor ante cada carroza que pasaba. Con una excepción: cuando apareció una enorme marioneta de un anciano envuelto en una capa, acompañada de estridentes violines y una música de órgano pretendidamente espeluznante. En ese caso, la única respuesta fue una pequeña serie de abucheos y un buen montón de miradas de desaprobación. No era tan grande como el títere del hombre lobo ni, según Morrigan, daba tanto miedo; sin embargo, muchos padres quedaron bastante descontentos con ella, ya que pasó muy despacio y sus hijos escondieron la cara asustados. Fen frunció el ceño; aunque, a decir verdad, ninguno de los dos chicos sabía muy bien si se trataba del mismo gesto hosco que la gata tenía todos los días o, por el contrario, era, en efecto, fruto de aquella ocasión especial.

—¿Por qué tenían que arruinarnos la diversión? —protestó una mujer que se encontraba a un par de metros a la vez que le tapaba los ojos a su hijito—. Hay cosas que dan demasiado miedo, incluso en el Desfile Negro. ¡El Fabulantor! ¡A quién se le ocurre!...

—¿Ese es el Fabulantor? —replicó Morrigan, echándose a reír y volviéndose hacia Hawthorne, que miraba la marioneta solo de refilón.

La verdad era que no tenía ningún aspecto aterrador. Solo era un viejo encorvado, envuelto en una capa, con los dientes negros y afilados, los ojos del mismo color y los dedos terminados en largas garras. Ocasionales chispas de fuego salían de sus manos, y un altavoz que llevaba colocado en la boca emitía una risa tonta y maníaca. Ella no podía evitar preguntarse cómo

alguien podía asustarse de algo tan estúpido. Entonces, recordó la historia de la masacre de la plaza Coraje y las palabras de Dame Chanda resonaron en su cabeza: «Fue un hombre que se convirtió en un monstruo».

—¡Aquí viene! —exclamó Hawthorne, mirando lo que llegaba detrás de la marioneta del Fabulantor—. ¡El cementerio de Morden! ¡Esa es la mejor!

Construida para parecerse a un verdadero camposanto, la carroza avanzaba recubierta de una niebla blanca y plagada de un enjambre de zombis. Morrigan sabía muy bien que solo eran personas disfrazadas (de hecho, a algunos de ellos se les notaba que se les había caído un poco el maquillaje verde); sin embargo, cuando los vio gemir y ponerse a escarbar en las tumbas, un sincero escalofrío le subió por la espalda. La carroza estaba rodeada por unos barrotes de hierro a los que se agarraban los muertos vivientes y desde los que alargaban los brazos y sacaban la lengua a los niños, quienes alternaban alaridos de risa con carcajadas de terror.

Su amigo tenía razón: era la mejor de todas. Todo el mundo parecía estar de acuerdo, ya que, a su paso, la gente se apretujó hacia delante y se puso de puntillas para ver bien. De hecho, un hombre levantó a su hijo en hombros tapando por completo a los dos amigos.

—Vamos. Hay un cubo de basura ahí detrás. Si nos subimos a él, podremos ver —dijo Hawthorn para solucionar aquella situación.

Morrigan vaciló.

—Pero Fen...

—No tardaremos nada. ¡Rápido! ¡Mientras está distraída! —insistió el chico señalando hacia la magnífata, que estaba echándoles la zarpa a los zombis a través de los travesaños de la carroza.

—Vale... —contestó ella a regañadientes—. Pero te juro que como me ponga polvos pica-pica en las sábanas...

Hawthorne fue el primero en subirse al maloliente contenedor de basura; luego le ofreció la mano a su amiga.

De pronto, procedente del fondo del sucio callejón y a pesar de que no parecía haber nadie allí, oyeron una voz que decía:

—Ayúdenme. Por favor, que alguien me ayude. Me he caído...

Daba la impresión de ser una anciana frágil y asustada. Los dos chicos se miraron. Hawthorne echó un último y anhelante vistazo a la carroza del Cementerio de Morden y bajó de un salto.

—¿Hola? —dijo Morrigan bajando a continuación—. ¿Quién está ahí?

—¡Oh, gracias a Dios! Por favor, necesito ayuda. Me he caído... Aquí... Esto está muy oscuro y húmedo, y creo que me he lastimado el tobillo.

Ambos se adentraron con cautela en el callejón.

—¿Dónde está usted? —preguntó el chico—. No la vemos.

—Aquí abajo.

La voz procedía de algún lugar bajo sus pies.

—Es una alcantarilla, Hawthorne —dijo su amiga, dando un rápido paso hacia atrás.

Una sensación de malestar se apoderó de Morrigan. ¿De verdad había alguien ahí abajo?

Al cabo de un par de segundos, levantaron la tapa con los dedos y la empujaron a un lado. Luego, miraron al interior del agujero. Todo estaba oscuro.

—¿Hola? ¿Está usted ahí abajo?

—¡Oh! Gracias a Dios que me has oído. He tropezado y me he caído, y... creo que me he roto el tobillo. No puedo subir.

—¡Está bien, no se deje llevar por el pánico! ¡Tranquila! —contestó Morrigan—. ¡Bajaremos y la ayudaremos a subir!

En ese momento, Hawthorne sujetó del brazo a Morrigan y le susurró con nerviosismo:

—No soy ningún experto, pero ¿no crees que si oyes una voz procedente de una alcantarilla pidiéndote que bajes, deberías... pensártelo dos veces antes de hacerlo?

—No es más que una señora mayor —replicó su amiga, tratando de convencerse a sí misma tanto como a su amigo y obviando lo raro de toda aquella situación—. ¿Desde cuándo te dan miedo las ancianitas?

—Desde que han empezado a gritarme desde el fondo de las alcantarillas.

—Necesita un médico.

—Quizá deberíamos decírselo a Fen.

—Oh, sí, claro, venga, vamos a decirle a Fen que nos hemos metido sin que lo sepa en un callejón oscuro —siseó ella—. Brillante idea.

Hawthorne gruñó.

—Vale, vale... Pero si nos come vivos una rata gigante o nos despedaza la Bestia Parda de las Cloacas de Nevermoor, mi madre se va a enfadar pero que mucho.

Finalmente, decidieron que lo mejor sería que ella bajara primero y ayudara a la anciana a subir por la escalerilla, ya que él tenía más fuerza (gracias a tanta doma de dragones) y podría levantarla desde arriba.

Nerviosa, Morrigan comenzó a descender. Pero cuando se hubo adentrado dos o tres peldaños en la oscuridad estaba terriblemente asustada. Acto seguido, levantó la vista para comprobar que su amigo seguía todavía allí.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó él.

Entonces, un grito de dolor surgió de las profundidades.

—Por favor, date prisa, no lo puedo soportar.

Ella tragó saliva. El pulso del cuello le latía con fuerza. Apoyando con cuidado un pie después del otro, bajó un nuevo escalón. Y otro. Así hasta que, por fin, pisó el suelo.

Todo estaba más oscuro de lo que había imaginado en un principio, lo cual la obligó a esperar a que sus ojos se adaptaran a aquellas tinieblas.

—¿Ho...? ¿Hola? No la veo. ¿Dónde está?

Sin respuesta. Solo el eco contestó a su pregunta. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad.

—¿Hola? —repitió Morrigan—. ¿Está usted bien?

En ese momento, alzó la vista. La luz procedente de arriba, del callejón, se había esfumado, igual que Hawthorne. Aterrorizada y en mitad de la oscuridad, lanzó un grito ahogado e intentó aferrarse de nuevo a la escalerilla. Pero esta también había desaparecido...

—¿Qué está pasando? —exigió saber, tratando de parecer lo más dura posible (aunque su voz sonó, en cambio, chillona e insegura)—. Esto no tiene gracia.

La anciana soltó una profunda carcajada.

Entonces, se oyó el inconfundible sonido de una cerilla al encenderse, y una brillante luz amarilla iluminó las sombras con un resplandor que la obligó a entrecerrar los ojos. Cuando por fin estos se acomodaron al cambio, pudo comprobar que no se encontraba en absoluto dentro de ninguna alcantarilla.

Y que no estaba sola.



CAPÍTULO DIECISÉIS

SIGUE EL RESPLANDOR

Todas la rodearon en un estrecho círculo, sus rostros iluminados misteriosamente por la luz de las velas. Morrigan quería gritar, correr, pedir auxilio a Hawthorne; sin embargo, estaba petrificada de miedo.

—Somos las brujas del Aquelarre Trece. Somos los ojos que hemos visto lo oculto. A los que no hablan damos voz. Distinguimos a manso y feroz.

Eran siete, algunas jóvenes, otras viejas, pero todas hablaban a la vez como si fueran una. Nada de sombreros puntiagudos ni narices llenas de verrugas. Llevaban vestidos negros de manga larga abotonados hasta el cuello y el pelo recogido en un apretado moño; un oscuro velo ensombrecía sus caras de cruel expresión. «Estas sí que son brujas de verdad», reflexionó Morrigan pensando en lo poco que le gustaba su aspecto.

—¿Qué queréis? —preguntó, moviéndose en círculo y con miedo a quedarse mirando a ninguna de ellas demasiado tiempo.

—Dos espantos tendrás esta Noche de Brujas —respondieron todas al unísono—. Uno se acerca y el otro se conjura. Podrás elegir entre huir o atacar. O seguir la luz y la oración hallar.

Acto seguido, una de las brujas le entregó un pequeño sobre de color marfil. La tarjeta que había en el interior decía:

Bienvenida a la Prueba del Miedo.

Ahora puedes regresar y retirarte de
las pruebas de la Sociedad Fabulánica si lo

deseas. Aún estás a tiempo.

Si decides continuar, no aceptamos
ninguna responsabilidad por las consecuencias
que se puedan derivar de dicha decisión.

Elige sabiamente.

—La Prueba del Miedo —susurró ella sin saber muy bien si sentirse aliviada o aterrorizada.

Por un lado, como resultaba evidente, las brujas no iban a echarla a hervir en ningún caldero o a convertirla en tritón ni nada parecido; pero por otro, ¿cómo la llamó Júpiter? ¿La Prueba de las Crisis Nerviosas? «Algunos candidatos no llegaron nunca a recuperarse del todo», había dicho su patrocinador. Seguro que él se horrorizaba al enterarse de que el nuevo Consejo Superior de Ancianos la había reinstaurado.

Morrigan tragó saliva. El Aquelarre Trece la miró fijamente con ojos fríos y oscuros.

—Somos las brujas que sellarán tu destino —cantaron todas—. Conocemos el terror y el pavor que te aguardan. Sé sabia y date la vuelta antes de que sea demasiado tarde. O si te atreves..., abre la puerta.

En ese momento, las velas se apagaron como si una repentina ráfaga de viento hubiera hecho acto de presencia y las mujeres se esfumaron.

Entonces, dos luces aparecieron de pronto en la oscuridad. Justo a su derecha, la luz procedente del hueco de la alcantarilla acababa de reaparecer iluminando la escalerilla de salida que daba a la calle. Ella alzó la vista y oyó el distante ruido de las celebraciones del Desfile Negro. Un ardiente deseo de volver a él se abrió paso en su interior.

—¿Hawthorne? —exclamó un tanto dubitativa—. ¿Estás ahí?

Pero su amigo parecía haberse marchado. Morrigan sintió un nudo en el estómago. ¿Habría ido en busca de Fen o se encontraría él también en algún otro lugar pasando por su Prueba del Miedo?

A su izquierda, en la oscuridad, una puerta de madera en forma de arco se levantaba medio oculta entre las sombras. En la parte superior, sobre el marco, la luz de una vela medio consumida la invitaba a entrar. «O seguir la luz y la oración hallar.»

Ella deseaba con todas sus fuerzas subir por la escalerilla. Pero ¿qué iba a hacer, abandonar a estas alturas las pruebas? Entonces, le vino a la mente Júpiter y el inspector Flintlock, y Hawthorne y el Hotel Deucalion y, sobre todo, la Cacería de Humo y Sombras... Si la echaban de Nevermoor, tendría que enfrentarse a ella de forma irremediable. No había nada en la Prueba de Miedo que pudiera aterrorizarla tanto como aquello.

Así que, cerrando los puños, dio un par de pasos adelante y se obligó a sí misma a abrir la puerta antes de cambiar de opinión.

El frío aire de la noche hizo que le diera un nuevo escalofrío. Se encontraba fuera otra vez.

Pero no en el callejón.

La luna llena brillaba por encima de unas colinas cubiertas de tumbas puntiagudas, ángeles de cemento y mausoleos descomunales. Un arco de piedra se levantaba sobre su cabeza con una inscripción en la que ponía: «CEMENTERIO DE MORDEN».

Sin embargo, en esta ocasión no había carroza alguna por ninguna parte, y las lápidas no eran de cartón, ni los árboles de papel de seda. Aquel era el verdadero y auténtico Cementerio de Morden, dondequiera que este se hallara.

Aquello tenía muy mala pinta.

No obstante, lo peor de todo era que, una vez más, Morrigan no estaba sola.

Un pavoroso gemido se elevó desde debajo de sus pies. Estaba sobre una tumba, una tumba con un cadáver, un cadáver con una cabeza, una cabeza que, en aquel preciso instante, salía del barro con un alarido áspero y espeluznante.

Morrigan no pudo evitar pegar un grito. Luchando por quitarse de encima toda aquella sucia tierra, el cadáver la cogió del tobillo con una de sus esqueléticas manos en proceso de descomposición. Ella cayó hacia delante y, arrastrándose desesperada, intentó volver a incorporarse; no obstante, el visitante de las profundidades continuaba asiéndola de la pierna.

Y no era el único. Había más. Se los oía por todas partes, levantándose uno detrás de otro de sus tumbas. Ella, agarrada con todas sus fuerzas a la hierba para escapar, lanzó hacia atrás una violenta y desesperada patada que hizo que el zombi la soltara y su calavera saliera volando por todo el cementerio. Acto seguido, volvió a ponerse en pie, y con gran repugnancia, se desenganchó la mano incorpórea que aún seguía aferrada a su tobillo.

—Puaj, qué asco... —murmuró mientras se sacudía de encima los restos de carne humana putrefacta.

En ese momento, alzó la vista y se percató de que otra docena de cadáveres se dirigían en oleada hacia ella, mirándola fijamente con sus hambrientos ojos blancos. La piel y los músculos se les descolgaban mostrando sus huesos roídos. Todos eran viejos canosos, vestidos con ropa de funeral del siglo XIX. No se parecían en nada a los zombis de la carroza del Desfile Negro con sus ropajes rotos con cuidado y su apelmazado maquillaje verde. Estos sí que eran muertos vivientes recién salidos de la tumba. E iban a por ella.

De repente, un desgarrado huracán de pelo rizado atravesó la repugnante horda con un grito ronco.

—¡Arrrrrrrrggggg!

Los cadáveres se apartaron tambaleándose, si no con miedo, sí con cierta alarma.

—¡Tomad esto, muertos andrajosos!

Hawthorne tenía la ropa rasgada y el pelo lleno de hojitas y ramitas que por alguna razón se le habían quedado enredadas. Sujetaba con ambas manos una antorcha encendida, abriéndose paso entre los zombis a base de salvajes golpes a diestro y siniestro. De hecho, la propia Morrigan tuvo que agacharse para evitar que la quemara con el fuego. No obstante, a pesar de su atolondrada impulsividad, el chico pareció apañárselas a la hora de mantener a raya a los muertos vivientes.

—¿Dónde estabas? Nunca me había alegrado tanto de ver a nadie en mi vida.

—¿Yo? —replicó su amigo—. ¿Dónde estabas tú? Me he quedado gritándote desde arriba. Luego, he tratado de bajar y, de pronto, el callejón se ha oscurecido y han aparecido esas brujas...

—¡El Aquelarre Trece! —exclamó ella—. Yo también me las he encontrado. Ha sido horrible. Han dicho que nos encontraríamos con dos...

—Dos espantos cada uno, sí, lo sé.

Hawthorne tenía los ojos abiertos como platos y no paraba de hacer barridos de derecha a izquierda con la antorcha, como si esta fuera una espada. Fium, Fium. Los cadáveres seguían saliendo de sus tumbas cual ratas de alcantarilla.

—¿Cómo vamos a salir de esta? —preguntó Morrigan estremeciéndose.

—Ni idea.

Fium.

—Bueno, ¿y tú cómo has llegado hasta aquí?

—No lo sé. Ha sido como entrar en un túnel. En un extremo veía el Desfile Negro, y en el otro, el resplandor de una vela. Sabía que si volvía al desfile me echarían de las pruebas (Fium, Fium, Fium). Así que tan solo...

—¿Has seguido el resplandor? —dijo Morrigan jadeando, agarrada al hombro de su amigo—. ¡Hawthorne, la vela! Sigue el resplandor, eso es lo que las brujas han dicho. Sigue el resplandor a través de la puerta y...

—¡Se están acercando! —gritó el chico casi sin aliento mientras continuaba moviendo de forma frenética la antorcha de un lado a otro—. ¡Tenemos que huir como sea!

Fium.

—¿Y cómo, si se puede saber? ¡¿Quieres tener cuidado con eso?! —replicó Morrigan, agachándose y evitando por poco que la tea le diera en la cabeza—. ¿De dónde has sacado esa cosa?

—Estaba encendida a la salida de una cripta. Allí, en lo alto de aquella loma, debajo de... —contestó él justo antes de que, de repente, sus ojos se iluminaran—. Debajo del ángel. La estatua del ángel, Morrigan. Sostenía una vela en la mano. Estoy seguro.

Ella observó la suave pendiente a la que se refería Hawthorne y divisó una tumba de mármol en lo alto, la más grande del cementerio.

Su corazón saltaba vertiginosamente del miedo a la esperanza conforme ella y su amigo corrían a toda pastilla por el tenebroso paraje. «O seguir la luz y la oración hallar.» Ángel. Oración... ¡Era una pista! «Si hay alguna manera de salir de esta, tiene que ser a través de esa cripta», pensó. O escapaban de aquella pesadilla o se quedarían encerrados dentro de un elegante mausoleo con un ejército de muertos vivos llamando a la puerta. En breves instantes lo averiguarían.

Hawthorne se abrió camino usando la antorcha contra sus atacantes, igual que si fuera un explorador con un machete cruzando el espesor de la jungla. Los zombis retrocedían, tropezaban y se dispersaban asustados ante el fuego.

En ese momento, los dos chicos distinguieron por fin el pequeño destello de luz en la cima de la colina: un minúsculo y brillante faro que guiaba su huida. ¡Iban a conseguirlo! La cripta estaba ya tan cerca...

—Cerrada —dijo él con gran desilusión al tiempo que dejaba caer la antorcha y comenzaba a empujar la puerta de hierro con todas sus fuerzas.

Morrigan se le unió. Sin embargo, ni la fuerza combinada de ambos haría que aquella puerta se moviera.

Un renovado coro de terroríficos gemidos se extendió a sus espaldas. Los infelices residentes del Cementerio de Morden se acercaban a ellos arrastrando por el suelo de guijarros su informe amalgama de carne y huesos.

Hawthorne volvió a coger la antorcha y se puso de nuevo a moverla de un lado a otro; pero esta vez lo hizo con demasiado entusiasmo y la llama se apagó en el aire.

«Ya está. Se acabó», pensó su amiga.

Desesperada, alzó la vista hacia la estatua que había encima de la cripta. El ángel le devolvió la mirada con gesto burlón al tiempo que sostenía un trozo de vela medio derretido en la mano.

Un momento...

Entonces, ella se fijó bien y se dio cuenta de que, con la otra mano, la estatua señalaba al suelo, justo a la izquierda de donde se encontraban, hacia una tumba vacía recién cavada en la tierra que tenía una profundidad de unos dos metros.

Una nueva variedad de pavor se apoderó de Morrigan.

Su amigo continuaba moviendo la antorcha ya apagada delante de la horda de muertos vivientes; no obstante, sin la amenaza del fuego, esta ya no parecía intimidarlos tanto. En una última y encolerizada acometida, se la tiró a la cabeza a un cadáver elegantemente vestido, logrando golpear, sin embargo, únicamente su sombrero de copa.

—¿Sugerencias?

—Solo una —respondió ella, agarrando del brazo a Hawthorne y avanzando muy despacio junto a él hacia la tumba abierta sin quitarles ojo de encima ni por un segundo a los zombis.

—¿Es buena idea?

—Sí —mintió.

Se trataba de una idea terrible. Verdaderamente horrible. Pero era la única que tenía.

—Bueno, ¿qué? ¿Vas a decirme de qué se trata?

—No.

Acto seguido, llevándose a su amigo consigo, Morrigan saltó al interior de la fosa. Mientras lo hacía, su mente se preparó para el impacto, para cuando aterrizara en el fondo y se diera cuenta de que había cometido un terrible error y de que un ejército de zombis estaban a punto de devorarles el cerebro.

Por suerte, eso nunca llegó a ocurrir. Gritando al unísono, los dos amigos cayeron y cayeron cruzando la fría oscuridad. Parecía que el descenso no terminaría nunca. No obstante, cuando por fin tomaron tierra lo hicieron sobre una suave y húmeda hierba. Ambos se incorporaron un poco y, cuando recuperaron el aliento, se sonrieron con alivio como bobalicones.

—¿Cómo sabías que funcionaría? —resopló Hawthorn.

—No lo sabía. He acertado —respondió Morrigan, levantándose y sacudiéndose el polvo de encima.

Se hallaban en una especie de jardín, rodeados por unos setos de unos seis metros de altura. Minúsculas luces doradas centelleaban entre el follaje. En un extremo del recinto, un estanque burbujeaba con placidez. En el otro, un manzano acababa de dejar caer su moteada cosecha roja en el suelo. A su izquierda, se levantaba un alto arbusto en forma de arco bajo el cual se abría un oscuro y brumoso sendero. A su derecha, una puerta de madera entreabierta dejaba pasar un pálido haz de luz plateado.

—¿Dónde estamos? —preguntó Hawthorne.

El aire que se respiraba era otoñal y agradable. Olía a lluvia, a chimenea y a hojas caducas, también a manzanas y a cera de abejas. La luna parecía brillar con más fuerza y ser más amarilla de lo normal. Era como si alguien hubiera cogido la típica noche del mes de noviembre y hubiera intensificado de modo considerable cada una de sus habituales características.

Todo parecía ser un poco... más.

—Es el clima del SoFa —murmuró Morrigan—. Yo diría que estamos en los jardines de la Sociedad Fabulánica.

—¡Anda! —exclamó sorprendido su amigo—. Entonces, ¿hemos pasado? ¿Eso es todo?

—No estoy segura. ¿No se suponía que nos enfrentaríamos a dos sustos?

El chico hizo una mueca de contrariedad.

—¡Vaya! Esperaba que las brujas contaran ya como uno.

Ella frunció el ceño. ¿En serio iba a ser así de fácil?

Las brujas, desde luego, habían sido espeluznantes. Y el Cementerio Morden, por supuesto, era un lugar donde no pensaba volver a poner el pie en su vida. Pero aun así... no acababa de entender muy bien por qué alguien llamaría a esto «Prueba de las Crisis Nerviosas».

Quizá era que ella tenía un umbral del miedo más alto que el de la mayoría de la gente.

Todo parecía en calma en aquel jardín. Ningún indicio de peligro. Nada que inspirara urgencia por marcharse de allí. Puede que alguien estuviera a punto de hacer acto de presencia para felicitarlos y decirles que habían concluido con éxito la prueba. «Tal vez sea mejor que nos quedemos aquí un ratito», pensó.

Poco a poco, dejándose llevar por el agradable tintineo del estanque, Morrigan se fue quedando dormida. De hecho, más concretamente, lo que empezó a sentir fue como si el agua le estuviera haciendo señas para que se aproximara, como si tirara de ella con una cuerda.

Entonces lo vio. El tenue resplandor dorado de una vela colocada sobre una piedra en el centro del estanque, rompiendo con su débil incandescencia el impoluto azul de la superficie y haciendo surgir dos pequeños riachuelos de cera derretida que desembocaban en el agua. Estaba a punto de llamar a Hawthorne cuando de repente...

—¡Morrigan, mira! —gritó su amigo desde el otro extremo del jardín—. ¡La he encontrado! ¡He encontrado la siguiente vela!

Ella salió corriendo en el acto hacia su amigo, que estaba parado debajo de un árbol, señalando hacia arriba, hacia algún sitio en las ramas. En efecto, encaramada en una de las más altas, una pequeña candela se sostenía sobre una base de cera derretida. Al cabo de unos minutos, y tras un rápido escrutinio del lugar, una tercera vela medio consumida apareció sobre el picaporte de la puerta de madera. Más tarde, una cuarta goteando debajo del sombrío arco.

—¿Cuál se supone que debemos seguir? —preguntó Morrigan.

—Es obvio, ¿no? —replicó él con gesto confuso.

—La del estanque —dijo ella al mismo tiempo que su amigo respondía: «La del manzano»—. No, la del estanque. ¡Está ahí para que saltemos! ¿Cómo vamos a seguir el resplandor si está en la rama de un árbol?

—¡Escalándolo! ¡Anda que...!

—¿Y después qué? ¿Rompernos la pierna al bajar?

¿Cómo podía pensar Hawthorne que debían seguir la vela del manzano? Resultaba obvio que la del estanque era la correcta. Morrigan sentía en su interior cómo la llamaba.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí toda la noche —afirmó su amigo—. Lo echaremos a suertes a la pajita más larga.

—No tenemos pajitas.

—Pues a Piedra, Papel o Tijera.

Ella gruñó de mala gana.

—Vale.

—¿Vosotros dos qué sois? ¿Unos completos idiotas o qué? —soltó de pronto una voz desde la oscuridad.

Ambos volvieron la cabeza y vieron a una niña sentada en el suelo, apoyada en un seto y con las piernas estiradas. Tenía su largo y abundante cabello recogido en una trenza, y llevaba puesto un pijama de lino, una bata y unos calcetines de lana a rayas. Las brujas del Aquelarre Trece debían de haberla sacado directamente de la cama.

Morrigan sintió una desagradable punzada al percatarse de quién era.

—¿Qué estás tú haciendo aquí?

—¿Tú qué crees? —respondió Cadence Blackburn, poniendo cara de infinita paciencia—. La Prueba del Miedo. Igual que vosotros.

—Mientes, Cadence —replicó ella frunciendo el ceño.

—¿Tú..., te acuerdas de mí? —dijo la niña, y cambió su antipática expresión por un ligero gesto de sorpresa.

—Por supuesto que sí... —respondió Morrigan, que notaba como la ira iba creciendo en su interior—. Tú fuiste quien me robó en la Prueba de la Carrera mi tarjeta de acceso a la cena secreta de los Ancianos.

Cadence la observó en silencio un tanto boquiabierta.

Morrigan se preguntó si iría a disculparse. Sin embargo, al cabo de un segundo, la amiga de Noelle se quitó de encima su asombro y preguntó:

—¿Así que al final pasaste?

—Espero que mereciera la pena la cena —afirmó Morrigan con resentimiento—. Supongo que a estas alturas ya serás amiguita íntima de la Anciana Quinn, ¿verdad?

La chica de la trenza tenía un buen número de ramitas enredadas en el pelo. ¿Cuál habría sido su primera Prueba del Miedo? ¿La habrían perseguido también a ella unos zombis?

—En realidad, no —contestó Cadence, levantándose y estirándose la bata, que estaba llena de tierra—. Si te digo la verdad, fue un horror. Noelle no dejó de hablar de sí misma. Nadie más pudo decir ni pío. Los Ancianos apenas se dieron cuenta de que yo estaba allí.

Morrigan se sorprendió al oírla hablar de su amiga de aquella manera. Acto seguido, la chica caminó hasta el borde del estanque y añadió:

—Da igual... ¿Y vosotros qué, pareja de idiotas? ¿Os habéis dado cuenta ya o no?

—¿Que si nos hemos dado cuenta de qué? —preguntó Hawthorne.

—No tenéis que elegir lo mismo —contestó Cadence como si fuera lo más obvio del mundo—. Todos los demás han salido corriendo directamente por debajo del arco, se han subido enseguida a ese estúpido árbol o lo que sea, pero vosotros sois el único par de idiotas que lo echa a suertes sacando pajitas.

—¿Los demás? —dijo él—. ¿Cuántas personas han pasado ya por aquí?

—Montones. Nos mandan a todos aquí y nos volvemos majaretas con una de esas velas. Es parte de la prueba. Se supone que te sientes atraído por aquella a la que estás destinado. Al menos, eso creo —concluyó la amiga de Noelle encogiéndose de hombros con indiferencia.

—¿Y tú por qué no has pasado si eres tan lista? —soltó el chico—. ¿Es que te da miedo o qué?

Cadence le hizo una mueca.

—Por supuesto que no tengo miedo. Yo solo... Es que nadie ha saltado aún al estanque. Todos se han ido por alguno de los otros tres sitios. Yo esperaba...

Morrigan protestó.

—¡Ah, ya! Claro que sí, esperabas a ver qué pasaba. No quieres lanzarte la primera, no vaya a ser que suceda algo malo. Eres una tramposa y una cobarde. Pues bien, a mí no me importa, yo no tengo miedo —mintió, conforme avanzaba hasta el borde del estanque, se recogía el dobladillo del vestido y sus manos empezaban a temblar.

A continuación, cerró los ojos y, tratando de parecer más segura de sí misma de lo que estaba, añadió:

—Hawthorne, tú trepa al árbol. Yo voy a saltar.

—¿Estás segura de que no...?

—A la de tres. Una...

—¡Tres! —gritó Cadence empujándola de repente.

Morrigan cayó de bruces al estanque y comenzó a hundirse sin parar hasta quedarse casi sin oxígeno. En ese momento, abrió los ojos dentro del agua e intentó con todas sus fuerzas volver a ascender y salir a la superficie.

No se veía nada. Ninguna luz de ninguna vela. Todo estaba negro. El pecho le ardía. Estaba a punto de ahogarse, a punto de morir, y entonces...

Calma.

Oscuridad.

Calidez.

Tierra.

Morrigan respiró hondo un par de veces. El maravilloso aire frío entró dentro de sus pulmones vacíos.

Se encontraba en mitad del asfalto, de un asfalto duro y repleto de baches y socavones. Haciendo un esfuerzo, se puso de rodillas y, a continuación, se levantó y tardó unos segundos en recuperar el equilibrio.

Todo estaba en silencio. Una brisa fresca acarició su cuello.

Entonces, vio una placa de calle. Se encontraba en la esquina de la calle Deacon y la avenida McLaskey. Una luz dorada procedente de una farola brillaba por encima de su cabeza dibujando a su alrededor un círculo luminoso sobre el adoquinado. Se trataba del mismo lugar en el que había presenciado el desfile de las carrozas. ¿Cuánto haría de aquello? ¿Horas? ¿Cuánto tiempo había pasado desde todo aquel follón de luces y disfraces? ¿Días?

«¿Dónde está Fen? ¿Y Hawthorne?», se preguntó.

La calle estaba vacía por completo. Ni un alma.

—¿Hola? —preguntó en voz baja con miedo a oír la respuesta, con miedo también a que nadie respondiera.

Sin embargo, algo sí que parecía haber en lo alto, algo que aleteaba velozmente. Morrigan alzó la vista y vio una cosa negra, una especie de pequeño murciélago o de polilla grande, atraída por el brillo de la farola, que continuó tiritando de modo frenético hasta acabar aterrizando a sus pies.

Nada más hacerlo, se dio cuenta de lo que era.

Se trataba de un sobre negro con su nombre.

Se inclinó para recogerlo.

Dentro, había una nota.

Has fracasado.

Ellos vienen a por ti.

Sal.

De pronto, Morrigan sintió cómo todos los músculos de sus piernas se tensaban de golpe. No obstante, por alguna extraña razón, era incapaz de obligarlos a entrar en movimiento. «Ellos vienen a por ti.» Las palabras retumbaron en su cabeza.

Se acabó. No había superado la Prueba del Miedo. Durante un año, había sido capaz de evitar la maldición con la que había nacido; sin embargo, esta había acabado por darle alcance.

El apacible silencio que reinaba en el lugar se hizo añicos ante el repentino y aterrador bramido de un cuerno de cacería y el violento traqueteo de los cascos de los caballos sobre los adoquines. La nota cayó de la mano de Morrigan flotando hasta el suelo en cámara lenta y aterrizando con el dorso hacia arriba. Solo tenía una palabra:

CORRE.

Pero no había adónde huir. La Cacería de Humo y Sombras estaba ya saliendo a rastras de la oscuridad, rodeándola y devorando poco a poco los bordes del círculo luminoso dentro del cual se encontraba la chica. De repente, una inesperada voz le habló desde algún lugar en el interior de su cabeza.

—Las sombras son sombras, señorita Crow... Les atrae la oscuridad.

—La luz... —susurró ella con voz temblorosa—. No te apartes de la luz.

Entonces, obligándose a sí misma a apartar la mirada de los hipnóticos y brillantes ojos rojos de la Cacería, levantó la vista hacia arriba, hacia el resplandor dorado de la farola. Acto seguido, se agarró al poste metálico y comenzó a trepar por él en dirección a la luz. Puede que hubiera fracasado en las pruebas, puede que la expulsaran de Nevermoor, pero, desde luego, lo que no iba a permitir era que se la llevara la Cacería. De ningún modo.

—No te alejes de la luz —susurró de nuevo, sintiéndose más fuerte.

De repente, se le resbaló un pie. Parecía a punto de descolgarse y caer; sin embargo, consiguió sujetarse lo mejor que pudo y, sabiendo que le iba la vida en ello, envolvió con sus piernas el poste y volvió a trepar con mayor decisión hacia el resplandor, sin prestar atención a los gruñidos de los perros que había debajo de ella ni al sonido de los rifles cargándose. Cada vez estaba más cerca de la luz. Una mano; después, la otra. Unos centímetros más. Luego, un peldaño... Dos peldaños... Hasta lo alto de la escalerilla... La escalerilla que conducía hacia el aura de claridad circular... Hacia la boca de la alcantarilla... Hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba, hacia el callejón... Por fin... Por fin... a salvo.

Tan pronto como volvió a salir al callejón, Morrigan se apoyó contra la pared y entonces trató de recobrar el aliento. A continuación, echó un breve vistazo al final de la calle. Allí estaba. El Desfile Negro. Con todo su color y toda su vida, como si nunca se hubiera alejado de él. No había ni rastro de la Cacería de Humo y Sombras. Su pesadilla había terminado. Entonces, suspiró y cerró los ojos. Todo había sido parte de la Prueba del Miedo. Se sentía tan aliviada que casi se echa a llorar.

—¡No necesito piernas para derrotarte! —exclamó de pronto un desquiciado Hawthorne.

Morrigan abrió los ojos y vio a su amigo saliendo a rastras de la alcantarilla, impulsándose solo con la parte superior de su cuerpo.

—¡Vuelve aquí, cobarde! ¡Lucharé contigo sin piernas si es necesario! —repitió el chico.

—¡Hawthorne! —gritó ella, abalanzándose sobre el agujero para ayudarlo a salir—. ¡Hawthorne, esto no es real! ¡Sí que tienes piernas!

En ese momento, el muchacho dejó de sacudirse y, aún jadeando, miró a izquierda y derecha buscando a su enemigo. Al cabo de un segundo, bajó la vista y pareció volver en sí conforme se acariciaba las piernas hasta los dedos de los pies.

—Tengo... ¡Tengo piernas! —dijo dando un salto de alegría—. ¡Ja! ¡Tengo piernas!

Morrigan se echó a reír también.

—¿Qué creías que les había pasado?

—Pensaba que me las había comido un dragón —respondió él con la cara pálida, sonriendo y pasándose las temblorosas manos por el pelo—. Un bicho enorme y espantoso.

—Así que te querías pelear con un dragón —añadió ella burlona—. ¿Sin piernas?

Antes de que su amigo pudiera responder, todo se volvió de nuevo negro y silencioso, como si algo se hubiera tragado de golpe todo el ruido y la luz del Desfile Negro, como si alguien hubiera apretado un interruptor y apagado la luna.

Una cerilla se encendió en la oscuridad, y Morrigan y Hawthorne se vieron rodeados por unas caras ocultas tras un velo e iluminadas por la luz de unas velas. El Aquelarre Trece.

El chico se agarró al brazo de su compañera y susurró:

—Creía que se había terminado todo.

—Yo también —replicó ella.

Las siete voces se alzaron como una sola.

—Somos las brujas del Aquelarre Trece. Abigail, Amity, Stella, Nadine, Zoe, Rosario y la Dulce Madre Nell (ella era el murciélago). Habéis sido elegidos, joven Crow y joven Swift. Pasáis a la Prueba del Gran Talento. Vuestro coraje y audacia ante los espantos os han resultado de gran utilidad a ambos esta noche de Todos los Santos. Así que marchaos con nuestra bendición y sin rencores. Y disfrutad del diez por ciento de descuento en El Caldero Inglés.

A continuación, las téticas mujeres les entregaron a cada uno un cupón para una tienda de objetos de magia y un sobre de color marfil dentro del cual estaba la tarjeta de acceso a la última prueba (la Prueba del Gran Talento), que tendría lugar en el Troliseo el quinto sábado del Invierno del Uno.

Al cabo de un segundo, el Aquelarre Trece apagó sus velas y desapareció. Entonces, los sonidos del desfile retornaron poco a poco y fueron elevándose a su alrededor como si alguien estuviera subiendo el volumen de una cadena musical. Por fin, ahora sí, la Prueba del Miedo acababa de concluir.

Las piernas de Morrigan parecían de gelatina. Lo había conseguido. Había superado las tres primeras pruebas, tal y como Júpiter le dijo que haría. Para entrar en la Sociedad Fabulánica tan solo le quedaba confiar en que su patrocinador cumpliera lo prometido: ayudarla a pasar la Prueba del Gran Talento.

Sonaba muy fácil en su cabeza.

Para decepción de Hawthorne, el desfile llegaba a su fin justo cuando regresaron a él. Los dos chicos se abrieron paso entre la multitud y fueron al encuentro de Fenestra. Sin embargo, esta no se hallaba por ninguna parte.

—Nos va a matar. Venga, vamos al fabucarril, tal vez nos esté buscando allí —dijo Morrigan, poniendo rumbo de inmediato en esa dirección.

—No es culpa nuestra, ¿o sí? —replicó su amigo, llegando rápidamente a su altura y andando a su lado—. Me muero de ganas de contarle a mi madre lo de los zombis. Se va a poner tan celosa...

—Me pregunto si Cadence habrá acabado saliendo del jardín.

—¿Quién es Cadence?

—La chica que me ha empujado al estanque. Ese es su nombre: Cadence Blackburn —contestó Morrigan al tiempo que se agachaba mientras pasaba, en un último homenaje al Día de Todos los Santos, un pequeño murciélago junto a su cabeza—. Me pregunto si habrá saltado detrás de mí... Seguro que todavía sigue allí sentada, la muy cobardica.

El chico pareció desconcertado.

—¿De qué estás hablando?

—¿Qué ha pasado después de que yo desapareciera? ¿Ha saltado detrás de mí o...?

—¿Que si ha saltado quién?

—¡Muy gracioso, Hawth..., uf!

En ese momento, una mujer disfrazada de calabaza empujó sin querer a Morrigan y se alejó a toda prisa sin ni siquiera ser consciente de lo que había hecho. Ella cayó al suelo despatarrada.

—Hay que ver. Qué mala educación —afirmó una voz desde arriba—. ¿Estás bien? Deja que te ayude...

Morrigan alzó la vista un poco aturdida y vio a un hombre con un abrigo gris y una bufanda plateada alrededor del cuello que le ocultaba media cara. Acto seguido, el sujeto extendió su mano enguantada; pero Hawthorne ya estaba levantando a su amiga de los adoquines.

—Estoy bien. Gracias.

—Oh, es usted... —dijo el individuo, bajándose la bufanda y revelando un pálido rostro muy familiar y una sonrisa desconcertada—. Hola otra vez, señorita Crow.

—¡Señor Jones! —exclamó ella mientras se sacudía el polvo de las manos y los pantalones—. ¿Qué está haciendo en Nevermoor?

—Estoy visitando a unos viejos amigos. Participan en el desfile, así que vine a darles mi apoyo moral.

—No le he visto en el Hotel Deucalion. ¿Se hospeda en esta ocasión en algún otro sitio?

El señor Jones pareció un tanto sorprendido.

—No, por Dios... Jamás me quedaría en otro lugar que no fuera el Deucalion. Una pena que el señor Squall no haya podido darme más días libres. Solo estoy aquí esta noche.

—Pues ha venido desde bien lejos solo por una noche. Debe de gustarle mucho el Desfile Negro.

—Supongo que sí —contestó él soltando una risita.

—Bueno... Pues Feliz Día de Todos los Santos —dijo ella mirando a su espalda en dirección a la estación del fabucarril, pues creía haber visto las orejas grises y peludas de Fen sobresaliendo entre la multitud—. Deberíamos irnos. Ha sido un placer.

—¿Es este su patrocinador?

—No, este es mi amigo Hawthorne.

El señor Jones se volvió hacia el chico con gesto afable y lo examinó entrecerrando un poco los ojos.

—¿Cómo está?

Hawthorne lo miró distraído.

—Gracias, quiero decir, muy bien, ¿y usted? Morrigan, tenemos que irnos, Fen estará hecha una furia.

—Es verdad. Encantada de volver a verlo, señor Jones.

—Espere... Me he quedado con ganas de preguntarle qué tal le fue en las pruebas para entrar en la Sociedad.

—¡Pues, de hecho, bien! —respondió ella sin poder disimular la felicidad y la sorpresa que le producía el hecho de haberlas superado—. Ahora mismo acabamos de terminar una de ellas: la Prueba del Miedo.

—¿Y ha pasado a la siguiente?

—Sí, pero... —replicó Morrigan con una sonrisa al tiempo que, justo en ese preciso instante, recordaba el extraño momento, cuando la Cacería se acercaba, en que oyó la voz del señor Jones en su cabeza.

«Las sombras son sombras, señorita Crow.» Puede que estuviera un poco fuera de lugar contarle aquello.

—¡Felicidades! —la interrumpió él—. Tres superadas. Ya solo le queda una. Es para sentirse pero que muy orgullosa. Entonces, supongo que ya sabe cuál es su talento.

A Morrigan el corazón se le paró de golpe. La sonrisa desapareció de su cara en el acto. Se hallaba a punto de admitir que, en realidad, no lo sabía todavía cuando Hawthorne saltó:

—Morrigan, polvos pica-pica.

—Debe usted irse, señorita Crow. Creo que su amigo tiene prisa. Buena suerte en la prueba final —añadió el señor Jones quitándose el sombrero—. A los dos.

Para gran sorpresa de ambos, Fenestra ignoró sus trastabilladas explicaciones y sus disculpas con un desinteresado movimiento de cola.

—Ya sé, ya sé... La Prueba del Miedo. Ya me lo ha dicho Júpiter.

—¿Ya lo sabías? —preguntó Hawthorne.

—Por supuesto que sí —contestó la magnífata poniendo cara de infinita paciencia—. ¿Por qué crees que he fingido estar distraída mientras vosotros dos, mocosos, os escapabais corriendo? Bueno, ahora, daos prisa: como perdamos el último tren, os tocará a vosotros llevarme a casa.

Iban siguiendo al felino por el insondable y atestado laberinto de escaleras y túneles de la estación subterránea cuando Hawthorne, por fin, se volvió hacia Morrigan y le preguntó:

—¿Quién era ese bicho raro del abrigo gris?

—El señor Jones —respondió ella, quitándose la bufanda y guardándosela en el bolsillo—. Y no es un bicho raro. Es bueno.

—Te ha hecho mil setecientos millones de preguntas. Pensaba que no nos iba a dejar marcharnos nunca. ¿Y de qué lo conoces?

—Me ofreció un contrato de formación el Día de la Puja.

El chico enarcó las cejas sorprendido.

—¿Tuviste dos ofertas? Y yo que estaba emocionado por conseguir una...

—Tuve cuatro —añadió Morrigan poniéndose un poco colorada—. Pero dos eran falsas. Alguien me gastó una especie de broma o algo así.

Su amigo se quedó pensativo y en silencio hasta que llegaron al andén. En ese momento, los tres echaron una carrera y saltaron dentro del vagón justo cuando se cerraban las puertas.

—¿Y no sabes todavía cuál es? —preguntó él mientras se acomodaban en los dos últimos asientos que quedaban libres.

Fenestra, por su parte, se acurrucó al lado de ellos echando al resto de los pasajeros esa mirada suya de malas pulgas marca de la casa.

—¿El qué? —contestó ella, a pesar de saber muy bien a qué se refería.

—Tu talento. Debe de ser realmente bueno. Para obtener cuatro ofertas...

—Dos ofertas —lo corrigió Morrigan mirándose los zapatos—. Y no puede ser tan bueno si ni siquiera sé cuál es.

Aunque sabía que Hawthorne se moría de ganas de preguntarle más cosas sobre el tema, ambos permanecieron callados durante las siete paradas que duró el trayecto. Cuando salieron al aire fresco de la noche, el chico le dio un golpecito con el codo en el brazo y le preguntó por fin:

—Entonces ¿de qué escuela venía ese tío tan raro de gris?

Ella frunció el ceño.

—No es de una escuela, sino de una empresa llamada Industrias Squall. Y no lo llames así.

—¿Y dices que ese Jones te ofreció un contrato de formación?

—No, él no. Su jefe es quien me hizo la oferta. Ezra Squall.

—Ezra Squall... —repitió Hawthorne arrugando la frente—. ¿Dónde he...?

—¡Vosotros dos, ¿queréis, por favor, dejar de perder el tiempo?! —gritó Fen casi una manzana por delante de ellos, haciendo que los dos chicos salieran corriendo hasta llegar a su altura—. ¿Qué estáis cotorreando, si se puede saber?

—Nada —replicó Morrigan jadeando.

—Ezra Squall... —añadió Hawthorne casi a la vez.

—¿Ezra Squall? —preguntó Fenestra atragantándose en el acto—. Hacía mucho que no oía esas dos palabras. ¿Cómo conocéis vosotros el nombre de Ezra Squall?

—¿Y tú de qué conoces a Ezra Squall? —contraatacó Morrigan—. ¿Es amigo tuyo?

La magnífata pareció ofenderse mucho.

—Muy graciosa. No, el hombre más malvado que jamás haya existido no es amigo mío, muchas gracias —afirmó el animal.

—¿El hombre más malvado que jamás haya existido? —preguntó ella—. ¿De qué estás...?

—Ni una palabra más sobre Ezra Squall, ¿entendido? —la interrumpió Fen, bajando la voz, mirando furtivamente a su alrededor y poniéndose más seria y nerviosa de lo que nunca la había visto—. No bromeéis con eso de ser amigo del Fabulantor. Si os oyen...

—¿El Fabulantor? —preguntó Morrigan deteniéndose de golpe—. ¿Ezra Squall es el Fabulantor?

—He dicho que ni una palabra más sobre él —contestó la magnífata, a la vez que se adentraba en el callejón Caddisfly y dejaba a los dos chicos atónitos y en silencio.

Solo cuando llegaron a la habitación de Morrigan y se hubieron acomodado en sus respectivas camas (aquella noche eran dos hamacas que se balanceaban una al lado de la otra), los dos amigos pudieron por fin hablar con libertad.

—Quizá se refiere a otro Squall.

Morrigan resopló con impaciencia.

—Sí, claro. Seguro que hay montones de Ezra Squall.

A continuación, estuvieron callados durante varios minutos.

—Soy una idiota —afirmó ella en voz baja—. El señor Jones me dijo... Me dijo que Ezra Squall era la única persona viva que sabía cómo controlar el fabulanio. Eso es, ¿no? Eso es lo que hace el Fabulantor, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Por supuesto. Pero qué tonta soy... —continuó Morrigan, incorporándose y descolgando las piernas por un lateral de la hamaca—. ¿Por qué el hombre más malvado que jamás haya existido va a querer que yo sea su aprendiz? ¿Acaso piensa que...? ¿Piensa que yo también podría llegar a ser malvada?

Nada más pasar aquel pensamiento por su mente, se le hizo un nudo en la garganta.

—Ahora sí que estás siendo tonta —replicó Hawthorne incorporándose igual que ella—. Tú de malvada serías un completo desastre. No tienes estómago para eso. Yo sí que podría ser malvado. Tengo una risa malvada estupenda. ¡Jua, jua, jua, jua, jua!

—Cállate.

—¡Jua, jua, jua, jua, jua! —repitió él antes de interrumpirse de pronto—. Vaya, creo que me hecho un poco de daño en la garganta. ¡Jua, jua, jua, jua, jua!

—Hawthorne, cállate —insistió Morrigan—. ¿Tú crees... que yo... podría convertirme en... un ser malvado?

—¿Cómo? ¿En un ser malvado? ¿Lo dices en serio? —respondió el chico, inclinándose hacia delante y mirándola a la luz de la luna—. ¡No, Morrigan! ¡Por supuesto que no! No seas ridícula.

—Tiene que ver con la maldición, yo sé que sí. Ellos tenían razón.

—¿Quiénes?

—Todo el mundo. Mi padre. Ivy. La Oficina de Registro de Niños Malditos. ¡Todos! ¡Toda la República! Si estoy maldita, entonces... puede que...

—Pero ¿no me contaste que Júpiter te había dicho que la maldición no...?

Morrigan no lo escuchaba.

—Puede que eso sea lo que me hace un ser malvado.

—¡Tú no eres un ser malvado!

—¿Y por qué el hombre más malvado que jamás haya existido quiere que sea su aprendiz?

Hawthorne se quedó pensativo unos instantes mordiéndose el labio inferior; luego dijo en voz baja:

—Tal vez Júpiter lo sepa.

—Júpiter —repitió ella conforme se le aceleraba el corazón—. ¿Crees... Crees que debería decírselo?

Su amigo la observó con el ceño fruncido.

—Pues claro que sí. Sí, por supuesto que deberías. ¡Tienes que decírselo! Se trata del Fabulantor.

—Pero ¡si ni siquiera lo conozco en persona! Solo a su ayudante. Ya has oído a Dame Chanda y Kitchari. El Fabulantor no podría regresar jamás a Nevermoor aunque quisiera. La ciudad entera se lo impediría.

—¿Y si encuentra el modo de hacerlo? —preguntó Hawthorn. Morrigan odiaba ver el miedo creciente en la cara de su amigo; pero, sobre todo, odiaba ser ella la responsable de su miedo.

—¿Y si es por eso por lo que el señor Jones está aquí? Esto es serio, Morrigan.

—¡Ya sé que es serio! —exclamó ella, balanceándose con tal violencia en la hamaca que esta casi se da la vuelta—. ¿No has oído a Fen? No se debe bromear con ser amigo del Fabulantor. ¿Qué pasa si Júpiter cree que soy amiga de Ezra Squall? ¿Y si ya no quiere seguir siendo mi patrocinador? ¿Y si se entera el Hedor?...

A continuación, hizo una pausa y se quedó pensando en el inspector Flintlock. Como si este necesitara una razón añadida para enviarla de vuelta a la República.

—Hawthorne, si no entro en la Sociedad, me echarán de Nevermoor. Y la Cacería de Humo y Sombras me estará esperando —continuó Morrigan sin atreverse casi a mencionar su nombre en voz alta.

El chico pareció horrorizado ante aquella perspectiva.

—¿De verdad crees que lo harían? ¿De verdad crees que Júpiter...?

—No sé... —contestó ella con sinceridad.

Su patrocinador la había elegido, rescatado y defendido a pesar de saber que era una niña maldita. Sin embargo, si se enteraba de que el hombre más malvado que jamás haya existido también había hecho una oferta por ella... Puede que aquello fuera suficiente para hacerle cambiar de idea. La verdad era que no tenía ningunas ganas de salir de dudas.

En ese momento, Hawthorne se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación hecho un manojito de nervios.

—No podemos dejar que te echen. No pienso dejarlos. Pero necesitamos un plan. ¿Qué tal este? Si vuelves a ver al señor Jones de nuevo, se lo contamos todo a Júpiter. Todo. Si no, nos esperamos hasta después de la última prueba, una vez que ambos seamos miembros de la Sociedad Fabulánica y nadie pueda enviarte de regreso a la República. Entonces, se lo contamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Morrigan inspirando hondo—. Bien, vale. Pero mientras tanto...

En el fondo, se sentía tremendamente culpable por ocultarle un hecho tan terrible a su patrocinador y, lo que era aún peor, por meter a Hawthorne en el asunto (aunque tenía que confesar que había sido reconfortante en extremo oír a su amigo hablar de «nosotros» y no de «tú»).

—No se lo diré a nadie —dijo el chico con gesto preocupado pero convencido, sacando su dedo meñique y enganchándolo al de ella—. Prometido.



CAPÍTULO DIECISIETE

LA BATALLA DE NOCHEBUENA

Diciembre era el mes más ajetreado en el hotel. El vestíbulo era un ir y venir constante de personas procedentes de todos los rincones del Estado Libre, que se registraban para vivir las Navidades en la gran ciudad.

Morrigan se despertó aquel frío día de comienzos del invierno y se dio cuenta de que su nuevo hogar se había transformado de la noche a la mañana en el País de las Maravillas Navideñas. Los pasillos estaban decorados con cintas rojas y distintos tipos de hojas perennes; el *hall*, iluminado por los resplandecientes abetos llenos de bolas y adornos plateados, y el Salón de Fumadores, por su parte, desplegaba a primera hora unas nubes de color verde esmeralda con olor a pino, unas a rayas rojas y blancas con aroma a regaliz por la tarde y otras que olían a pan de jengibre caliente por la noche.

Incluso la araña de cristal estaba lista para la temporada. Después de crecer durante todo el último año acababa de recuperar por fin su tamaño original. Y eso que en los dos meses anteriores había estado cambiando de forma cada pocos días, como si el Deucalion no terminara de decidirse por una definitiva. Solo en noviembre había sido un brillante oso polar, una enorme guirnalda de acebo verde, una centelleante bola de Navidad de color azul y, en ese momento, un resplandeciente trineo dorado.

Cuando Morrigan vivía en Jackalfax, lo único que hacían en Navidad era decorar un modesto arbolito, y si la abuela se sentía de un humor particularmente festivo (cosa que casi nunca sucedía), colgaban una cuerdecita llena de luces navideñas en uno de los balcones de la casa. De higos a peras, Corvus se la llevaba consigo a la Fiesta Navideña de la Cancillería, donde le susurraba aburridos detalles de la vida de los políticos y sus insulsas familias.

Sin embargo, la Navidad en Nevermoor era una celebración que duraba todo el mes, con constantes fiestas y cenas temáticas a las que poder asistir casi todas las noches. Coros y bandas de música tocaban villancicos en las estaciones del fabucarril por toda la ciudad. A su vez, el río Yuro se había congelado por completo, convirtiéndose en una calzada sin tráfico que atravesaba serpenteando toda la ciudad y que decenas de personas habían comenzado a utilizar para ir patinando sobre hielo a la escuela o al trabajo.

Había una sensación generalizada de concordia. Aunque también era verdad que la temporada navideña provocaba un fuerte espíritu competitivo entre amigos y vecinos, muchos de los cuales hacían todo lo posible por ser los que más y mejor decoraban sus casas. No había hogar ni calle que no tuviera una generosa iluminación. De hecho, algunas creaciones eran tan horteras, extravagantes y con tal despliegue de luces que cualquiera en kilómetros a la redonda corría el riesgo de quedarse ciego si las miraba de frente, además de constituir un verdadero desperdicio de energía fabulánica. A Morrigan le encantaban, a pesar de todo lo chillonas y absurdas que pudieran ser.

No obstante, la rivalidad más intensa de todas era la que tenían entre sí las dos principales eminencias de la temporada navideña de Nevermoor.

—No lo entiendo —dijo Morrigan una tarde mientras estaba sentada junto a Hawthorne ensartando palomitas de maíz y arándanos en un hilo de pescador—. ¿Cómo puede recorrer volando todo el reino en una sola noche? Eso es imposible.

Su amigo la había invitado a su casa para enseñarle a hacer las tradicionales guirnaldas comestibles de Navidad. Afuera, hacía un frío y húmedo día de diciembre, pero dentro de la sala de estar de la familia Swift había chocolate caliente, villancicos en interred y una sartén en la chimenea llena de granos de maíz que estallaban alegremente.

—No es imposible. ¡Ay! —exclamó Hawthorne, chupándose la sangre que acababa de hacerse en el dedo al pincharse con la aguja—. Es por el fabulano.

—Pero ¿en serio tiene un trineo volador tirado por ciervos?

—Por renos —la corrigió el chico.

—Lo siento, renos. ¿Renos que vuelan? Los renos no tienen alas. ¿Qué pasa, es que los hechiza o algo así?

—Ni idea. ¿Por qué te molesta tanto?

Morrigan torció el gesto tratando de identificar con exactitud qué era lo que tenía de raro toda aquella historia.

—Pues porque... es siniestro, por eso. ¿Qué pasa con el del hocico rojo? —preguntó mientras terminaba su cuarta guirnalda y alcanzaba el rollo de hilo de pescador para ponerse con otra—. ¿Qué fue? ¿Un experimento? Es repugnante.

—Creo que ya nació así.

—¿Y lo de la Reina del Yule? En mi vida había oído hablar de ella. Por lo menos, San Nicolás sale en todos los refrescos y los anuncios de chocolatinas.

Hawthorne se llevó otra palomita a la boca. Acababa de terminar de hacer sus guirnaldas y en ese momento se afanaba en deshacerlas bocado a bocado.

—Mi padre dice que lo más probable es que la gente no conozca tanto a la Reina del Yule porque no sale en las obras de teatro navideñas ni en los villancicos. Pero la Navidad no sería nada sin la nieve, ¿y de dónde te crees que viene la nieve? No pensarás que cae del cielo porque

sí.

—¿Me estás diciendo que la Reina del Yule es quien hace nevar?

—Por supuesto que no. No seas boba —contestó su amigo, hablándole como si, en efecto, lo fuera—. Es el Sabueso de las Nieves quien hace que nieve. Pero no se molestaría si la Reina del Yule no se lo ordenara.

Morrigan estaba completamente perdida.

—Entonces ¿tienen que matarse entre sí los dos? ¿San Nicolás y la Reina del Yule?

—¿Qué? No. Mira que eres tétrica —respondió el chico riéndose—. Su batalla en Nochebuena es por ver quién hace la mejor demostración navideña. Si la Reina del Yule gana, la mañana del día de Navidad un manto de nieve lo cubre todo y una bendición recae sobre cada hogar.

—¿Y si gana San Nicolás?

—Regalos en cada calcetín y una llama en cada chimenea. Lo mejor es que escojas un bando. Aquí en esta casa somos más de San Nicolás, a excepción de mi padre, que no lo dice, pero yo sé que en el fondo le gusta más la Reina del Yule. Los Campbell, por el contrario, son fanáticos partidarios de ella, como bien se deduce de todo ese verde —afirmó Hawthorne, señalando por la ventana la casa de al lado, completamente recubierta de metros y metros de hiedra, estandartes verdes y centelleantes luces de Navidad del mismo color.

—¿Y por qué el verde?

—Los seguidores de la Reina del Yule van siempre de verde, mientras que los de San Nicolás visten de rojo. Toma —dijo el chico, sacando una cosa de la caja de adornos navideños y tirándosela a Morrigan, que la atrapó en el aire no sin dificultad.

—¿Para qué es esto?

—Para que animes a San Nicolás, igual que yo —contestó él encogiéndose de hombros—. Regalos y una llama en cada chimenea ¿Qué más se puede pedir?

Era una cinta escarlata. Ella se la guardó en el bolsillo y respondió:

—Lo pensaré.

—¿Tú con quién vas? —le preguntó Morrigan a Júpiter aquella noche durante la cena—. ¿Con San Nicolás o con la Reina del Yule?

—Con la Reina del Yule —afirmó Jack, mientras hurgaba con el tenedor en su puré de patatas—. Es obvio.

Ella frunció el ceño.

—No te lo preguntaba a ti.

El muchacho había vuelto a casa por vacaciones unos días antes, y estaba de nuevo, desde que llegó, haciendo todo lo posible por incordiarla.

—Ya sé que se lo preguntabas al tío Jove, pero como eres tan cortita y no te das cuenta de que él es pro-Yule... ¿Acaso no es evidente o es que te has vuelto ya idiota del todo?

—Basta, Jack —le advirtió su tío.

—¿Por qué? —espetó ella—. No lleva nada verde. Ni tampoco se ha puesto nada de ese color en toda la semana. ¿Acaso no es evidente o es que ya te has quedado ciego de ambos ojos?

—Muy mal, Mog —la recriminó Júpiter.

A Morrigan le dolió el tono de sorpresa y decepción de su patrocinador, aunque, en realidad, era el complejo de culpa lo que la corroía por dentro. Sin embargo, nada más abrir la boca para disculparse con el chico, este se le adelantó y, sin inmutarse al parecer lo más mínimo por las palabras que ella acababa de dedicarle, dijo:

—Como es obvio, no lo pueden ver yendo de verde. Las figuras de relevancia pública deben parecer neutrales en Navidad, aunque solo sea por una cuestión de educación. Si tuvieras un poco de cerebro, ya te habrías dado cuenta de ello. El tío Jove y yo preferimos la elegancia y la fineza por encima de la ostentación consumista. San Nicolás no es más que un gordo capitalista con un buen departamento de publicidad a su servicio. La Reina del Yule, en cambio, tiene clase.

Morrigan no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. A pesar de ello, fue en ese preciso instante cuando tomó partido y fue consciente de con quién iba. Así pues, se sacó la cinta escarlata del bolsillo y se la ató a la coleta con un lazo mirando desafiante a Jack.

—¿Qué? ¿Se supone que voy a sentirme intimidado por eso? —dijo el muchacho riéndose—. ¿O es que vas a desafiarme a un duelo sobre la mesa? ¿Cucharas de postre al amanecer?

—Vamos, vosotros dos, ya está bien.

Morrigan consideró por un segundo tirarle la cuchara de postre a su presumida cara.

—Si la Reina del Yule es tan genial, ¿por qué no hacen obras de teatro navideñas con ella? ¿Por qué no sale en ningún anuncio? San Nicolás está en los Sugus de Pascua, en la Navi-Cola y en la colección de invierno de Rudolph Lauren de calcetines de cachemira con borla. En cambio, a la Reina del Yule no la he visto en un solo cartel. Si me tropezara con ella por la calle, sería incapaz de reconocerla.

Júpiter pareció darse por vencido y se dejó caer en su silla.

—¿Es que no podemos llevarnos bien sin más?

—Eso es porque ella tiene integridad —contestó Jack, señalando a la chica con el tenedor e ignorando a su tío—, que es algo que tu enorme amiguito y sus sacos de pulgas no reconocerían aunque se tropezaran con ella por la calle.

—San Nicolás es el alma de la generosidad, la caridad y... ¡la alegría!

—No repitas lo que has oído en interred, por favor —murmuró el muchacho (cosa que era casi cierta, pues no lo había oído en interred, pero sí leído en el periódico en un anuncio de cereales de desayuno con la foto de San Nicolás en la caja)—. Ahora supongo que me dirás que su repugnante experimentación con la bioluminiscencia artificial lo único que ha conseguido ha sido hacer mágicos a sus renos.

Morrigan dio un golpe sobre la mesa con la mano.

—Por supuesto que los renos son mágicos. Incluso el de la nariz —replicó apartando su plato, yéndose furiosa y gritando a su espalda—. ¡Además, ya nació así!

Desde el pasillo, oyó a Júpiter suspirar.

—Te lo digo en serio, Jack, ¿por qué tenéis que estar siempre peleándoos? Odio tener que estar mediando entre vosotros continuamente. Me hace sentir como un adulto —dijo su patrocinador, poniendo un especial énfasis negativo en estas últimas palabras—. ¿Por qué no podéis ser amigos?

—¿Ami...? ¿Amigos? —balbuceó su sobrino como si se hubiera atragantado de repente (imagen mental, por cierto, que Morrigan encontró muy de su gusto)—. ¿De esa? Ni aunque me pagaras.

—Está muy lejos de su casa —añadió North con voz tranquila—. Tú ya sabes cómo se siente uno en estos casos.

La chica frunció el ceño. ¿De dónde era Jack? ¿Dónde estaban sus padres?, pensó. Nunca se había atrevido a preguntárselo. A él no le gustaban las preguntas entrometidas.

—Pero es que es exasperante, tío Jove. Sinceramente, no sé cómo piensas que puede entrar en la Sociedad Fabulánica, si ni siquiera tiene...

Ella no quiso oír más. Se tapó las orejas, salió corriendo por el pasillo, subió hasta lo más alto de la escalera de caracol y entró en su dormitorio, donde se dejó caer sobre la cama (un grandioso lecho con dosel aquella semana, decorado por todas partes con guirnaldas de espumillón plateado) antes de meter la cabeza bajo los almohadones.

Morrigan se despertó sobresaltada. Había soñado de nuevo con la Prueba del Gran Talento. Esta vez se vio a sí misma frente a los Ancianos tratando de cantar y comprobando con horror cómo el único sonido que salía de su boca era el graznido de un loro; luego, todos los allí presentes comenzaban a arrojarle puré de patatas.

Permaneció tumbada escuchando los sonidos del Deucalion: los suaves ronquidos de Frank en el piso de arriba, los chistidos de Fenestra para que este se callara desde el otro lado del pasillo, el quejumbroso ruido de las tuberías en la planta de abajo... Las llamas crepitaban en la chimenea. Martha debía de haber entrado después de que se durmiera y haberla encendido.

Era increíble cómo había llegado a acostumbrarse a aquel tipo de cosas, cómo estas se habían convertido en parte de su vida cotidiana. Una punzada de dolor en el pecho la asaltaba al pensar en la posibilidad de fracasar en la Prueba del Gran Talento y tener que irse de Nevermoor en solo unas pocas semanas.

Sin embargo, peor que esa humillación, peor que tener que abandonar el hotel, era lo que le esperaba en la República. ¿Seguiría allí la Cacería de Humo y Sombras? ¿Querría su familia volver a acogerla en casa al enterarse de que continuaba con vida? ¿Podrían protegerla de la Caza si esta regresaba para matarla?

Un ruido sordo procedente del pasillo sacó a Morrigan de sus cavilaciones. Alguien acababa de tropezar en el último peldaño de la escalera y con un susurro maldecía su suerte. Ella se quitó la manta de encima al momento, fue de puntillas hasta la puerta y la abrió.

Entonces, bajo la luz de las lámparas de gas del pasillo vio un vaso vacío tirado en el suelo y un charco de leche derramada. Jack estaba a cuatro patas, tratando en vano de limpiar el desastre con el extremo inferior de su camisa de dormir. Sin decir una palabra, ella fue a buscar una toalla al cuarto de baño, salió de nuevo con ella y se arrodilló junto al muchacho para ayudarlo.

—No te preocupes —murmuró él—. Puedo yo solo. Tu toalla va a acabar hecha un asco.

—Y tú vas a ensuciarte la camisa si no... —respondió ella, dándole un golpe en las manos para que las apartara.

Jack se echó hacia atrás en el acto y la dejó hacer.

—Ya está —susurró Morrigan una vez que hubo terminado de limpiarlo—. Lleva esto luego a la lavandería y... ¿Qué? ¿Qué miras?

La mirada del chico le resultó familiar. En Jackalfax, la gente se había tirado toda la vida observándola de aquella manera. Una mirada llena de miedo y desconfianza, de reacia curiosidad, con un toque de horror abyecto. No obstante, no fue eso lo que más la inquietó del rostro del muchacho.

—¡Tus ojos son normales! —gritó ella, poniéndose de pie y olvidándose de no alzar la voz.

Él continuó contemplándola boquiabierto de modo muy poco elegante, a punto de caerse redondo de la impresión. No llevaba puesto el parche de cuero negro que solía lucir, así que ella percibió cómo la miraba fijamente con sus dos ojos castaños.

—Serás farsante... —añadió Morrigan ante un silencioso Jack incapaz de articular palabra—. No eres tuerto en absoluto. ¿Por qué has estado fingiendo todo este tiempo? ¿Tu tío lo sabe? Deja de mirarme así, Jack. ¡Y respóndeme!

De pronto, se oyeron unos pasos en la escalera y Júpiter hizo acto de presencia con cara de sueño.

—¿Qué es este jaleo? Hay huéspedes durmien... —North se interrumpió al ver a su sobrino, que seguía sin apartar la vista de su candidata—. ¿Jack?

—¿Tú lo sabías? —demandó ella—. ¿Sabías que no necesita llevar ningún parche en el ojo?

Su patrocinador no respondió, sino que cogió del hombro al chico y le dio una ligera sacudida. Por fin, este pareció volver en sí y señaló a Morrigan con mano temblorosa.

—Una taza de té será lo mejor. Vamos —dijo Júpiter, bajando la mano del muchacho y empezando a guiarlo hacia la escalera—. Vuelve a la cama, Mog.

Ella se quedó atónita.

—¿Yo? ¿Por qué tengo que volverme yo a la cama? Es él quien ha estado fingiendo desde hace años que era medio ciego.

North resopló con impaciencia y, acto seguido, susurró bruscamente y con voz ronca:

—¡Morrigan! Vuelve a la cama. No quiero oír ni una palabra más. ¿Entendido? Ni una sola palabra más.

Morrigan no daba crédito. Él jamás le había hablado de un modo tan severo. Una parte de ella quería seguir discutiendo, exigir una explicación por el comportamiento de Jack; sin embargo, nada más ver el gesto malhumorado de su patrocinador, se le atascaron las palabras. En cuanto comenzaron a bajar por los escalones, el muchacho giró la cabeza y la miró. En sus ojos seguía brillando el desconcierto más absoluto.

«Ya somos dos», pensó ella con tristeza a la vez que cerraba la puerta de su dormitorio, arrojaba la toalla empapada en leche dentro de la bañera y se volvía a la cama.

La Nochebuena era fría y vigorizante. Una gran emoción colectiva llenaba el ambiente. El Hotel Deucalion parecía vibrar de buen humor. Tanto los huéspedes como el personal estaban preparados para la batalla que iba a tener lugar en la plaza Coraje, en el corazón del casco antiguo de la ciudad.

—Feliz Navidad, Kitchari —dijo Morrigan, pasando por delante de recepción y haciendo sonar un par de veces seguidas la campanilla que había sobre el mostrador.

—Feliz Navidad, señorita Morrigan. ¡Y una agradable Yule también!

El vestíbulo estaba rebosante de ruido y de calor humano. Varias personas daban cuenta de las bolitas de ron y del ponche de huevo mientras esperaban la señal de Júpiter para irse.

—¿Solo una cinta, señorita Morrigan? —preguntó Chanda Kali.

Dame Chanda llevaba el cabello lleno de serpentinillas verdes, unos pendientes de esmeraldas, una gargantilla a juego y una capa de terciopelo del color de un bosque de pinos.

—Tengo un maravilloso tocado carmesí que a lo mejor te cabe en tu cabecita —añadió la cantante, mordiéndose el labio conforme observaba el vestido, el abrigo y las botas negras de cordones de Morrigan—. ¿Qué tal un collar de rubíes? Tengo doce. ¿Podrías quedarte con uno!

—No, gracias, Dame Chanda —replicó ella, considerando su cinta lo bastante festiva ya.

Por segunda o tercera vez aquel día, deseó que Hawthorne asistiera también al combate. Pero los Swift se iban cada dos Navidades a las Tierras Altas, así que su amigo se había marchado de Nevermoor el día anterior, no sin antes prometerle nuevamente que guardaría silencio sobre Ezra Squall.

Ella, por su parte, se había jurado a sí misma olvidarse de la inquietante y misteriosa propuesta de formación y disfrutar de la Navidad. En lo más profundo de su ser, abrigaba la esperanza de no volver a encontrarse con el señor Jones antes de la Prueba del Gran Talento.

Mirando al personal desde la posición privilegiada de la escalera en que se hallaba, Morrigan tuvo que admitir que tenían muy buen gusto a la hora de vestir de fiesta. Frank, el vampiro enano, se había pintado las uñas de rojo para que fueran a juego con su capa; Kitchari iba engalanado con capas de tartán rojo y guirnaldas; Martha mostraba su lealtad a la Reina del Yule con un elegante abrigo verde y una bufanda del mismo color; Charlie llevaba una chaqueta de *tweed* verde guisante y, a pesar de tener la noche libre, su característica gorra de chófer.

En ese momento, el reloj comenzó a dar las campanadas y Júpiter hizo que todo el mundo saliera por la puerta principal del edificio, donde una fila de lujosos carruajes los esperaban para llevarlos al gran evento. A continuación, le guiñó un ojo a su candidata y le dio un codazo amistoso mientras esta pasaba a su lado. Habían transcurrido tres días desde el incidente con Jack, y su patrocinador aún no había mencionado una palabra al respecto, por lo que ella, a pesar de seguir muriéndose de ganas por preguntarle por el parche del ojo del muchacho, había hecho lo mismo.

No era la noche apropiada para hacerlo. Lo único que conseguiría sería arruinar la Nochebuena.

Morrigan se esperaba que la plaza Coraje fuera un mar embravecido de personas en el que se entremezclaran los colores rojos y verdes. Sin embargo, lo que se encontró fue dos grandes y uniformadas masas de gente que aglutinaban, por un lado, a los partidarios de San Nicolás y, por otro, a los de Yule, compitiendo ambas por ver quién animaba más y gritaba las consignas más ingeniosas. En cuanto un sector de la zona roja se arrancaba con *Oda al Feliz Viejo Gordo* o *Pequeña y Feliz Navidad*, otro del de la verde entonaba a modo de respuesta *El Himno de la Festividad de Yule* o *Verde es el Color de la Felicidad*. Júpiter, no obstante, consiguió dar con un hueco en medio de los dos grupos, de tal forma que su candidata estuviera pegada a los rojos, su sobrino a los verdes y él quedara en medio para evitar que se liaran a tortas entre ellos.

—Pareces un trozo de brécol —le dijo Morrigan al muchacho, burlándose del elaborado sombrero verde que coronaba su cabeza como un artificio de diseño.

Acto seguido, por si acaso no se había expresado con claridad, añadió:

—Un trozo de brécol de lo más ridículo.

—Al menos, al verme está claro que voy con la Reina del Yule —replicó Jack, ajustándose el parche que volvía a cubrir su ojo izquierdo.

Morrigan tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por morderse la lengua y no preguntar por qué se lo ponía si, como era obvio, veía a la perfección. Desde el incidente del pasillo, ella apenas había visto al chico y no sabía muy bien si este la había estado evitando desde entonces o si su patrocinador los había mantenido separados a propósito.

—Tú en cambio no llevas más que esa patética cintita en el pelo —insistió el muchacho—. ¿Es que te da vergüenza que te vean animando a ese intruso gordo con obesidad mórbida y esclavizador de elfos?

—Lo único que me avergüenza es que me vean cerca de ese sombrero repugnante.

—Din, din, din —dijo de repente Júpiter, haciendo una «T» con las manos y echándole a su sobrino una mirada significativa—. Tiempo. Por favor, chicos, por el amor de... ¡Oh! ¡Que empieza!

Un gran silencio se apoderó del lugar. Al cabo de unos segundos, la gente comenzó a señalar hacia el cielo en dirección norte, desde donde una gran figura empezaba a emerger de la oscuridad. Morrigan contuvo la respiración. Por fin empezaba lo emocionante. Una enorme ovación surgió del lado rojo conforme San Nicolás, subido en su inmenso trineo tirado por nueve renos, descendía en picado hacia la plaza Coraje realizando unas impresionantes cabriolas en el aire y aterrizando con sumo cuidado sobre una plataforma elevada en el centro del recinto. A continuación, un par de elfos saltaron del vehículo y, como si fueran animadores de un combate de troles, se dirigieron a la multitud incitándola a que aplaudieran y agitaran de manera febril sus estandartes a favor del alegre hombretón de barba blanca, a la vez que este se erguía sobre uno de los asientos de terciopelo rojo del trineo de madera.

Morrigan sonrió. La verdad era que se alegraba de haber elegido a San Nicolás. Uno de sus magníficos renos comenzó a patear en el suelo y a mover sus grandes cuernos hacia delante y hacia atrás mientras varias nubecitas de aire helado salían de sus fosas nasales. Los elfos, por su parte, no dejaban de dar brincos arriba y abajo incitando a la multitud a brindar su ruidoso apoyo a San Nicolás, que saludaba sin cesar y señalaba entre la muchedumbre al azar como si acabara de reconocer a algún viejo amigo. De hecho, hubo un espectador que llegó a desmayarse cuando lo miró directamente a los ojos. San Nicolás era toda una estrella de rock.

Morrigan se volvió hacia Jack y puso cara de satisfacción superioridad. Sin embargo, el muchacho se limitó a encogerse de hombros.

—Tú espera y verás —dijo sonriendo mientras miraba hacia el sur del recinto.

En realidad, ella no tuvo que esperar mucho, ya que en un visto y no visto, la muchedumbre se vio de repente dividida en dos ante la aparición de lo que, en un principio, daba la impresión de ser una montañita cubierta de hielo. Pero al poco, quedó en evidencia que se trataba del Sabueso de las Nieves abriéndose paso con sus tres metros de altura a través de la hechizada audiencia. Una hermosa figura se alzaba orgullosa sobre su lomo, mirando hacia la silenciosa y expectante multitud.

Morrigan tuvo que reprimir el impulso de soltar un «¡Ooooh!». Una cosa era cierta de todo lo que le había contado Jack sobre la Reina del Yule: era la mujer más elegante que jamás había visto. Desde luego, tenía estilo.

El vaporoso vestido de color verde pálido que llevaba le caía delicadamente por la espalda, como un velo de seda flotando en el agua. El cabello descendía suave y brillante hasta más abajo de su cintura y, al igual que el pelo del espléndido sabueso, era del color de la nieve recién caída. Sus labios pálidos y sin sangre contrastaban con su reluciente y blanca sonrisa, cuyo brillo se expandía por todo su rostro, desde sus dientes impecables hasta sus ojos centelleantes, como si fuera un faro en mitad de la noche, cegando a todos a su alrededor. Las masas reunidas a su favor en la plaza Coraje lanzaron un suspiro colectivo de entusiasmo mientras parecía flotar hasta la plataforma.

Sin necesidad de mirarlo, Morrigan detectó la arrogante altivez que Jack irradiaba.

Acto seguido, la Reina del Yule, subida ya en el tablado frente a su rival, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a San Nicolás y este le respondió con una leve reverencia. Por unos segundos, no sucedió nada. Entonces, la mujer alzó el rostro hacia el cielo y se puso muy firme y en silencio.

—Allá vamos —susurró Júpiter.

Al principio, no fue más que un débil y remoto tintineo, parecido al de unas campanas lejanas o al sonido de unas copas de cristal brindando en la distancia. Después, Morrigan vio con asombro cómo la luz de cada una de las estrellas que brillaban en el firmamento sobre Nevermoor se hizo más y más intensa. Así, hasta que se transfiguraron, y por alguna razón inexplicable, se convirtieron en miles de millones de pequeñas campanas plateadas que reflejaban el resplandor de la ciudad. A continuación, una deliciosa sinfonía sonó por encima de todos los allí presentes. Ella observó absorta y cautivada, casi sin aliento, el tañido cristalino de cada una de las campanitas hasta que, una a una, fueron retomando su forma original y volvieron a ser de nuevo simples estrellas en la distancia.

Tres segundos de atónito silencio siguieron a la extraordinaria demostración de la hermosa deidad navideña. Después, la masa de seguidores de verde entró en erupción y estalló en apasionados aplausos. Incluso algunos de los rojos reconocieron a regañadientes la belleza del espectáculo. Morrigan sintió ganas de gritar ante el maravilloso deleite que había supuesto para ella la magia de la Reina del Yule; no obstante, no podía permitirse darle a Jack semejante satisfacción, así que se mantuvo callada.

Acto seguido, todos los ojos se posaron en San Nicolás, que se frotaba las manos mientras daba una gran vuelta en círculo al perímetro de la plaza Coraje señalando erráticamente entre la gente. Morrigan pensó que estaba haciendo de nuevo el numerito de la estrella de rock, hasta que de pronto, varios espectadores comenzaron a chillar y a tambalearse hacia los lados en distintos puntos de las gradas. En un abrir y cerrar de ojos, en cada una de ellas empezó a brotar a toda velocidad un árbol gigante, empujando y quitando de en medio a la gente, al tiempo que iba haciéndose más y más alto: dos metros, cuatro, ocho, veinte; así hasta que en un momento, hubo una docena de abetos de cuarenta metros de altura entre los asistentes.

Morrigan sonrió y comenzó a aplaudir. Pero San Nicolás aún no había acabado. Con un simple chasquido de sus rechonchos dedos, unas relucientes bolas rojas y doradas salieron de las ramas, y miles de hileras de lucecitas se encendieron entre las hojas. Los seguidores de rojo

enloquecieron. Jack, en cambio, no mostró reacción alguna. Su atención estaba ya puesta en la respuesta de la Reina del Yule.

La mujer sonrió con serenidad ante la obra de San Nicolás y, a continuación, hizo un gesto en dirección a cada uno de los árboles de Navidad que acababan de surgir de la nada gracias a su rival. Al instante, docenas de palomas blancas como la nieve emergieron de las ramas y se juntaron en el cielo formando una gigantesca y temblorosa nube de alas. En ese momento, manteniendo milagrosamente la formación, adquirieron la forma de un copo de nieve; luego, la de una estrella; a continuación, la de una campana; después, la de un árbol y, por último, la del signo de la paz. Al final, se disolvieron y se alejaron volando entre el estruendoso rugido de los aplausos.

Acto seguido, San Nicolás hizo una señal a sus elfos y estos se acercaron de un salto hasta el trineo, donde, de repente, surgieron dos enormes cañones con pinta de muy peligrosos y apuntaron a la multitud en direcciones opuestas. Ella miró de soslayo a Júpiter preguntándose si aquello estaba permitido; sin embargo, su patrocinador no parecía perturbado en lo más mínimo sino, en todo caso, aburrido.

—¿Esto no lo hizo ya el año pasado? —preguntó North, dándole un empujoncito a su sobrino. Jack resopló con hastío.

—Sí, muy previsible. Indulgente con las masas consumistas y avariciosas.

—¡Chist!... —replicó Morrigan, dedicándole un codazo en las costillas al muchacho para enfatizar el mensaje. Puede que ellos ya lo hubieran visto, pero ella no quería perderse ni un segundo del espectáculo.

En un abrir y cerrar de ojos, los elfos dispararon varias andanadas seguidas, y una lluvia de dulces y caramelos envueltos en papel de aluminio cayó sobre la plaza Coraje. Niños y adultos por igual saltaron para atraparlos en el aire y se revolviéron a gatas en el suelo para coger los que habían quedado esparcidos entre las gradas. Al cabo de unos minutos, todo el mundo se hallaba saboreando bocaditos de tofe y *sugus* de distintos sabores, incluida Morrigan.

Entonces, la Reina se volvió hacia el Sabueso de las Nieves, que se encontraba en la plataforma sentado majestuoso sobre sus dos patas traseras, con la cabeza en alto y sus brillantes ojos azules fijos en su ama. En cuanto esta se acercó para rascarle detrás de las orejas, el animal levantó el hocico y comenzó a aullar a la luna, un largo y misterioso aullido del cual pronto se hicieron eco el resto de los perros de Nevermoor, creándose un sobrenatural coro por toda la ciudad.

Morrigan sintió de repente como algo revoloteaba entre su pelo.

—Nieve —susurró.

En efecto, unos diminutos y helados copos blancos bailaban y se arremolinaban en el aire, y aterrizaban con suavidad sobre su nariz, hombros y palmas de las manos. Ella nunca había visto nieve real. Así que una ola de felicidad se expandió por su pecho llenándola de júbilo como si fuera un globo; de hecho, casi se vio obligada a agarrarse al abrigo de su patrocinador para no salir flotando de placer.

Salvo por algún que otro grito ahogado de sorpresa y unos cuantos murmullos, el público se mantuvo en silencio durante un largo par de minutos. Acto seguido, los aficionados, tanto rojos como verdes, explotaron en vítores y alabanzas, olvidando por completo su enconada rivalidad.

Incluso San Nicolás aplaudió al tiempo que sonreía y sacaba la lengua para atrapar uno de los copos de nieve. La Reina del Yule mostró su satisfacción.

—Ahora viene el gran final —advirtió Júpiter—. Sacad las velas que os he dado antes a los dos.

Morrigan y Jack empezaron a rebuscar en los bolsillos de sus abrigos. Siguiendo el ejemplo del muchacho, la niña levantó su vela por encima de la cabeza. Un murmullo colectivo de emoción se extendió por las gradas conforme cada uno de los allí presentes hacía lo mismo.

Todos parecían saber lo que iba a suceder. Hasta los niños más pequeños se rieron y se dieron un leve codazo de complicidad al ver que San Nicolás se rascaba la barba y se ponía a bromear y a hacer teatro fingiendo haber sido vencido y no saber qué hacer a continuación. Justo en ese momento, una idea pareció pasársele por la cabeza. Al cabo de un segundo, aplaudió con fuerza un par de veces, extendió los brazos hacia la multitud y comenzó a dar vueltas y más vueltas. Una a una, todas las velas que sostenían los espectadores se fueron encendiendo a toda velocidad en un patrón en espiral hacia afuera. El sonido espontáneo de las llamas cobrando vida llenó la plaza Coraje hasta que un mar de risas y una inmensa luz dorada inundó por completo el lugar.

Al cabo de unos segundos, San Nicolás y la Reina del Yule se abrazaron como viejos amigos, sonrieron y se besaron en la mejilla. Los renos, por su parte, se reunieron alrededor del Sabueso de las Nieves y frotaron sus cuellos contra el enorme perro, a la vez que este se ponía a jugar dándoles mordisquitos en sus cornamentas y lamiéndolos en los hocicos. Los elfos se arrojaron a las piernas de la Reina del Yule.

Las masas rojas y verdes de gente se pusieron en movimiento y se fusionaron entre sí. Después comenzó el intercambio de prendas entre los dos bandos: una manopla carmesí por una bufanda de salvia, una flor fucsia por un gorro verde... Así hasta que no quedó nadie del que se pudiera deducir con facilidad a quién apoyaba. Martha se arrodilló y le ofreció su bufanda a Frank, quien, a su vez, le puso a la chica un collar de espumillón por encima de los hombros. Dame Chanda aceptó la pajarita roja a cuadros de Kitchari, y este se sonrojó al recibir a cambio la gargantilla esmeralda que la cantante llevaba colgada alrededor del cuello.

Por supuesto, Jack se quitó su ridículo sombrero y, encogiéndose de hombros, se lo ofreció a Morrigan.

—Lo de las velas no ha estado mal —dijo el muchacho.

—Cierto. Pero la mejor parte ha sido la de la nieve —respondió ella quitándose la cinta escarlata del pelo y atándosela al chico en la muñeca.

Él la miró y sonrió.

—Espera... —añadió ella—. Entonces, ¿quién ha ganado cuál?

—Se dice: «Quién ha ganado a quién». Nadie. Nadie ha ganado —contestó su patrocinador a la vez que los conducía fuera de la plaza—. Han declarado una tregua, igual que hacen todos los años. Ahora cada uno irá a ocuparse de sus propios asuntos; es decir, repartir regalos y dejar nevado todo el Estado Libre. Bien está lo que bien acaba. ¿Alguien quiere confites de ciruela?

Nada más ver el puesto de chucherías, Júpiter salió corriendo hacia él y pidió dos docenas, que le envolvieron en una bolsita de papel marrón.

—Pero ¿nadie gana? —insistió Morrigan con la inevitable sensación de haberse quedado con la miel en los labios.

—¿Lo dices en serio? ¿Regalos y nieve? —replicó Jack, sonriendo al tiempo que le arrojaba a su tío una bola de nieve a la espalda—. Todo el mundo gana.

Tras una corta deliberación, los tres decidieron regresar a casa caminando. Y, en efecto, eso fue lo que hicieron, saludando con la mano a los carruajes que pasaban a su lado y tirándose bolas de nieve unos a otros hasta que estuvieron demasiado mojados y agotados para continuar. Júpiter llevó a cuestas a Morrigan el resto del camino, mientras que Jack se deslizaba feliz una y otra vez por el pavimento helado. Se comieron toda la bolsa de confites de ciruela y llegaron al Deucalion cuarenta minutos más tarde completamente congelados y con las lenguas moradas.

—¿Crees que San Nicolás habrá pasado ya por aquí? —preguntó la chica conforme subía renqueante junto al muchacho los escalones de la entrada del hotel y lamía con la lengua un poco de azúcar de color violeta que se le había quedado en los labios.

—No. Solo viene cuando estás dormido. No le gusta tener que quedarse de cháchara. No tiene tiempo para eso. Así que date prisa y vete a la cama —contestó North con una sonrisa pícara, dándole un empujoncito hacia el interior del vestíbulo—. Buenas noches.

—Buenas noches, cabeza de brécol.

Jack se echó a reír mientras desaparecía camino de su habitación.



CAPÍTULO DIECIOCHO

UNA FELIZ NAVIDAD, AUNQUE NO DEL TODO

Morrigan se despertó la mañana del día de Navidad con olor a canela, naranja amarga y leña. El fuego crepitaba con alegría en la chimenea y, colgado en el cabecero de la cama, había un grueso calcetín rojo lleno de golosinas.

Nada más ponerlo boca abajo, se derramó en su regazo un tesoro compuesto de chocolatinas, clementinas, panecillos de jengibre, una brillante granada de color rosa, una bufanda de lana que parecía tener forma de zorro, un par de manoplas rojas, una lata morada y amarilla de confites de ciruela, un pequeño libro con la cubierta de tela titulado *Cuentos de Hadas Gaélicos*, una baraja de cartas con el envés plateado y un cepillo de madera para el pelo con una bailarina pintada en el mango. ¡Todo eso solo para ella! San Nicolás se había superado a sí mismo.

Morrigan se puso las suaves manoplas de lana y las sostuvo ante sus ojos recordando aquellas Navidades mucho menos satisfactorias del pasado. A los Crow nunca les gustó hacerse regalos. Una vez, hacía mucho tiempo, después de armarse de valor, se atrevió a preguntarle a su padre si podía pedir alguna sorpresa esa Navidad. Para su gozo, él había respondido afirmativamente, de modo que al cabo de varias semanas de nervios y expectación, ella, loca de ganas de ver qué le habían dejado la noche anterior, saltó de la cama la mañana del veinticinco de diciembre y se encontró un sobre encima de la mesita de la ventana. Dentro había una factura detallada por cada centavo que Corvus había tenido que pagar a lo largo del año en concepto de indemnizaciones a la Oficina de Registro de Niños Malditos. Desde luego, una sorpresa sí que fue.

Conforme le quitaba con los dientes el envoltorio dorado a una de las monedas de chocolate, la puerta de su dormitorio se abrió, y Jack entró con un papel en la mano y un calcetín en la otra.

—¡Feliz Navidad! —dijo ella, a punto de añadir: «Ahora sal otra vez fuera y llama antes de entrar»; sin embargo, su alegría navideña era tal que no le importaba que no lo hubiera hecho.

—Agradables auroras de parte de Yule. Aunque no del todo... Han llamado al tío Jove — contestó el muchacho, entregándole la nota y dejándose caer en su cama.

Acto seguido, el chico se puso cómodo, volcó el contenido de su calcetín sobre el colchón, y decidiéndose por uno de los panecillos de jengibre en forma de perro, le arrancó la cabeza y se lo llevó a la boca.

—¿La mañana del día de Navidad? —preguntó Morrigan extrañada mientras leía la misiva.

*Me ha surgido un asunto urgente en Ma Wei.
Llegaré para la hora de comer. Lleva tú a
Mog a dar una vuelta con el trineo.*

J.

—¿Qué es Ma Wei?

Jack tragó un bocado.

—Uno de los Reinos Medios. Seguro que se trata de otro explorador que ha perdido la lanzadera de vuelta a casa. Siempre lo llaman el día de Navidad para que ayude a algún idiota. ¡Puaj! Toma, esto te lo puedes quedar tú si quieres —dijo, entregándole la granada de su calcetín con cara de disgusto y recibiendo a cambio un par de clementinas.

—No tienes que llevarme a dar ninguna vuelta en trineo si no quieres —replicó ella, mientras mordía otra chocolatina y se encogía de hombros—. Además, ni siquiera tengo trineo.

—¿Y eso qué te crees que es? ¿Un poni? —dijo Jack, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la chimenea.

Morrigan echó un vistazo al otro extremo de la habitación y vio un reluciente trineo verde envuelto en una cinta dorada con una etiqueta donde ponía: «Feliz Navidad, Mog».

—¡Guau!... —soltó ella con la voz entrecortada por la emoción.

La verdad era que estaba abrumada. Nunca en su vida había recibido tantos regalos.

—El mío es rojo —añadió Jack, y puso cara de infinita paciencia—. ¡Se creará que es gracioso!

Júpiter no regresó para la hora de comer, ni tampoco para la de la cena; en su lugar, se vio obligado a enviar sus disculpas por mensajero. Lo normal era que Morrigan se hubiera sentido desilusionada por la ausencia de su patrocinador; sin embargo, en aquella ocasión, estaba demasiado ocupada disfrutando del mejor día de Navidad de su vida.

La jornada había estado marcada por una fuerte y densa nevada cortesía de la Reina del Yule. Morrigan y Jack habían pasado la mañana tirándose una y otra vez con el trineo por la colina Galbally y participando en una épica batalla de bolas de nieve contra los niños del vecindario.

Volvieron caminando al Deucalion a mediodía, justo a tiempo para el almuerzo oficial de Navidad que se iba a llevar a cabo en el salón comedor del hotel. Las largas mesas rectangulares crujieron quejumbrosas ante el peso de los jamones glaseados, los faisanes ahumados, los gansos asados, los platos rebosantes de bacón, tocino y castañas, las patatas asadas con chirivías a la miel, los cuencos de salsas, los quesos cremosos, los panes de cardamomo, las brillantes y rojas patas de cangrejo y las resplandecientes ostras heladas.

Los dos chicos estaban decididos a probar un poco de todo (excepto, quizá, las ostras); no obstante, ambos se dieron por vencidos a la mitad sin haber conseguido su propósito y fueron a recostarse al Salón de Fumadores (vapor mentolado, para ayudar a hacer la digestión), jurando y perjurando no volver a probar bocado en sus vidas. Quince minutos más tarde, sin embargo, Jack estaba hurgando concienzudamente dentro de un cuenco lleno de pastelitos de frutas del bosque y pequeños hojaldres de carne picada, mientras que su amiga daba buena cuenta de un esponjoso merengue de nata y frambuesas.

El muchacho había puesto rumbo por tercera vez seguida al salón comedor, y Morrigan acababa de repanchingarse en un sofá que había en un rincón respirando la relajante esencia mentolada cuando la voz masculina de alguien que entraba por la puerta dijo:

—No es que no confíe en él. Seguro que sabe lo que está haciendo. Es un genio.

Ella abrió los ojos medio dormida. Lo único que alcanzó a distinguir fueron dos figuras que atravesaban la densa neblina que salía de las paredes. Se trataba de la elegante Dame Chanda, vestida para la ocasión con un vaporoso traje de seda rojo y verde, y el vivaracho Kitchari Burns, que llevaba puesta su tradicional indumentaria a cuadros y tenía el cabello cubierto de blancos copos de nieve.

—Sí, por suerte para él, es muy inteligente —replicó la cantante dándole la razón a su interlocutor—. Pero eso no quiere decir que no se equivoque nunca, Chari-Chari. A fin de cuentas, no es más que un ser humano.

Morrigan se preguntó sin mucha convicción si debía advertirles de que no estaban solos. De hecho, estaba a punto de toser de manera discreta para hacerles notar su presencia en la estancia cuando, de pronto, oyó cómo el conserje decía:

—Pero ¿por qué Morrigan? De todos los candidatos que podía haber elegido, ¿por qué ella? ¿Cuál es su talento?

—Oh, es una niña adorable.

—Sí, vale, por supuesto, por supuesto, una monada. La cosa más bonita y tierna del mundo. Pero ¿qué es lo que tiene para que Júpiter haya pensado que puede entrar en la Sociedad Fabulánica?

—Ya lo conoces —contestó Dame Chanda—. Le encanta enfrentarse a desafíos que los demás consideran imposibles. Ser el primero en escalar el monte Ridiculest, ¿recuerdas? Cruzar como un rayo un reino infestado de troles donde nadie en la Liga de Exploradores se adentraría aunque le fuera la vida en ello...

Kitchari soltó una risita.

—Sí, y mira este sitio. Era una ruina cuando se hizo con él. Al principio se lo tomó solo como un *hobby*, y ahora es el hotel más grandioso de Nevermoor —añadió el conserje con gravedad—. Pero no puedes hacerte cargo de un niño solo como un *hobby*.

—No —coincidió con él la cantante—. Y aunque fracasara con el Deucalion, tampoco pasaría nada. A fin de cuentas, no se pueden herir los sentimientos de un hotel.

Acto seguido, se hizo el silencio. Morrigan se quedó petrificada, conteniendo la respiración, inquieta por el hecho de que hubieran podido verla a través de las nubes de vapor de menta.

Al cabo de unos segundos, el conserje suspiró con pesadez.

—Ya sé que no debería meterme en lo que no me importa, Chanda, pero es que estoy preocupado por la pequeña. Creo que se va a llevar una terrible desilusión.

—Peor que eso —añadió la mujer con voz siniestra—. Como el Hedor se entere de que reside aquí de forma ilegal... Piensa en todo lo que se juega Júpiter. Podría ser acusado de traición. Ir a la cárcel, Kitchari. Su reputación, su carrera... Todo se esfumaría si eso sucediera. Y no solo eso, sino que...

—El Deucalion —agregó él con solemnidad—. Si no tiene cuidado, perderá también el hotel. Y entonces ¿adónde iremos todos?

A Morrigan no le sorprendió en absoluto verse a sí misma vagando por los pasillos en mitad de la madrugada, tratando de quitarse de encima el dolor de estómago y las pesadillas que acababa de tener.

Era pasada la medianoche cuando vio que la puerta que daba al despacho de su patrocinador estaba entreabierta. A hurtadillas, echó un vistazo al interior. Júpiter se encontraba sentado en un sillón de cuero junto a la chimenea. Sobre la mesita de al lado había una humeante tetera de plata y dos vasitos de colores.

—Adelante. Entra, Mog —dijo Júpiter sin siquiera volverse hacia ella mientras servía un poco de té con menta y echaba a continuación un terrón de azúcar en cada uno de los vasitos. Las hojas verdes se arremolinaron en el interior de ambos. Mientras ella tomaba asiento a su lado, su patrocinador la miró por un momento a los ojos. Parecía cansada.

—Otra pesadilla —dijo North sin tono de interrogación—. Te sigue preocupando la Prueba del Gran Talento.

Morrigan bebió un sorbo y permaneció en silencio. A esas alturas, ya se había acostumbrado a que él supiera siempre lo que le pasaba por la cabeza.

De nuevo, acababa de soñar que fracasaba de forma estrepitosa. Sin embargo, en esta ocasión, en lugar de despertar cuando la audiencia comenzaba a reírse y a burlarse de ella, la pesadilla había continuado con un desfile de asquerosos troles babeantes que llenaban el Troliseo y llevaban un bate de béisbol en la mano, presumiblemente para matarla a golpes y acabar con su vergüenza y su sufrimiento.

—La prueba es el próximo sábado —dijo la chica de modo significativo a su patrocinador, con la intención de que este le revelara de una vez por todas lo que se suponía que tenía que hacer, cómo debía comportarse, lo que se esperaba de ella.

—Deja de preocuparte tanto —respondió él con un suspiro.

—Eso es lo único que me dices.

—Todo irá bien.

—Y eso.

—Porque es verdad.

—Pero ¡si no tengo ningún talento! —exclamó Morrigan, salpicando sin querer de té su camisión—. ¿Por qué estoy haciendo las pruebas si no podré entrar nunca en la Sociedad? Yo no sé domar dragones ni..., ni cantar como los ángeles. Yo no sé hacer nada especial.

Una vez que se hubo lanzado ya a enumerar en voz alta las cosas que le preocupaban, no pudo parar.

—¿Qué pasa si el Hedor descubre que estoy aquí ilegalmente? —continuó con un nudo en la garganta—. Me echarán y te meterán en la cárcel. Y te quitarán el Deucalion. Tu... tu reputación, tu carrera... ¡No puedes arriesgar todo eso solo por mí! ¿Y qué pasará entonces con la gente que trabaja aquí? ¿Y Jack? No podrás cuidar de él si te envían a prisión. ¿Y qué...?

Morrigan pareció vacilar y perder el hilo de lo que iba a decir.

Júpiter esperó a que ella lo retomara y sonrió educadamente detrás de su vasito de té a la menta, cosa que enfureció aún más a su pupila. ¿Es que no le preocupaba el hecho de que ella pudiera llegar a quedarse fuera de la Sociedad, o es que lo hacía solo por diversión? ¿Acaso ella no era más que... su *hobby*?

La mera idea de que eso pudiera ser así hizo que algo se encendiera en su interior, igual que un animal arrinconado, justo antes de estallar y salir disparado de su pecho. Acto seguido, dejó su vaso sobre la bandeja con un leve tintineo y dijo:

—Quiero irme a casa.

Antes incluso de haber pensado en decirlas, las palabras escaparon de su boca, apagadas y fúnebres, y quedaron resonando en el aire.

—¿A casa?

—De vuelta a Jackalfax —aclaró ella, a pesar de saber que Júpiter entendía a la perfección a qué se refería, pues se había quedado inmóvil por completo—. Quiero regresar. Ahora. Esta noche. Quiero decirle a mi familia que estoy viva. No quiero unirme a la Sociedad Fabulánica y no... Ya no quiero vivir en el hotel.

Apenas fue capaz de decirlo. Cada sílaba luchaba con todas sus fuerzas por no salir de su boca. Lo último que había dicho no era cierto, por supuesto; no obstante, pensó que todo sería más fácil si su patrocinador así lo creía.

Morrigan amaba el Deucalion. Sin embargo, no importaba cuántas habitaciones, plantas y pasillos tuviera, nunca sería lo bastante grande como para contener el creciente temor que le infundía la Prueba del Gran Talento. Su sombra se cernía a todas horas sobre su mente como un monstruo, como un fantasma que la persiguiera día y noche por los recovecos del hotel, calándola hasta los huesos como si fuera parte indisoluble de aquel frío invierno e impidiéndole en todo momento entrar en calor.

Esperó a que Júpiter dijera algo; no obstante, este permaneció impassible, con el rostro petrificado, como si llevara puesta una máscara de porcelana que fuera a hacerse añicos en cualquier instante. Finalmente, después de contemplar el fuego durante casi un minuto, dijo con suavidad:

—Muy bien. Nos iremos enseguida.



CAPÍTULO DIEGINUEVE

LA TELARAÑA

—¿Cuánto queda?

—No mucho. Sigue.

Júpiter avanzaba a su ritmo habitual por el sórdido túnel de baldosas blanquecinas y luces cenitales parpadeantes, con Morrigan trotando a su lado, intentando no quedarse atrás. Ella le lanzaba una mirada de vez en cuando, pero no era capaz de descifrar nada en el inescrutable rostro de su mentor.

Él apenas había dicho esta boca es mía, aparte de haberle indicado a Fenestra la dirección a la que se dirigían. La magnífata lo había contemplado con expresión de alarma y, para sorpresa de Morrigan, también de tristeza. Tampoco había dicho una palabra, pero cuando la chica salió con Júpiter por la puerta principal, Fen la empujó suavemente con su gran cabeza gris y emitió un sonido apenado y grave. Aferrándose a su paraguas, Morrigan parpadeó con todas sus fuerzas para contener las lágrimas, sin permitirse mirar hacia atrás.

Habían hecho su camino a través de las oscuras calles y tomando un transparagüero que los llevó a la estación de fabucarril más cercana, para luego comenzar el descenso por el laberinto de túneles y escaleras. Atravesaron puertas ocultas que conducían a pasillos lóbregos y sucios, siguiendo un camino que Morrigan nunca había recorrido antes, pero que Júpiter parecía saberse de memoria.

Tras veinte minutos e incontables curvas ciegas, doblaron una esquina y se encontraron con un andén vacío. Los carteles publicitarios que cubrían las paredes, descoloridos y agrietados, eran del año de Maricastaña: anunciaban productos de los que Morrigan nunca había oído hablar.

Sobre sus cabezas, un letrero indicaba que aquel era el punto de partida del Navegador de la Telaraña.

—¿Estás segura de querer hacer esto? —Los ojos de Júpiter estaban fijos en el suelo de baldosas. Aunque hablaba en voz baja, su voz reverberaba en el espacio cavernoso—. No tienes por qué marcharte.

—Ya lo sé —dijo Morrigan.

Pensó en Hawthorne, su mejor amigo, del que no había tenido tiempo de despedirse, y en Jack, que dormía profundamente en el Deucalion y al despertarse repararía en su marcha. Al hacerlo, sintió una repentina tristeza, que enseguida se esforzó por reprimir. No, no podía quedarse y ver cómo Júpiter perdía todo lo que tenía por su causa.

—Estoy segura.

Júpiter asintió y alargó la mano para quitarle el paraguas. Morrigan se aferró a él.

—¿No puedo quedármelo?

—Tenemos que dejarlo aquí. Lo siento.

Morrigan soltó el paraguas de mango de plata. Cuando Júpiter lo arrojó a una vía del andén, ella sintió una sorda y resentida decepción. Después de todo, se suponía que era un regalo de cumpleaños, y había vivido muchas cosas con él: le recordaba a aquella vez en que saltó del tejado del Deucalion, a aquel día en que cruzó el casco antiguo en el transparagüero, a aquella otra ocasión en que abrió la Sala de las Sombras... (Cuando Morrigan por fin le preguntó por lo sucedido en este último lugar, Júpiter reconoció que lo había hecho por divertirse un poco, y que había estado esperando una eternidad a que ella descubriera que tenía una llave secreta de entrada a una habitación secreta. Si Morrigan hubiera sido un poco más traviesa, la habría encontrado mucho antes.)

—¿Lista? —La agarró de la mano y cruzaron la línea amarilla para colocarse al mismísimo borde del andén—. Cierra los ojos. No los abras.

Morrigan obedeció. No se oía nada. Transcurrió un largo rato en silencio.

Luego, a lo lejos, cada vez más fuerte, percibió el ruido de un tren que ganaba velocidad. Sintió una bocanada de aire fresco procedente del túnel, justo antes de que el tren se parase frente a ellos y abriera sus puertas.

—Adelante, sin miedo, Morrigan Crow. —Júpiter le apretó la mano y la condujo adentro.

—¿Puedo abrir los ojos ya?

—Aún no.

—¿Adónde vamos? ¿Qué es eso del Navegador de la Telaraña? ¿Nos llevará directos a Jackalfax o tenemos que hacer transbordo?

—Silencio. —Él le apretó la mano de nuevo.

Aunque el viaje solo duró unos minutos, Morrigan empezó a sentir náuseas mientras el tren daba sacudidas de un lado a otro. Deseaba poder abrir los ojos.

El tren se detuvo. Las puertas se abrieron. Morrigan y Júpiter salieron al cortante aire frío que olía a lluvia y barro.

—Abre los ojos.

Con un doloroso pavor en lo más profundo de su corazón, Morrigan se encontró ante la puerta principal de la Mansión de los Crow. Estaba de vuelta en casa.

«Esto era lo que querías», se recordó a sí misma.

En solo unos minutos, el Navegador de la Telaraña la había llevado directa desde Nevermoor hasta Jackalfax. Morrigan se dio la vuelta: el tren había desaparecido. Detrás de ella no había nada más que las altas verjas de hierro que separaban la Mansión de los Crow del bosque que se extendía más allá. Sacudió la cabeza. Era imposible.

Una familiar aldaba plateada en forma de cuervo la recibió con su intenso brillo. Levantó la mano para agarrarla y llamar a la puerta, pero Júpiter atravesó la puerta de madera maciza y desapareció tras ella.

—Imposible —resopló de nuevo.

La mano de Júpiter traspasó entonces la puerta desde dentro, agarró a Morrigan y tiró de ella hacia el pasillo débilmente iluminado de la casa de su infancia.

—¿Cómo, cómo? ¿Qué acaba de pasar?

Júpiter la miró de reojo.

—En realidad, todavía estamos en Nevermoor. Al menos, nuestros cuerpos aún están allí. La Línea de la Telaraña se supone que está desmantelada, fuera de servicio, pero como Explorador Interreinos con Permiso de Nivel Nueve, tengo... ciertos privilegios.

Morrigan se preguntó si ese era el tipo de «privilegio» por el que podría ser arrestado.

—¿Cómo podemos estar todavía en Nevermoor? Si esta es la casa de mi abuela...

—No exactamente. Estamos viajando en la Telaraña.

—¿Qué es la Telaraña?

—Es... todo, es..., ¿cómo te lo explicaría?

Se detuvo para inspirar hondo mirando hacia arriba. Morrigan recordó cómo él ya había intentado describírsela en una ocasión anterior sin éxito alguno.

—Todos somos parte de la Telaraña, y la Telaraña es todo lo que hay a nuestro alrededor —continuó—. Las cosas que veo (tus pesadillas, por ejemplo; o la historia de la tetera verde que te conté) existen todas en la Telaraña, como diminutos hilos invisibles tejidos en una extensa y oculta red que lo conecta todo. La Línea de la Telaraña simplemente nos proporciona una forma de viajar a través de esos hilos con un propósito. Fue un subproducto de la exploración interreinos, algo creado por la Liga hace trece o catorce años. Tu cuerpo permanece a salvo en Nevermoor mientras tu conciencia viaja por la República sin ser detectada. Es un sistema muy inteligente y muy secreto, así que, por el amor de Dios, no se lo digas a nadie. Nunca estuvo disponible para uso público por ser demasiado volátil. Hoy en día, incluso el personal militar de alto rango tiene prohibido utilizarlo.

—¿Por qué?

Júpiter hizo una mueca.

—Es una forma de viajar que no se adapta a todo el mundo. Tras haber subido al Navegador de la Telaraña, algunas personas regresaron... no del todo bien, digamos. Sus cuerpos y mentes, una vez separados, nunca se volvieron a acoplar íntegramente. Estaban siempre desincronizados, lo que los condujo a la locura. Este es un asunto muy peligroso si no sabes lo que estás haciendo.

—¡Yo no sé lo que estoy haciendo! —exclamó Morrigan con un leve arrebató de pánico—. ¿Por qué me has dejado subir?

—Si alguien puede subir al Navegador de la Telaraña, esa eres tú.

—¿Por qué yo?

—Porque eres... —Se detuvo como arrepintiéndose y desviando la mirada—. Porque estás... conmigo. No podemos quedarnos aquí mucho rato. ¿Entiendes?

No estaba segura de si sentía decepción o alivio.

—Pero yo no quería venir aquí de visita. Quería volver para siempre.

—Sé que esto no es lo que te esperabas. Solo quiero que estés segura, antes...

—¡Feliz Navidad! —Ivy acudió corriendo por el pasillo hacia ellos con una gran sonrisa en el rostro.

Morrigan dio un paso adelante con una explicación preparada para salir de su boca, pero su madrastra pasó ante ellos acompañada del frufrú de su vestido de satén, dejando una estela de empalagoso perfume tras ella.

—¡Feliz Navidad a todos! —repitió.

Morrigan la siguió a la sala de estar, abarrotada de gente. Todos los invitados levantaron su copa al entrar su radiante anfitriona.

Ivy hizo un gesto a un joven sentado detrás de un piano, y él se arrancó con un animado villancico. Corvus, ataviado con esmoquin y una rosa prendida en la solapa, sonrió a su esposa desde el otro lado de la habitación.

—Están dando una fiesta —observó Morrigan—. Pero si nunca dan fiestas...

Júpiter no dijo nada.

Ella observó a Ivy y a su padre lanzándose a un espontáneo baile, espoleados por los aplausos de sus invitados. Un hombre dijo algo a Corvus cuando este pasó bailando a su lado, lo que le hizo echar la cabeza atrás y romper a reír. Morrigan podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto a su padre reírse así. De hecho, podía contarlas con un solo dedo, incluyendo esa vez.

—¿No pueden verme?

Júpiter se quedó atrás, permaneciendo cerca de la pared.

—Solo si tú quieres que te vean.

Morrigan frunció el ceño.

—Yo sí quiero.

—Pues no lo parece.

Ivy había redecorado la casa con cortinas nuevas, tapicería azul (azul violeta) y papel pintado de flores. No había ni un rincón que no estuviera cubierto de fotos enmarcadas, todas ellas retratos de Corvus, Ivy y la nueva criatura, o para ser más exactos, las criaturas. Habían sido gemelos: un par de niños sonrosados de cabello rubio casi blanco, igual que su madre. Un marco doble de plata llevaba grabados los nombres Wolfram y Guntram en letras elegantes.

Así que Morrigan tenía hermanos. Trató de digerir esa noticia conforme el bullicio de la fiesta se arremolinaba alrededor de ella, pero a su cerebro le resultaba imposible captar la idea. «Tengo hermanos, tengo hermanos», siguió pensando una y otra vez, pero las palabras se le antojaban tan livianas como el aire, sin peso ni significado en absoluto, así que las dejó irse flotando.

Morrigan se preguntó dónde estaba su abuela, antes de darse cuenta de que ya sabía la respuesta.

El oscuro y silencioso Salón de Cuervos Muertos estaba tal y como Morrigan lo recordaba: frío, vacío y lleno de olor a moho. Solo una cosa había cambiado: su retrato ahora colgaba allí.

En realidad no se llamaba el Salón de Cuervos Muertos; solo ella lo llamaba así. Su verdadero nombre era muy soso: el Salón de los Retratos. Sin embargo, solo los miembros de la familia Crow gozaban del privilegio de ver allí colgada su efigie, y únicamente tras haber pasado a mejor vida. Por alguna razón, aquel era el lugar favorito de la abuela: a veces desaparecía durante horas enteras, y si querías encontrarla, sabías dónde buscar. Allí estaba siempre, en el Salón de los Cuervos Muertos, contemplando el linaje que iba desde Carrion Crow (el tataratatarabuelo de Morrigan, muerto accidentalmente por un disparo de su ayuda de cámara durante una cacería) hasta *Camembert Crow* (el apreciado galgo de su padre, que había muerto echando espumarajos por la boca tras haber engullido un contenedor de lejía jabonosa).

Morrigan se sorprendió al ver que la abuela le había hecho un hueco en un lugar destacado, entre la venerable tía abuela Vorona (fallecida tras caerse de su caballo de carreras) y tío Bertram, el hermano de Corvus, que había abandonado este mundo muy joven de resultas de unas fiebres. Eran bien conocidas las manías de la abuela a la hora de asignar un lugar a los miembros difuntos de la familia Crow. El retrato de la difunta madre de Morrigan se hallaba al final de la estancia, entre los de las mascotas menos queridas y los primos lejanísimos.

El artista encargado de immortalizar a Morrigan llevaba más de sesenta años retratando a los Crow. Eso daba idea de su avanzada edad y, en consecuencia, de lo insoportablemente lento que era a la hora de ejecutar su oficio; Morrigan recordaba cómo había tenido que posar durante interminables horas mientras él trastabillaba pincel en ristre y de vez en cuando gritaba cosas como «¡Deja de moverte!», «¿De dónde viene esa sombra?», «¡Te veo respirar!» o «¡No te rasques la nariz, niña del demonio!».

A la mitad del posado de último minuto, que tuvo lugar el día de la Nocturnal, Ivy había entrado con una cinta métrica, sosteniendo el teléfono entre la oreja y el hombro mientras tomaba las medidas de Morrigan. «Ciento veinte centímetros de largo... sí, creo que sí, por lo menos... Oh no, tiene que ser más holgado, es bastante ancha de hombros... ¿Cuánto cuesta el de caoba?... El de pino, entonces, mejor... Bueno, no, Corvus va a preferir la caoba, no debemos parecer unos pobretones. Forro de seda rosa, por supuesto, con una almohada de volantes y una cinta rosada alrededor de la base. Y supongo que nos lo traerán a casa. ¿Cómo que cuándo? ¡A primera hora de la mañana, claro!

Acto seguido, había salido de la habitación sin decir una palabra ni a Morrigan ni al pintor. Cuando Morrigan cayó en la cuenta del tema de la conversación telefónica, había pasado el resto de la tarde enfurruñada por el hecho de que su ataúd fuera a llevar tanto rosa. El resultado fue el retrato que ahora colgaba en el salón, que mostraba a una chica ceñuda con los brazos cruzados en actitud desafiante.

Era la primera vez que Morrigan veía la obra terminada, y la verdad es que le gustó.

—¿Quién anda ahí?

La abuela estaba de pie junto a la ventana en la oscura estancia, iluminada únicamente por el resplandor de la lámpara del pasillo. Llevaba su habitual vestido negro, el cuello ceñido por joyas y el pelo gris oscuro recogido en lo alto de la cabeza. En el aire se reconocía el fragante aroma amaderado de su perfume.

Morrigan se acercó a ella con cautela.

—Soy yo, abuela.

La abuela entrecerró los ojos mientras examinaba la habitación en penumbra.

—¿Hay alguien ahí? ¡Respóndame!

—¿Por qué no puede verme? Si yo quiero que me vea —siseó Morrigan a Júpiter.

—Sigue intentándolo —respondió él mientras la empujaba suavemente hacia delante.

Ella respiró hondo, apretó los puños y pensó con todas sus fuerzas: «Mírame. Por favor mírame».

—¿Abuela? Soy yo. Estoy aquí.

—¿Morrigan? —susurró la abuela con voz ronca.

Sus ojos se agrandaron, dio un paso hacia su nieta sacudiendo la cabeza como para despejarse.

—¿Es..., eres..., puede ser...?

—¿Me ves ahora?

Los lechosos ojos azules de Ornella Crow se posaron en su rostro, por primera vez —al menos que ella recordara— llenos de terror.

—No. No...

—No pasa nada. —Morrigan levantó las manos como si estuviera apaciguando a un animal asustado—. No soy un fantasma. Soy yo en carne y hueso. Estoy viva. No me he muerto, no estoy...

La abuela negó con la cabeza una y otra vez.

—Morrigan. No. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué has vuelto a la República? No deberías haberlo hecho. Ellos vendrán a por ti. La Cacería de Humo y Sombras vendrá a por ti.

Morrigan sintió cómo un carámbano de hielo le perforaba el corazón. Miró a Júpiter, apostado a su espalda con las manos metidas en los bolsillos y la mirada gacha.

—¿Cómo sabe ella lo de la Cacería?...

Antes de que pudiera terminar, la abuela se volvió hacia Júpiter súbitamente furiosa.

—¡Tú! ¡Grandísimo necio! ¿Por qué la has traído aquí? Prometiste que la retendrías en Nevermoor. Prometiste que nunca abandonaría el Estado Libre. No deberías haber venido.

—No estamos de verdad aquí, señora Crow —se apresuró a decir Júpiter alargando la mano y traspasando con ella el cuerpo de la anciana.

La abuela se estremeció y dio un paso atrás.

—Hemos venido en el Navegador de la Telaraña. Nuestros cuerpos no están... Es una larga historia. Morrigan quería venir. Pensé que se merecía...

—Prometiste que no volverías a traerla aquí —repitió la abuela con los ojos desorbitados—. Me lo juraste. No está segura aquí, no lo está... Morrigan, debes irte.

—¿Morrigan?

Una voz llegó desde el umbral. Alguien apretó un interruptor y, de repente, el Salón de los Cuervos Muertos se bañó de luz. Corvus entró a zancadas en la habitación, con los ojos azules parpadeando. Morrigan abrió la boca para hablar, pero el canciller pasó de largo por delante de ella, agarró a la abuela por los hombros y la sacudió.

—Madre, ¿qué es esta locura? ¿Por qué haces esto? Justo ahora... Es una fiesta de Navidad, por el amor de Dios.

Ornella Crow miró por encima del hombro de su hijo, con los ojos parpadeando ansiosamente, hacia su nieta.

—Es..., no es nada, Corvus. Solo mi imaginación, que me juega malas pasadas.

—Has dicho el nombre —susurró Corvus con rabia contenida en la voz—. Te he oído desde el pasillo. ¿Qué pasaría si uno de mis colegas hubiera pasado por aquí y lo hubiera oído también?

—Ha sido... no ha sido nada, hijo mío. Nadie ha oído nada. Solo estaba... recordando...

—Juramos que nunca volveríamos a decir ese nombre. Lo juramos, madre.

Morrigan sintió como si su aliento abandonara su cuerpo.

—Lo último que necesito es que la gente se acuerde de todo eso, justo cuando estoy haciendo avances hacia el gobierno federal. Si alguien del Partido...

Corvus se interrumpió apretando los labios en una delgada línea.

—Esta noche es importante para mí, madre. Por favor, no lo estropees todo diciendo ese nombre.

—Corvus...

—Ese nombre está muerto.

Corvus Crow se dio la vuelta, caminó derecho hacia el lugar donde se encontraba su hija, invisible para él, y desapareció.

Hasta que no llegó a la verja de entrada a la casa, Morrigan no reparó en cómo el aire gélido le mordía los pulmones. Se inclinó hacia delante, tratando de recuperar el aliento.

¿Cómo es que lo sentía, se preguntó? ¿Cómo podía sentir el viento cortante en la cara y el duro suelo debajo de sus pies? ¿Cómo era capaz de oler la lluvia, el barro y el perfume de la abuela, mientras que su padre no podía verla a ella a pesar de estar ante sus mismos ojos?

Oyó los pasos de Júpiter, que hacían crujir la grava a su espalda. El hombre se detuvo y se quedó allí parado un largo rato, esperando pacientemente a que ella dictara su próximo movimiento, sin darle ningún consejo ni mostrarle ninguna señal de empatía; sin siquiera decirle «Ya te lo advertí». Por fin, Morrigan se enderezó e hizo una inspiración profunda y temblorosa.

—Ella lo sabía. Mi abuela sabía que yo no estaba muerta.

—Sí.

—Sabía lo de la Cacería.

—Sí.

—¿Cómo?

—Yo se lo dije.

—¿Cuándo?

—Antes de la Nocturnal. Tenía que buscar a alguien para que firmara el contrato.

Vaya. Así que ese nombre irreconocible era la firma de su abuela. Había sido ella quien deslizó el sobre bajo su puerta el Día de la Puja.

—¿Por qué ella?

—Parece que te quiere.

Morrigan ahogó una carcajada, llevándose la manga a la nariz para ocultar el sollozo que la acompañó. Júpiter tuvo la delicadeza de fingir, por un momento, estar muy interesado en el estado de sus zapatos.

—Vuelve conmigo —dijo finalmente en voz baja—. Por favor. Tu abuela tiene razón, no estás segura aquí. Vuelve al Deucalion. Ahora es tu hogar. Somos tu familia: Jack, Fen, yo mismo y todos los demás. Eres parte de nosotros.

—Hasta que suspenda la Prueba del Gran Talento y sea deportada. —Reprimió un nuevo sollozo—. Hasta que te arresten por traición.

—Como te dije, cada batalla a su tiempo.

Morrigan se secó la cara.

—¿Adónde tenemos que ir para volver a subir al Navegador de la Telaraña?

—A ninguna parte. —Los ojos de Júpiter se iluminaron de alegría y alivio. Dio una palmada a Morrigan en la espalda, y ella le devolvió una sonrisa acuosa—. La Línea vendrá a nosotros. Para eso tenemos el ancla. Nunca hay que viajar en el Navegador de la Telaraña sin antes echar anclas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ancla?

—La que he dejado en el andén. —Él sonrió—. Un preciado objeto personal que hemos dejado antes de partir y que te ata a Nevermoor con un hilo de Telaraña invisible. Está esperando para tirar de ti y llevarte de regreso a casa. ¿Te imaginas qué es?

Morrigan pensó por un momento.

—¿Quieres decir... mi paraguas?

El asintió.

—Cierra los ojos y visualízalo, con toda la claridad que puedas, colgando de la vía. Observa cada pequeño detalle. Mantén esa imagen en tu mente, Mog. ¿La tienes?

Morrigan cerró los ojos y formó la imagen en su cabeza: la tela brillante y encerada, el mango con filigrana de plata, el diminuto pájaro de ópalo.

—Sí.

—No la sueltes.

—No la suelto.

Sintió la cálida mano de Júpiter cerrarse en torno a la suya. Un tren silbó en la distancia.

Los pasillos del Hotel Deucalion le dieron la bienvenida, acogedores y familiares.

El agotamiento se apoderó de los miembros de Morrigan mientras se arrastraba hacia su habitación, anhelando sus muchas almohadas y su grueso edredón de plumas, y confiando en que la chimenea todavía estuviera encendida.

Cuando se acercó para abrir la puerta, una mano fría y huesuda la agarró del brazo. Con un grito ahogado, retrocedió de un salto hacia atrás.

—¡Oh! Es usted, Dame Chanda.

—No era mi intención asustarte, mi niña —dijo la soprano—. Yo también me voy a la cama. ¡Vaya par de noctámbulas estamos hechas! Supongo que la comilona navideña te ha mantenido en vela a ti también, ¿no?

Morrigan esbozó una sonrisa incómoda. En su cabeza todavía resonaban centelleos de esa conversación mortificante entre Kitchari y Dame Chanda. «Aunque fracasara con el Deucalion, tampoco pasaría nada.»

—Eh, pues sí —respondió.

—Bueno, como no podía dormir, he estado hurgando un poco en mis viejos álbumes y archivadores.

Dame Chanda sacó un pedazo de papel arrugado, lo desdobló y lo alisó con suavidad.

—Pensé que podría interesarte ver esto. Sabía que tenía un retrato por alguna parte. No es reciente, por supuesto. Aquí debe de tener entre veinte y treinta años. (¡Ahora pasa seguro de los cien!) Un joven bastante apuesto, el infame Ezra Squall, como puedes ver, aunque supongo que pensar eso ha de estar muy mal visto hoy en día. Por Dios, no le digas a nadie que he llamado «guapo» a un asesino en masa: vendrán a por mí con antorchas y horcas.

Enarcó una ceja sonriendo a Morrigan con complicidad.

—Quédatelo, es solo una copia de la pintura al óleo original. Me alegra que hayas mostrado interés por la historia de Nevermoor, por espantoso que ese periodo en particular pueda haber sido. Buenas noches, señorita Morrigan, y feliz Yule, querida.

Apretó la mano de Morrigan antes de irse mirándola amablemente, como si hubiera querido hacer una buena acción por esa pobre chica que no tenía la más mínima posibilidad de entrar en la Sociedad Fabulánica.

Sin embargo, por una vez, Morrigan no estaba pensando en sus posibilidades de éxito en las pruebas. No podía articular palabra. Le daba la sensación de que se iba a ahogar.

El hombre del retrato sonreía con calma. Llevaba el cabello castaño ceniza peinado hacia atrás, su anticuado traje tenía un aspecto immaculado e inconfundiblemente caro. Esos ojos oscuros, esa piel casi translúcida de puro pálida, esa fina sonrisa rosada y esos rasgos angulosos: eran exactamente iguales a los que había visto por última vez. Y esa cicatriz, la delgada línea blanca que cortaba una ceja por la mitad... Reconocía esa cicatriz, reconocía a ese hombre. Era el señor Jones.



CAPÍTULO VEINTE

LA DESAPARICIÓN

El manto blanco que cubría Nevermoor se convirtió en una triste aguanieve grisácea los días posteriores a Navidad. Mientras la lluvia golpeaba las ventanas del Hotel Deucalion, el alborozo rápidamente derivó hacia un depresivo humor posvacacional. Y cada hora que pasaba, Morrigan estaba más cerca del día que tanto llevaba temiendo durante todo el año: la Prueba del Gran Talento.

No obstante, y por increíble que pueda parecer, la amedrentadora prueba no se le antojaba sino un problema secundario en aquellos momentos.

Después de Navidad, había pasado dos agonizantes días armándose de valor para contarle a Júpiter lo que sabía acerca de Ezra Squall y el señor Jones. Cada vez que estuvo a punto de llamar a la puerta de su oficina, con el retrato de Squall en su tenso puño, el coraje le había fallado por completo.

Lo cierto era que ardía en ganas de contárselo. Pero ¿cómo? ¿Qué iba a decirle? «¿Sabes una cosa, Júpiter? El hombre más malvado que jamás haya existido es de la opinión de que yo sería una estupenda aprendiz y su digna heredera. Ah, y lleva meses viniendo a Nevermoor a visitarme. Ah, y he puesto a toda la ciudad en peligro por no querer contártelo.»

Más que nada, Morrigan quería hablar con Hawthorne. Justo cuando pensaba que la terrible verdad iba a brotar irremediamente de su boca como la lava de un volcán, su amigo regresó por fin de las Tierras Altas.

—¿Estás segura? —preguntó él mientras escudriñaba la imagen con una nota de ansiosa esperanza en su voz—. ¿No podría tratarse de su abuelo?

Exasperada, Morrigan gimió mientras elevaba la mirada y las manos al techo por enésima vez. Apenas había pegado ojo en toda la noche y ahora no paraba de andar de una pared a otra de su dormitorio, trazando una invisible línea en el suelo (como al dormitorio esto parecía divertirle,

las paredes iban separándose gradualmente, obligándola a caminar distancias cada vez más largas).

—Te digo que es él. Es justo el mismo hombre. Tiene la misma cicatriz, la misma peca sobre el labio, la misma nariz, el mismo todo. Si el del dibujo no es el señor Jones, entonces yo no soy Morrigan Crow.

—Pero ¿por qué fingiría ser su propio ayudante?

—Tal vez porque no ha envejecido un ápice desde que ese retrato fue pintado hace casi cien años. —Morrigan arrancó de las manos de Hawthorne el libro que este sostenía y le acercó el retrato hasta que estuvo a una pulgada de su nariz—. Mira. Lo viste en Todos los Santos. Fíjate bien.

Hawthorne frunció los labios al tiempo que se alejaba la imagen y entrecerraba los ojos para verla mejor. Con una inspiración larga y profunda, al final asintió de mala gana.

—Es él. Tiene que ser él. Esa cicatriz...

—Exactamente.

Él arrugó el entrecejo.

—Pero Dame Chanda dijo...

—... que tiene vetada la entrada al Estado Libre, lo sé —terminó ella interrumpiéndolo—. Y Kitchari dijo que la ciudad lo mantiene alejado mediante un tipo de magia ancestral.

—Eso es. Además, ¿qué hay de toda esa gente que protege las fronteras? La Fuerza Aérea, el Consejo Real de Hechicería, la Liga de Magos y todo eso. Nadie podría saltarse todos esos controles, ni siquiera el Fabulantor.

Morrigan se dejó caer en el sillón abrazándose a un cojín.

—Pero el señor Jones, o Squall, ha estado aquí, Hawthorne. Yo lo vi con mis propios ojos. Los dos lo vimos. No tiene ningún sentido.

Guardaron silencio unos instantes mientras oían la lluvia repiquetear contra el cristal. El anochecer se cernía en el horizonte.

Hawthorne suspiró.

—Tengo que irme. Le prometí a mi padre que volvería a casa antes de que se hiciera de noche. Mañana es la Prueba del Gran Talento: no te olvides —añadió medio en broma.

Como si se fueran a olvidar de la última y definitiva prueba de ingreso en la Sociedad. Como si Morrigan pudiera olvidar el día que llevaba apareciendo en sus pesadillas durante meses.

Hawthorne observó a su amiga durante un largo y solemne momento.

—Morrigan, creo que es hora de...

—Ya lo sé —murmuró ella, volviéndose para contemplar la oscuridad que se apoderaba del mundo fuera de su ventana—. Tengo que contárselo a Júpiter.

Morrigan llamó indecisa a la puerta del despacho de Júpiter.

—¿Qué? —gruñó una voz que desde luego no pertenecía a su patrocinador.

Al empujar la puerta, se encontró con Fenestra, despatarrada sobre una alfombra frente a la chimenea. La magnífata pegó un gran bostezo y miró a Morrigan con sus soñolientos ojos amarillos.

—¿Qué deseas?

—¿Dónde está? Necesito verlo. Es urgente.

—¿Quién?

—Júpiter —respondió Morrigan, sin molestarse en ocultar su irritación.

—Aquí no está.

—Sí, ya me doy cuenta —replicó ella señalando el despacho vacío—. ¿Dónde está, en el Salón de Fumadores? ¿En el comedor? Fen, es importante.

—No está aquí. No está en el hotel.

—¿Cómo?

—Se ha ido.

A Morrigan le dio un vuelco el corazón.

—¿Se ha ido? ¿Adónde?

Tras encogerse de hombros y lamerse la pata, Fenestra contestó:

—Ni idea.

—¿Cuándo va a volver?

—No lo ha dicho.

—Pero... pero si mañana es la última prueba —dijo Morrigan con voz cada vez más aguda—. Regresará antes, ¿no?

La magnífata se dio la vuelta y arañó la alfombra, luego se frotó las orejas lánguidamente.

De pronto, Morrigan sintió cómo el terror la invadía. Cuando Júpiter salía del Deucalion, a veces estaba fuera durante horas, días o, en algunas ocasiones, semanas enteras. Morrigan nunca sabía cuándo volvería; nadie lo sabía, y la idea de que quizá no regresara a tiempo para la Prueba del Gran Talento la llenaba de un gélido pavor.

Él se lo había prometido. Se lo había prometido.

«Igual que prometió llevarte al Bazar de Nevermoor», le recordó una vocecita desde algún lugar de su cabeza.

Pero esto era diferente, se dijo a sí misma. Esta era su prueba. La más importante, de la que él había jurado encargarse, de la cual le había dicho que no se preocupara. Ella, en efecto, había hecho lo imposible por no inquietarse, pero ¿ahora qué? No podía enfrentarse a la prueba ella sola, sin siquiera saber cuál era su talento.

—¡Fenestra, por favor! —Ante sus gritos, la gata se volvió para fulminarla con la mirada—. ¿Qué está haciendo, adónde ha ido?

—Dijo que tenía algo importante que hacer. Eso es todo lo que sé.

El corazón se le encogió. ¿Más importante que estar allí junto a ella el día más importante de su vida? ¿Más importante que cumplir su promesa?

Se sentía humillada. Embargada por el terror repentino ante su desamparo, olvidó por completo la razón por la que había ido a ver a Júpiter.

Estaba sola. Tendría que hacer su Prueba del Gran Talento sin él. Estaba sola por completo.

Se derrumbó en uno de los sillones de cuero que había al lado de la chimenea. Sentía su cuerpo tan pesado como el plomo.

Fenestra se levantó de repente para colocarse junto al brazo del sillón en que se sentaba Morrigan y le acercó su enorme cara chata y peluda.

—¿Te dije que estaría aquí para tu prueba?

Las lágrimas se asomaron a los ojos de Morrigan.

—Sí, pero...

—¿Te dijo que él se encargaría?

—Sí, pero...

—¿Te prometió que todo saldría bien?

Unas cuantas lágrimas ardientes se derramaron por la cara de Morrigan.

—Sí, pero...

—Pues entonces no hay más que hablar. —Con un plácido parpadeo de sus tremendos ojos ambarinos, Fen asintió una vez—. Estará aquí para tu prueba. Él se encargará. Todo saldrá bien.

Morrigan sorbió sus lágrimas y se secó la nariz con la manga de la camisa. A continuación, cerró los ojos y negó con la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi amigo. Conozco a mi amigo.

Fenestra guardó silencio un rato tan largo que Morrigan pensó que se había dormido de pie. Luego sintió algo cálido, húmedo y rasposo lamiéndole el lado derecho de la cara. La chica se sorbió de nuevo; la descomunal cabeza gris de Fen se frotó afectuosamente contra su hombro.

—Gracias, Fen —susurró Morrigan. Oyó las almohadillas de las patas de Fenestra golpear con suavidad el suelo en dirección a la puerta—. ¿Fen?

—¿Sí?

—Tu saliva huele a sardinas.

—Claro. Soy una gata.

—Ahora mi cara huele a sardinas.

—¿Y a mí qué? Soy una gata.

—Buenas noches, Fen.

—Buenas noches, Morrigan.



CAPÍTULO VEINTIUNO

LA PRUEBA DEL GRAN TALENTO

—¡Ooh, algodón de azúcar! —exclamó Hawthorne, haciendo gestos con la mano a un uniformado trabajador del Troliseo que pasaba vendiendo golosinas—. ¿Quieres un poco? Mi abuela me ha dado la paga de Navidad.

Morrigan negó con la cabeza. En esos momentos, todo el espacio de su estómago, que nunca había sido muy grande, estaba ocupado por los nervios, las náuseas y la creciente certeza de que aquel iba a ser el día más humillante de su vida.

—¿Tú no estás nervioso?

Hawthorne se encogió de hombros mientras arrancaba una enorme bola de algodón de azúcar con los dientes.

—Un poco, supongo. Hoy no voy a hacer ninguna pirueta nueva, desde luego. Nan cree que es mejor que me limite a lo mejor de mi repertorio. Lo único que desearía es poder elegir el dragón que voy a montar.

—¿No montarás el tuyo propio?

Hawthorne soltó una risita aguda.

—¿Mi propio dragón? ¿Estás loca? No tengo dragón propio. ¿Qué padres pueden permitirse comprar un dragón a su hijo?

Se lamió los restos que le quedaban en los dedos del pegajoso azúcar rosa hilado.

—Yo monto uno de los pesos pluma de la Liga Junior de Monta de Dragones cuando hago piruetas. Por lo general, o bien Vuela Ligero Cual Envoltorio de Caramelo al Viento, o Destellos al Sol Cual Marea Negra en el Océano. Marea Negra está, desde luego, mejor entrenado, pero

Envoltorio de Caramelo es mucho más valiente. Se le da muy bien remontar el vuelo después de una caída en picado.

—¿Por qué no puedes usar uno de ellos?

—Ya sabes cómo es la Sociedad. —Morrigan renunció a recordarle que, siendo de la República, ella no lo sabía—. Creen que sus dragones son mejores que los de la Liga. Nan dice que es mejor no discutir. De todos modos, espero que no me den uno de las Tierras Altas; son tan mamotretos que nunca logro hacerlos girar bien. Ooh, mira, está empezando.

«Por fin», pensó Morrigan mientras veía entrar a los Ancianos en el Troliseo. Una fuerte ovación se desató en las gradas. La Anciana Quinn levantó la mano en señal de silencio y habló por un micrófono.

—Bienvenidos —retumbó su voz por los altavoces— a la prueba final de ingreso en la Unidad 919 de la Sociedad Fabulánica.

Otra ovación hizo que a Morrigan le pitaran los oídos. El estadio estaba abarrotado, no solo con los candidatos restantes, sino también con sus patrocinadores, otros miembros de la Sociedad Fabulánica que habían acudido en busca de nuevos talentos y, por supuesto, amigos y familiares. Los padres de Hawthorne estaban situados en lo alto de las gradas, al igual que Jack, quien había vuelto a casa durante el fin de semana con el único propósito de apoyar a Morrigan, lo cual a ella le pareció un gesto sorprendente y, de hecho, bastante conmovedor. Reinaba un ambiente de fiesta en el Troliseo, como si fuera un día de asueto normal y los espectadores estuvieran a punto de ver dos a troles chocar los cráneos.

—Bienvenidos, estimados miembros de la Sociedad. Bienvenidos, patrocinadores. Pero, sobre todo, bienvenidos sean nuestros candidatos, setenta y cinco valientes almas jóvenes que han llegado tan lejos, han logrado tanto que hacen que mis compañeros Ancianos y yo nos enorgullecamos sobremanera. Candidatos, al acudir hoy aquí os ha sido asignado un número al azar para determinar el orden en que ejecutaréis la prueba. Un funcionario de la Sociedad pasará por vuestros asientos a recogeros en grupos de cinco. Estad preparados para moveros con rapidez cuando se diga vuestro número y seguid al funcionario hasta la puerta, donde vuestro patrocinador se encontrará con vosotros y os acompañará a la pista.

—Sí, suponiendo que tenga esa suerte —murmuró Morrigan.

Hawthorne resopló y le dirigió una sonrisa llena de empatía. Él iba a ser el undécimo en ejecutar la prueba, pero a Morrigan se le había asignado el número setenta y tres, lo cual en principio no le había hecho ninguna gracia, ya que significaba una espera larga y angustiosa. Sin embargo, como él había puntualizado, cuanto más tarde le tocara salir, más tiempo tendría Júpiter de aparecer allí.

—En caso de que después de la prueba os hayáis clasificado entre los primeros nueve candidatos —continuó la Anciana Quinn—, vuestro nombre aparecerá en el marcador. Si no, bueno..., os deseamos lo mejor para el futuro en otro lugar. Buena suerte, chicas y chicos. Comencemos.

La primera candidata en salir a la pista fue Dinah Kilburn, de Dusty Junction. Antes de que empezara con la exhibición, su patrocinador se afanó en apilar sillas, mesas y escaleras, creando una especie de improvisados columpios de acrobacia.

La increíble actuación de Dinah reveló a esta como una ágil escaladora, una extraordinaria acróbata, y Morrigan se quedó patidifusa al descubrir...

—¿Una mona?!

Tras estallar en carcajadas, Hawthorne miró a su alrededor con aire culpable.

—¡Morrigan! No puedes llamarla así. No es una mona de verdad. Es solo que tiene cola.

Dinah se balanceó disciplinadamente de una torre a otra, hizo equilibrios sobre la cabeza, se colgó boca abajo por la cola y acabó con un aterrizaje perfecto. Sin embargo, los Ancianos no tardaron ni un minuto en tomar su decisión: enseguida se pusieron a hacerle señas para que saliera del Troliseo sin agregar su nombre al marcador. Dinah parecía hecha polvo.

—Oh, oh —dijo Hawthorne encogiéndose en su asiento—. Un comienzo difícil.

Morrigan observaba la escena atónita. ¿Qué era exactamente lo que estaban buscando los Ancianos? ¿Qué tipo de persona consideraban apta para la Sociedad Fabulánica? Pensó en los únicos miembros de la Sociedad que conocía: Júpiter, cuya oculta habilidad consistía en ver cosas que nadie más era capaz de ver, y Dame Chanda Kali, galardonada cantante de ópera y encantadora de animalillos del bosque. A sus once años, ¿habían sido ellos aún más excepcionales que Dinah Kilburn, la extraordinaria acróbata de cola de mono? ¿O es que los Ancianos buscaban otra cosa, alguna otra cualidad inefable que caracterizaba al perfecto miembro de la Sociedad Fabulánica?

A partir de ahí, las siguientes actuaciones no hicieron más que caer en picado. Ninguno de los siguientes cuatro candidatos —un pintor de paisajes, un corredor de vallas, un ilusionista y un chico que tocaba el ukelele— se clasificó entre los nueve primeros. Cuando presentaron al segundo grupo de candidatos, todavía no había ningún nombre en el marcador. De hecho, nadie se clasificó hasta llegar al noveno aspirante, Shepherd Jones, un chico que afirmaba ser capaz de hablar con los perros. Realizó una increíble serie de trucos con una docena de canes, grandes y pequeños; les ladraba órdenes y la multitud aplaudía entusiasmada mientras los perros saltaban a través de aros, caminaban hacia atrás sobre las patas traseras y bailaban el uno con el otro. Sin embargo, los Ancianos no cambiaron su escéptica expresión.

—Envíame a uno de los perros —ordenó la Anciana Quinn.

Shepherd ladró a un pastor ganadero australiano de pelaje azul, que salió corriendo en dirección a la Anciana Quinn. Esta le mostró el contenido de su bolso y lo hizo volver junto a su domador.

—Dime qué ha visto el perro.

Shepherd se arrodilló para tener una breve conversación con el animal.

—Un monedero, una empanada de carne, un paraguas, una barra de labios, un periódico enrollado, unas gafas de leer y un lápiz.

El perro ladró una vez más.

—Ah, y un trozo de queso.

Cuando la Anciana Quinn sonrió en señal de asentimiento, el público estalló en un fervoroso aplauso.

El perro ladró dos veces. Shepherd miró a la Anciana Quinn con apuro.

—Eh... pregunta que si le puede dar la empanada, por favor.

La Anciana Quinn sonrió y arrojó la empanada a Shepherd.

—Toma, que se coma el queso también.

El pastor gimió un poco y ladró tres veces. Shepherd se sonrojó.

—No voy a decirles eso —protestó en voz baja.

—¿Qué ha dicho, muchacho? —preguntó el Anciano Wong.

Shepherd Jones se alborotó el pelo con la mirada gacha.

—Dice que el queso lo estriñe.

Shepherd Jones fue el primer candidato en clasificarse; el público le dedicó una gran ovación cuando su nombre apareció en las pantallas gigantes colocadas en cada punta del Troliseo.

Sin embargo, la décima candidata —una chica llamada Milladore West que confeccionó tres sombreros extraordinarios en once minutos y regaló uno a cada Anciano— no logró ningún puesto en el marcador.

A continuación, le llegó el turno a Hawthorne. Morrigan le deseó suerte mientras era conducido a la pista con el siguiente grupo de cinco. Iba enfundado en un traje de cuero marrón, y una vez que Nan Dawson lo hubo presentado («¡Hawthorne Swift de Nevermoor!»), se abrochó las espinilleras, las muñequeras y el casco. El público se quedó boquiabierto cuando un adiestrador de dragones de la Sociedad Fabulánica introdujo en la pista un dragón de seis metros de alto con iridiscentes escamas verdes y una cola larga y relumbrante como una joya.

Morrigan había visto fotos de dragones, por supuesto. (En la República, entraban tanto en la categoría de Superpredadores Peligrosos de Clase A como en la de Plaga de Proporciones Epidémicas, de manera que la Fuerza de Erradicación de Vida Silvestre Peligrosa a menudo copaba los titulares durante la temporada de exterminio, ya fuera por haber destruido con éxito un nido, o por haberse chamuscado las caras en el intento.) Pero no era nada comparado con verlos en vivo y en directo.

Hawthorne le había propuesto varias veces colarla en el establo de un dragón al amparo de la noche, ya que no le estaba permitido llevarla a sus sesiones de entrenamiento. Pero Júpiter había declinado amablemente la invitación, aduciendo que prefería que Morrigan conservara intactas sus cuatro extremidades.

El dragón exhalaba grandes ráfagas de vaho humeante a través de unas fosas nasales en forma de rendija mientras giraba la cabeza de izquierda a derecha. Los espectadores se recostaron en sus asientos.

A Hawthorne no parecía perturbarle en absoluto hallarse tan cerca de un ancestral reptil que podía asarlo a la parrilla con solo estornudar. Se tomó unos minutos para familiarizarse con el animal, dejándolo que se sintiera cómodo en su presencia y acariciándole un flanco con suavidad y firmeza a un tiempo. El dragón lo miró de cerca a través de un feroz ojo naranja.

Hawthorne caminó a su alrededor al tiempo que arrastraba la palma de una mano sobre la áspera piel del dragón para que este supiera dónde estaba él en todo momento y no se pusiera nervioso. Morrigan había visto a un mozo de cuadra en la Mansión de los Crow hacer lo mismo con los caballos del carruaje de su padre. Los Ancianos se inclinaron hacia delante observando con atención esa interacción entre el muchacho y el animal. El Anciano Wong parecía especialmente impresionado: no paraba de darle codazos a la Anciana Quinn y de susurrarle al oído.

Hawthorne tomó un pedazo grande de carne cruda que le alargó el adiestrador y se lo dio a comer al dragón, propinándole palmaditas más fuertes en el cuello hasta que, por fin y sin dudarle un instante, subió de un salto a la silla de montar acoplada entre los omoplatos de la bestia.

Agarró las riendas de cuero y se tambaleó hacia delante con una fuerte sacudida cuando el enorme reptil verde batió las alas y despegó por los aires.

Acto seguido sobrevolaron la pista describiendo un amplio círculo antes de comenzar en serio su espectáculo. Hawthorne vociferó una orden que Morrigan no pudo discernir, hincó las espuelas en el lomo del animal, y enseguida se pusieron a dibujar cerrados bucles en el cielo, a barrer las gradas y a hacer arriesgadas caídas en picado para remontar en el último instante. Acto seguido, aceleraron en línea recta con las alas del dragón extendidas y Hawthorne en pie sobre él, imitando el movimiento con sus propios brazos como si estuviera volando. Luego, se sentó de nuevo en su silla y gritó una nueva orden, a la cual el dragón respondió cerrando las alas y realizando un giro de trescientos sesenta grados antes de desplegar sus alas nuevamente sin perder altura lo más mínimo.

Morrigan nunca había visto a Hawthorne así, tan lleno de confianza y al mando, como si estuviera haciendo aquello para lo que había nacido. Con los hombros hacia atrás y la mirada fija ante él, manejaba al dragón de forma tan magistral que bien podría tomarse a este por una extensión de su propio cuerpo. Hawthorne era, de cabo a rabo, el campeón que Nan Dawson había descrito.

La respuesta del público lo confirmó. Todo el mundo, incluidos los Ancianos, estaba subyugado por la exhibición de Hawthorne; los espectadores jadeaban y gritaban al verlo descender en picado hacia el suelo a lomos de su montura y lo vitoreaban cuando remontaba el vuelo o sobrevolaba las gradas del Troliseo a escasos centímetros de sus cabezas.

Morrigan contemplaba estupefacta el talento de su amigo. No es que hubiera creído que su demostración no fuera a ser buena; era solo que le costaba conciliar la imagen de ese deslumbrante jinete, que con tanto aplomo montaba el dragón, con la del muchacho que en una ocasión se había tirado toda una tarde enseñándole a hacer pedorretas con las axilas.

Como guinda del pastel, Hawthorne usó la respiración de fuego del dragón para escribir sus iniciales en el cielo con humo antes de aterrizar limpiamente en la pista.

Los espectadores y los Ancianos se pusieron de pie para aplaudir a Hawthorne mientras bajaba del lomo del dragón y saludaba con una reverencia. Nadie lo vitoreó más fuerte que Morrigan.

Los Ancianos deliberaron unos breves momentos, aunque parecieron estar de perfecto acuerdo; el nombre de Hawthorne fue directo a la posición número uno del marcador.

Sin embargo, la calidad de las pruebas volvió a estancarse después de su actuación, y ninguno de los candidatos de los siguientes tres grupos consiguió clasificarse.

Finalmente, le llegó el turno a la candidata que Morrigan llevaba todo el año esperando ver. Cuando Baz Charlton presentó a «Noelle Devereaux, del Distrito Silver», Noelle salió a la pista como una reina en la corte. Después de pasar unos instantes pavoneándose en escena, abrió la boca para cantar. Fue entonces como si un coro de ángeles hubiera irrumpido para escupir polvo de estrellas sobre el Troliseo.

Se trataba de una canción sin letra, una nube de melodía, una canción de cuna clara y dulce que parecía envolver a Morrigan como una burbuja de perfecta placidez. Un vistazo rápido a su alrededor le confirmó que ella no era la única que experimentaba esa sensación; por todas partes

se veían ojos vidriosos y sonrisas tranquilas, como si la voz de Noelle hubiera lanzado un singular hechizo de felicidad. Morrigan deseó que el canto no terminara nunca; tenía que reconocer que la destreza de Noelle era algo hermosamente arrebatador.

Qué fastidio.

Todo el estadio, incluida ella, estalló en un fuerte aplauso mientras Noelle se inclinaba para hacer una reverencia, lanzando besos a la multitud y dirigiendo una sonrisa radiante a los Ancianos. Hawthorne propinó un empujón cómplice a Morrigan, acompañado de un jocosos y burlón amago de meterse los dedos en la boca como queriendo vomitar, pero ya era demasiado tarde: ella había visto cómo su amigo se enjugaba una lágrima furtiva al acabar la canción.

La Anciana Quinn agitó su delicada mano hacia el marcador, de modo que los nombres se reorganizaron hasta que el canto de pájaro de Noelle quedó en segundo lugar, detrás de Hawthorne, y con Shepherd, el chico que susurraba a los perros, detrás. Por un fugaz instante, Noelle torció el gesto, como decepcionada por no ser la número uno, aunque no tardó nada en recuperar la compostura y abandonar la pista con la nariz bien alta.

A Morrigan se le revolvió el estómago. Noelle iba a entrar en la Sociedad; la talentosa y popular Noelle iba a formar parte de la Unidad 919, al igual que Hawthorne, y ambos se harían amiguísimos. Él se olvidaría de Morrigan por completo, y ella tendría que marcharse de Nevermoor, dejar a Júpiter y a todos sus amigos del Hotel Deucalion y no volver a verlos nunca más. Estaba segura de ello, y esa certeza le oprimió el pecho como si un gran y abatido elefante se hubiera sentado sobre su caja torácica.

Hawthorne pareció adivinar lo que estaba pensando. (Bueno, tal vez no la parte del elefante.)

—Es más fácil obtener una puntuación alta cuando sales al principio —dijo, propinándole un codazo en las costillas mientras daba un largo sorbo a su refresco de menta—. Todavía queda mucha gente que puede desbancar a Noelle. Seguramente a mí también me acabarán echando del marcador.

Morrigan comprendió que solo era modestia por su parte, pero se lo agradeció de todos modos.

—Sabes que entrarás —dijo ella devolviéndole el codazo—. Has estado impresionante.

A medida que avanzaba la tarde, la predicción de Hawthorne no parecía ir a cumplirse. Aunque Shepherd enseguida desapareció de los primeros nueve clasificados, Noelle solo bajó dos puestos. Delante de ella se hallaba Hawthorne, que había pasado al segundo, y en el tercero estaba un chico llamado Mahir Ibrahim, quien realizó un largo soliloquio en treinta y siete idiomas diferentes con lo que la Anciana Quinn describió como una «entonación perfecta».

En esos momentos, la primera posición correspondía a Anah, la chica regordeta y mona de los rizos dorados, que Morrigan recordaba de la Bienvenida Fabulánica. Con su vestido amarillo pálido, sus zapatos de charol y el pelo recogido en un moño, parecía ataviada para la misa de los domingos, lo cual hizo que el extraordinario talento de la muchacha pillara a Morrigan desprevenida por completo.

La patrocinadora de Anah, una mujer llamada Sumati Mishra, declaró que su candidata poseía una especial destreza a la hora de tratar con el cuerpo humano. A fin de demostrarlo, se ofreció voluntaria para acostarse en una camilla de metal mientras Anah la cortaba con un bisturí, le extraía el apéndice y la cosía de nuevo con pulcras puntadas. Lo más extraordinario de todo fue que Anah hizo todo esto con los ojos vendados.

Morrigan se regocijó enormemente al ver la cara de Noelle Devereaux cuando Anah fue directa a la primera posición, relegándola a ella a la cuarta.

Las pruebas continuaron con resultados variados conforme un candidato tras otro hacía su ansiosa aparición en el centro de la pista. A algunos se los veía seguros y desenvueltos, mientras que otros parecían rezar para que la tierra se los tragara.

Una chica asustada temblaba tanto que daba la sensación de que fuera a desvanecerse en el aire, a volverse incorpórea de resultas del puro terror causado por el miedo escénico. Por suerte, en eso consistía su talento: en volverse incorpórea. Brillando como un espectro lechoso y nacarado a la luz del sol, demostró su intangibilidad al atravesar directamente la mesa de los Ancianos. El público quedó impresionado y, poco a poco, la confianza de la muchacha aumentó.

Por desgracia, parecía que sus dotes provenían de su propio terror, porque una vez que se sintió más cómoda y comenzó a disfrutar de ser el centro de atención, su cuerpo recuperó la consistencia. En su camino de regreso a través de la mesa de los Ancianos, se estampó de bruces contra esta, haciendo que una jarra de agua volcara y se derramara sobre el anciano Wong. En consecuencia, su nombre no accedió al marcador.

Mientras tanto, Morrigan trataba de calmar la ansiedad que le crecía en la boca del estómago. Entre cada actuación, barría con la mirada las gradas donde estaban sentados los patrocinadores.

—¿Dónde se ha metido? —murmuró.

—Ya aparecerá. —Hawthorne le ofreció un puñado de palomitas de maíz, que ella rechazó—. Júpiter nunca se perdería tu última prueba.

—¿Y si no le da tiempo a llegar?

—Ya verás como sí.

—¿Y si no? —insistió Morrigan por encima del rugido de la multitud.

Lin Mai-Ling acababa de dar una vuelta al Troliseo en apenas doce segundos. Sin embargo, el entusiasmo de los espectadores se trocó en patadas de rabia y gemidos de compasión cuando los Ancianos la invitaron educadamente a retirarse.

—¡Ni siquiera sé cuál es mi destreza! ¿Cómo voy a hacer la prueba sin él?

—Mira, él vendrá, ¿de acuerdo? Pero si no viene... —Hawthorne estiró el cuello para mirar alrededor del estadio—. Si no viene, bajaré a la pista contigo. Ya se nos ocurrirá algo.

Morrigan arqueó una ceja.

—¿Como qué?

Mascando las palomitas, él reflexionó unos instantes con gesto serio.

—¿Sabes hacer pederretas con los sobacos?

Al ponerse el sol tras las gradas del Troliseo, las luces del estadio se encendieron. Morrigan no pudo evitar verlas como gigantes focos diseñados para arrojar un implacable brillo sobre su humillación pública.

Las clasificaciones no paraban de cambiar, mientras los candidatos clasificados miraban con angustia el marcador. Cada vez que un nuevo candidato accedía a la lista, se oían gemidos, sollozos o berrinches del candidato depuesto de los nueve primeros.

Morrigan miró a Noelle, sentada dos filas más abajo, comiéndose las uñas y echando un vistazo cada dos por tres al marcador. En esos momentos, su nombre se aferraba a la séptima posición.

Justo delante de ella había un chico que Morrigan conocía de la Prueba del Libro, Francis Fitzwilliam, quien había preparado una cena de siete platos para los jueces. Cada plato había llevado a estos a embarcarse en una montaña rusa de emociones exacerbadas bien curiosa de contemplar: desde la severa crisis paranoide desencadenada por un plato de pulpo a la plancha, hasta el vendaval de joviales risas provocado por un suflé de arándanos.

En el quinto lugar se encontraba Thaddea Macleod, una fornida pelirroja de las Tierras Altas que derrotó a un trol adulto de tamaño natural en un combate cuerpo a cuerpo.

Hawthorne había bajado al cuarto lugar, justo detrás de un muchacho menudo y de rostro angelical llamado Archan Tate. Archan era violinista, y mientras tocaba se movía ágilmente por todo el estadio y a través de las filas de asientos sin errar una nota.

Aunque era muy bueno, los Ancianos no parecían dispuestos a agregarlo al marcador..., hasta el último minuto, cuando Archan reveló su verdadero talento. Con una sonrisa un tanto avergonzada, vació sus bolsillos de lo que resultó ser un montón de joyas, billeteras, relojes y monedas que había logrado birlar a los espectadores mientras pasaba junto a ellos tocando el violín. Morrigan estaba anonadada. ¡Incluso le había arrancado un pendiente a la Anciana Quinn directamente de su oreja sin que ella se diera cuenta!

Hawthorne no parecía en absoluto indignado por el hecho de que un carterista se hubiera clasificado por encima de él. En todo caso, le maravillaba la destreza de Archan, incluso después de darse cuenta de que los propios guantes de cuero que él usaba para montar dragones se hallaban entre el botín de objetos robados que el muchacho estaba en esos momentos devolviendo, uno a uno, a sus legítimos dueños.

—¿Cómo lo ha hecho? —no paraba de repetir con una amplia sonrisa, mientras escudriñaba sus guantes como si pudieran darle una pista.

Morrigan estaba a punto de responderle por vigésima séptima vez que no lo sabía y que por favor dejara de preguntarle, cuando vio a la compinche de Noelle salir a la pista, acompañada de Baz Charlton.

—Esa es. —Dio un codazo a Hawthorne—. Esa es la chica que vimos en el jardín durante la Prueba del Miedo. ¿Recuerdas? Ay, ¿cómo se llamaba?...

Se trataba de la octava candidata que el señor Charlton presentaba ese día; de su grupo, era Noelle quien había llegado más lejos. Morrigan miró a esta última, que contemplaba a su amiga con gesto inexpresivo y desinteresado, como si fuera una candidata cualquiera.

Hawthorne negó con la cabeza.

—¿De qué me hablas?

—¿De verdad no la recuerdas?

—¿Recordar a quién?

Unos cuantos murmullos aburridos y distraídos recorrieron las filas de los candidatos en el momento en que Baz Charlton presentaba a su candidata como Cadence Blackburn de Nevermoor. Su voz casi resultó ahogada por los agitados espectadores, que no paraban de hablar entre ellos. En cambio, a diferencia de todos los demás, Morrigan prestaba mucha atención.

—¡Cadence! Eso es, así se llama. Se me había olvidado. ¿Cómo se me ha podido olvidar?

Hawthorne se encogió de hombros.

—Adelante —dijo la Anciana Quinn mientras se servía una taza de té.

Los Ancianos estaban empezando a mostrar signos de cansancio; después de varias horas examinando a un candidato tras otro, se veían miradas a los relojes de pulsera, mentones apoyados en las manos y largos e indisimulados bostezos.

Baz Charlton hizo una señal a alguien apostado tras la ventana de un cubículo situado encima de las gradas. Las luces se atenuaron, sumiendo al público en la oscuridad, y en las grandes pantallas comenzó a proyectarse una película.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

LA MAGNETIZADORA

Morrigan reconoció de inmediato la escena que cobró vida ante los ojos de los espectadores: eran los jardines de la Casa Proudfoot en el día de la Bienvenida Fabulánica. La cámara hizo una panorámica temblorosa sobre el césped soleado y la bulliciosa cola para el bufé de postres, antes de enfocar a dos personas: Noelle y Cadence. Estaban junto a una enorme figura de gelatina verde, que Morrigan también reconoció. Hawthorne se hallaba unos pasos detrás de ellas, a buen seguro llenándose el plato de bollos y pasteles.

—Qué horrerada —se oyó a Noelle decir en la pantalla mientras tocaba la gelatina con una mueca—. Espantoso. ¿A quién se le ocurre servir algo así en una fiesta? Ya no estamos en la guardería.

—Tienes razón —respondió Cadence, quien, a punto de agarrar una de las miniaturas de gelatina que rodeaban el brillante armatoste verde, cambió de estrategia en el último instante y comenzó a servirse pudín de pan y mantequilla en su plato—. Una horrerada. Son ridí...

—A mi madre le daría un infarto —continuó Noelle, hablando a la vez que su amiga—. Un autoservicio: ¿te lo puedes creer, Katie?

—Me llamo Cadence —la corrigió esta con gesto de decepción—. ¿Recuerdas?

—¿Sabes cuántos criados tiene la Sociedad Fabulánica a su servicio? —continuó Noelle como si no la hubiera oído—. ¡Y van y ponen un bufé! ¿Es que no saben que los bufés son de pobres?

Un destello se asomó a los ojos de Cadence, aunque enseguida se esfumó.

—Sí, exactamente —dijo con su mano planeando sobre una cuchara de servir, de repente indecisa sobre si agarrarla o no.

—Olvidalo. Vamos.

Tras dejar caer su propio plato sobre la mesa, Noelle arrancó el plato con pudín de las manos de Cadence y lo volcó sobre un pastel de chocolate de aspecto delicioso. Acto seguido, salió de debajo de la marquesina blanca, esperando a todas luces que su amiga la siguiera.

Cadence miró apenada el pudín chafado, inhaló hondo y dio un brusco giro, topándose cara a cara con Hawthorne, que lo había escuchado todo y estaba intentando contener la risa.

Entonces, se inclinó hacia él y le habló con la misma voz suave y ronca que, según Morrigan recordaba, había empleado con los gemelos durante la Prueba del Libro y luego con el funcionario de la Sociedad en la Prueba de la Carrera.

—¿No crees que alguien debería ponerle ese mostrenco verde por sombrero?

Hawthorne asintió con solemnidad.

Morrigan se volvió hacia el Hawthorne de carne y hueso que se sentaba a su lado y que en esos momentos mostraba una expresión profundamente confundida.

—No recuerdo eso —murmuró él.

A continuación, la escena en la pantalla cambió para presentar a Noelle, a Cadence y a un grupo de chicas y chicos, Morrigan entre ellos, reunidos en los escalones de entrada a la Casa Proudfoot. La imagen se hallaba parcialmente tapada por un manchón de hojas verdes: Morrigan supuso que la cámara y la persona que la sostenía se habían escondido detrás de un árbol.

—¿Es ese tu talento? —le estaba diciendo Noelle a Morrigan en la pantalla—. ¿Usar palabras rimbombantes?

Cadence soltó una risita floja, aunque no se estaba riendo de la crueldad de Noelle, como Morrigan había pensado en su momento. Tenía la vista dirigida hacia arriba, hacia la ventana por donde se asomaba Hawthorne con la escultura de gelatina. Se estaba riendo de lo que estaba a punto de sucederle a Noelle.

—Pensaba que era llevar una ropa horrible y ser más fea que una rata de alcantarilla. Está claro que eres muy buena en esas dos cosas...

La Morrigan real, sentada en las gradas del Troliseo, sintió como se ponía roja como un tomate. Si ya había sido horrible oír eso la primera vez rodeada de una docena de desconocidos, oírlo de nuevo en presencia de cientos de personas era algo rayano en la tortura. Se hundió en su asiento tratando de hacerse invisible.

La escena se desarrolló tal cual Morrigan la recordaba: culminaba con la magnífica entrada de Hawthorne arrojando la gelatina sobre la cabeza de Noelle, momento que hizo al Troliseo estallar en carcajadas. Hawthorne sonrió a Morrigan.

—Puede que no fuera idea mía, pero aun así fue brillante.

Varias filas delante de ellos, Noelle miraba furibunda la pantalla con ojos entornados mientras negaba con la cabeza. Parecía conmocionada ante aquella revelación, pues obviamente no tenía ni idea de la destreza de su supuesta amiga.

Los siguientes minutos de la película mostraron una escena increíble: Cadence vagaba por una calle elegante enarbolando un aerosol de pintura roja, rociando palabrotas y dibujos groseros en las immaculadas fachadas blancas de las casas. Cuando por fin fue detenida por una uniformada agente del Hedor, casi toda la calle sufría los estragos del acto vandálico.

—¡Alto ahí! ¿Qué estás haciendo, pequeña sinvergüenza?

—Arte —respondió ella sin inmutarse.

—Vaya, ¿conque arte? —Las cejas de la agente se arquearon hasta llegarle al nacimiento del pelo—. Pues a mí me parece un delito. ¿Y si te esposo?

—Tal vez debería esposarse usted a sí misma —sugirió Cadence.

Y la mujer, efectivamente, lo hizo: cerró las esposas en torno a sus propias muñecas sin pensárselo dos veces.

Cadence puso el aerosol de pintura en sus manos.

—La casa número doce necesita un repaso. Que tenga un buen día.

—Que tenga un buen día, señora.

Con esa despedida, la mirada vacía de la agente pasó de largo por delante de Cadence, como un charco de aceite sobre el agua, para posarse en la reluciente puerta blanca del número doce, que no permaneció blanca por mucho más tiempo.

Era insólito todo lo que Cadence podía empujar a la gente a hacer. No estaba bien, pensó Morrigan, no era ético ni honrado, pero era extraordinario.

Morrigan tuvo la incómoda experiencia de verse a sí misma en la pantalla grande una vez más cuando la película de Cadence mostró la debacle de la Prueba de la Carrera en su totalidad, desde el rinoceronte en estampida hasta el valeroso rescate por parte de Fen, para culminar en la apoteosis final, cuando Cadence persuadió al funcionario de que era ella quien debía pasar a la Prueba del Miedo y no Morrigan.

Pero la película no terminaba ahí, sino que continuaba mostrando otra conversación, de corte muy diferente, en la que Cadence convencía al asistente principal de que uno de los unicornios era en realidad un Pegaso disfrazado. Señaló su brillante cuerno plateado, un perfecto ejemplo de genuino cuerno de unicornio, y dijo: «¿Ves? Alguien le ha pegado un cono de helado al revés en la cabeza. No me puedo creer que no te hayas dado cuenta. Y le han escondido las alas», concluyó, señalando el immaculado flanco blanco del unicornio, que, desde luego, no tenía alas.

Morrigan se quedó muda de asombro. Así que había sido Cadence quien le había permitido acceder a la Prueba del Miedo. Le arrebató el puesto y luego se lo devolvió así como así. ¿Por qué? ¿Es que se sentía culpable?

A ello seguían, una tras otra, más escenas de manipulación y engaño. La película demostraba que en el transcurso de la primera prueba en la Casa Proudfoot, había sido Cadence quien convenciera a los gemelos «choca esos cinco» de que abandonasen antes de empezar. Incluso había inducido al Anciano Wong a comportarse como un pollo durante su Prueba del Libro (una escena que fue recibida con sonoras carcajadas por parte de todos los asistentes, excepto del Anciano Wong). Al final, aunque las reacciones de los Ancianos no fueron unánimes y estos se encontraron muchas caras de desaprobación en el público, no tuvieron otra opción. Cadence Blackburn no solo tenía una destreza, tenía un talento. Chocante y cruel. Pero un talento, al fin y al cabo.

—¡Número uno! —exclamó Hawthorne mientras el nombre de Cadence aparecía con letras luminosas en el marcador, desplazando a Anah hasta el segundo puesto, a él al quinto y a Noelle al octavo.

Solo quedaban tres grupos de cinco por pasar la prueba. Morrigan había renunciado ya a encontrar a Júpiter, de manera que en su lugar se puso a buscar una vía de escape. Tan pronto como se hicieran patentes su fracaso y humillación en la Prueba del Gran Talento, tendría que huir.

No había visto al inspector Flintlock, pero estaba convencida de que se encontraba en algún lugar del estadio, esperando el momento oportuno, pendiente de que ella diera un paso en falso para aprovechar la ocasión y arrestarla.

Por fin llamaron al último grupo. Morrigan bajó a las puertas de la pista en compañía de los otros cuatro candidatos. Hawthorne intentó ir con ella, pero los omnipresentes funcionarios provistos de carpetas lo hicieron retroceder hasta su asiento.

Morrigan estaba sola.

Permaneció en silencio mientras los primeros tres candidatos actuaban. La chica de cabellos larguísimos se colocó en el centro de la pista y, para horror de la multitud, se los cortó justo por encima de las orejas. Momentos más tarde, el cabello comenzó a crecer nuevamente, y en cuestión de minutos había recuperado por completo su longitud anterior. Morrigan, al igual que todos los demás espectadores, se quedó pasmada. Sin embargo, los Ancianos no parecieron inmutarse. Como Júpiter predijera ya durante la Bienvenida Fabulánica, la chica no se clasificó entre los primeros nueve. Apiló los dos montones de pelo, el del suelo y el de su cabeza, en la carretilla que llevaba consigo y salió del Troliseo haciendo pucheros.

A su actuación siguió la de una bailarina de ballet, que no obtuvo ningún puesto en el marcador.

Luego, un niño capaz de respirar bajo el agua, quien tampoco logró clasificarse.

Entonces le llegó el turno a Morrigan. El funcionario abrió las puertas para ella.

Podía marcharse en ese momento. La idea la golpeó como un rayo: podía dar media vuelta y salir corriendo. Esa era su última oportunidad de evitar la humillación (seguida de la deportación de Nevermoor y de una muerte segura); podía hacerlo, podía ahorrarse a sí misma lo que iba a ser el peor momento de su vida hasta ahora solo con dar media vuelta y alejarse de allí.

«Hazlo —pensó—. No lo pienses, vete.»

—¿Lista?

Un susurro en el oído. Un apretón en el hombro. Alzó la vista.

Una estrambótica cabeza pelirroja. Un par de centelleantes ojos azules. Un guiño.

—Sí. Estoy lista.

Vacilando y, en un último intento desesperado de obtener una respuesta antes de que todos los demás asistentes al Troliseo lo supieran, añadió una apresurada pregunta:

—¿Cuál es, Júpiter? ¿Cuál es mi talento?

—Oh, eso. —Parpadeó como un búho, como si le hubiera hecho la pregunta menos relevante del mundo—. No tienes ninguno.

Luego salió con decisión a la pista, esperando que ella lo siguiera.

—El capitán Júpiter North presenta a Morrigan Crow, de Nevermoor.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

JUEGO SUCIO

El estado de ánimo en el Troliseo cambió cuando Júpiter salió a la pista: la cháchara distraída de los espectadores se atenuó hasta pasar a ser un eco de susurros, y la gente se enderezó en sus asientos. Uno de los hijos predilectos de la Sociedad Fabulánica presentaba por fin un candidato. Se morían de ganas de ver cuál era el talento de esa chica que había animado al gran Júpiter North a convertirse en patrocinador.

Morrigan también se moría, pero no de curiosidad.

Se moría por huir, por esconderse; deseaba que el suelo de la pista explotara cual volcán en erupción y sepultara todo el lugar en una ola de lava ardiente. El corazón le latía en el pecho con tanta furia que parecía que quisiera atacar, abalanzarse sobre algo.

O mejor dicho, no sobre algo, sino sobre alguien.

¿Cómo podía Júpiter hacerle eso? Durante todo ese año, Morrigan había depositado en él su entera confianza, segura de que fuera cual fuese su misteriosa destreza, su patrocinador lo sabía. Él le había dicho que no se preocupara, que lo tenía todo bajo control..., para ahora ir y arrojarla por un precipicio.

Así que no tenía ningún talento especial, como ella misma ya sospechaba. Había tenido razón todo ese tiempo.

Lágrimas de rabia le asomaron a los ojos amenazando con derramarse. ¿Cómo era él capaz de...?

—¿Puedo acercarme al tribunal? —preguntó Júpiter a los Ancianos.

Morrigan sabía, después de haber presenciado ya casi un centenar de pruebas, que esa era una petición un tanto extravagante. Sin embargo, la Anciana Quinn hizo señas a Júpiter para que se acercara.

Morrigan se quedó sola en el centro de la pista silenciosa mientras Júpiter hablaba en voz baja con los Ancianos. Miró a su alrededor, contempló los rostros que la observaban con curiosidad desde las gradas, imaginando cómo romperían a reír cuando descubrieran que todo era una broma, que Morrigan Crow de Nevermoor no tenía talento en absoluto. Aunque quizá no se reirían, sino que reaccionarían con enfado ante el hecho de que Júpiter les hubiera hecho perder el tiempo.

«En todo caso, nunca se enfadarán tanto como yo», pensó Morrigan.

Entonces, Júpiter hizo algo muy raro.

Uno por uno, agarró a la Anciana Quinn, al Anciano Wong y al Anciano Saga por los hombros y apoyó su frente contra la de ellos. Estos emergieron de ese extraño intercambio parpadeando aturcidos, protegiéndose los ojos con la mano como deslumbrados por algo. A continuación, miraron a Morrigan largo rato en un asombrado silencio.

Acto seguido, el nombre de Morrigan fue directamente al número uno del marcador.

El Troliseo estalló. Los espectadores se levantaron de un salto, se pusieron a increpar a los Ancianos, exigiendo una explicación a esa locura, reclamando ver la destreza de Morrigan Crow, aquella miserable intrusa.

Sumida ella misma en el estupor más absoluto, Morrigan olvidó incluso su enfado con Júpiter. Se quedó allí petrificada, absorbiendo la cólera que diluviaba sobre su persona.

Las acusaciones de «favoritismo» y de «tongo» resonaron por todo el estadio. Morrigan vio a Baz Charlton bajar corriendo de tres en tres las gradas gritando algo ininteligible. Dondequiera que posara los ojos, se encontraba con miradas que la fulminaban. Hizo un barrido por toda la multitud en busca de Hawthorne, preguntándose si él también estaría enfadado. ¿Era su amigo capaz de considerarla una tramposa?

Júpiter se acercó, la agarró de la mano y la arrastró con él a través de una puerta trasera de la pista.

—Vamos, Mog. Dejemos a la rabiosa masa con su rabieta.

Por fortuna, la habitación verde de detrás del escenario estaba vacía. En ella había un único sofá, una bandeja de sándwiches de aspecto triste y una jarra de pálida limonada. De las paredes colgaban aquí y allá carteles de pasadas luchas de troles y torneos de monta de dragones. De fondo se oía una anodina música de flauta.

El único ocupante de la estancia, un joven con el uniforme del Troliseo que parecía ser al menos medio trol (ya que los nudillos le llegaban al suelo), les ofreció la bandeja cuando entraron.

—¿*Sammich*? —gruñó.

—No, gracias —dijo Júpiter.

Cuando Morrigan también negó con la cabeza, el medio trol, aburrido, se fue.

Morrigan respiró hondo, apretó los puños, y ya estaba invocando las palabras más adecuadas para expresar su ira cuando Júpiter la interrumpió.

—Ya, ya lo sé. Lo siento. Por favor, Mog, lo siento mucho. Sé lo desconcertante que es esto para ti. —Acompañaba sus palabras con ojos llenos de arrepentimiento y un tono apaciguador, al tiempo que colocaba las manos a modo de escudo como diciendo «No dispaes, no me hagas

daño»—. Pero escucha. Las cosas van a complicarse aún más, y ahora no hay tiempo de explicaciones en profundidad. Pero te juro, te juro que cuando todo esto termine, responderé a todas tus preguntas hasta el más mínimo detalle. Necesito que tengas paciencia y que, aunque creas que no me lo merezco, confíes en mí solo un rato más. ¿Te parece bien?

Morrigan quería gritarle, decirle: «No, no, por supuesto que no me parece bien, no me parece nada bien, me parece fatal»... Sin embargo, no lo hizo. En lugar de eso, entrelazó firmemente su dedo meñique con el de Júpiter y lo miró directa a los ojos:

—Todas mis preguntas. Hasta el más mínimo detalle. ¿Juramento de meñique?

—Juramento de meñique.

Segundos después, las puertas se abrieron de golpe y los Ancianos irrumpieron en la estancia, con sus rostros entrenados en no expresar ninguna emoción y las togas ondeando a su paso. Cada uno llevaba un broche dorado en forma de «F» prendido a la solapa.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —exigió entonces la Anciana Quinn—. Obviamente, desde antes de la Nocturnal, pero ¿cuánto tiempo antes? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años?

Júpiter levantó las manos con gesto pacificador.

—Anciana Quinn, entiendo que esté sorprendida, pero...

—¡Sorprendida! ¿Sorprendida?

La menuda anciana pareció crecer tres pulgadas mientras se encaraba con Júpiter, apuntándolo con el dedo índice. A Morrigan le entraron ganas de jalearla: «Vamos, abuela, dile cuatro cosas».

—Júpiter Amantius North, yo formé a tu patrocinador. ¡Y al patrocinador de tu patrocinador! Te conozco desde que tenías once años, te salvé de la expulsión en no sé cuántas ocasiones. Incluso te recomendé a la Liga de Exploradores. ¿Y así es como me lo agradeces?

—Perdóneme, pero ¿qué importancia habría tenido? —Júpiter se pasó una mano por el pelo, encogiéndose un poco cuando la longeva dama se paseó furibunda ante él—. ¿Qué podría haber hecho? ¿Podría haber cambiado algo?

La Anciana Quinn farfulló algo y se detuvo en seco.

—Bueno, no, por supuesto que no, pero ¡habría sido todo un detalle que nos pusieras sobre aviso! Soy una mujer mayor, North, podría haberme dado un infarto allá afuera.

«¿Un infarto?» Los ojos de Morrigan se encontraron con los de Júpiter. ¿Qué era eso tan impactante que había mostrado a los Ancianos?

Su mentor tenía una expresión culpable.

—Lo siento, Anciana Quinn. La verdad es que no quería hacer nada que pudiera interrumpir el encuentro, no sabía si..., quiero decir, no es exactamente... —Al ir quedándose sin palabras, se encogió de hombros impotente—. Es la primera vez que lo hago.

—¿Cuándo comenzó el encuentro? —preguntó el Anciano Wong, mirando a Morrigan.

—Es difícil de precisar —respondió Júpiter—. ¿Hace un año o dos? En el invierno del diez, quizá, o en la primavera del once. De vez en cuando he sobornado al personal de la casa de Crow para que me proporcionaran información: a los tutores, al servicio doméstico y tal. El problema es que son todos tan supersticiosos que es difícil distinguir los eventos fabulánicos reales de las paparruchadas. La cocinera estaba convencida de que Morrigan había matado al jardinero de un estornudo. No puede ser más ridículo.

—¿Había otros? —inquirió la Anciana Quinn.

—¿Otros?

Júpiter la miró con sorpresa. Ella arqueó una ceja.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, North.

—Ya, otros. —Se aclaró la garganta—. Sí. Otros tres registrados.

—¿Y ellos...?

—No mostraban signo alguno —declaró Júpiter con rotundidad—. No vale la pena seguirles la pista.

Morrigan frunció el ceño. Otros tres registrados... ¿Estaba hablando de los otros tres chicos inscritos en el Registro de Niños Malditos? ¿La había salvado a ella y en cambio había dejado a los otros a merced de la Cacería de Humo y Sombras porque no valía la pena seguirles la pista? Esperaba que no fuera así.

—Y aparte de tus supersticiosos espías domésticos, North —continuó el Anciano Wong—, ¿hay pruebas contundentes?

—Según la cadena de noticias de la República del Mar Invernal, la escasez de fabulatio en Southlight y Sang Oriental comenzó hace aproximadamente dieciocho meses. Sin embargo, desde el invierno del diez hasta el invierno del once, la ciudad natal de Morrigan experimentó un récord en la densidad fabulánica, la cual se mantuvo al margen de la crisis energética de la República. Hasta la Nocturnal, es decir, cuando los registros de fabulatio en Jackalfax mostraron una caída repentina. —Hizo una pausa y sus ojos se clavaron en Morrigan—. Hasta la noche de la Nocturnal, para ser exactos. Alrededor de las nueve.

«Cuando me salvaste la vida —pensó Morrigan—. Cuando escapamos de Jackalfax a través del Cosmorreloj.» ¿Qué tenía que ver la escasez de fabulatio con ella?

—¿Cómo diablos la trajiste al Estado Libre? —insistió la Anciana Quinn antes de cambiar de opinión—: Espera. Olvídalo, no quiero saberlo. Estoy segura de que fue por medios ilegales.

Júpiter frunció los labios y respiró profundamente por la nariz.

—Siento no haberla informado, Anciana Quinn. Lo siento de veras. Como he dicho, tenía miedo de hacer algo que pudiera perturbar el encuentro: sé que es una estupidez, sé que eso me convierte en alguien tan tonto y supersticioso como el personal de servicio de los Crow, pero me preocupaba que si hablaba de ello en voz alta, podría... atemorizarlo.

—Bueno, tal vez eso habría sido para bien —murmuró el Anciano Saga, el gran toro peludo.

La Anciana Quinn lo cortó con una mirada penetrante. Morrigan tuvo que morderse literalmente la lengua para contener las mil preguntas que ardían en su interior desde que se había iniciado esa conversación.

—Así que no se lo dije a nadie. —Júpiter miró al suelo—. Ni siquiera a Morrigan.

Los Ancianos guardaron silencio. La Anciana Quinn miraba horrorizada ora a Júpiter, ora a Morrigan.

—No querrás decir... ¿Estás diciendo que la niña ni siquiera lo sabe?

—En serio, North, esto es inaceptable, totalmente contrario a las reglas de la Sociedad —resopló el Anciano Saga—. Meter a una muchacha en las pruebas sin que ella sepa por qué ¡es algo inaudito! Si te viera tu patrocinador...

—¿Qué me decís de un pacto de salvaguarda? —interrumpió el Anciano Wong—. Acabamos de permitir que una entidad peligrosa acceda a la Sociedad y nadie se ha planteado pedir una salvaguarda.

—No soy peligrosa —protestó Morrigan.

Sin embargo, al mismo tiempo oía una vocecilla en su interior que le decía: «Pues claro que lo eres. ¿Cómo no vas a serlo? Estás maldita». ¿Era de eso de lo que hablaban los Ancianos? Júpiter le había asegurado todos esos meses atrás que no estaba maldita, que nunca recayó maldición alguna sobre ella. ¿Había sido eso una mentira también?

—Oh, esto es absurdo. Gregoria, Alioth, ¿es que nos hemos vuelto locos? ¿Qué hemos hecho? —El Anciano Wong alzó las manos hacia el cielo—. No hay un ciudadano en todo el reino dispuesto a firmar tal pacto y, mucho menos, tres respetables y honrados...

—¿Tres? —saltó el Anciano Saga—. Cielos, no. Un pacto de salvaguarda respaldado por tres firmas sería suficiente si la niña no fuera más que una conjuradora de huracanes o una magnetizadora u otra entidad peligrosa dentro de lo normal. En un caso como este, sugiero cinco signatarios.

«Entidad peligrosa.» Morrigan rezó por que dejaran de decir eso.

—Nueve —dijo la Anciana Quinn. Saga y Wong la miraron sorprendidos—. Y no estoy dispuesta a negociar sobre ese punto, capitán North. No podemos aceptar menos de nueve signatarios en el caso de...

Ella misma se cortó y lanzó a Morrigan una mirada inquieta.

—En este caso no.

—Entonces podemos ir quitando su nombre del marcador —observó el Anciano Wong—. Nunca conseguirá los nueve.

—Tengo siete de momento.

Los Ancianos se quedaron atónitos. Júpiter sacó un rollo de papel de su abrigo y se lo entregó. Morrigan intentó echar un vistazo a ver de qué se trataba, pero el movimiento fue muy rápido.

La Anciana Quinn arqueó una ceja mientras examinaba el pergamino.

—¿El senador Silverback? ¿La reina Caledonia II? Vaya, tienes amigos en las altas esferas. ¿Y ellos no saben...?

—Saben lo suficiente como para estar prevenidos —replicó Júpiter. A Morrigan le pareció detectar una ligerísima vacilación en su voz—. Aunque... no los detalles concretos.

—Pero ¿conocen a la chica?

—Enseguida la conocerán —aseguró Júpiter—. Lo prometo.

—Está claro que confían en ti. Y parecen estar cualificados, al menos —observó la Anciana Quinn, repasando la lista con el dedo.

—¿Cualificados para qué? —intervino Morrigan, incapaz de seguir callada.

Pero no le prestaron ninguna atención, si es que habían llegado a oírla.

El Anciano Saga se volvió hacia Júpiter.

—No servirá de nada, North, a menos que encuentres un octavo y un noveno signatario.

Júpiter suspiró y se frotó la nuca.

—Lo estoy intentando, créanme. Por eso he llegado tarde a las pruebas de hoy, pensé que tenía un octavo, pero me falló. Si me pudieran dar unos días más...

—Yo firmaré el pacto —dijo la Anciana Quinn ante la consternación de los demás—. No va contra las reglas.

—Eso no es nada habitual, Gregoria —señaló el Anciano Wong—. ¿Estás segura?

—Completamente.

Sacó una pluma de los pliegues de su toga y firmó con energía en la parte inferior del rollo.

—Así por lo menos una persona de esta lista sabrá en lo que se está metiendo. Envíame la documentación esta noche, North.

Júpiter, boquiabierto, guardó silencio unos instantes.

—Eh..., gra... gracias, Anciana Quinn. De verdad, gracias. Le prometo que no se arrepentirá.

La Anciana Quinn suspiró profundamente.

—Lo dudo mucho, cariño. Sea como sea, te daremos hasta el Día de la Inauguración para que encuentres al noveno signatario. Si no lo logras, el puesto de la señorita Crow en la Unidad 919 quedará desierto. Es todo lo que puedo hacer.

Salieron del Troliseo a través de salas laberínticas decoradas con viejos carteles y fotografías de célebres combates de troles. Como de costumbre, Morrigan se esforzaba por mantener el acelerado ritmo de Júpiter.

—Voy a enviaros a ti y a Jack de vuelta al Deucalion con Fenestra, Mog —dijo él tres o cuatro pasos por delante de ella—. Tengo que conseguir esa novena firma, y se me están agotando las opciones. Me queda una última carta por jugar, aunque es una posibilidad remota, y necesito...

—Pero has prometido contarme...

—Ya lo sé, y lo haré, pero...

—¡Allí están! ¡Los he encontrado!

Baz Charlton avanzaba a zancadas por el pasillo, seguido de una furiosa Noelle Devereaux que no paraba de hacer aspavientos, de una Cadence Blackburn con expresión de hastío y del bigote más petulante de Nevermoor, el inspector Flintlock. Detrás de ellos marchaba al menos una docena de agentes uniformados del Hedor.

—¡Juego sucio! —exclamó el señor Charlton muy seguro de su afirmación, señalando a Júpiter y temblando de ira—. ¡Arreste a esas personas, inspector! ¡Juego sucio! ¿Qué ha sido eso, eh? ¿Qué les has hecho a los Ancianos? ¿Les has lanzado un hechizo o qué?

Júpiter intentó abrirse camino.

—Ahora no, Baz, no tengo tiempo para tus majaderías.

—¡Oh, sí, claro que tienes tiempo para mis majaderías —le espetó el señor Charlton cortándole el paso—. Puede que hayas engatusado a los Ancianos, North, pero a mí no me engañas. Vosotros dos habéis robado el puesto que le corresponde por derecho propio a mi candidata, Noelle.

Charlton señaló encolerizado a Morrigan, quien se sorprendió: la última vez que había visto el marcador, Noelle aún iba novena. Uno de los dos últimos candidatos debía de haberla desbancado. Morrigan se esforzó por que no se le escapara una sonrisa.

—Esta bestezuela de ojos negros no pertenece a la Sociedad, y voy a ir derecho a los Ancianos para decirles que es...

—Que es una ilegal inmundada —interrumpió el inspector Flintlock mientras se subía los pantalones y sacaba pecho. Habiendo llegado su momento, y decidido a saborearlo, miró hacia atrás para asegurarse de que tenía toda la atención de sus agentes y continuó:

—Traída de contrabando desde la República, se refugia ilícitamente en la guarida de un elemento criminal.

Júpiter parecía complacido.

—Nunca me habían llamado «elemento criminal». Qué emoción.

—Cállese —ordenó Flintlock con brusquedad antes de sacar un pedazo de papel de su chaqueta y mostrárselo—. Tengo una orden de arresto. Ahora, quiero ver alguna prueba material y contundente de que ella es quien dice ser, de que pertenece al Estado Libre y no es solo escoria de la República tratando de aprovecharse de nuestra hospitalidad, o aún peor: espiarnos por encargo del Partido del Mar Invernal.

—Vamos, Flinty, me da mucho apuro decirle esto —señaló Júpiter con impaciencia—. No sé si lo recuerda, los miembros de la Sociedad Fabulánica están fuera de su jurisdicción. Podría perder su placa por esto, amigo mío.

—Eso sería cierto, «amigo mío», si no fuera por el hecho de que las pruebas ya han terminado —puntualizó Flintlock, encantado de haberse conocido, antes de sacar otro papel para leerlo—. Necesita repasarse el Código Legislativo Fabulánico, North. Artículo noventa y siete, apartado H: «Un candidato ganador no será miembro oficial de la Sociedad Fabulánica hasta que reciba su broche dorado al término de la ceremonia de inauguración de la respectiva Unidad, y hasta ese momento, su membresía provisional puede ser revocada sin el debido proceso legal si se considera necesario y apropiado por el Consejo Superior de Ancianos».

Júpiter suspiró y negó con la cabeza.

—Ya hemos discutido eso anteriormente, inspector. Artículo noventa y siete, apartado F: «Un niño o niña que participe en las pruebas de ingreso para la Sociedad Fabulánica será considerado legalmente miembro...

—«... miembro de la Sociedad durante la celebración de dichas pruebas o hasta que él o ella sean apartados del procedimiento» —recitó Flintlock ahogando la voz de Júpiter—. Durante la celebración de dichas pruebas, North. Las pruebas han terminado. El marcador muestra la lista definitiva. Los Ancianos se han ido a casa.

—Y faltan semanas para la inauguración de la Unidad —agregó el señor Charlton sin apenas poder contener su regocijo.

—Creo que eso sin lugar a dudas coloca a su pobre clandestina dentro de mi jurisdicción —concluyó Flintlock con ojos enardecidos y temblándole el bigote. Alargó la mano—. Vengan esos papeles, capitán North.

Júpiter no tenía nada que decir. Morrigan se percató de que estaba sopesando sus opciones, contaba el número de los agentes que los rodeaban y buscaba una vía de escape. El silencio se hizo insoportable mientras Flintlock mantenía la mano extendida, esperando pacientemente, con un brillo triunfal iluminando su desagradable rostro.

Morrigan se desplomó contra la pared, sintiéndose por completo derrotada. Qué cerca había estado, qué cerca. Ahora todo había terminado. Moriría sin haber recibido respuesta a sus preguntas. Cerró los ojos esperando a que la esposaran y la condujeran a prisión.

—Aquí están.

La voz de Cadence Blackburn resonó en el pasillo. Morrigan abrió un ojo y vio que la chica sostenía un papel arrugado con una de las esquinas arrancada justo ante las narices del inspector Flintlock.

—¿Qué es esto? —Flintlock parecía confundido—. ¿Qué estoy mirando?

Se trataba un viejo póster que anunciaba un combate de troles, una «épica y sangrienta batalla entre Orrg de Clorflorgen y Mawclorc de Hurgenglorgenflut». Orrg y Mawc-lorc, dos troles espectacularmente feos, aparecían en la imagen gruñéndose mutuamente, y en letras de colores, el cartel prometía un dos por uno en cervezas, un deslumbrante espectáculo en el intermedio y entrada gratis a cualquiera que acreditase llevar sangre de trol en sus venas.

—Son sus papeles —dijo Cadence con voz grave y baja—. ¿Ves? Aquí lo dice: «Morrigan Crow es ciudadana del Estado Libre».

Flintlock sacudió la cabeza, como si tratara de desalojar algo que se hubiera atascado en ella.

—¿Qué? ¿Dónde lo dice?

—Justo aquí —insistió Cadence, sin molestarse en señalar nada y con voz monótona—. Pone: «Morrigan Crow es ciudadana del Estado Libre y no fue introducida ilegalmente, así que ¿por qué no lo asumes y nos dejas vivir en paz?». Hay un sello del gobierno y todo.

Baz Charlton le arrebató los papeles de la mano.

—Déjame ver.

Noelle y Flintlock se agolparon a su alrededor, juntando las cabezas y entrecerrando los ojos para ver bien las caras picadas y babeantes de Orrg y Mawc-lorc.

Baz frunció el ceño sin dejar de parpadear.

—Esto no es..., no son..., es un combate de troles.

—No, no lo es —replicó Cadence—. Es un pasaporte. Es el pasaporte de Morrigan Crow, ciudadana del Estado Libre.

—No es... es... es un combate de... es... el pasaporte de Morrigan Crow, ciudadana del Estado Libre —repitió Baz con los ojos vidriosos.

—Todo parece estar en orden, pues —observó Cadence. Su voz zumbaba como una colmena de abejas—. Así que pueden ustedes retirarse.

—Todo parece estar en orden —repitió Flintlock—. Así que podemos retirarnos.

Tras dejar caer el cartel al suelo, se puso a desandar el camino, con Baz y Noelle siguiéndolo como borregos. Los agentes de la Fuerza de Policía de Nevermoor vacilaron unos instantes, completamente aturdidos por ese extraño giro de los acontecimientos, antes de marchar obedientes en pos de su comandante. Cadence se volvió hacia Morrigan.

—Me debes una.

—¿Por qué me has ayudado?

—Porque... —Cadence dudó—. Porque odio a Noelle. No es que tú me caigas muy bien, pero a Noelle la odio de verdad. Y también porque...

Su voz fue perdiendo volumen.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad? Me recuerdas de la Prueba de la Carrera.

—Casi logras que me echen de las pruebas.

—Y la noche de Todos los Santos. ¿Recuerdas eso también?

Morrigan echaba chispas.

—Me empujaste a un estanque. No es algo que se olvide así co...

—Nadie me recuerda nunca —la interrumpió Cadence, acelerando su discurso y observando a Morrigan con extrañeza—. La gente olvida a los magnetizadores, eso es lo que pasa. Pero tú me recuerdas.

Miró hacia el pasillo.

—Tengo que irme.

Diciendo esto, corrió detrás de su mentor y desapareció al doblar una esquina antes de que Morrigan pudiera reaccionar.

—Qué niña tan rara —comentó Júpiter, mirando a Cadence con el ceño fruncido—. ¿Quién es?

—Cadence Blackburn. —Morrigan recogió el póster caído, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo—. Es rara, sí.

—¿Eh? —Júpiter sacudió la cabeza para salir de su ensoñación y posó la mirada en Morrigan.

—He dicho que sí, que es rara.

—¿Quién es rara?

—Cadence.

—¿Quién es Cadence?

Morrigan suspiró.

—¿Me tomas el pelo? Bueno, déjalo, no importa.



CAPÍTULO VEINTIGUATRO

LA CALLE DE LA BATALLA

Júpiter envió a buscar a Fenestra, quien a regañadientes los recibió en la boca de la estación de la calle de la Batalla. Tenía el encargo de llevar a Morrigan, a Jack y a Hawthorne de vuelta al Deucalion, mientras Júpiter se ocupaba del misterioso asunto relativo al pacto de salvaguarda, fuera lo que fuese aquello.

—No los pierdas de vista —le advirtió Júpiter por enésima vez al regresar de la taquilla—. Nada de rodeos, ni distracciones: id derechos al hotel, sin desviaros ni demoraros lo más mínimo, ¿entendido?

Fen puso los ojos en blanco.

—Vaya, quería parar a comprar helado y churros.

—Fenestra... —la recriminó él.

—Está bien, relájate.

Júpiter se volvió hacia Morrigan, Hawthorne y Jack.

—A ver, vosotros tres. Va a haber mucha gente allá abajo. No os alejéis de Fenestra. Fen, lo mejor es que cojáis la Línea Veloz hacia la Puerta de Lilith y luego hagáis transbordo a la Línea Centenario. Eso os llevará a la Isla del Río; allí podéis subir al transparagüero, que va directo al callejón Caddisfly. Pandilla, ¿tenéis los paraguas?

Los niños asintieron.

—Pero si la Línea Vikinga va directamente a Isla del Río —observó Fen.

Júpiter negó con la cabeza.

—El chico de la taquilla dice que hay un retraso debido a un ataque de hordas vikingas en uno de los túneles. Tardarán horas en resolver ese desastre.

—Vale, entonces tomaremos la Línea Veloz —asintió la magnifigata—. Vamos, muchachos.

Descendieron a la concurrida estación y avanzaron hacia los torniquetes. Fen, que era demasiado grande para pasar de la manera normal, saltó por encima. Un indignado revisor se dirigió a ella con la intención de echarle la bronca, pero ante el bufido de la gata, renunció a meterse en líos.

Mientras atravesaban túneles y escaleras, Hawthorne no dejó de mirar a Morrigan, muriéndose de ganas por preguntarle acerca de su prueba; sin embargo, había demasiado ruido. Al encontrarse con su mirada, Morrigan se encogió de hombros, pronunciando con los labios un claro «no sé nada».

Cuando por fin llegaron al andén, Fen se abrió paso entre la multitud para llegar a la línea amarilla del borde, separando a los viajeros como si fueran tallos de trigo en un campo. Hawthorne, Morrigan y Jack agarraron cada uno un mechón de su pelaje e intentaron mantenerse a su altura, pidiendo disculpas a la gente según avanzaban a codazo limpio.

—Más despacio, Fen —pidió Jack—. Vas a pisotear a alguien.

—Los que se interponen en mi camino merecen ser pisoteados —gruñó la magnifigata—. Esto es justo lo que me faltaba después del día tan absurdo que he tenido: hacer de niñera de tres mocosos en un fabucarril abarrotado hasta los topes. El Deucalion ha sido un caos todo el día, con la gente yendo y viniendo y armando escándalo. Han estado los electricistas para reparar el cableado en el ala sur, y Kitchari ha vuelto a llamar a los estúpidos de los cazafantasmas otra vez.

—¡Cazafantasmas! —exclamó Hawthorne emocionado.

—Pensé que se habían deshecho del fantasma —dijo Morrigan—. En verano, ¿os acordáis? Hicieron el exorcismo ese.

—Y sin embargo, a pesar de toda la martingala de la salvia y tanto ritual purificador de primera categoría y tanta gaita —añadió secamente Fen—, nuestro hombre gris todavía ronda por el ala sur asustando a la gente, caminando a través de las paredes y desapareciendo al doblar las esquinas. El personal incluso le ha puesto un mote. Ay, ¿cómo era?

—Yo no he visto a ningún hombre gris —apuntó Morrigan.

—Es que no deberías, no tienes permiso para estar en el ala sur mientras continúan con la condenada reforma.

Morrigan intercambió una mirada culpable con Hawthorne y Jack, pero no dijo nada. Aún no le había contado nada a nadie sobre dónde estuvieron la noche en que la sombra se escapó.

—Son los obreros los que no paran de quejarse de él —continuó la magnifigata—; dicen que lo oyen desde la habitación contigua y cuando corren a ver quién está allí, va y desaparece en la Telaraña.

—¿Lo oyen hacer qué? —preguntó Jack.

—Cantar o..., no, tararear Así lo llaman. «Míster Tarareos.» Qué ridículo.

Morrigan sintió una sacudida repentina, como si se hubiera saltado un peldaño al bajar por una escalera. El hombre gris. Míster Tarareos. El que atraviesa las paredes del ala sur y desaparece en la Telaraña. Como un fantasma.

Al instante, comprendió cómo Ezra Squall se había infiltrado en Nevermoor. Era como si se encendiera una bombilla en su cabeza, permitiéndole por fin ver las cosas con claridad.

—¡El Navegador de la Telaraña! —gritó.

—¿El qué? —preguntó Hawthorne.

—El Navegador de la Telaraña: así es como lo hace, así es como se está colando en Nevermoor.

—¿Quién se está colando en Nevermoor? —terció Jack—. ¿De quién hablas?

—El señor Jones... Ezra Squall: él es el hombre gris, Mister Tarareos. Por eso la gente piensa que hay un fantasma. ¡Viaja en el Navegador de la Telaraña! ¡Puede caminar a través de las paredes!

Su voz se perdió bajo un silbido agudo y un chorro de vapor procedentes del tren que se detenía en el andén. Refunfuñando, Fen empujó a Morrigan y a los chicos al primer vagón. No tuvieron problemas en encontrar asiento, ya que el resto de los pasajeros se acurrucaron *ipso facto* en el extremo opuesto, dispuestos a ceder un amplio espacio a la gigantesca magnífata de ojos ambarinos.

Una vez sentados, Fen inclinó la gran cabeza gris hacia ellos.

—Ojito con lo que habláis en estaciones de fabucarril atestadas —gruñó—. El Navegador de la Telaraña es secreto de Estado.

—Pero Ezra Squall lo está usando —cuchicheó Morrigan, mirando por encima de su hombro para cerciorarse de que nadie la escuchaba—. Tenemos que contárselo a Júpiter. No hay fantasmas, Fen. ¡Es Ezra Squall, él es el hombre gris!

—¿Ezra Squall? —Fen bajó aún más la voz—. ¿El Fabulador es Ezra Squall? Qué disparate. Le vetaron la entrada a Nevermoor hace una infinidad de Eras.

—¡No es ningún disparate! Lo he visto con mis propios ojos. Estaba en el vestíbulo el día que la araña de cristal se rompió, y hablé con él en el ala sur una noche del verano pasado.

—¿Qué estabas haciendo en el ala sur? —inquirió Fen.

—... y vino a ver el Desfile Negro en Todos los Santos.

—Es cierto —asintió Hawthorne con fervor—. Estaba allí, yo también lo vi.

—Dame Chanda me mostró una foto de Squall de hace cien años y es él, Fen. Está exactamente igual, ¡no ha envejecido ni un día! Así es como se libró de la prohibición: dejando su cuerpo en la República. Ni los guardas fronterizos, ni el Ejército de Tierra ni el Consejo Real de Hechicería: ninguno de ellos lo pudo detectar pululando por Nevermoor, porque en realidad nunca ha estado aquí.

—Si eso es verdad —repuso Jack frunciendo el ceño—, si realmente él es el Fabulador y se está infiltrando en Nevermoor a través del Navegador de la Telaraña, entonces... ¿Por qué? —En ese momento sus ojos se dirigieron hacia Morrigan con recelo—. ¿Qué es lo que quiere?

—Tal vez está tratando de encontrar un punto débil —sugirió Hawthorne—. Algún lugar por el que pueda entrar y que le permita volver a Nevermoor en carne y hueso.

Lanzó a Morrigan una mirada cargada de intención que la animaba en silencio a revelar lo de la oferta de aprendizaje de Squall. Tenía razón, pensó ella. Tenía que contárselo a alguien, ¿y quién sabía cuándo regresaría Júpiter?

—Fen, creo que sé lo que... —comenzó a decir Morrigan en voz queda, pero la magnífata la interrumpió.

—¡Paparruchadas! Aunque estuviera utilizando el Navegador de la Telaraña, no podría hacer daño a nadie. Ni siquiera podría tocar a nadie. Es imposible establecer contacto físico con nadie a través de la Telaraña.

—Fen, escucha —insistió Morrigan—. Sé lo que Squall...

—Él es el Fabulantor, Fen —interrumpió Jack—. Debe de haber muchas cosas imposibles para otras personas, pero no para él.

—Te lo estoy diciendo, no puede ser.

—¡Fen, escúchame! —gritó Morrigan.

De repente, las luces del vagón se apagaron y el tren disminuyó la velocidad hasta frenar. Todos los pasajeros refunfuñaron.

—¿Por qué nos hemos detenido, papá? —preguntó un niño al fondo del vagón—. ¿Por qué no se abren las puertas?

—Solo otro puñetero retraso, hijo. —El hombre exhaló un suspiro derrotado de viajero curtido—. Habrá ratones en las vías o algo así.

Las luces parpadearon de nuevo, se apagaron y luego volvieron medio a encenderse, balbuceantes e indecisas. Tras un chirrido eléctrico, una voz habló por los altavoces.

—Buenas tardes, damas y caballeros. Parece que tenemos algunas interferencias de señal. No deberíamos tardar mucho en arrancar de nuevo. Gracias por su paciencia.

Las luces volvieron a titubear. Los asientos vibraron y los pasamanos sufrieron una sacudida.

Morrigan miró a su alrededor, nadie más pareció darse cuenta. Al oír un ruido sordo procedente del túnel, apoyó la oreja contra la pared del vagón.

—¿Qué estás haciendo? —profirió Fen.

—¿No lo oyes?

—¿Oír qué? —preguntó Hawthorne.

—Suena como..., como...

Ruido de cascos. Sonaba como un estruendo de cascos bajando por las vías del fabucarril, reverberando en el túnel. Luego, el relinchar de un caballo, el aullido de sabuesos. El sonido de un disparo.

Morrigan dio un traspié y cayó sobre los asientos.

—¡Corred! —gritó—. ¡Atrás todo el mundo, vienen hacia aquí!

Pero no había adónde ir. El vagón estaba abarrotado, y el tren, detenido en medio del túnel. Morrigan se dio la vuelta para ver a la apretujada multitud que la rodeaba, docenas de rostros desconcertados, incluidos los de Hawthorne, Fenestra y Jack, todos observándola con preocupación.

—Morrigan, ¿de qué estás hablando? —dijo Hawthorne, pero su voz sonaba muy distante y débil en comparación con la atronadora carrera de la Cacería de Humo y Sombras—. Yo no oigo nada...

Y de repente, nada más que humo, solo un denso remolino de humo y sombra a su alrededor llenándole los pulmones. Sus pies se despegaron del suelo y algo la levantó por los aires, la remolcó al son del ensordecedor bramido triunfal de los cuernos de caza. Se agarró fuerte a su paraguas negro, aferrándose a él como si de algún modo pudiera anclarla al suelo.

Morrigan nunca había estado en el mar, nunca lo había visto en persona, pero eso, imaginaba, esa sensación debía de ser semejante a la de ahogarse: ser arrastrada por una virulenta ola y rodar, rodar sin parar hasta sumirse en la nada, en la oscuridad y las tinieblas, en un insondable abismo negro, negro, negro...



CAPÍTULO VEINTINGO

EL MAESTRO Y LA APRENDIZA

Morrigan se despertó en un andén vacío. Emitió un gemido ahogado mientras intentaba sentarse sobre el frío cemento, con un dolor lacerante en un costado y el estómago revuelto.

Al parpadear para enfocar el borroso mundo que la rodeaba, se dio cuenta de que reconocía los anticuados carteles y anuncios que se alineaban en las paredes. Era el andén del Navegador de la Telaraña. Recogió su paraguas y se puso en pie tambaleándose. Sus ojos aterrizaron en una noticia poco grata: no estaba sola.

A unos cuarenta metros, sentado en un banco de madera, se encontraba el señor Jones.

«No —pensó Morrigan—, el señor Jones, no. Es Ezra Squall, el Fabulantor.»

Absorto en sus pensamientos, el señor Jones contemplaba las vías que se perdían en el túnel, tarareando su habitual extraña melodía. Sonaba como una canción de cuna, aunque distorsionada.

El corazón de Morrigan se puso a latir como un caballo desbocado.

Oyó un gruñido sordo. Briznas de humo negro asomaban por la boca abierta del túnel, y destellos de luz roja perforaban la negrura. Morrigan dio un respingo cuando un agudo relinchar cortó el aire. La Cacería de Humo y Sombras esperaba pacientemente en la oscuridad..., ¿a qué? ¿A una orden de su dueño y señor, el Fabulantor?

Solo había una salida.

Morrigan caminó despacio, sus pasos retumbando en el andén. Ezra Squall permanecía desconcertantemente inmóvil, al tiempo que seguía tarareando y mirando impertérrito hacia el túnel.

«Si lograra pasar ante él —pensó Morrigan—, tal vez podría escapar escaleras arriba y cruzar los laberínticos caminos ocultos del fabucarril hasta encontrar a algún agente de la Autoridad de Transportes de Nevermoor o camuflarme en una amistosa multitud de pasajeros. O

hasta salir de súbito a la luminosa y ajetreada seguridad de un sábado por la noche en Nevermoor.»

Dio un paso vacilante tras otro.

—«Cuervecillo, cuervecillo, con tus ojos negro noche» —cantaba Squall con delicadeza. Una leve sonrisa se dibujaba despacio en su semblante sin llegar a alcanzar los ojos.

»«Te abalanzas sobre el prado, y el conejito se esconde.»

Morrigan se detuvo. ¿No había oído esa canción antes? Tal vez la había aprendido en la guardería, antes de que la echaran por estar maldita. La voz de Squall era aguda y clara. Siniestra en su dulzura.

—«Conejito, conejito, quédate junto a mamá.»

Se volvió para mirarla y, al hacerlo, como respondiendo a una orden silenciosa, las baldosas verdes y blancas de las paredes del andén se volvieron de un negro reluciente.

—«O el cuervo, cuervecillo, los ojos te sacará.»

La canción había concluido, pero la aterradora sonrisa permaneció en su rostro.

—Señorita Crow, tiene usted aspecto de haber descubierto algo.

Morrigan no dijo nada.

—Adelante —la animó apenas en un susurro—. Muéstreme lo lista que es.

—Usted..., tú eres Ezra Squall. Eres el Fabulador. No existe el señor Jones, era todo mentira.

—Bien. Muy bien. ¿Qué más?

Morrigan tragó saliva.

—La Masacre de la plaza Coraje..., fuiste tú. Tú asesinaste a esa gente.

Él hizo un leve gesto de asentimiento.

—Culpable. ¿Qué más?

—Fuiste tú quien envió a la Cacería de Humo y Sombras a por mí.

Las luces del andén parpadearon. Unos bucles de humo negro emanaban del túnel, se enroscaban por las paredes y el techo ahogando la luz. Morrigan tembló. Sintió que la oscuridad también acabaría devorándola a ella.

—Correcto. A por usted y a por todos los demás niños que tuvieron la desgracia de nacer en la Nocturnal. Fue un acto de misericordia.

—¿Misericordia? —exclamó Morrigan—. Pero ¡si intentaste matarme!

Él cerró los ojos con decepción.

—Incorrecto. No «intento» matar a la gente, señorita Crow. Los mato, sin más. Se habrá percatado usted de que aún está viva. Y le aseguro que no se debe al audaz rescate de su capitán North, sino a que yo tenía la intención de dejarla vivir.

—¡Mentira!

—Yo miento mucho, sí. Pero no siempre y, desde luego, no en esta ocasión. —Levantándose de su asiento, se acercó a ella—. Ha dicho una verdad a medias. Envié a la Cacería a por usted, pero no para matarla.

Al mencionar su nombre, los sabuesos de humo negro emergieron del túnel, seguidos por una densa fila de cazadores a caballo. Se movían despacio, como en un sueño. Esperando una orden para atacar.

Morrigan dio un paso atrás.

—No corra —le advirtió Squall—. Les encanta ver a los niños correr.

Ella se quedó petrificada, incapaz de quitar ojo a la Cacería. Sentía su pulso acelerado de la cabeza a los pies.

—Muy aterrador, estoy de acuerdo —dijo él lanzando una mirada atrás—. Es uno de mis mejores trabajos, la máquina de matar perfecta: despiadados, insensibles, imparables. Créame, señorita Crow, si les hubiera ordenado que la mataran, no habría usted sobrevivido a la Nocturnal, no sería más que un montón de cenizas. No les di orden de matarla, les di orden de acorralarla.

Sonrió. Morrigan se estremeció en un escalofrío. Por un fugaz instante, un breve destello, juraría haber visto la sombra del Fabulador en su rostro. Esos ojos negros, esa boca negra, esos dientes afilados al descubierto. La cara hueca de una criatura que no era ni hombre ni monstruo, sino algo que Morrigan no se atrevía siquiera a imaginar.

—Fracasaron la primera vez, por supuesto; dejaron que ese abominable pelirrojo la sacara clandestinamente en su ridícula araña mecánica. Pero sabía que no volverían a fallar, una vez que por fin hallé un punto débil en la Telaraña. Me ha costado casi todo el año y uno o dos pequeños desastres en el fabucarril.

—Fuiste tú. —La voz de Morrigan temblaba—. Los descarrilamientos... La gente insistía en que era culpa del Fabulador, y tenían razón. ¡Mataste a dos personas!

—Cosas del método de ensayo y error —dijo encogiéndose de hombros—. Todo a fin de acorralarla como a una oveja perdida. Y ahora, corderito, es hora de irse a casa.

Se volvió hacia ella y le tendió la mano. Un tren silbó en la distancia. Morrigan retrocedió otro paso.

—No voy a ir a ninguna parte contigo.

—Con todos mis respetos, discrepo.

Morrigan oyó el ruido de un motor que ganaba velocidad. Una luz cegadora relampagueó desde las profundidades del túnel, haciéndose más y más relumbrante, perforando el muro de negrura que formaba la Cacería de Humo y Sombras, hasta que finalmente estalló, brillante y nacarada, demasiado hermosa y demasiado terrible para mirarla.

La Cacería se dispersó, se evaporó en el aire, para acto seguido reaparecer en el andén como un huracán con Morrigan en su ojo. El paraguas se le cayó de las manos. El humo y las sombras giraron en espiral alrededor de ella, atándola con cuerdas negras, empujándola y arrastrándola hacia la luz deslumbrante y dorada del Navegador de la Telaraña. Un silbido sonó y el Navegador reemprendió la marcha.

Una gélida ráfaga de aire alcanzó a Morrigan incluso a través de la Telaraña. Hacía frío en los alrededores de la Mansión de los Crow; una capa de escarcha cubría el césped. Detrás de las altas verjas de hierro, la silueta negra de la casa se recortaba contra el cielo crepuscular.

Squall dio un paso adelante, mirando hacia la casa con enardecidos ojos llenos de expectación.

—Hagámosles una visita, ¿de acuerdo?

El Fabulantor ya no era una entidad incorpórea que flotara en la Telaraña, sin capacidad de interactuar con las cosas que lo rodeaban. Estaba de regreso en la República, de vuelta a su cuerpo, saboreando su libertad.

Tras hacer crujir los nudillos y estirar los brazos con un giro preciso de las muñecas, las puertas se abrieron; mejor dicho: no solo se abrieron, sino que se despegaron, barrote a barrote, con el hierro macizo gimiendo como si una gigantesca mano invisible lo doblara.

Los perros acudieron corriendo desde detrás de la casa, reaccionando al ruido con ladridos rabiosos.

—¡Guau! ¡Guau, guau! —Squall les respondió con ladridos enloquecidos.

Los perros retrocedieron en volandas, como si los hubieran arrojado al aire, para aterrizar con sordos golpes en el césped y luego huir aullando despavoridos.

—No tiene usted ni idea de lo angustiioso que es. —Se volvió hacia Morrigan mientras hacía crujir la grava del camino a sus pies—. Estar allí, en mi ciudad, mi patria, mi querido Nevermoor, sin poder hacer nada. Incapaz de usar mis poderes, de interactuar con las cosas de mi alrededor, incluso de tocarlas.

Tragó saliva mirando a lo lejos antes de continuar:

—El Navegador de la Telaraña es una cosa maravillosa, señorita Crow: si alguien lo sabe, ese soy yo, que lo creé. Pero a veces se parece a una prisión.

Su rostro se iluminó.

—Déjeme mostrárselo, déjeme mostrarle cómo se siente uno.

Se volvió hacia la casa, levantando los brazos en el aire como un director de orquesta listo para poner en acción la batuta y comenzó.

Los ladrillos y las piedras que formaban la Mansión de los Crow empezaron a moverse, a girar y a rozarse unos contra otros levantando nubes de polvo, para por fin recolocarse de manera que la casa de la infancia de Morrigan quedó completamente irreconocible: con un gran chirrido, los contornos se perfilaron hasta convertirse en una alta catedral gótica, que se cernía sobre ella más aterradora que nunca.

—Mejor, ¿no? —Squall tosió, agitando la mano frente a su rostro para apartar el polvo.

—Para —rogó Morrigan.

—Si no he hecho más que empezar.

Con un chasquear de los dedos, la piedra gris oscura de la casa transformada comenzó a brillar, iluminada por un millón de guirnaldas de luces multicolor. Era un espectáculo hermoso.

«Vaya, eso no me lo esperaba», pensó Morrigan dirigiendo a Squall una mirada suspicaz.

Él le devolvió una mirada interrogante al tiempo que extendía las manos, como buscando su aprobación.

—Esto es lo que quiere, ¿no, señorita Crow?

Con otro chasquear de dedos, un asta brotó de la aguja más alta, y de ella se desplegó una bandera negra con la efigie de Morrigan ondeando orgullosa en la brisa.

—¿Por eso eligió a ese ostentoso petimetre, verdad, con su Sociedad Fabulánica y su cápsula arácnida y sus saltitos desde el tejado en la Aurora?

A un giro de la muñeca de Squall, un brillante rótulo de neón apareció en la torre, con enormes letras intermitentes que decían «BIENVENIDOS A MORRIGANLAND».

De no estar tan asustada, Morrigan se habría echado a reír. Ezra Squall, el hombre más malvado que jamás hubiera existido, acababa de convertir su hogar en un parque temático sobre Morrigan Crow.

Squall se volvió hacia ella.

—Todo fachada, sin sustancia. Eso es Júpiter North. ¿No se lo ha dicho él mismo?

—¿No me ha dicho el qué?

—No, por supuesto que no se lo ha dicho. Pero en esa cabecita suya tiene un cerebro que no funciona mal del todo. Debe de habérselo imaginado usted.

Mientras hablaba, Squall agitaba los dedos para hacer brotar de la fuente chorros de agua que se congelaban en el aire cual esculturas de hielo. Ni siquiera miraba lo que hacía, de modo que Morrigan no sabía a ciencia cierta si era consciente de ello.

—Dígame, Morrigan Crow: ¿por qué le pedí que fuera mi aprendiz?

Morrigan tragó saliva.

—No lo sé.

—Tonterías —replicó con suavidad.

Levantó la mano para trazar un dibujo en el aire. El letrero de neón y las guirnaldas de luces parpadearon hasta quedar apagados. La aguja comenzó a desmoronarse. Algunas piedras grises cayeron al suelo.

—Dígame.

—No lo sé —repitió ella, saltando para esquivar un gran pedazo de piedra.

—Piense.

No podía pensar. La Mansión de los Crow se estaba derrumbando ante sus ojos. La fachada se convirtió en un montón de polvo y escombros, dejando al descubierto el interior cálidamente iluminado, inmune a la destrucción de Squall, un cuadro de la rutinaria vida doméstica de la familia Crow.

Cerca de donde se hallaba Morrigan, su padre, su madrastra y la abuela aparecían sentados en cómodas butacas en el salón, ajenos al hecho de que la Mansión de los Crow se estaba cayendo a pedazos a su alrededor.

Ivy estaba dando de comer a uno de los bebés mientras Corvus mecía al otro para que se durmiera. La abuela estaba leyendo. Un fuego ardía en la chimenea.

—¿De verdad hace falta que se lo diga? —Squall se colocó a su lado con una expresión de perpleja diversión en el rostro—. Señorita Crow, es usted una Fabuladora. Como yo.

—No —susurró Morrigan antes de declarar con mayor rotundidad—: ¡No!

—No, tiene razón. —Él inclinó la cabeza a un lado—. Igual que yo no exactamente. Pero un día, si trabaja duro y presta atención, podría llegar casi a mi nivel.

Morrigan apretó los puños.

—Jamás seré como tú.

—Qué enternecedor que crea que tiene elección. Nació con ello, señorita Crow. Ante usted se abre un destino del que no puede escapar.

—Jamás seré como tú —repitió Morrigan—. ¡Jamás seré una asesina!

Squall soltó una risita.

—¿Eso es lo que cree que es un Fabulantor? ¿Un instrumento de muerte? Supongo que en parte tiene razón. La creación y la destrucción. La vida y la muerte. Todas esas herramientas estarán a su alcance una vez que sepa cómo usarlas.

—No quiero usarlas —masculló Morrigan.

—Qué mal mente. Ha de aprender usted a engañar de un modo más convincente, señorita Crow. También debe conocer lo que llamaremos las Desdichadas Artes del Consumado Fabulantor, y con mucho gusto seré su maestro. Comencemos con la primera lección.

Squall entró en la estancia donde se hallaban los Crow y susurró algo inaudible. De un salto, las llamas abandonaron la chimenea y se esparcieron al instante, rodeando a la familia. En cuestión de segundos, todo el salón ardía, desde las cortinas hasta las alfombras. La familia de Morrigan permaneció inmutable, completamente ajena al peligro en el que se encontraban.

—¡Para! —gritó Morrigan por encima del rugido de las llamas—. ¡Por favor, déjalos en paz!

—¿A usted qué más le da? —se burló Squall—. Esta gente la odia, Morrigan Crow. La culpaban de todo lo que salía mal en sus vidas. Cuando usted murió, cuando creyeron que estaba muerta, suspiraron aliviados. ¿Y por qué?

Las llamas cercaban a los Crow en un círculo cada vez más estrecho. Una gota de sudor rodó por la frente de Ivy, pero ella no parecía sentir nada. Morrigan intentó recoger algo, cualquier cosa, un guijarro, un trozo de las piedras desmoronadas, para tirárselo a alguno de ellos tres, para advertirles. Sin embargo, no era capaz de agarrar nada con la mano, que atravesaba las cosas como si no tuviera corporalidad.

—Debido a una maldición —continuó Squall— que nunca existió.

Morrigan tragó saliva mirándolo a través de las llamas.

—¿Cómo que nunca existió?

Él se echó a reír.

—La «maldición» no es más que una oportuna manera de explicar un extraño fenómeno: de explicar por qué todos los nacidos en la Nocturnal tienen la mala costumbre de estirar la pata antes de superar la última e incómoda etapa de la infancia, antes de comenzar a atraer y a absorber una cantidad excesiva de mi preciado fabulatio, como el codicioso imán que algunos de vosotros sois en potencia. No puedo permitir que nadie diluya la fuente de energía que me ha hecho tan obscenamente rico y poderoso, ¿verdad? Si yo soy el único conductor de fabulatio, su poder reside en mí. Por supuesto que tengo que eliminar cualquier amenaza potencial, no me queda más remedio. ¿Va a culparme por eso? Se trata de buen hacer empresarial, sin más.

—No existe la maldición —repitió Morrigan. Por fin lo había entendido; Júpiter se lo había dicho, pero ella no había llegado a creerlo—. Tú eres la maldición.

Squall continuó como si ella no hubiera hablado.

—A lo largo de los años, la maldición cobró vida propia. Qué teatrera es la gente. En su día, los niños malditos, desdichados de vosotros, eran motivo de lástima y compasión por ver segadas sus insignificantes vidas a tan tierna edad. Pero, en algún momento, la verdadera naturaleza atroz de la humanidad entró en juego, y la gente comenzó a veros como propicios chivos expiatorios, alguien a quien se podía señalar con el dedo cuando las cosas salían mal. «¿Por qué se han echado a perder mis cosechas? Culpemos al niño maldito.» «¿Por qué he perdido mi trabajo? Culpemos

al niño maldito.» Pronto los niños malditos fueron considerados culpables de todo tipo de desdichas y problemas. La leyenda siguió creciendo hasta que los niños malditos acarrearón no solo la desgracia a sus familias, sino también la ruina a todos los demás.

Squall arrancó al bebé de los brazos de Corvus. Este no reaccionó; sus ojos vidriosos reflejaban el anaranjado resplandor del fuego sin ver nada al parecer. El salón se había convertido en un horno y las llamas vomitaban oleadas de humo, el cual a su vez formaba remolinos de figuras negras que se entretejían con las llamas. Al oír un aullido, Morrigan se estremeció.

El bebé trataba de agarrar la nariz de Squall con sus deditos regordetes. El Fabulantor le hizo una mueca divertida y el pequeño de cabellos níveos estalló en carcajadas.

—Así que ya ve, Morrigan Crow, yo no fui quien empujó a su familia a repudiarla. La repudiaron ellos solitos. —Hizo que el bebé la saludara con la diminuta mano—. ¿Los mato yo por usted?

—¡No! —exclamó Morrigan—. Por favor, ¡no!

Squall dejó caer al bebé, aunque este, en lugar de estamparse contra el suelo, flotó tranquilamente. Tenía que hacer algo, tenía que detenerlo, pero ¿cómo? ¿Qué podía hacer ella a través de la Telaraña? Se encontraba del todo impotente.

—¿No? ¿Está segura? No sé si creerla. —La observó con una sonrisita socarrona en los labios—. Dígame, cuervecilla, ¿por qué piensa que la dejé vivir?

Morrigan no respondió. La Cacería de Humo y Sombras estaba cobrando forma a su alrededor. Sabuesos rugientes y jinetes sin rostro surgieron de las llamas para cercar a la desprotegida familia. Cerraron el círculo en torno a ellos cada vez más, esperando una orden de Squall. Una orden de matar.

—He destruido a tantos otros... He tenido mucha paciencia todos estos años esperando al elegido. Alguien más mediocre se habría rendido mucho antes, pero yo lo sabía... Sabía que vendría usted. Llegado el día, una criatura nacida en la Nocturnal se alzaría contra mí para ocupar mi lugar. Una criatura cargada de oscuras promesas, en cuyos ojos yo vería un reflejo de los míos. Mi verdadera y legítima heredera.

Se agachó para ponerse a la altura de sus ojos. Su voz era tan suave y su sonrisa tan sincera que, por un momento, Morrigan vio a su amigo, el señor Jones, en el rostro sumido en sombras de aquel loco.

—La veo, Morrigan Crow —susurró con la mirada brillante—. Hay hielo negro en su corazón.

—¡No! —gritó ella.

Algo en su interior retrocedió y se encabritó ante Squall, igual que el mar retira el agua de la costa para formar una ola. De repente, se sintió así: como un maremoto viviente de cólera y miedo. ¡Ella no era como él, nunca sería como él!

Se tambaleó hacia atrás e instintivamente alzó los brazos, rindiéndose a la oleada que crecía dentro de sí.

Una luz brillante y cegadora iluminó la estancia, aniquilando a la Cacería de Humo y Sombras y apagando las llamas con un potente chorro de oro blanco que duró varios segundos, o quizá varios días, o tal vez toda una vida, para luego desvanecerse.

Tras el paso de la ola, silencio.

Los Crow permanecían envueltos en su feliz y silenciosa ignorancia, mirando pero sin ver.

Squall yacía en el suelo como si algo lo hubiera arrojado allí, con los ojos muy abiertos, fulminado por un rayo, mirando a Morrigan como si le acabaran de otorgar el don de la vista.

Y ella, sacudida por el temblor de las réplicas de... lo que hubiera sido aquello.

Había destruido la Cacería de Humo y Sombras. O si no destruido, al menos la había alejado de allí. Por el momento, eso bastaba. Morrigan no tenía idea de cómo lo había hecho, cómo había conjurado a la luz, pero en esos pocos segundos cegadores recordó una vez más las palabras de Squall el verano anterior: «Las sombras son sombras... Les atrae la oscuridad».

Levantándose con dificultad del suelo, Squall recuperó por fin la voz.

—Ya ve, señorita Crow —dijo mirándola con cautela—. Debería usted haber aceptado mi oferta. Aunque la verdad es que no me hace falta que lo haga. Ya ha pasado a ser mi aprendiz solo con vivir más allá de su undécimo cumpleaños. El encuentro está en marcha. El fabulano ha reparado en usted y está a su merced.

—¿Qué significa eso? —preguntó Morrigan—. ¿Qué es el «encuentro»?

—Es usted una Fabuladora de nacimiento, pero si no aprende a aprovechar el fabulano, él se aprovechará de usted. Si no aprende a controlarlo, él la controlará. La quemará despacio por dentro hasta por fin... destruirla.

Negó con la cabeza, con una comisura de la boca curvada en una sonrisa triste.

—Se lo he dicho, habría sido un acto de misericordia dejar que la Cacería de Humo y Sombras la matara. Pero, por desgracia, parece que los ha alejado, al menos por ahora. No importa. No la he traído aquí esta noche para hacerle daño. Ni a usted ni a su familia.

—Entonces ¿por qué me has secuestrado?

—¿Secuestrado? —La idea parecía hacerle gracia y quizá ofenderlo un poco—. Secuestrar es robar, y yo no soy un ladrón. Esto no es un secuestro. Es su primera lección de cómo ser un Fabulador. Una clase magistral de un magistral maestro. La lección segunda tendrá lugar tan pronto como la solicite.

Morrigan negó con la cabeza. ¿Estaba de broma o simplemente perturbado?

—No te voy a solicitar nada; jamás en la vida. No hay nada que tú puedas enseñarme.

Squall rio con suavidad mientras caminaba a través de las brasas moribundas, levantando remolinos de cenizas y chispas.

—Soy la única persona viva que puede enseñarle algo que valga la pena saber. Un día, muy pronto, entenderá usted el sentido de esta terrible verdad. Mis monstruos y yo nos aseguraremos de que ese día llegue.

Inclinando la cabeza a un lado, de sus ojos negros e insondables desapareció todo rastro de diversión.

—Hasta entonces, cuervecilla.

Sin mirar atrás, caminó por el largo sendero de grava hasta desaparecer en la oscuridad. A su paso, los últimos restos del incendio se extinguieron; las cortinas y los muebles quemados, así como las ventanas rotas, se repararon; las paredes de piedra de la Mansión de los Crow se reconstruyeron y las dobladas verjas de hierro volvieron a su forma original y se cerraron con un suave ruido metálico.

Morrigan estaba en el centro del ahora apacible salón. Observó a su familia, ajena a todo aquello, y sintió un extraño y anhelante brote de nostalgia en su interior. Aunque no por ese lugar ni por esa gente.

Cerró los ojos. Visualizó en su mente el paraguas de mango de plata con el pajarillo de ópalo, reposando en el andén del fabucarril, donde se le había caído de las manos.
Esperó. Oyó el silbido del Navegador de la Telaraña. Y se fue a casa.



CAPÍTULO VEINTISÉIS



Al principio, Morrigan pensó que se había quedado ciega.

—Despacio, te he dicho. —Notó como Júpiter le soltaba los hombros y daba un paso atrás —. Abre los ojos despacio.

Sabía que estaba en el Deucalion, sabía que se hallaba en el despacho de Júpiter, pero... podría haber sido la superficie del Sol. El mundo se había desvanecido. Todo era un resplandor deslumbrante, una intensa blanca luz solar. Si entrecerraba los ojos, apenas podía distinguir su silueta en el espejo. ¿Era eso lo que él veía cada vez que la miraba?

—No mires demasiado rato —le advirtió Júpiter.

La luminosidad no procedía de una gran fuente de luz, sino de un millar —tal vez un millón, tal vez mil millones— de diminutos puntos de la misma luz brillante que había visto en la Mansión de los Crow. Puntos de luz que se arremolinaban a su alrededor como microscópicas partículas de polvo atrapadas en un rayo de sol. O, mejor dicho, no como polvo, sino como algo vivo, como mariposas de luz reuniéndose en torno a una llama.

—¿Es eso...?

—Fabulano. Bonito, ¿verdad?

Bonito no era la palabra adecuada para describir aquello. Sublime, sí, pero no bonito. Había algo en aquel fenómeno que era lo opuesto a bonito; que sumía a Morrigan en una mezcla de asombro, expectación, pánico, alegría; que era muy grande y muy pequeño a la vez; a un tiempo ensordecedor y callado, y también algo más.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Morrigan.

—Está esperando.

—¿A qué?

—A ti.

—¿Esperando a que haga qué?

Júpiter guardó silencio un largo rato antes de responder:

—Ahora lo veremos, supongo.

Agarrándola de nuevo por los hombros, apoyó la frente en la suya, igual que había hecho con los Ancianos en la Prueba del Gran Talento. Morrigan no se había dado cuenta en aquella ocasión de lo que estaba sucediendo: estaba compartiendo el don de su vista con otras personas. Para mostrarles, aun fugazmente, cómo veía él el mundo.

Para gran desilusión y alivio de Morrigan, el mundo recuperó su aspecto gris.

La chica reflejada en el espejo —con su pelo negro, sus ojos oscuros y su nariz ganchuda— tenía un aspecto muy normal. Anodino.

—Dijo que yo soy como él. —Era la primera vez que expresaba su terror en voz alta—. Es cierto, ¿no? Eso es el encuentro, es... esto. El encuentro entre el fabulano y yo. Significa que soy una... una Fabuladora.

Tragó saliva. Casi podía saborear las palabras que acababa de pronunciar.

—Sí —asintió Júpiter con gravedad—. Pero, a ver si lo entiendes: la palabra *Fabulador* no siempre ha significado algo malo o maligno, Mog.

—¿No?

—No, por Dios. Hubo un tiempo en Nevermoor, hace mucho, en el que ser un Fabulador era un honor.

—¿Igual que el de pertenecer a la Sociedad Fabulánica?

—Incluso mayor. Los Fabuladores eran benefactores y protectores. Usaban sus poderes para traer cosas buenas al mundo. Fabulador no significa «monstruo» o «asesino»: fue Squall quien dio lugar a que el término adquiriese ese significado. Hizo algo imperdonable: traicionó a su gente y a su ciudad. Abusó de su poder. Convirtió el nombre del Fabulador en una palabra oscura y terrible. Tú puedes cambiar el significado de nuevo, Mog. —Le sonrió—. Y lo harás. Sé que lo harás. Hablaba en serio cuando te dije que no tenías ningún talento. Lo que tienes es mucho más que eso. Tienes un don. Una vocación. Y solo tú puedes atribuirle un significado. Nadie más.

Cuando la vista de Morrigan se ajustó de nuevo a su estado normal, el despacho de Júpiter volvió a aparecer con nitidez ante ella: las fotografías en las paredes, los libros sobre los estantes. El rostro de Júpiter recuperó sus contornos, sus centelleantes ojos azules y su enmarañada barba cobriza. Ella se desplomó en un sillón de cuero, con los tobillos cruzados sobre el reposapiés.

—Desde el primer momento sabías lo que yo era, ¿verdad?

Júpiter asintió.

—¿Y Squall? ¿Sabías que también me hizo una oferta?

—Sí.

Morrigan suspiró. Cuánto tiempo había perdido, dándole vueltas y vueltas a si debía contarle a Júpiter lo de Squall. Se sentía idiota.

—Entonces ¿por qué me obligaste a pasar por las pruebas? ¿Por qué no se lo dijiste a los Ancianos sin más?

—Partes de la suposición de que ser una Fabuladora es la cualidad más importante de tu persona.

—¿No es así?

—De ningún modo. Si fuera lo más importante, Mog, ¿no habríamos celebrado primero la Prueba del Gran Talento? Piénsalo. Primero convocamos la Prueba del Libro para evaluar la sinceridad y la rapidez de pensamiento de los candidatos. Luego, la Prueba de la Carrera, para ver quién era tenaz y estratégico. La Prueba del Miedo iba dirigida a medir la valentía y el ingenio. ¿No crees que nos podríamos haber perdido algunas fascinantes destrezas sin esas tres primeras pruebas? ¡Por supuesto que sí! Quién sabe, tal vez las personas más talentosas de todas habrían sido eliminadas incluso antes de que llegara la Prueba del Gran Talento. El quid de la cuestión es que (en lo que a la Sociedad respecta) si no eres sincero, perseverante y valiente, entonces no importa cuánto talento tengas. Tuviste que pasar por las cuatro pruebas porque necesitaba que los Ancianos supieran qué tipo de persona eres, con la esperanza de que...

Hizo una pausa y tragó saliva, antes de concluir con calma:

—Con la esperanza de que te vean antes como una persona que como una Fabuladora.

—Me dijiste que lo del Fabulador era un cuento de hadas, una superstición.

Júpiter asintió.

—Lo sé. Lamento haberte mentido. Aunque en cierto modo, es verdad. La historia del Fabulador está tan ligada al mito y a la superchería que a la mayoría de la gente le cuesta diferenciar la realidad de la ficción. Solo era una mentira a medias, aun así, lo siento.

—¿Por qué me mentiste?

—Porque consideré que era lo que tenía que hacer. No quería que pensaras demasiado acerca del Fabulador. Habría sido un motivo más de preocupación, ¿no crees? Creí que lo mejor era que primero ingresaras en la Sociedad, y más tarde ya nos ocuparíamos de eso.

—¿Y los otros?

—¿Qué otros?

—Los otros tres registrados... Te referías al Registro de Niños Malditos, ¿verdad? ¿También son Fabuladores?

—No.

Esperó a que Júpiter dijera algo más, pero este mostraba una expresión hermética.

—¿Qué pasó con ellos? ¿Los salvaste también o...?

Él suavizó un poco el gesto.

—Están bien. Están lejos, sanos y salvos, felizmente a resguardo de Ezra Squall y de su Cacería de Humo y Sombras.

«Qué suerte», pensó Morrigan.

Los últimos dos días desde su enfrentamiento con Squall habían sido agotadores. El Navegador la había devuelto al andén de salida justo cuando Fen, Jack y Hawthorne llegaban, despavoridos y sin aliento, después de correr en busca de Júpiter al imaginar lo que había pasado.

Jack fue el primero en llegar a ella, pálido y mudo de alivio. Júpiter la rodeó en un abrazo tan fuerte que casi la asfixia, y Fen le lamió el pelo hasta que casi se le puso de punta. Hawthorne le suplicó que contara toda la historia al menos doce veces, dando gritos de emoción y batiendo palmas en los momentos culminantes cada vez que ella la volvía a narrar.

El relato de cómo Morrigan se había escapado por los pelos de la Cacería de Humo y Sombras dio la vuelta al Deucalion, pero Júpiter hizo prometer a Fen, a Jack, a Hawthorne y a la propia Morrigan que guardarían el secreto sobre el Fabulador. Jack respondió con indignación: «Yo ya lo prometí, ¿o no?».

Hasta ahora, esa respuesta no había tenido ningún sentido para Morrigan. De repente recordó la Nochebuena anterior, cuando Jack la había contemplado con horror y asombro.

—Jack lo sabía, ¿verdad? —dijo al caer en la cuenta—. Él lo sabía desde Navidad. Porque él es como tú. Él es un... ¿cómo se dice?

—Un Testigo —respondió Júpiter, tomando asiento frente a ella—. Sí. No le gusta nada.

—¿Por qué no? —Morrigan no salía de su asombro—. Eso más o menos te permite saberlo todo. Creía que era el juego favorito de Jack.

Júpiter soltó una risita y acto seguido su rostro adquirió una expresión pensativa mientras consideraba la respuesta.

—Sí, más o menos te lo permite, a veces, supongo. Pero no siempre. En ocasiones, incluso la Telaraña puede ocultarte cosas.

—Me encantaría ser una Testigo.

—No estoy seguro de que te gustara tanto. —Júpiter hizo una mueca—. ¿Ver todo lo que está oculto? ¿Todo el rato? Cada vez que alguien miente, lo ves en su cara, como un borrón negro. Cada vez que alguien está deprimido, la sensación revolotea a su alrededor como las moscas en torno a un cadáver. Dolor, ira, traición: todo está allí, en todas partes, a todas horas. La mayoría de los Testigos no pueden vivir en un lugar como este, acabarían enloqueciendo.

—¿Te refieres a un lugar como el Deucalion?

—Me refiero a Nevermoor. O cualquier lugar donde millones de personas se juntan todos los días, dejando rastros invisibles que se entrecruzan en infinidad de hilos de un tapiz desquiciante. La gente deja jirones de sí misma en todas partes, Morrigan: todas las peleas que han tenido, las heridas que han sufrido, el amor y la alegría que han experimentado, las cosas buenas y malas que han hecho...

Se frotó la cara con cansancio.

—Yo he aprendido a filtrarlo, a ver solo las cosas que importan. Puedo separar los diversos hilos y capas y dar sentido a todo ese despropósito. Pero me llevó años, Mog, años y años de entrenamiento. Jack aún no ha llegado hasta ese punto, y todavía tardará. Por ahora, el parche actúa como un filtro. Le obstaculiza la vista, de manera que solo ve lo que tú o cualquier otra persona vería. De lo contrario, se volvería loco.

A Morrigan no se le había pasado por la cabeza que haber sido agraciado con un talento como el de Júpiter pudiera conllevar sus inconvenientes. Tal vez por eso Jack tenía tan mal genio.

—¿Por qué él no nos ha dicho nada?

Júpiter se miró las manos y se encogió de hombros.

—Creo que le da vergüenza. A la gente no le caen bien los Testigos. Es difícil hacerse amigo de alguien que es capaz de ver tus secretos.

—Pero eso es absurdo. —Morrigan pensó en los muchos amigos y admiradores con los que contaba Júpiter—. Tú caes bien a todo el mundo.

Júpiter prorrumpió en unas fuertes y joviales carcajadas que hicieron que se le saltaran las lágrimas.

—Tienes una visión del mundo radicalmente distorsionada, Morrigan Crow, y esa es una de las muchas cosas de ti que me gustan. Lo que me recuerda que hoy ha llegado una cosa para ti.

Se puso de pie y le hizo señas a Morrigan para que lo siguiera. Abrió el cajón cerrado con llave de su escritorio, y sacó una cajita de madera.

—No debería darte esto hasta el día de tu investidura. Pero teniendo en cuenta la semanita que has pasado, creo que te mereces abrirlo ya.

Dentro de la caja, sobre una almohadilla de terciopelo rojo, reposaba un pequeño broche dorado en forma de «F».

Morrigan se quedó sin aliento.

—¡Mi broche! ¿Eso significa que... la has conseguido? ¿La firma que faltaba para ese..., no sé qué de salvaguarda?

El gesto de Júpiter se torció un poco.

—No... del todo. No. Pero lo arreglaré. Te lo prometo. —Le colocó el broche en la solapa del abrigo—. Ahí lo tienes. Tu billete con asiento reservado en el fabucarril. Espero que te haya valido la pena.

Morrigan se echó a reír. Parecía una completa locura haber vivido la odisea que había supuesto el último año: engañar a la muerte, competir en las pruebas, enfrentarse a Flintlock, a Squall y a la Cacería de Humo y Sombras. Y todo ello, ese cúmulo de delirantes peripecias, solo por algo tan insignificante como ese brochecito dorado.

Pero no era insignificante. Era algo grande, una gran promesa. Una promesa de familia, de integración, de amistad.

Lo curioso era, pensó Morrigan reflexionando acerca de los acontecimientos de la semana anterior y su vida en el Hotel Deucalion, que según se había visto, ya tenía todas esas cosas.

La araña de cristal tomó una forma permanente por fin.

Frank ganó la porra, ya que era quien más se había aproximado: no resultó ser un pavo real, pero sí un pájaro. Un gran pájaro negro, iridiscente desde ciertos ángulos, con las alas extendidas sobre el vestíbulo como protegiendo el Hotel Deucalion y a sus habitantes. O tal vez a punto de lanzarse sobre sus cabezas. Dependía de a quién le preguntaras su opinión.

Júpiter dijo que le gustaba aún más que el velero rosado.

Unos días más tarde, Júpiter y Nan salieron con sus candidatos a celebrar tardíamente el éxito de estos. Cenaron pierna de cordero y brindaron con cerveza de jengibre en un acogedor pub de la plaza Coraje.

Los patrocinadores se pasaron las horas relatándoles emocionantes anécdotas acerca de sus propios primeros años como alumnos de la Sociedad Fabulánica. La mayoría de las historias de Nan versaban sobre la monta de dragones, mientras que las batallitas de Júpiter solían implicar una infracción de las normas tan escandalosa que al final se vio obligado a cambiar de tema, tras reparar en que Hawthorne estaba tomando notas.

De regreso a casa, Morrigan iba levantando una polvareda de nieve a su paso. A pesar del frío glacial, le parecía que Nevermoor había adquirido un brillo extraordinario en aquel, por lo demás, anodino día de pleno invierno. Se sentía diferente.

Todo daba la sensación de ser diferente.

La gente en la calle les sonreía al pasar. Morrigan ya no era la hija maldita de los Crow, esa que se hallaba constantemente a la espera de la próxima desgracia. A la espera de cargar con la culpa. Y, sin embargo, algo oscuro, algo terrible, acechaba todavía en algún lugar recóndito de su mente.

Júpiter le dio un codazo cuando llegaron al andén del transparagüero.

—¿En qué piensas?

—Volverá, ¿verdad? —preguntó en voz baja—. Squall. Volverá. Acompañado de sus monstruos.

El semblante de Júpiter se ensombreció.

—Me imagino que lo intentará.

Morrigan asintió con la cabeza mientras se agarraba con fuerza al paraguas, toqueteando distraídamente con las yemas de los dedos el pajarillo de ópalo.

—Entonces tendremos que estar preparados para ello.

Un grupo cercano de niños cuchicheaban entre sí y estiraban el cuello para mirar mientras Morrigan y Júpiter enganchaban con decisión los mangos de los paraguas al tranvía que pasaba. No miraban solo a Júpiter, sino a ambos, con los broches dorados en forma de «F» prendidos con orgullo en sus abrigos.

Patrocinador y candidata. El pelirrojo loco y la extraña chica de ojos negros.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a esa amable bibliotecaria que publicó *The Three Koalas*, de Jessica Townsend, en el boletín de la biblioteca cuando la autora tenía siete años, a pesar de lo mucho que esta abusaba de la palabra *exagerar* y de su ignorancia de las reglas métricas.

Un millón de gracias a Helen Thomas, a Alvina Ling, a Suzanne O'Sullivan y a Kheryn Callender. Me considero la escritora más afortunada del mundo por tener a mi lado un equipo de editoras tan maravilloso. Nunca me acostumbraré a lo brillantes y encantadoras que sois, así que más vale que os acostumbréis a oírmelo decir.

A todo el personal de Hachette / Orion / LBYR —Fiona Hazard, Louise Sherwin-Stark, Ruth Alltimes, Megan Tingley, Lisa Moraleda, Dominic Kingston, Penny Evershed, Ashleigh Barton, Julia Sanderson, Victoria Stapleton y todos los demás que me han acogido en la familia—: gracias por vuestro apoyo y por el asombroso trabajo que habéis hecho para ayudar a traer a Morrigan al mundo.

Gracias, Jenny Bent y Molly Ker Hawn, leyendas vivas, por vuestro denodado esfuerzo a la hora de defender *Nevermoor* en Frankfurt y más allá. Gracias a todo el equipo en The Bent Agency, en particular a Victoria Cappello y a John Bowers. También a los muchos competentes co-agentes de TBA en todo el mundo, y a todas mis fantásticas editoriales extranjeras.

Gracias a los enormemente dotados Beatriz Castro y Jim Madsen por vuestra hermosa portada.

Gracias a la increíble Dana Spector y a todos los que formáis parte de Paradigm Talent Agency por vuestro incansable trabajo y vuestra pasión. Asimismo, a Daria Cercek, a Emily Ferenbach y al equipo de Fox: me abruma vuestro fervor por Morrigan y me siento dichosa de saber que está en buenas manos.

Mi reconocimiento al Team Cooper: todos vosotros me maravilláis y sois para mí una gran inspiración. Me siento afortunada de estar entre vosotros.

También querría expresar mi tremenda gratitud a dos de mis primeros lectores, Chris How y Lucy Spence. Vuestro entusiasmo por Morrigan y compañía lo es todo para mí.

Asimismo, a mi amiga y profesora de lengua en secundaria, Charmaine Rye, quien me hizo sentir escritora antes de que lo fuera.

A Jewels y a Dean, lectores tempranos y entusiastas animadores, gracias de corazón.

A Gemma Cooper —agente, amiga, una Slytherin en el mejor de los sentidos, un completo pedazo de pan—: tú eres el ingrediente secreto de toda esta rara e inusitada aventura. Eres como mi Júpiter North, pero en mujer y responsable (sin ser pelirroja). ¿Qué haría yo sin ti? Vaya para ti mi infinito agradecimiento, G-Coop.

A Sally: mi mejor amiga, mi primera lectora, mi sempiterna consejera. Como ya se lo cree bastante, no diré mucho más, pero podéis pillar la idea. Gracias mil.

Ya sé que todo el mundo cree tener la mejor madre, pero es que yo la tengo de verdad, ah, se siente. Gracias, mamá.

Nevermoor. Las pruebas de Morrigan Crow
Jessica Townsend

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Nevermoor. The trials of Morrigan Crow*
Publicado mediante acuerdo con Lennart Sane Agency AB.

© del texto, Jessica Townsend, 2017

© de las ilustraciones de cubierta e interior: Jim Madsen, 2017

© de la traducción, Elda García-Posada, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-08-19271-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

